



LAS PERSONAS MAYORES QUE VIENEN

Autonomía, Solidaridad y Participación social

Gregorio Rodríguez Cabrero
Pilar Rodríguez Rodríguez
Penélope Castejón Villarejo
Enrique Morán Aláez

Colección
Estudios de la Fundación, N°1

LAS PERSONAS MAYORES QUE VIENEN

Autonomía, Solidaridad y Participación social

Gregorio Rodríguez Cabrero

Pilar Rodríguez Rodríguez

Penélope Castejón Villarejo

Enrique Morán Aláez

«El envejecimiento de la población es uno de los mayores triunfos de la humanidad y también uno de nuestros mayores desafíos»

O.M.S. Envejecimiento activo: un marco político

Estudios de la Fundación Pilares para la autonomía personal. Nº 1, 2013
LAS PERSONAS MAYORES QUE VIENEN. Autonomía, Solidaridad y Participación social

pilares@fundacionpilares.org | www.fundacionpilares.org

ISBN: 978-84-616-5512-0 | Depósito Legal: M-24011-2013

Diseño de la colección: Carlos Molinero Brizuela

© Fundación Pilares para la autonomía personal, 2013.

Con la colaboración de:

 Obra Social "la Caixa"

Índice

Introducción.....	1
Envejecimiento activo, participación y capital social.....	1
Metodología.....	15
Estructura del estudio.....	16
1. Envejecimiento demográfico y políticas de Envejecimiento Activo	19
1.1 Dinámica del envejecimiento en España.....	19
1.2 El envejecimiento en el contexto de la UE.....	38
1.3 Políticas de envejecimiento (activo) en España.....	47
2. Trabajo y jubilación. Percepciones sobre la nueva etapa vital.....	55
2.1 Jubilación y actividad.....	55
2.2 Aspectos importantes hoy y percepciones de cambio respecto el pasado	72
2.3 La satisfacción con la vida.....	77
2.4 Significado de la edad y expectativas personales.....	83
3. Cuidados y otros apoyos informales.....	99
3.1 Cuidados a personas en situación de dependencia.....	103
3.2 Ayudas familiares económicas y de acogimiento.....	108
3.3 El cuidado de los nietos: beneficios, coste y ambivalencia.....	111
4. El tiempo social de las personas mayores.....	127
4.1 La preparación a la jubilación y las actividades de ocio, formación y tiempo libre.....	129
4.2 Los Centros sociales para mayores: uso y utilidad social.....	141
4.3 Las TIC y las redes sociales	147
4.4 La ocupación y uso del tiempo.....	156

5. Participación social y voluntariado.....	163
5.1 La participación social de las personas mayores en la investigación social y en las políticas públicas.....	163
5.2 Participación social y capital social.....	177
5.3 El desarrollo de la participación social.....	181
5.4 La participación política.....	200
6. Conclusiones y recomendaciones.....	209
Referencias bibliográficas.....	245
Índice de tablas y gráficos.....	259
Anexo metodológico.....	269



Colección
Estudios de la Fundación

Introducción

Envejecimiento activo, participación y capital social

Esta obra contiene los principales resultados de una investigación exploratoria sobre el envejecimiento activo que se enmarca en el Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad Intergeneracional celebrado en 2012. Su objetivo general es contribuir al conocimiento de la potencialidad social que supone el envejecimiento de la población en su triple vertiente de bienestar y calidad de vida para las personas mayores, reforzamiento de la solidaridad entre generaciones y contribución a la construcción de una sociedad integrada y solidaria.

El llamado envejecimiento activo es el nuevo paradigma que predomina en el discurso político en la investigación social sobre el envejecimiento. Sin embargo, no todas las definiciones son coincidentes. Así, la OMS (2002) define el envejecimiento activo de manera más amplia y completa que la UE, como un «proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen». Efectivamente, estos tres pilares - salud, seguridad y participación - son determinantes e interdependientes para alcanzar la calidad de vida que propugna el modelo de envejecimiento activo de la OMS: vivir con salud, entendida ésta como bienestar físico, mental y social; envejecer con seguridad, mediante sistemas de protección que aseguren frente a los riesgos asociados al envejecimiento (económicos, de salud y de cuidados,); y permanecer incluidos o integrados en la sociedad, participando de acuerdo con los deseos y capacidades (acceso a la formación permanente, participación en actividades económicas formales y de apoyo familiar, en la vida sociopolítica de la comunidad y en actividades de voluntariado).

En lo que sí coinciden ambas definiciones, la de la OMS y la de la UE, es

en una perspectiva del envejecimiento activo alejada de toda concepción unidimensional y de visiones instrumentales o centradas únicamente en la utilidad social y económica del colectivo de personas mayores. Con independencia de la complejidad del concepto, tal como ha sido señalado por otros autores (Ramiro, 2012), aquí adoptamos una concepción cercana a la de la UE, más restringida que la de la OMS y, por tanto, nos centramos en la participación renunciando a un análisis de las dimensiones de seguridad y salud, no porque no sean importantes sino porque entendemos que seguridad y salud son las condiciones previas para una participación social que reducimos operativamente a tres ejes: cuidados y apoyos informales, participación en actividades de ocio y cultura y desarrollo de la acción cívica y voluntaria.

Así, entendemos por envejecimiento activo, acercándonos a la definición de la Comisión Europea (Eurobarómetro nº 378, 2012), no solo el logro de una mayor participación de los trabajadores de edad en el mercado de trabajo, sino su contribución activa a la sociedad a través del trabajo voluntario y los cuidados familiares.

No abordamos en este trabajo otros condicionantes del envejecimiento activo, de los que la propia C.E. parte, como son la garantía de una vivienda e infraestructuras y servicios adecuados para la promoción y mantenimiento de la salud. Pero incorporamos en nuestro análisis otra dimensión al estudiar también el grado de participación de las personas mayores en actividades formativas, culturales y de ocio por considerar estos aspectos como favorecedores de una vida más activa seguramente más proclive a la participación cívica que quienes no lo hacen. Y, por otra parte, porque los ámbitos desde los que se realizan este tipo de actuaciones tienen potencialidad de desarrollar, mediante procesos educativos adecuados, nuevos roles socialmente significativos.

En consecuencia, analizamos, sobre todo con los resultados de una encuesta que hemos aplicado a la población española entre 50 y 69 años, las tres dimensiones que incluimos en nuestra definición de envejecimiento activo: su implicación, opiniones y actitudes en relación con la participación en los cuidados y apoyos informales; el uso del tiempo que realizan en el ámbito de la cultura y del ocio; y, finalmente y como dimensión especialmente relevante, su participación cívica y el trabajo voluntario.

A partir de estos tres ejes y complementarios de nuestra investigación pretendemos aportar nuevo conocimiento y contribuir al logro de los cinco objetivos siguientes:

1. Obtener información relacionada con la participación social del grupo de población de 50-69 años y comparar los resultados tanto entre los subgrupos de edad de la encuesta como con los datos ya conocidos de las personas mayores de 65 años con la idea complementaria de esbozar tendencias de cambio en un escenario de futuro.
2. Cuantificar y recoger percepciones y valoraciones sobre el caudal de solidaridad intrafamiliar de esta población en forma de ayudas y cuidados a hijos, nietos y personas en situación de dependencia.
3. Identificar expectativas y preferencias en el ámbito de la formación, cultura y ocio de los encuestados para detectar lagunas e insuficiencias en relación a la oferta.
4. Ofrecer nuevos datos sobre cuestiones no suficientemente investigadas relacionadas con las percepciones, expectativas,

motivaciones e intereses relacionados con su potencial de participación cívica y de voluntariado, y la adecuación con la oferta existente.

5. Explorar y sugerir nuevas vías de aprovechamiento del potencial participativo de la población estudiada en función de los resultados obtenidos.

Estos cinco objetivos se enmarcan en una reflexión más global sobre el fenómeno del envejecimiento que nos permiten poner en contexto el estudio y acercarnos a la comprensión del significado de la transición del trabajo a la jubilación. Esta reflexión, que se corresponde con los primeros capítulos del estudio, nos permite:

- a) En primer lugar, el análisis sintético del contexto del envejecimiento demográfico y las políticas públicas que han dado progresivamente respuesta a las necesidades de las personas mayores en España.
- b) En segundo lugar, el análisis de la percepción que tienen las personas de la muestra sobre el paso a la jubilación y las expectativas que se crean en la transición y primeros años de experiencia de la misma.

El lector encontrará en las páginas que siguen un análisis descriptivo de las diferentes opiniones, actitudes, preferencias y expectativas acerca de la jubilación y la participación o, tal como hemos dicho, de envejecimiento activo, con el que pretendemos poner en valor la idea central de participación social de las personas de ese grupo de edad. En él confluyen quienes ven la jubilación a cierta distancia, quienes están en su antesala o transitando hacia la misma y quienes se han incorporado recientemente al

grupo “oficial” de mayores. Es decir, estudiamos el grupo poblacional que constituirá el grueso de las personas mayores del futuro inmediato, pues dentro de quince años las personas que hemos encuestado tendrán entre 65 y 85 años de edad.

La participación social es analizada, pues, en su percepción actual pero también en su potencial de desarrollo futuro. De ahí el recurso al conocimiento de la opinión, actitudes y expectativas de las personas que se hallan entre los 50 y los 69 años pues, en muchos sentidos, pueden ofrecer pistas sobre tendencias de futuro en cuanto a los postulados del envejecimiento activo entre el grupo clásico de personas mayores (las que han sobrepasado los 65 y más años).

Por otra parte, y aunque en esta investigación hemos adoptado esa concepción amplia de la participación, damos una especial relevancia al objetivo de la participación social cívica y de desarrollo del voluntariado (capítulo 5) por ser la vía de mayor valor añadido social en la creación de cohesión social intergeneracional, en el empoderamiento de las generaciones que se acercan o van entrando en la jubilación y por contribuir a la creación de capital social o nuevas formas de desarrollo cívico a partir del reconocimiento de la diversidad de los diferentes grupos sociales que forman el colectivo de personas que envejecen.

Entendemos por capital social, siguiendo tanto la conceptualización de Putnam (1993), como la muy concreta de la propia Comisión Europea (Eurostat, 2012, b) como el fruto y resultado de aquellas actuaciones colectivas de carácter cooperativo que remarcan no solo la riqueza de las relaciones dentro de la sociedad, sino que también se perciben como un bien social generado gracias a las actividades de las propias comunidades y redes sociales. En cierto modo el concepto de capital social –sobre el que volveremos después- se asocia a la participación cívica, organizada e

informal, pero la desborda al extenderse al enriquecimiento de las redes sociales en el conjunto de la sociedad civil.

Este ámbito de la participación cívica es, entre los tres componentes del envejecimiento activo que hemos explorado, el que permite transformar a las personas mayores de objetos de las políticas sociales en sujetos con voz en las instituciones y servicios, con capacidad de iniciativa para promover una sociedad inclusiva y crear espacios intergeneracionales de solidaridad.

Una vez destacada la importancia de este objetivo de la participación cívica, a lo largo de nuestro estudio enfatizamos, sin embargo, que el concepto de envejecimiento activo es más amplio que aquélla y equivale al logro de la triple participación social que se expresa y manifiesta en cuidados y ayudas informales, formación, ocio y cultura y participación cívica.

La jubilación y la vejez (términos afortunadamente diferenciados pues en su utilización se confundía la retirada del mercado de trabajo con la experiencia vital de la edad propecta) ya no son solo ni principalmente un coste o carga social, visión superada en la investigación social (pero aún presente con fuerza en la visión de distintas perspectivas económicas y políticas), sino una oportunidad como ya señalaba Joan Subirats (1992) hace veinte años. Una oportunidad del uso del tiempo individual que se transforma en variadas formas de tiempo social y modalidades de participación que, en general, reflejan también la trayectoria vital de las personas mayores (Subirats y Pérez Salanova, 2011).

Pero al mismo tiempo, la participación social de las personas mayores depende de las diferencias interindividuales, lo que produce una gran diversidad en las formas de envejecer (Fernández Ballesteros, 2011), en

las que, asimismo, influye la interacción de factores históricos y del presente que concluyen en unas u otras maneras de hacerse mayor y que, para una parte creciente de personas, son formas de envejecimiento activo. En este sentido, y como señala la citada autora, las distintas manifestaciones de discriminación y estereotipos existentes sobre la vejez son factores limitativos para el desarrollo del envejecimiento activo.

Por otra parte, la participación social forma parte de las actividades avanzadas de la vida diaria de las personas mayores. Una vez que éstas tienen resuelta su autonomía para la realización de actividades básicas e instrumentales de la vida cotidiana se dan las condiciones para el desarrollo de actividades avanzadas como son las referentes a la participación social en el sentido que aquí hemos adoptado, según se ha señalado también por otros autores (Rogero, 2010). Y aunque la denominación de la participación como actividad avanzada podría indicar cierta excepcionalidad o limitación de su práctica a una parte de la población mayor, realmente sucede lo contrario: las llamadas actividades avanzadas son en la actualidad una práctica bastante generalizada y en proceso de cambio.

Pero sin dejar de lado otros enfoques que iremos analizando a lo largo de las páginas de esta obra, el modelo teórico que mejor encaja con los objetivos de nuestra investigación es el que gira en torno al concepto de generatividad. El mismo podría sintetizarse como un desarrollo de la propuesta de Erik Erikson (1982), que describió el análisis del ciclo vital del ser humano más allá de las fases clásicas descritas por Piaget. Erikson propone que el proceso de desarrollo humano abarca toda la vida y que en todas sus etapas existen pérdidas y ganancias. La generatividad para este autor se produce al llegar a la mediana edad y consiste en un proceso en el que se reconocen y ponen en valor las contribuciones

positivas que se han hecho a lo largo de la vida tanto en el ámbito familiar como en el social para, desde ese reconocimiento, potenciar el logro de mayores cotas de participación en forma de contribuciones a la familia y a la sociedad que, a modo de legado, les sobreviva.

Según Erikson, la superación con éxito de las sucesivas etapas de la vida van aportando densidad y fortaleza al “yo” de manera que se incrementan las posibilidades de abordar con éxito los retos de las etapas que siguen. Se trata de una teoría del desarrollo humano que se va forjando a partir de las crisis de los eventos y fases de la vida de cada individuo, con cuya superación éste va adquiriendo competencia acumulativa y madurez.

En el modelo de la generatividad el concepto de “cuidado” resulta esencial (cuidado de la familia, de la comunidad, de la empresa, del medio ambiente...) y se expresa a través de actividades muy variadas como son el cuidados de hijos y nietos, la atención a personas en situación de dependencia, la participación cívica y política, la mentorización o tutoría intergeneracional o el voluntariado. Implica, por tanto, una contribución al bien común que refuerza y enriquece las instituciones sociales, asegura la continuidad entre generaciones o plantea mejoras sociales que sirvan a la colectividad. Pero lo que nos interesa destacar de la teoría de la generatividad es el doble beneficio que se obtiene con su ejercicio (colectivo e individual), en cuanto a que las diferentes aportaciones que se realizan al bien común repercuten, asimismo, en propio beneficio de quienes las realizan.

A partir de esta aportación de Erikson, en la actualidad se están desarrollando nuevas líneas de investigación (Cheng, 2009; Villar, 2011, 2012) mediante las que se trata de mostrar que la generatividad no se limita a la mediana edad sino que también puede tener lugar y extenderse a edades avanzadas de manera que quienes envejecen de manera

satisfactoria y aceptan positivamente la integridad de su vida anterior, pueden desarrollar proactivamente actividades que redundan en beneficio de las nuevas generaciones (cuidado de los nietos, por ejemplo) y en incremento del capital social (participación social y cívica). La teoría psicológica de la generatividad ofrece un marco muy positivo para el análisis de la vejez, pues en él pueden inscribirse múltiples aspectos que se han relacionado con el llamado “buen envejecer” (tal como señala Fierro, 1994) y que tienen que ver, sobre todo, con la posibilidad de desarrollar roles que estén llenos de sentido para las personas que los realizan y, por tanto, son beneficiosos y satisfactorios para ellas y, al tiempo, resultan de utilidad social.

Por nuestra parte entendemos que lograr un mayor grado de participación social depende tanto de factores socio-demográficos y psicológicos, como de las prácticas sociales históricas y en curso, así como de factores institucionales. De la óptima combinación entre todos esos factores emergen formas diversas de participación que dan respuesta tanto a las necesidades de las personas (autonomía y bienestar) como a las necesidades de la sociedad (creación de capital social y extensión de la democracia participativa).

Por tanto, desde la óptica del paradigma del envejecimiento activo la participación debe ser asumida en este texto como un enfoque que combina al mismo tiempo la utilidad socio-económica de las personas mayores, la ampliación de su autonomía y bienestar y la extensión de la participación cívica de los distintos grupos de edad desde una perspectiva intergeneracional.

En general, se puede afirmar que la participación social de las personas mayores europeas es muy amplia en lo referente a cuidados y ayudas, extensa en cuanto a actividades socioculturales y de ocio y limitada en lo

que atañe a participación en iniciativas cívicas y de voluntariado (Eurostat, 2012). Si consideramos las dos últimas dimensiones citadas de la participación social constataremos, tal como se extrae de los resultados de nuestro estudio, cómo los dispositivos tradicionales de apoyo a la actividad social de las personas mayores (centros sociales u hogares, viajes, actividades recreativas), sin perder su importancia, dan respuesta solo a una parte de las expectativas de las personas mayores y a muchas menos de las que están cerca pero aún no han llegado a la edad de la jubilación.

Con la llegada de nuevas generaciones de personas jubiladas y prejubiladas en el campo social de la vejez el panorama se hace más rico y complejo. Junto al tiempo de ocio y entretenimiento, el dedicado a la formación y al tiempo de cuidados informales (siempre presente y ahora con mayor intensidad en el cuidado de nietos y personas en situación de dependencia), se está ampliando el tiempo social cívico en el que caben desde los distintos tipos de voluntariado (cultural, social) hasta las nuevas modalidades de participación cívica que contribuyen a la creación de espacios de ciudadanía más amplios.

La participación social es plural y abierta, puede ser formal e informal, puede situarse en el espacio privado y en el público y, en la práctica, es un entrecruzado de prácticas sociales en el que no es ni fácil ni posible hacer diferenciaciones tajantes entre formas de participación en las que los agentes de la misma (personas jubiladas, prejubiladas, activas, dedicadas a las tareas domésticas) pasan de la acción personal a la social y a la política combinando sus espacios privados con los públicos. La participación social no puede reducirse, por tanto, al voluntariado, por mucho que sea su expresión más llamativa mediáticamente en la actualidad, ya que las sociedades europeas y, entre ellas la española, están creando nuevas expectativas y formas de participación que

desbordan los canales conocidos y crean otros nuevos.

Las trayectorias vitales individuales y el modo en que tienen lugar las transiciones hacia la jubilación son, pues, factores condicionantes de la participación social. Víctor Pérez Díaz y Juan Carlos Rodríguez (2007), se preguntaban cómo se estaba produciendo la transición entre el trabajo y la jubilación en el seno de una generación socio-demográfica calificada por los autores como de «transición» en la que coinciden profundas transformaciones económicas y sociales en España. En realidad se trata de varios tipos de transición con sus características específicas que es preciso poner en relación con el tiempo histórico y social.

En nuestro caso, también hemos centrado nuestro estudio en el grupo de población con edades comprendidas entre los 50 y 69 años de edad (categorizándolo la mayoría de las veces en grupos quinquenales) y referirlo, no ya a las personas de 65 y más años en exclusiva, sino a quienes se encuentran en proceso de envejecimiento, desde una perspectiva de curso vital: «El niño de ayer es el adulto de hoy y será la abuela o el abuelo de mañana» (OMS, 2002). Y nos centramos en las cohortes de edad señaladas porque es a partir de la cincuentena cuando se comienza a sentir de manera experiencial y en mayor medida el propio proceso de envejecimiento, con lo que ello significa de declive pero también de crecimiento (Fernández Ballesteros, 2011).

Con esta investigación, en definitiva, hemos pretendido recoger, mediante una encuesta ad hoc, aquella información cuyo análisis nos permita un mejor conocimiento de la situación actual y potencialidad futura de participación social de un segmento amplio de población en la que se contemplan las personas mayores del futuro próximo y las más jóvenes de las de hoy. Y analizamos no solo aspectos relacionados con el desarrollo personal (nuevos aprendizajes, cultivo de aficiones, viajes...) y de apoyo

familiar, sino también aquellos otros en los que las personas de estas edades ofrecen parte de su energía, esfuerzo, ideas y experiencia a la comunidad ya sea bajo fórmulas de voluntariado, asociacionismo, participación cívica o relaciones intergeneracionales, como fórmulas diversas de incrementar nuestro capital social.

Desde esta perspectiva, y tratando de aportar un análisis comparado entre grupos poblacionales, así como nuevas ideas e información que pueda sumarse al acervo de conocimiento que se está desarrollando en torno al concepto de generatividad, hemos analizado la experiencia, percepciones, opiniones y expectativas de tres segmentos de población diferentes (siguiendo en cierto modo la idea de generaciones de Ortega y Gasset, 1951):

- a) Los nacidos en los primeros años 40 del pasado siglo que experimentaron en su entrada al mercado de trabajo el paso de la España de la autarquía a la de la modernización capitalista, el reinicio de la sociedad de consumo y la extensión de la Seguridad Social; se podría decir que son la generación del desarrollismo franquista, y a ella pertenece la población más veterana considerada en este estudio, comprendida en el tramo de 65 a 69 años de edad.
- b) Los nacidos a finales de los 40 y principios de la década de los 50 del pasado siglo que son los que constituyen la generación triunfante por haberse beneficiado de los efectos positivos de la modernización y liderar el proceso de consolidación de la democracia, de la entrada en la UE y del desarrollo del Estado de Bienestar; su madurez coincide con la larga fase socialdemócrata en España. Los dos tramos centrales de la categorización de edad utilizada en este trabajo (55 a 59 y 60 a 64 años de edad)

corresponden a esta generación.

- c) Finalmente, los hijos de la sociedad de consumo (baby-boomers españoles), incluidos los que cumplen 50 años en 2012, que han accedido a una educación ampliada pero al mismo tiempo han afrontado un mercado de trabajo más precario; se enfrentarán en unos años a una nueva reforma social emergente cuyos trazos actuales caminan por la vía de la minimización del Estado de Bienestar y una deriva de individualización en cuanto a modos de vida y fragmentación de la solidaridad intergeneracional típica de los regímenes de bienestar. El grupo de edad más joven considerado en nuestros análisis (50-55 años de edad) pertenece a las primeras cohortes de nuestros baby-boomers.

Al poner de manifiesto esta diversidad de experiencias y prácticas sociales queremos enfatizar que las propuestas de avance que se hagan en pro de una extensión de la participación social tendrán que construirse a partir de dichas trayectorias socio-históricas y vitales que, a su vez, vienen marcadas por variables clave como son el género, la situación económica, la formación y la ocupación.

¿De qué depende la propensión participativa? Nuestra hipótesis, desarrollada con mayor detalle en los capítulos 3, 4 y 5, es que depende de varios factores:

- 1) De la disponibilidad de tiempo libre para uno mismo y para los demás, que se multiplica casi por tres (o se dobla si no tenemos en cuenta las horas dedicadas al descanso nocturno) en el caso de las personas jubiladas situadas en gran medida en el primer subgrupo de los citados (apartado a), y casi por dos en el segundo (apartado b) en el paso del tramo de edad de 55-59 al

de 60-64, momento en que se acelera la retirada del mercado de trabajo y la disminución de los cuidados a la familia (solo el 45,2 % del total de población comprendida entre estos dos tramos de edad tienen un empleo). Esta afirmación resulta obvia pues sin disponibilidad de tiempo no puede haber participación o, si existe, es muy limitada. Se trata, empero, de una condición que no determina ni los usos del tiempo ni su intensidad.

- 2) Del conjunto de variables dependientes o expectativas de futuro (como son las percepciones sobre el valor de experiencia, de la importancia de involucrarse en actuaciones colectivas o de creer que se ocupa un papel importante en la sociedad) e independientes (en particular, las variables de edad, género, estudios e ingresos, que discriminan en favor de unas u otras preferencias de participación).
- 3) De la adecuación que se produzca entre la oferta de actividades (de participación cívica, culturales y de ocio, voluntariado) y las demandas, preferencias y expectativas de las personas a las que se dirige, así como de los canales utilizados para conectar con las mismas.

La investigación trata, por tanto, de dar respuesta a la cuestión de la propensión participativa en el colectivo de 50 a 69 años indagando en la disponibilidad de tiempo y sus diferentes usos personales, familiares y sociales en relación con la edad, el género, los estudios y los ingresos. Para ello, como explicamos a continuación, nos basamos en una encuesta realizada para tal fin, mediante la cual nos aproximamos a una respuesta tentativa que, sin duda, no se agota con la encuesta. Con la encuesta trazamos un mapa de opiniones y actitudes sobre el uso del tiempo en su dimensión participativa.

Metodología

La metodología en que se basa este estudio es una combinación de análisis de fuentes secundarias y una encuesta dirigida a una muestra de 1.001 personas con edades comprendidas entre 50 y 69 años en el momento de realización de la encuesta (Mayo-Junio de 2012) que se ajusta al total de la población de esta cohorte de edad en relación con sus variables sociodemográficas más relevantes: sexo, grupos de edad quinquenal, relación con la actividad, estado civil y nivel de estudios.

Con el soporte de la encuesta, que constituye el núcleo central de la investigación, construimos como punto de partida los itinerarios de la jubilación y las distintas formas de participación social o uso del tiempo social en su diversidad y complementariedad. Las opiniones de las personas entrevistadas nos permiten trazar los perfiles de las prácticas sociales en la utilización del tiempo en cuidados y apoyos, ocio y formación y, finalmente, participación cívica.

La encuesta realizada ha sido aplicada, como decimos, a una muestra representativa de la población española no institucionalizada comprendida entre los 50 y los 69 años de edad mediante muestreo aleatorio estratificado según criterios de Comunidad Autónoma y hábitat. Se ha considerado clave en el estudio, y por tanto en la muestra, la relación con la actividad económica. Tanto en esta variable como en las de sexo, estado civil, edad y estudios, los porcentajes de las principales categorías son muy similares a los de la Encuesta de la EPA del 2º trimestre de 2012. El trabajo de campo fue realizado en los meses de mayo y junio de 2012 por la empresa Demométrica mediante entrevista telefónica asistida por ordenador.

Estructura del estudio

En la presente publicación se dedica un primer capítulo a la descripción del contexto general y características del fenómeno del envejecimiento demográfico en España. También se analizan sintéticamente las políticas de envejecimiento promovidas por la UE y se hace un recorrido sucinto sobre el desarrollo de las políticas públicas que promueven el envejecimiento activo en España desde 1992 hasta la actualidad.

En el capítulo segundo se analiza el tránsito de la actividad a la jubilación y cómo se percibe por las personas entrevistadas dicha transición o transiciones, cómo se construye el tiempo social e individual de la jubilación, el significado de la edad y las expectativas asociadas a la nueva etapa, que son muy diferentes de las que se producen durante la época de ocupación laboral. Es decir, tratamos de conocer, comprender y describir las características del tiempo de la jubilación en una fase vital que supone nuevas oportunidades de bienestar individual y familiar pero, a la vez, nuevos usos del tiempo personal y cívico.

A partir del análisis de este doble contexto general (envejecimiento) y específico (jubilación) del envejecimiento activo se analizan las tres formas concretas en que se traduce la actividad participativa en las dimensiones analizadas y que constituyen los ejes de nuestra investigación: el tiempo de cuidados y otros apoyos informales, el tiempo lúdico-formativo y el tiempo cívico. Tres tiempos que hemos seleccionado como centrales en este estudio si bien, y este es su pretendido valor añadido, privilegia, analiza y desarrolla con mayor detenimiento el tiempo cívico (latente o manifiesto) de este grupo de población y el desarrollo del voluntariado.

En efecto, el objetivo final de este estudio es poner de manifiesto el potencial de participación cívica de las personas que todavía no han

llegado a la jubilación o se encuentran en los primeros años de la misma, subrayando su valor e importancia para el diseño de nuevas políticas públicas de envejecimiento, no en su versión instrumental, pues no se trata de abaratar costes del Estado de Bienestar a través del voluntariado social, sino de promover una sociedad más cohesionada e inclusiva.



Colección
Estudios de la Fundación

Envejecimiento demográfico y políticas de Envejecimiento Activo

En este capítulo se analiza de manera sintética el contexto sociodemográfico del envejecimiento activo en España y en la Unión Europea en el que han cristalizado nuevas pautas de reproducción y solidaridad intergeneracional. Por otra parte, trazamos un esquema del desarrollo de las políticas de envejecimiento activo en España desde 1992, año de aprobación del primer Plan Gerontológico Nacional, que constituye el punto de partida de las políticas públicas de envejecimiento en España. Con ello tratamos de destacar la idea de que el envejecimiento activo es tanto la expresión del cambio sociodemográfico como el resultado de políticas dirigidas a la gestión proactiva de la nueva dinámica social y de sus impactos sociales, económicos e institucionales.

1.1 Dinámica del envejecimiento en España

No pueden abordarse políticas y programas de participación social de las personas mayores de hoy y de las de mañana sin tener en cuenta la base socio-demográfica en que se incardinan y, sobre todo, la dinámica que afecta a dicha base que, en el caso de España, tiene rasgos muy concretos que, no por conocidos, deben dejar de ser destacados como paso previo al análisis de los perfiles de las prácticas sociales participativas de la población estudiada.

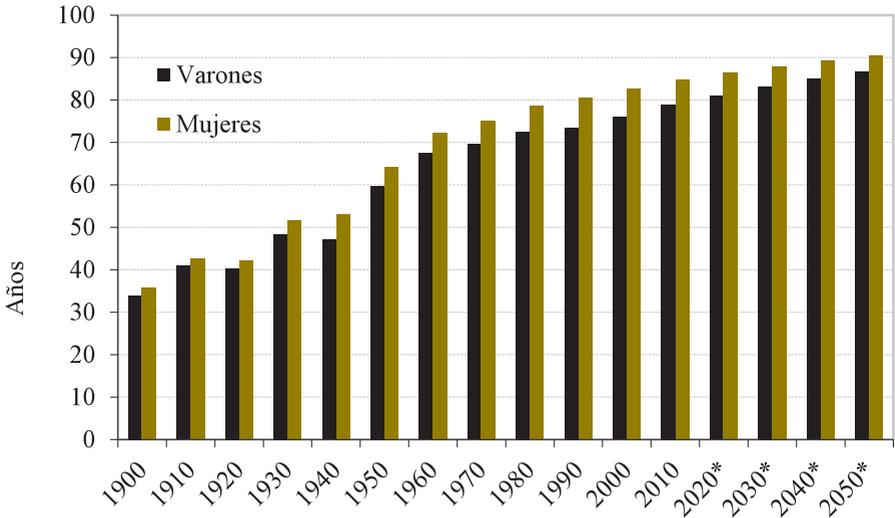
En el análisis del envejecimiento de la población confluyen diferentes perspectivas y enfoques, unos problematizando su significado para el futuro de las sociedades modernas, otros desde posiciones contrarias que enfatizan que el envejecimiento “no es el problema a combatir, sino una mejora social sin precedentes con la que conviene aliarse y de la que se pueden obtener ventajas” (Pérez Díaz et al, 2012). Pero lo que resulta palmario es que este fenómeno tiene una especial repercusión en la estructura demográfica, el mercado de trabajo y la jubilación, la salud, las

condiciones de vida y la participación social, tal como nos recuerda la Comisión Europea con motivo del Año del Envejecimiento Activo y de la Solidaridad intergeneracional (Comisión Europea, 2011).

Diferentes trabajos han dado cuenta detallada de dicha dinámica (Abellán et al, 2011) y su relación con los estilos de vida de las personas mayores y, en general, con los usos del tiempo (Barrio, 2007) en el marco de una sociedad que algunos autores han denominado anciana (Bazo, 1990) pero que es profundamente cambiante en cuanto a formas de vida, estilos de consumo y adaptación al cambio social y familiar (Pérez Ortiz, 2006).

El envejecimiento de la población es fruto de un conjunto de cambios relacionados tanto con la mejora de las condiciones de salud como demográficos, económicos y culturales. Su explicación no solo reside en las extraordinarias ganancias en la esperanza de vida al nacer (ver Gráfico 1.1.), que se ha más que duplicado en los últimos cien años, aunque su crecimiento inevitablemente se ralentice y se esté reduciendo la diferencia existente entre hombres y mujeres. Asimismo hay que tener en cuenta que este proceso de envejecimiento tiene su contrapartida y aceleración en la caída abrupta de la fecundidad por debajo del nivel de reemplazo debido a cambios profundos en la mentalidad y prácticas sociales de la mujer española respecto a la natalidad en las que confluyen nuevas formas de moral, de trabajo y estilos de vida.

También se explica el fenómeno del envejecimiento en base a cambios demográficos de nuevo tipo, como ha sido la gran oleada de inmigración que ha tenido lugar en España y que ha amortiguado en los últimos decenios el agudizamiento del envejecimiento de nuestra pirámide: si en 1981 la población extranjera censada en nuestro país era de 198.042, esa cifra llegó a alcanzar en 2010 las 5.747.734 personas. Al tiempo, esta llegada de jóvenes inmigrantes ha hecho posible la actividad de cuidados



(*) Proyecciones

Fuente:

Años 1900-1998. INE. Anuario estadístico de España 2004. Demografía.

Años 2000-2010. INE. Análisis y Estudios demográficos. Indicadores demográficos básicos.

Años 2020-2050. INE. Cifras de población y Censos demográficos. Proyecciones a largo plazo (Consulta noviembre 2012).

Gráfico 1.1. Esperanza de vida al nacer por edad y sexo, 1900-2050

en casa evitando la institucionalización y manteniendo el control familiar de los mismos, sobre todo por una parte importante de las mujeres trabajadoras de clase media, mediante un sistema vicario de cuidados. La inmigración, pues, no solo retroalimenta la pirámide de población con un nuevo aliento en la tasa de fecundidad sino que también está permitiendo la transición hacia un modelo de cuidados en el hogar, sobre todo de atención a personas en situación de dependencia, en el que se dan nuevas combinaciones de cuidados y control familiar y, a la vez, se crean nuevos excedentes de tiempo que fundamentalmente se utiliza para la incorporación o mantenimiento de las mujeres nativas en la esfera laboral.

Pero los factores institucionales y culturales son también clave y recorren todas las edades. La universalización de la atención sanitaria y la extensión de los servicios sociales y de atención a la dependencia han permitido mejoras en la calidad de vida de los ciudadanos mayores. Por otra parte, con el envejecimiento de la población y una mayor esperanza de vida, unido a otros factores económicos y tecnológicos, toda la estructura de edades se ve afectada, de modo que es posible ampliar en algunos casos la vida laboral y planificar un período de vida sin la obligación de trabajar de más de veinte años de duración. Del mismo modo, un horizonte de vida más largo permite, en unión de otros factores que lo determinan relacionados con el mercado laboral, una extensión mayor de la etapa educativa posponiendo la edad de entrada en el mercado de trabajo de las nuevas generaciones.

Los factores culturales son también muy relevantes y se relacionan directamente con nuevos estilos de vida y de consumo asociados a una sociedad más rica y estable de la que han podido beneficiarse las personas mayores, parte de las cuales proceden de una España autárquica y pobre. Una mayor individualización y autonomía personal, la liberación parcial de la carga del trabajo doméstico, las nuevas posibilidades de formación y una moral más secularizada contribuyen a forjar una mirada más liberadora y autónoma de una parte de las personas mayores.

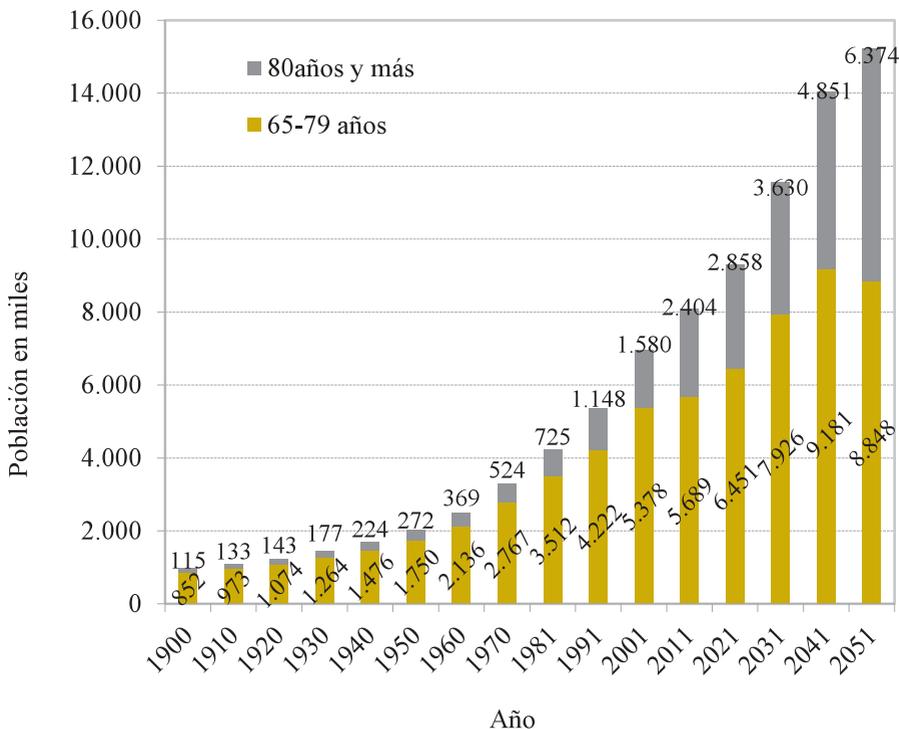
Su concreción en los procesos de envejecimiento individual dependen tanto de la generación o cohorte donde se integran los individuos como de los condicionantes ocupacionales, ingresos y modos de vida que los diferencian entre sí. Así, la experiencia común del envejecimiento se vivirá de manera diferente por los nacidos al final de la década de los años 40 del siglo XX que por los nacidos en la década de los 60 de dicho siglo (los

llamados babyboomers). Este último grupo, nacido en el seno de la naciente sociedad de consumo española desarrollará su juventud y madurez bajo el Estado de Bienestar y llegará a la jubilación entrada ya la década de los años 20 del presente siglo, justo en el momento histórico en que coincidirán un volumen creciente de población de 65 y más años y la consolidación de nuevas formas de solidaridad intrafamiliar (cadenas de apoyos de varias generaciones) e intergeneracional (reformulación del pacto intergeneracional en una u otra dirección sociopolítica), siendo este último un cambio que afectará a la estructura y dinámica del sistema de protección social, es decir, a la seguridad económica y a la atención social y sanitaria.

En 2011 la población de 65 y más años alcanzaba un volumen de algo más de 8 millones de personas, el 17,2% de la población española, con una presencia mayoritaria de mujeres (57,4%) y con un peso relativo muy importante de la población de 80 y más, casi un tercio de las personas mayores (2.404.094). Uno de los cambios más relevantes que revelan las últimas proyecciones demográficas del INE (2012) es precisamente que la tasa de dependencia de la población de 65 y más años¹ superó a la de menores de 16 en el año 2000 y llegará casi a triplicarla a mitad de siglo. El peso relativo del grupo de 65 y más años proyectado al 2051 se estima en un 37% de la población española. Las generaciones nacidas en la etapa del desarrollismo (1959-1975) son las que aportarán un volumen particularmente elevado a este grupo de población.

Por otra parte, el envejecimiento se extiende a edades cada vez más elevadas, lo que ha sido llamado envejecimiento del envejecimiento. Si la evolución de la población mayor de 80 años constituye un verdadero reto

¹ «La Tasa de Dependencia se define como la relación (en tanto por cien) existente entre la población que no está en edad de trabajar (por ser menor de 16 años o mayor de 64) y la población que sí lo está. La Tasa de Dependencia de la población mayor de 64 años es el cociente entre la población mayor de 64 años y la población de 16 a 64 años, expresado en tanto por cien. » (INE, 2012 a)



* De 1900 a 2012 los datos son reales; de 2021 a 2049 se trata de proyecciones

Fuente: Portal Mayores: INE: INEBASE: 1900-1991: Cifras de población. Series históricas de población.

2001-2011: Revisión del Padrón municipal.

2021-2051: Proyecciones de la población a largo plazo. Consulta en noviembre 2012.

Gráfico 1.2. Evolución de la población mayor, 1900-2051. Miles de personas

ya en la actualidad, éste se agudizará en los años venideros, pues la previsión que estamos analizando vaticina que en el año 2051 la proporción de mayores de 80 sobre el total de mayores de 65 será casi del 42%, 12 puntos más que en 2011 (ver Gráfico 1.2). Las estimaciones para 2051 nos invitan a ser prudentes pero el horizonte que nos presentan

	Ambos sexos	Hombres	Mujeres
A los 50 años	33,5	30,8	36,0
A los 60 años	24,6	22,3	26,8
A los 70 años	16,4	14,6	17,9
A los 80 años	9,3	8,3	10,1

Fuente: INE:IneBase: Análisis y estudios demográficos, Tablas de mortalidad. 2012.

Tabla 1.1. Esperanza de vida a los 50, 60, 70 y 80 años por sexo, 2010.

obliga a pensar en políticas combinadas de prevención de la discapacidad y de la dependencia, nuevas formas de atención social y sanitaria, nuevas combinaciones entre la atención formal e informal y en la definición y reorganización del tiempo que las personas jubiladas podrán dedicar a los cuidados, el ocio, la formación y participación. La edad de 65 años, como norma de jubilación, ha sido alterada por la Ley 27/2011, de 1 de agosto, sobre actualización, adecuación y modernización de la Seguridad Social, al fijarse en los 67 años, lo que parece ajustado y necesario porque, además, la edad efectiva de retiro laboral en la actualidad no se corresponde con la dinámica de las edades sociológicas.

Con una expectativa media de esperanza de vida a los 65 años en torno a 20 años o más el diseño o plan de vida de las personas mayores ha cambiado radicalmente respecto de los últimos veinte años. Dicho de otra manera, la expectativa de vida tras la jubilación se ha incrementado notablemente y, con ello, se han ganado años de vida al servicio de la autonomía de las personas y, potencialmente, del desarrollo participativo. Como puede observarse en la Tabla 1.1, la esperanza de vida en España a diferentes edades a partir de los 50 años constituye un indicador muy expresivo del amplio horizonte vital con el que contamos para desarrollar nuestro proyecto de vida durante muchos años más allá de la cincuentena.

	Al nacer				A los 65 años			
	EV		EVLD		EV		EVLD	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
EU 27	:	:	61,7	62,6	:	:	8,7	8,8
Bélgica	77,6	83,0	64,0	62,6	17,6	21,3	10,4	9,7
Bulgaria	70,3	77,4	63,0	67,1	13,6	17,0	8,8	9,9
Republica Checa	74,5	80,9	62,2	64,5	15,5	19,0	8,5	8,8
Dinamarca	77,2	81,4	62,3	61,4	17,0	19,7	11,8	12,8
Alemania	78,0	83,0	57,9	58,7	17,8	20,9	6,9	7,1
Estonia	70,6	80,8	54,1	58,2	14,2	19,4	5,3	5,5
Irlanda	78,7	83,2	65,9	67,0	18,1	21,1	11,1	11,2
Grecia	78,4	82,8	66,3	67,7	18,5	20,4	8,8	8,1
España	79,1	85,3	64,4	63,9	18,6	22,7	9,6	8,9
Francia	78,3	85,3	61,8	63,5	18,9	23,4	9,0	9,8
Italia	:	:	67,3	67,3	:	:	10,1	9,9
Chipre	79,2	83,9	65,1	64,2	18,3	21,0	10,2	8,1
Letonia	68,6	78,4	53,5	56,7	13,3	18,2	4,9	5,6
Lituania	68,0	78,9	57,8	62,4	13,5	18,4	6,3	6,7
Luxemburgo	77,9	83,5	64,4	66,4	17,3	21,6	10,5	12,4
Hungría	70,7	78,6	56,3	58,6	14,1	18,2	5,4	5,9
Malta	79,2	83,6	70,2	71,6	18,4	21,1	12,0	11,9
Países Bajos	78,9	83,0	61,3	60,2	17,7	21,0	9,4	9,5
Austria	77,9	83,5	59,5	60,7	17,9	21,4	8,5	7,9
Polonia	72,1	80,7	58,5	62,3	15,1	19,5	6,7	7,5
Portugal	76,7	82,8	59,3	56,6	17,1	20,6	7,1	5,7
Rumania	70,1	77,6	57,5	57,5	14,0	17,2	5,9	5,0
Eslovenia	76,4	83,1	53,4	54,6	16,8	21,0	6,6	7,2
Eslovaquia	71,7	79,3	52,4	52,1	14,0	18,0	3,3	2,8
Finlandia	76,9	83,5	58,5	58,2	17,5	21,5	8,8	8,9
Suecia	79,6	83,6	71,7	71,1	18,3	21,2	14,1	15,5
Reino Unido	78,7	82,6	65,0	65,6	18,3	20,9	10,9	11,8

*EVLD: número medio de años de vida que un individuo esperaría vivir sin discapacidad en una población determinada a una edad dada si se mantuvieran las actuales tasas de mortalidad y las actuales prevalencias incapacidad, por edad que se observan en dicha población. (Más información: http://epp.eurostat.ec.europa.eu/cache/ITY_SDDS/en/hlth_hlye_esms.htm)

Fuente: Eurostat: Statistics, Population and social conditions, Public health, Database, 2012.

Tabla 1.2. Esperanza de vida libre de discapacidad (EVLD)* al nacer y a los 65 años por sexo, 2010

No obstante, ese excedente de tiempo no es vivido siempre en óptimas condiciones de salud ni en plenas capacidades; indicadores como la esperanza de vida en buena salud o la esperanza de vida libre de discapacidad confieren complejidad al análisis del fenómeno de la longevidad. Ciertamente es que se vive más tiempo, pero también que los últimos años en la vejez se viven en peores condiciones de salud, sobre todo en el caso de la población femenina.

Según los datos de Eurostat para España la esperanza de vida libre de discapacidad en 2010 estaba en torno a los 64 años, es decir, unos 15 años menos del promedio esperado de vida para los hombres y 21 menos en el caso de las mujeres (Tabla 1.2). Vemos así cómo la diferencia de años en favor de las mujeres, que reiteradamente aparece en los cálculos de expectativa de vida, se reduce de manera importante e incluso se invierte cuando se trata de analizar los años vividos sin problemas de salud severos o moderados. Este patrón se repite en todos los países de la Europa de los 27.

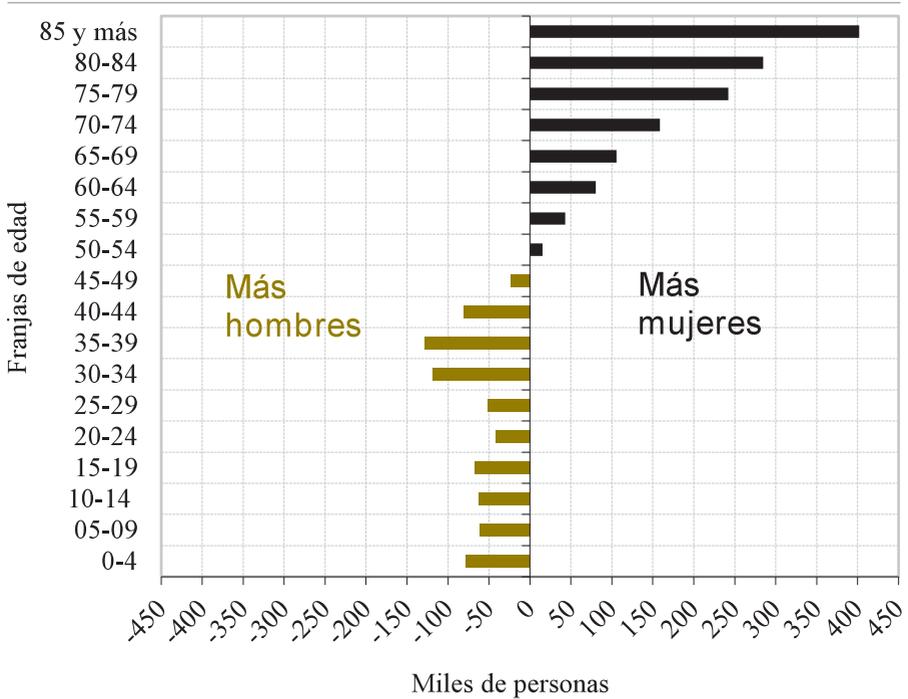
Una vez cumplidos los 65 años, las diferencias por sexo en nuestro país son, si cabe, más reveladoras: se calcula que los hombres aun vivirían un promedio de 19 años, de los cuales la mitad (9,6) podrían disfrutarse en buena salud. Sus coetáneas tendrían por delante un periodo más largo de vida (22,7 años), sin embargo, tan sólo dos quintas partes (8,9 años) de este lapso se vivirían, de media, libres de discapacidad. Las mujeres son más longevas, pero ese saldo positivo respecto a los varones se produce a expensas de años vividos en situación de discapacidad o dependencia.

En base a estos datos de Eurostat las perspectivas que se dibujan para la salud de las personas mayores varían mucho de unos lugares a otros. En países como Irlanda, Reino Unido, Luxemburgo, Malta, Dinamarca o Suecia un individuo de 65 años puede vivir de media al menos otra década

en buenas condiciones de funcionalidad; en el otro extremo estarían países como Hungría, Rumanía, Estonia, Letonia o Eslovaquia donde la esperanza de vida libre de discapacidad una vez cumplidos los 65 años es inferior a 6 años. Podemos encontrar a España en la mitad superior de dicho ranking.

Prever el futuro es el mejor modo de enfrentarnos al mismo y reducir en parte la incertidumbre que genera. Una forma adecuada de definir las tendencias en participación social de las personas mayores es indagar las opiniones, motivaciones y expectativas de los grupos de población previos a edad de la jubilación o con experiencia reciente de la misma. En 2011 el colectivo de personas entre 50 y 59 años estaba constituido por 5,8 millones de personas y el de 60-69 por 4,6 millones más. Estudiamos, pues, un segmento poblacional de más de diez millones de personas, que se considera clave conocer para comprender el proceso de envejecimiento y prever su evolución futura. Coincidimos así con algún otro estudio transversal y también con otros de diseño longitudinal, y en especial el *Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe* (SHARE), aplicado en diez países europeos, incluida España, a una muestra de personas mayores de 50 años, habiéndose comenzado a aplicar en 2004. Algunos de nuestros resultados serán contrastados y comparados con los que se van obteniendo en las primeras oleadas del SHARE, como iremos viendo más adelante.

Es justamente a partir de los 50 años, tal y como puede observarse en el gráfico 1.3, cuando la diferencia entre el número de mujeres y hombres no deja de crecer en favor de las primeras hasta encontrar una diferencia de cerca de 402.000 mujeres más que hombres en las cohortes más ancianas, o expresado de otro modo, 46 hombres por cada 100 mujeres de 85 y más años. Esto supone que hablar del envejecimiento es

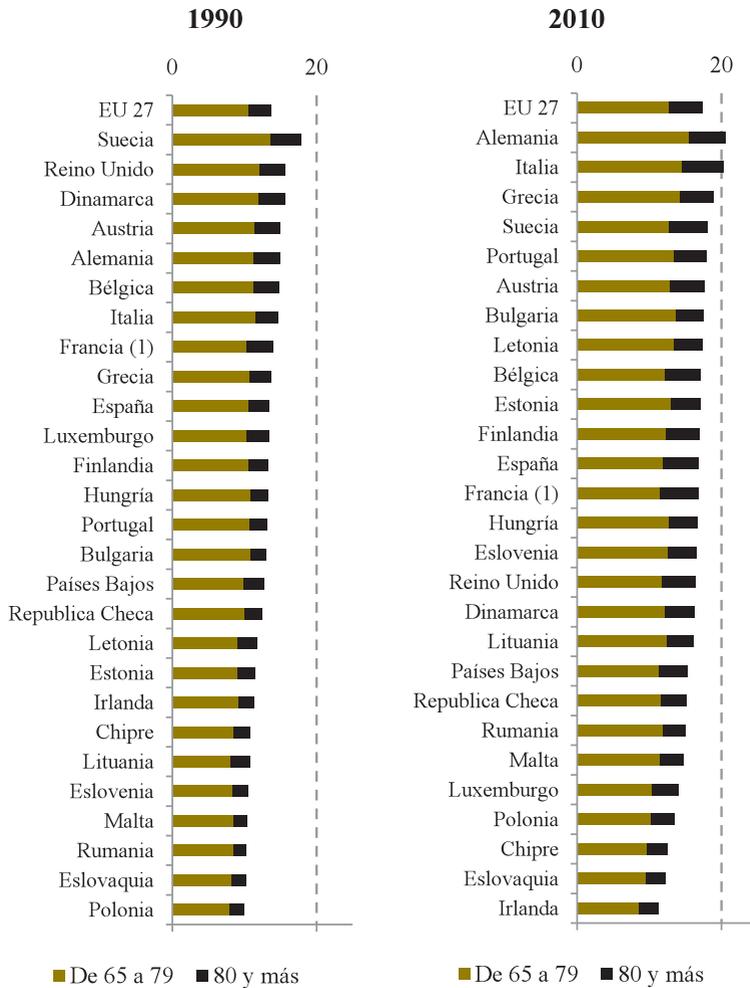


Fuente: Portal Mayores. INE: INEBASE. Avance del Padrón municipal a 1 de enero de 2011. Consulta en septiembre de 2011

Gráfico 1.3. Diferencia entre la población de hombres y mujeres por franja de edad, 2011

referirnos en mayor medida a mujeres, cuyas actividades en materia de formación, empleo, cuidados y ocio son muy diferentes a las de los hombres. Por ello nos interesa contrastar no solo la diferencia entre las edades sino también la de género por su importancia en la organización y uso del tiempo social de las personas mayores.

La estructura por edad de la población española está cambiando rápidamente, al igual que ocurre en los países de nuestro entorno; si bien



(1): Excluye los departamentos de ultramar

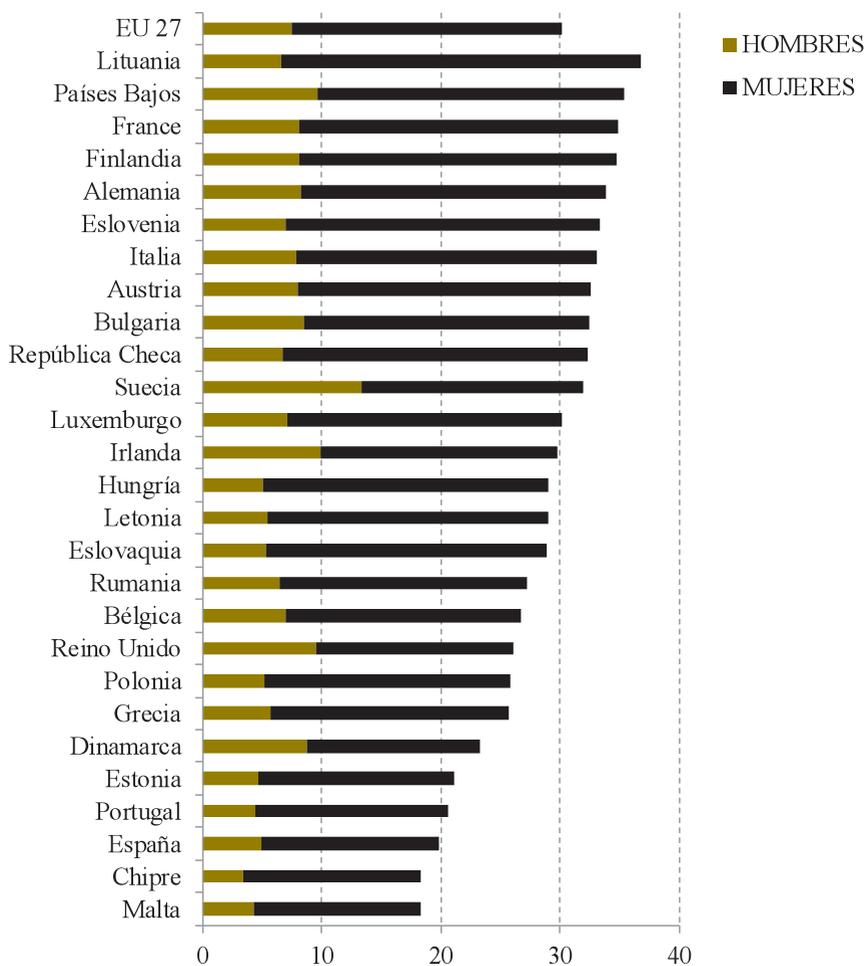
Fuente: Eurostat (2012). Active ageing and solidarity between generations. A statistical portrait of the European Union 2012 y Eurostat: Statistics, Population and social conditions, Population.

Gráfico 1.4. Peso de la población mayor sobre el total de la población a 1 de Enero, 1990, 2010 (porcentajes sobre el total de la población)

es cierto que existen diferencias entre unos y otros (ver gráfico 1.4), como resultado de la interacción de fenómenos demográficos con otros factores sociales y culturales, como los estilos de vida o los sistemas de provisión de servicios sociales y sanitarios. (Eurostat 2011, INE 2012)

Las cifras de Eurostat reflejan que en 2010 la población de la UE-27 era de 501,1 millones de personas; de ellos, unos 87,1 millones eran mayores de 65 años, o si se prefiere el 17,4%. Estas cifras suponen un considerable aumento respecto de las que se obtenían 20 años antes; en concreto, el peso de la población mayor respecto del total aumentó 3,7 puntos porcentuales. El crecimiento fue particularmente rápido en Eslovenia, Alemania, Italia, los Estados Bálticos miembros y Grecia, donde el porcentaje de personas mayores creció al menos 5 puntos porcentuales. Por otro lado Dinamarca, Reino Unido, Luxemburgo y Suecia apenas han experimentado un incremento en cuanto al peso de las personas mayores. Irlanda es el único país miembro que redujo esta proporción (aunque apenas una décima). España estuvo y se mantiene cerca de la media europea, habiendo pasado de un 13,4% en 1990 al 17,1% en 2010.

Una de las notas importantes a la hora de caracterizar a la población mayor de 65 años es la relativa a las modalidades de convivencia. Aunque la mayoría viven en pareja y algunas bajo fórmulas de tipo multigeneracional en su casa o en la de sus hijos, un dato a destacar es el importante crecimiento de los hogares unipersonales y, en consecuencia, el porcentaje de personas mayores que viven solas, que es una tendencia general en las sociedades desarrolladas y también en la española, si bien a considerable distancia aún de los indicadores que se registran en muchos países de nuestro entorno. Los datos de Eurostat señalan que en 2011 el 20% de las personas mayores en España vivían solas; sólo Malta y Chipre obtienen porcentajes inferiores. En el otro extremo se encuentran



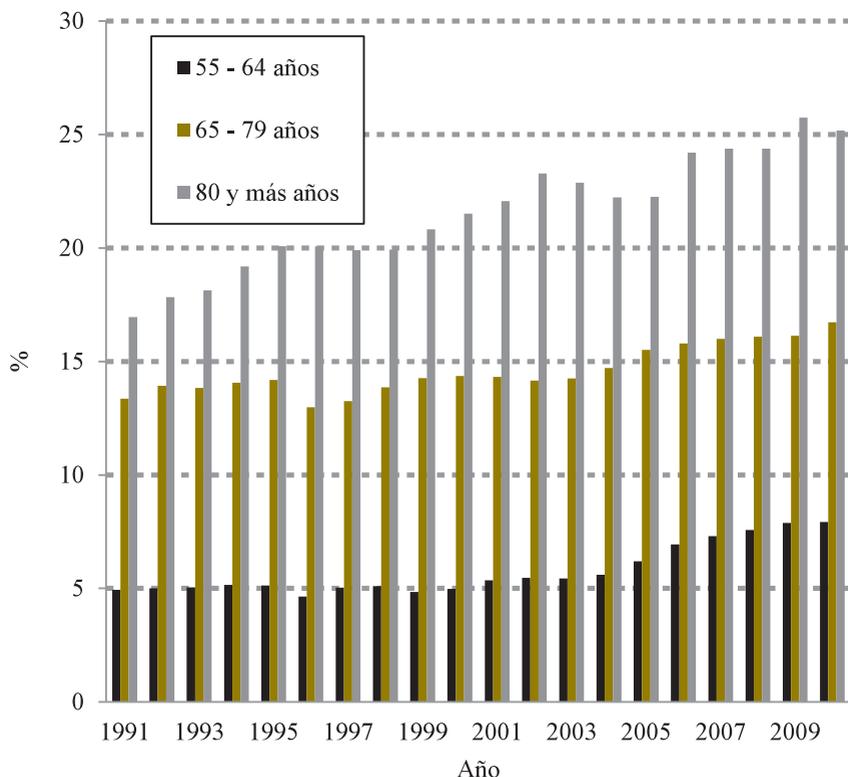
Fuente: Eurostat: Population and social conditions, Labour Market (including the Labour Force Survey), Employment and unemployment (LFS), Database.

Gráfico 1.5. Población de 65 y más años que vive sola por sexo, 2011
(porcentajes sobre el total de población de 65 y más años)

países como Lituania, Francia y Países Bajos, donde la proporción de hogares unipersonales entre las personas mayores supera el 35% (Gráfico 1.5). Además, la inmensa mayoría de estos hogares están compuestos por mujeres, lo que se explica por dos fenómenos confluyentes; por una parte, la mayor esperanza de vida de las mujeres hace que éstas tengan más riesgo que los varones de perder a su pareja lo que las aboca a vivir en solitario, pero ello se agudiza por la pauta cultural dominante de que las mujeres suelen ser algunos años más jóvenes que sus parejas.

Pese a ser España uno de los países con menores tasas de soledad entre la población mayor, dicha cifra se ha incrementado de manera manifiesta en los últimos 20 años, y muy especialmente entre la población octogenaria: si a principios de la década de los 90 alrededor de un 17% de las personas con 80 o más años vivían solas, en 2010 la proporción alcanza a una de cada cuatro. Y si es cierto que vivir solos o solas no implica necesariamente que las personas experimenten sentimientos de soledad ni que estén aisladas, también lo es que la relación entre vida en solitario y soledad tiende a acentuarse con la edad y en situaciones en las que las relaciones sociales se deterioran o desaparecen (López Doblas, 2005). Así en 2010 entre las personas de 65 a 79 años la vivencia en solitario afectaba al 9,2% de los hombres y al 23,0% de las mujeres, pero dichos porcentajes se elevan para el segmento de 80 y más años al 13,4% y 31,7% respectivamente, justamente cuando existen más probabilidades de desarrollar situaciones de fragilidad o de dependencia (Gráfico 1.6).

El hogar familiar es, como aparece recurrentemente en las encuestas de condiciones de vida de las personas mayores, su espacio vital preferido y donde prefieren residir aun en condiciones de fragilidad y soledad (la última, IMSERSO, 2010). Así, las redes familiares de relación y cuidados siguen teniendo un papel central y recorren varias generaciones con nuevas formas de gestión de la escasez de efectivos, que aún siguen



Fuente: INE: INEBase: Análisis sociales. Indicadores sociales 2011 (Publicado 31 mayo 2012)

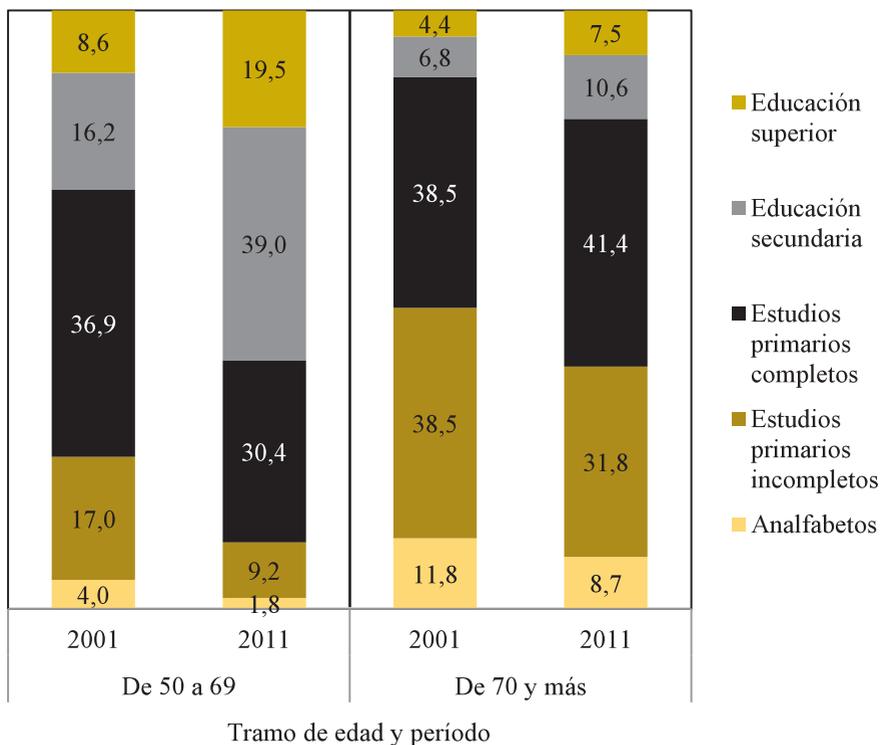
Gráfico 1.6. Porcentaje de personas que viven solas por grupos de edad, 1991-2010 (porcentajes sobre el total de población de cada grupo de edad)

recayendo sobre las mujeres. Se han ido desarrollando nuevas redes de cuidados en las que se combinan abuelas/abuelos, hijas/hijos y mujeres inmigrantes y se modula la interrelación familiar entre generaciones huyendo de la institucionalización a la que se tiende a optar en situaciones muy concretas (insuficiencia de relaciones familiares y de posibilidad de apoyo y enfermedades altamente invalidantes).

Por otra parte, de los resultados de la misma encuesta entre personas mayores de 65 años (IMSERSO, 2010) se apunta, en mayor medida de lo que aparecía en estudios transversales anteriores, la opción de las personas mayores por la autonomía también en las decisiones sobre sus estilos de vida. Esa tendencia se acentúa con contundencia en los resultados de nuestra encuesta a personas entre 50 y 69 años, como se verá a lo largo de los capítulos siguientes. Se trata del cambio por excelencia a la hora de analizar la participación social de este grupo de edad: el uso del tiempo de manera libre aunque esté condicionado por los compromisos y obligaciones que conllevan los cuidados de nietos y personas en situación de dependencia.

Lo que destacamos aquí es que los cambios demográficos y los cambios sociales, en este caso relacionados con estilos de vida y relaciones familiares, forman parte de una misma realidad. La demografía, como es sabido, no determina la dinámica del cambio social al igual que ésta no se adapta mecánicamente a la primera. Entre ambas se dan relaciones de condicionalidad. En este sentido el cambio demográfico no ha supuesto, como algunos vaticinaron, la crisis del sistema de cuidados y apoyo familiar sino la creación de pequeñas redes de varias generaciones, hasta cuatro, mediante las cuales se da respuesta a las necesidades de apoyo y cuidados de sus miembros y que estructuran de manera novedosa las relaciones intrafamiliares: es la llamada verticalización de la familia (Abellán et al, 2011).

El cambio en favor de la autonomía de las personas mayores que se ha apuntado ha sido posible al confluir diferentes factores como son la garantía de rentas del sistema público de pensiones, la gratuidad del sistema sanitario (hoy en proceso de recorte en lo tocante a la prestación farmacéutica) y la oferta de servicios sociales. Una autonomía también apoyada en una mayor individualización de las expectativas y un nivel de



Fuente: Ine: IneBase: Encuesta de población activa. Resultados anuales.

Gráfico 1.7. Nivel de instrucción alcanzado por tramos de edad, 2001-2011
(porcentajes sobre el total de población de cada tramo)

formación cuyo cambio positivo se observa sobre todo cuando comparamos el grupo de población de 50-69 años, que es el estudiado por nosotros, con el de 70 y más (ver Gráfico 1.7). En conjunto, el porcentaje de este colectivo que tenía estudios secundarios y superiores en 2001 (24,8%) se ha más que duplicado en 2011 (58,5%). Y con una extensión y mejora de la formación tan llamativa, las expectativas y exigencias de autonomía, calidad de vida y participación aumentan potencialmente si

bien su desarrollo depende de la movilización de la sociedad y del papel de las políticas públicas.

La mejora de la seguridad económica, la apuesta de las personas por modos de vida ajustados a sus necesidades individuales y el creciente nivel de formación de la población que hemos encuestado suponen que el modelo de uso del tiempo haya cambiado progresivamente y que, por ejemplo, el centro social de mayores esté dejando de ser el espacio social central para el encuentro personal, la acción cultural y el ocio. Una creciente pluralidad en el uso del tiempo y en las modalidades y espacios preferidos se está abriendo camino en favor de formas de participación en las que se combinan al mismo tiempo individualización y acción cívica, autonomía personal y formas de acción participativa que entremezlan el voluntariado asistencial y cultural con nuevas formas de desarrollo de la ciudadanía.

Es en este contexto de cambio socio-demográfico en el que aparece lo que se denomina como economía relacional (Rodríguez Cabrero, 2011) cuyo desarrollo tiene lugar en tres niveles complementarios: economía relacional familiar o de cuidados; economía relacional de carácter recreativo, formativo y cuidado de la salud; y economía relacional de carácter cívico y solidario. La información de las Encuestas de Empleo del Tiempo del INE (2002-2003 y 2009-2010) nos muestra claramente la jerarquía en el uso del tiempo de la población mayor: la importancia predominante del tiempo relacional recreativo, seguida del tiempo relacional doméstico (prácticamente al mismo nivel) y, finalmente, del relacional cívico y solidario.

En resumen, el envejecimiento de la población española nos sitúa ante una doble realidad. Por una parte, ante el hecho de que a largo plazo la población mayor de 65 años podrá llegar a tener un peso del 37% en el

conjunto de la población española con lo que ello implica en cuanto a organización social y gestión de los recursos (INE, 2012, a). Por otra parte, este proceso de cambio supone la adopción de nuevas estrategias de solidaridad intrafamiliar e intergeneracional en cuanto a ayudas, consumo y ocio y participación cívica. Una mayor esperanza de vida y el aumento del tiempo disponible después de la jubilación están diversificando el tiempo de las personas mayores que, en función de variables como los estudios e ingresos, combinan de manera diferenciada el tiempo de cuidados, el tiempo de ocio y el tiempo cívico, que son los que analizamos en este estudio, aunque prestaremos una atención más detenida al último de los citados, el tiempo cívico, tratando de explorar de manera especial su posible extensión y contenidos.

1.2 El envejecimiento en el contexto de la UE

España forma parte del conjunto de países de la UE caracterizados por un intenso envejecimiento de la población. El impacto de este fenómeno es contemplado por sus instituciones, sobre todo por la Comisión Europea, desde diferentes perspectivas, en la medida en que confluyen en la UE diferentes regímenes de bienestar con enfoques distintos en cuanto a la orientación de las políticas de envejecimiento. Se articulan así, a través de los entramados institucionales de bienestar, las ideas e intereses, las ideologías y las demandas sociales existentes en cada régimen de bienestar (Moreno, 2009).

Las ideas e ideologías sobre el envejecimiento no son neutras, tienen un impacto profundo y articulan intereses materiales muchas veces enfrentados. Simplemente confrontar de manera esquemática la visión del envejecimiento como carga social y económica o como oportunidad y desarrollo social nos conduce a contraponer, por ejemplo, las ideas del supuesto enfrentamiento intergeneracional por los recursos escasos frente

a las de la solidaridad intergeneracional. Tal contraste teórico-ideológico nadie lo plantea en puridad ya que la realidad es lo suficientemente compleja como para que se den combinaciones variadas de ideas que articulan en mayor o menor medida ambas visiones del envejecimiento. Lo que la Comisión Europea ha desarrollado en los últimos veinte años, a través de diferentes comunicaciones, es una línea de pensamiento que combina la incertidumbre del coste del envejecimiento con la oportunidad del valor añadido del mismo, con un mayor o menor peso de cada una de las dos opciones políticas en función de la correlación de fuerzas institucionales en el seno de la UE.

El paradigma del envejecimiento activo pretende desarrollar una definición más completa de lo que hasta su aparición se había venido denominando envejecimiento saludable, satisfactorio, competente o productivo, tratando de superar en un solo término las anteriores denominaciones, todas ellas enmarcadas en una concepción positiva del envejecimiento.

Las características del envejecimiento con éxito (*successful aging*) fueron descritas por Rowe y Khan (1998) como el que se produce cuando se reúnen en la persona una baja probabilidad de contraer enfermedades crónicas y discapacidades asociadas, el mantenimiento de una buena capacidad funcional y una implicación activa con la vida, entendida ésta como mantenimiento de actividades productivas y de vínculos relacionales con otras personas. Las políticas de promoción de la salud y de prevención de enfermedades llevadas a cabo en los últimos años en los países más desarrollados han fomentado los estilos de vida que propugna el modelo consiguiendo así el retraso, minimización o evitación de los efectos negativos que quiebran las posibilidades de envejecer de manera exitosa. Pero este modelo presenta algunas debilidades como es la jerarquización implícita de esos tres criterios, puesto que la implicación

activa está condicionada por el mantenimiento de una buena capacidad funcional y ésta, a su vez, requiere carecer de enfermedades y discapacidades asociadas a las mismas. De esta manera el envejecimiento exitoso, que puede y debe promoverse como de hecho se está haciendo con buenos resultados en las sociedades avanzadas, queda restringido a un número limitado de personas mayores, pues obviamente no todos pueden reunir durante todo el proceso de envejecimiento los tres criterios conjuntamente.

Es desde el campo de la psicología y, en concreto, en el contexto de las teorías del ciclo vital (*lifespan*) donde se viene aportando evidencias sobre la capacidad de ganancia y desarrollo de las personas como un atributo que se conserva a lo largo de toda la vida y que resulta esencial en la edad avanzada. Se trata de un proceso adaptativo de selección, optimización y compensación (SOC) mediante el que se mantienen los estados que resultan satisfactorios a la persona al tiempo que se minimizan las pérdidas que ocurren en mayor medida durante la vejez (Baltes y Baltes, 1990; Freund, 2008), aprovechando así de la manera más óptima los recursos que pueden disminuir con la edad. En esta línea, desde este ámbito de la psicología se están realizando contribuciones de interés a uno de los hallazgos de la investigación más importantes de las últimas décadas, cual es la plasticidad neuronal que permite que las personas optimicen sus capacidades físicas, cognitivas y emocionales, y que puedan continuar aprendiendo durante toda la vida (Fernández Ballesteros, 2011).

Otro modelo de envejecimiento positivo postula la necesidad de trasladar el foco de interés desde la actuación y búsqueda de la satisfacción individual al campo de lo social buscando la inclusión y participación de las personas en entornos comunitarios o cívicos con el propósito de contribuir

a alcanzar metas que constituyan mejoras de la sociedad. Se trata del denominado envejecimiento productivo, que se concreta en aquellas actividades, sean remuneradas o no, que llevan a cabo las personas mayores para producir bienes o servicios (Bass et al, 1993). Sin duda esta propuesta contribuye sobremanera a disminuir la imagen negativa y de carga social que muchas veces se presenta en las sociedades modernas al negar la improductividad de las personas mayores mediante el reconocimiento social de las aportaciones que realizan a la sociedad, ya sea porque algunas siguen participando en el trabajo retribuido, bien porque muchas cuidan de nietos y de personas en situación de dependencia y también porque otras se comprometen en acciones de voluntariado. La implicación en estas actividades socialmente productivas se asocia cada vez más con el mantenimiento de la capacidad funcional (Jung et al, 2010) así como con el bienestar subjetivo (Wahrendorf et al, 2006), pero estos beneficios individuales no suelen ser considerados clave a la hora de desarrollar actuaciones tendentes a su promoción.

Finalmente, surge el modelo de la generatividad en la vejez al que ya hemos aludido en la introducción, que busca comprender y analizar en qué consiste el “buen envejecimiento” aunando sus aspectos positivos individuales y los beneficios sociales que reporta. Se trata de desarrollar un concepto que ofrezca metas claras de desarrollo fundamentadas en las contribuciones de las personas mayores a los contextos sociales en los que participan y que, al mismo tiempo, enmarque esas contribuciones dentro de un esquema de desarrollo individual, de consecución de ganancias y beneficios personales que también sean posibles en la última etapa de la vida (Villar, 2012). En este sentido contamos con diversas líneas de investigación que se están llevando a cabo en los últimos años que parecen avalar el potencial del modelo de generatividad en la vejez (Schoklitsch y Baumann, 2012).

Retornando al concepto europeo de envejecimiento activo en lo que atañe a la participación social, está abierto a un debate en el que cabe encontrar visiones funcionalistas del mismo (ideas de retirada o pasividad de las personas mayores y de carga y alarma financiera) y visiones psico-socio-históricas (ideas de actividad, valor añadido y oportunidad social), así como posiciones intermedias – que son las dominantes – que reflejan los debates ideológicos y la diversidad de propuestas de la UE en materia de envejecimiento.

En la práctica, la tesis de que las personas mayores son un coste económico-financiero del envejecimiento se presenta ampliamente matizada por la idea fuerte de que aquéllas constituyen un grupo de población que aporta a la sociedad amplios cuidados informales, consumo y ahorro y, sobre todo, trabajo voluntario, lo que refleja la ambivalencia de la opinión pública europea que valora positivamente la aportación de las personas mayores a la sociedad a la vez que expresa una creciente preocupación por el impacto futuro del envejecimiento (Eurostat, 2012, b). A su vez, la tesis de la actividad y oportunidad se presenta matizada por la importancia que se da a la extensión de la vida laboral y una mayor asunción del coste vía formas privadas de financiación de las pensiones, la sanidad y los servicios sociales, que tienden a reducir el espacio de las políticas redistributivas cuyo papel intenta orillarse.

El barómetro especial 378 sobre Envejecimiento Activo (Eurostat, 2012, a) refleja la mirada que tienen los ciudadanos europeos sobre el fenómeno del envejecimiento y el papel de las personas mayores. Según esos resultados, las personas que han superado los 55 años de edad son percibidas de manera ampliamente positiva (61% de la población mayor de 15 años, que en el caso de España se reduce al 54%), se considera que juegan un papel crucial en el seno de la familia (82%), en la política

(71%), en los asuntos de la comunidad donde viven (70%) y en la economía (67%). Igualmente, se valora el tiempo de cuidados en el seno de los hogares y, por ello, se pide el reconocimiento por parte de los gobiernos bajo la forma de remuneración de los cuidadores, flexibilización en los horarios del trabajo para poder cuidar o en la extensión de licencias o permisos en el trabajo por razón de los cuidados a enfermos y personas con discapacidad. Por otra parte, más de la cuarta parte (27%) de las personas mayores de 55 años participan en organizaciones voluntarias de todo tipo.

Los puentes entre las diversas concepciones acerca de la solidaridad intergeneracional proceden de la idea de «sostenibilidad social» (Zaidi, 2011) que pretende combinar la sostenibilidad financiera de las pensiones y la atención sanitaria con la extensión de las actividades más relacionadas con la prestación de cuidados y acciones solidarias, concepciones que, como decimos, recoge la Comisión Europea en sus diferentes comunicaciones y estudios de opinión. Por parte de ésta, insistimos en ello, se ha desarrollado un enfoque *sui generis* del envejecimiento ya que en sus análisis vienen a coincidir enfoques teórico-ideológicos en los que prima la incertidumbre financiera sobre el sistema de pensiones y la atención socio-sanitaria con enfoques en los que el envejecimiento se contempla como la combinación de éxito social, la consolidación de sistemas de protección social que garantizan la satisfacción de necesidades de ingresos y acceso a los servicios sociales y sanitarios y, por último, como una oportunidad para hacer del mismo un verdadero envejecimiento activo mediante el que reconstruir la solidaridad intergeneracional con apoyos intrafamiliares, la economía relacional y la participación cívica.

Ello ha supuesto que la filosofía política del envejecimiento activo por parte

de la UE esté siendo una combinación de objetivos que en cierto modo son un reflejo de la influencia relativa de cada uno de los regímenes de bienestar existentes: sostenibilidad financiera (régimen anglosajón), solidaridad intergeneracional (régimen nórdico), activación y extensión de la vida laboral (régimen continental) y apoyo a la familia (régimen mediterráneo), si bien dentro de cada régimen los modelos nacionales varían entre sí en cuanto al peso de dichos objetivos.

Así, la Comunicación de 1999 *Hacia una Europa para todas las Edades* adopta un enfoque amplio en el que la respuesta al envejecimiento pasa por una combinación de políticas de promoción del empleo (alargar la vida laboral), políticas financieras (garantía del sistema público de pensiones mediante fondos privados complementarios), mejoras en la calidad sanitaria y de los servicios para la tercera edad y lucha contra la discriminación y la exclusión social.

Otras Comunicaciones de la Comisión Europea se centran en la variable de la eficiencia económica y sostenibilidad financiera del envejecimiento como sucede con la de 2006 sobre *El futuro demográfico: transformar un reto en una oportunidad* bajo el objetivo de lograr una Europa productiva y eficiente. En esta misma dirección o enfoque se encuentra el informe de la UE sobre cómo Abordar los efectos del envejecimiento de la población de la UE. Finalmente otras apelan al papel de la familia en los cuidados personales y a la conciliación de la vida personal, profesional y familiar como medio que facilite la solidaridad y el apoyo en el seno de las familias (Comunicación de 2007 sobre *Promover la solidaridad entre generaciones*) en línea con las obligaciones (países del régimen de bienestar continental) o compromisos morales (régimen mediterráneo) que la familia tiene con las personas mayores que precisan de cuidados personales o apoyo en general.

Esta pluralidad de perspectivas queda claramente sintetizada en la Decisión de 2011 del Parlamento Europeo y del Consejo de celebrar en 2012 el Año Europeo del Envejecimiento Activo y de la Solidaridad Intergeneracional creando sinergias con el Año Europeo de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (2010) y el Año Europeo de las Actividades de Voluntariado que Fomenten una Ciudadanía Activa (2011). En la Estrategia Europa 2020 para el desarrollo de un crecimiento inteligente, sostenible e integrador, de 2010, la Comisión Europea destaca la relevancia de la promoción de un envejecimiento activo y saludable de la población para mantener la cohesión social y aumentar la productividad. En el seno de esta Estrategia se encuentra la iniciativa emblemática de 2010: «Una agenda para nuevas cualificaciones y empleos: una contribución europea por el pleno empleo», en cuyo marco los Estados miembros deben promover políticas de envejecimiento activo.

Así, las políticas de envejecimiento forman parte de la nueva Estrategia 2020 de la UE, que destaca la idea de que es necesario desplegar completamente los sistemas de Seguridad Social y de pensiones para asegurar una renta adecuada y el acceso a la atención sanitaria, así como la reducción de la pobreza en un 25 por cien. Estas políticas tienen como marco de referencia general la solidaridad entre generaciones. Una solidaridad que no es rechazada, todo lo contrario, por los ciudadanos europeos que siguen viendo a las personas mayores como un activo, tal como puede verse en la Tabla 1.3. Reconocimiento que aparece compatible, no obstante, con la incertidumbre que se detecta en cuanto al futuro de la financiación del coste del sistema de pensiones y la atención sanitaria

El relativo pesimismo existente entre los ciudadanos de la UE sobre el devenir de los sistemas públicos de pensiones no se traslada, pues, a la

A) Sostenibilidad del gasto social en vejez	Muy de acuerdo	De acuerdo	Algo en desacuerdo	Muy en desacuerdo	No sabe
En los próximos años los gobiernos no serán capaces de financiar las pensiones y el gasto en cuidados de las personas mayores					
UE-27	25	33	19	15	7
España	18	31	27	17	7
La gente que trabaja será cada vez más reticente a pagar impuestos y cotizaciones para financiar el gasto de la gente mayor					
UE-27	19	33	26	16	7
España	12	33	33	17	5
B) Valoración de la aportación de los mayores a la sociedad					
La aportación de las personas mayores a las familia o parientes en general no es apreciada de manera suficiente					
UE-27	44	33	13	6	5
España	45	32	12	7	3
Las personas mayores hacen importantes aportaciones a la sociedad a través del voluntariado y de organizaciones comunitarias					
UE-27	44	34	10	5	7
España	25	42	16	6	11
Las personas que cuidan a personas mayores en el domicilio reciben apoyo por parte de los servicios sociales					
UE-27	8	17	30	35	10
España	6	17	30	42	6

FUENTE: Eurobarómetro n° 269 (2009 sobre Solidaridad Intergeneracional)

The Flash Eurobarometer Intergenerational solidarity (Flash No 269) fieldwork was conducted between 20 and 24 March 2009. Over 27,000 randomly-selected citizens aged 15 years and over were interviewed in the 27 EU Member States.

Tabla 1.3. Indicadores de solidaridad intergeneracional en la Unión Europea de los 27, 2009 (porcentajes sobre el total de población de 15 y más años)

consideración ciudadana acerca de la valoración del papel activo de las personas mayores, de forma que la inmensa mayoría de los ciudadanos de la UE reconoce la importancia de la contribución financiera de las personas mayores a su familia (87 por cien), en los cuidados informales (77 por cien) y en su participación en organizaciones comunitarias y de voluntariado (están muy de acuerdo y de acuerdo el 78 por cien; 67 por cien en el caso de España) y en la opinión de que el envejecimiento abre nuevas vías de desarrollo económico (64 por cien). Existe una opinión también mayoritaria entre los resultados del Eurobarómetro 269 acerca de

que los cuidados informales a cargo de las personas mayores no son valorados suficientemente por la sociedad (77 por cien en la UE-27, mismo porcentaje en España).

De este modo la preocupación respecto de la financiación de los sistemas públicos de pensiones, sanitarios y sociales tiene como contrarréplica la elevada valoración de los ciudadanos a la aportación que hacen las personas mayores en los campos de la economía de los cuidados y en la creación de capital social.

Esta visión positiva del envejecimiento se refleja en los objetivos del Año Europeo del Envejecimiento Activo de 2012: «sensibilizar a la sociedad en general sobre el valor del envejecimiento activo y sus distintas dimensiones, y garantizar que se le concede una posición preeminente en las agendas políticas de las partes interesadas a todos los niveles, a fin de destacar y de apreciar en mayor medida la valiosa contribución que las personas de más edad hacen a la sociedad y a la economía, promover el envejecimiento activo, la solidaridad intergeneracional y la vitalidad y dignidad de todas las personas, y esforzarse más por movilizar el potencial de las personas mayores, independientemente de su origen, posibilitando que lleven una vida independiente».

1.3 Políticas de envejecimiento (activo) en España

Existe un amplio consenso en que las políticas de envejecimiento en España se inician con el Plan Gerontológico de 1992 aprobado por el entonces Ministerio de Asuntos Sociales después de una amplia consulta realizada a consejos y asociaciones de personas mayores, Administraciones Públicas y sociedades científicas. Es el primer esfuerzo de ordenación de las prioridades de las políticas de envejecimiento en torno a una visión omnicomprendensiva de la realidad del envejecimiento y de

las políticas públicas dirigidas a cinco campos: pensiones, salud, servicios sociales, ocio y cultura y participación. De este modo la participación social se convierte en un objetivo estratégico de las políticas de personas mayores, sobre todo la canalizada a través de organizaciones voluntarias. En este sentido venían a coincidir la necesidad de canalizar los excedentes de tiempo de las personas mayores con las aspiraciones de crecientes grupos de población de dedicar parte de su tiempo a actividades de ayuda mutua, de difusión cultural y de ayuda solidaria.

Con el desarrollo del Plan Gerontológico tiene lugar una eclosión de organizaciones a las que progresivamente se dará voz a través de Consejos de Personas Mayores a nivel estatal, autonómico y local incardinados en las instituciones públicas.

El Informe de valoración del Plan Gerontológico 1992-1997 pone de manifiesto no solo el hecho de que éste es referente para el diseño de políticas integrales de envejecimiento a nivel autonómico y local sino que destaca y refuerza el objetivo de la participación social en línea con lo que hoy entendemos como envejecimiento activo.

Este último objetivo se consolida a partir de 2000 cuando la Estrategia de Lisboa 2000 y la propia actividad de la ONU sitúen como objetivo central de las políticas públicas de envejecimiento el denominado envejecimiento activo. La Estrategia de Lisboa 2000 integrará las políticas de envejecimiento en las políticas generales de inclusión a través de los Planes Nacionales de Acción de Inclusión Social a partir de 2004, de modo que los objetivos del Plan Gerontológico y de su posterior desarrollo se verán reflejados de manera omnicomprendiva. La idea de inclusión social a través de la garantía de pensiones suficientes, sistemas sanitarios universales y de calidad y cuidados de larga duración o atención a la dependencia será posteriormente enriquecida con la de inclusión activa

que, en el caso de las personas mayores, implica el desarrollo de políticas de extensión de la actividad laboral, formas de vida saludable, contribución a la actividad de cuidados familiares (superando la feminización de los mismos) y promoción de la participación social.

Por su parte, el papel de la ONU a través de la II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento celebrada en Madrid en 2002 refuerza la visión del envejecimiento activo, pues es precisamente en este contexto en el que aparece el documento de la OMS *El envejecimiento activo: un marco político*, como contribución de este Organismo a la Asamblea. Las recomendaciones del Foro Mundial de ONG, celebrado también en el contexto de la Asamblea Mundial de 2002, abogan asimismo en favor del envejecimiento activo, lo mismo que las recomendaciones del Consejo Estatal de Personas Mayores (2009), consolidando así la centralidad de este paradigma en todos los discursos sociales e institucionales.

El Plan Internacional de Acción de Madrid sobre Envejecimiento pone de manifiesto la importancia de la solidaridad intergeneracional (a la que contribuye especialmente la participación social) al afirmar que: «Reconocemos la necesidad de fortalecer la solidaridad entre las generaciones y las asociaciones intergeneracionales, teniendo presentes las necesidades particulares de los más mayores y los más jóvenes y de alentar las relaciones solidarias entre generaciones». En este mismo sentido se pronuncia la Conferencia Ministerial sobre Envejecimiento en León celebrada en 2007.

El Plan de Acción para las Personas Mayores 2003-2007 (IMSERSO, 2003) actualiza el Plan Gerontológico de 1992 y asume la idea central del envejecimiento activo que estará presente en todos los diseños de políticas públicas y con una cierta orientación transversal que se refleja, por ejemplo, en la Ley de promoción de la autonomía personal y atención

a las personas en situación de dependencia (LAPAD) de 2006 y, sobre todo, en el Libro Blanco del Envejecimiento Activo de 2011. En este último documento tiene lugar la confirmación definitiva y ampliada de la filosofía del envejecimiento activo y da un paso más en favor de la promoción de políticas y programas de desarrollo de una participación no solo solidaria sino cívica.

La sociodemografía del envejecimiento ha cambiado de manera muy importante en los últimos 20 años – entre el Plan Gerontológico Nacional de 1992 y el momento en que se realiza este estudio (2012). Así, el volumen de personas mayores de 65 años que en 1992 era de 5,7 millones alcanza diecinueve años después los 8 millones de personas, 2,3 millones adicionales. Por otra parte se están incorporando progresivamente a la jubilación ordinaria y anticipada generaciones de personas con un nivel creciente de ingresos y, sobre todo, de formación; se están consolidando estilos de vida en los que el consumo y el ocio ocupan un papel importante en la vida cotidiana; y la autonomía personal y la solidaridad son dos ejes de comportamiento cuyo peso crece de día en día. Además, la estructura social de las personas en proceso de envejecimiento es muy diversa y no caben reduccionismos, y esto obliga a que las políticas públicas sean flexibles y abiertas.

Uno de las consecuencias del proceso de envejecimiento es la liberación de tiempo de uso individual y social para los cuidados, el ocio, la formación y la participación. Una liberación de tiempo con un horizonte vital ampliado que obliga a las personas mayores a organizarlo y a las instituciones a maximizar su valor añadido social desde un enfoque activo y de cohesión entre generaciones.

La crisis económica y financiera de los últimos cinco años destaca más aún si cabe el potencial solidario de las personas mayores en general y, en

especial, de las que están comprendidas entre 50 y 69 años, que son las que hemos estudiado en nuestra investigación. Como se verá más adelante, en los resultados de la encuesta se refleja que el esfuerzo de solidaridad intrafamiliar es muy notable, y cómo esa solidaridad se canaliza también a través de las organizaciones cívicas de ayuda mutua y altruista en el que participan las personas de este grupo de población.

En este capítulo se han presentado los datos más significativos y actualizados que describen el fenómeno del envejecimiento, partiendo de la convicción de que para abordar el objeto de nuestro estudio (la participación social de las personas mayores de hoy y de mañana) hay que partir del conocimiento del contexto sociodemográfico en el que se enmarca. Partiendo de las extraordinarias ganancias de la esperanza de vida neta y libre de discapacidad que se han venido registrando en España en las últimas décadas, se ha presentado el escenario evolutivo de nuestra pirámide de población, que prevé que las personas mayores de 65 años constituirán a mitad del siglo XXI el 37% de la población española.

Para poder anticipar las tendencias futuras en el ámbito de la participación, hemos justificado por qué en nuestro estudio decidimos explorar las opiniones, motivaciones y expectativas de los grupos de población previos a edad de la jubilación o con experiencia reciente de la misma. En concreto, hemos encuestado a una muestra de la población española que se encuentra en el tramo de edad entre 50 y 69 años, lo que significa un segmento de más de diez millones de personas, cuyas características dibujan un perfil más favorable a la participación social que las generaciones precedentes (mayor grado de formación, más alto nivel de ingresos, más utilización de las TIC).

Y después de hacer un recorrido por las principales teorías del envejecimiento positivo hasta llegarse al concepto de “activo”, que se

considera más completo que los anteriores, también se han analizado las directrices y propuestas políticas que se han venido produciendo en torno al envejecimiento tanto en el seno de la Unión Europea como en España en los últimos años, con el fin de contextualizar de esta manera los resultados de nuestra investigación.



Colección
Estudios de la Fundación

Trabajo y jubilación. Percepciones sobre la nueva etapa vital

En este capítulo se describen y analizan los aspectos que han resultado más relevantes en nuestra encuesta en cuanto a las opiniones y percepciones básicas del grupo de población de personas comprendidas entre los 50 y los 69 años en lo referente a la vida activa y el paso a la situación de jubilación. Igualmente se analiza cómo perciben el tiempo de dicha etapa, su salud y satisfacción con la vida y, sobre todo, el significado de la edad y las expectativas que genera la jubilación.

El objetivo del capítulo trata de mostrar que, según los resultados de nuestra encuesta, el paso a la jubilación no se experimenta en general como un corte radical con la vida pasada sino como un proceso de adaptación progresivo que se contempla como una oportunidad vital de desarrollo personal y dedicación a la familia y a actividades sociales de diferente tenor. Una amplia satisfacción con la vida y una salud subjetiva elevada refuerzan la idea de la jubilación como oportunidad de desarrollo de comportamientos y actividades típicas del envejecimiento activo.

2.1. Jubilación y actividad

Teniendo en cuenta los objetivos y las hipótesis de nuestra investigación, hemos considerado clave en relación con el grupo de población a estudiar la relación con la actividad económica, y, en consecuencia, que la distribución final de nuestra muestra se realizase según esta variable. En la tabla 2.1 se puede observar la distribución de la población española entre 50 y 69 años atendiendo a estos criterios, según la Encuesta de población activa (EPA), y la muestra representativa que se diseñó para la Encuesta de la Fundación Pilares.

Con bastante correspondencia con la situación que describe la EPA, en el momento de la recogida de información sólo la mitad de nuestros

	Total (Miles de personas)	Activos/as		Inactivos/as	
		Ocupados/as	Parados/as	Jubilado/a o prejubilado/a	Otros/as inactivos/as
EPA					
HOMBRES	2.500,10	49,1	10,6	28,3	12,0
MUJERES	1.902,70	35,0	7,6	13,0	44,4
De 50 a 54 años	3.172,60	64,4	15,2	1,3	19,1
De 55 a 59 años	2.701,80	54,6	12,3	4,3	28,8
De 60 a 64 años	2.446,20	31,7	5,6	23,3	39,4
De 65 a 69 años	2.214,20	5,0	0,2	64,3	30,5
Total	10.534,80	41,8	9,1	20,4	28,7
ENCUESTA PILARES (N)					
HOMBRES	488	46,1	12,7	37,3	3,9
MUJERES	513	34,1	9,0	14,8	42,1
De 50 a 54 años	280	57,9	19,3	4,3	18,6
De 55 a 59 años	280	53,9	14,3	10,7	21,1
De 60 a 64 años	220	34,1	5,9	31,4	28,6
De 65 a 69 años	221	5,4	0,5	66,5	27,6
Total	1.001	40,0	10,8	25,8	23,5

Fuente: Ine: IneBase: Encuesta de Población Activa, I Trimestre de 2012 y Encuesta Fundación Pilares para la autonomía personal 2012.

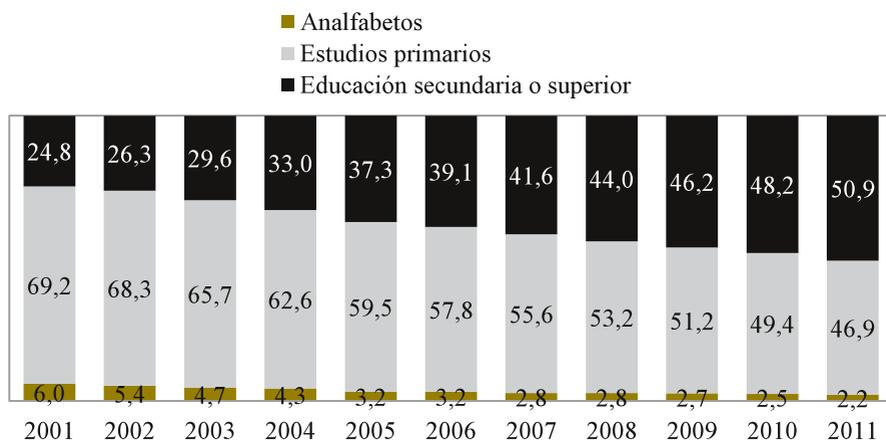
Tabla 2.1. Población de 50 a 69 años según su relación con la actividad económica, por sexo y edad 2012 (porcentajes sobre el total de cada tramo)

encuestados son activos, siendo el 40% los que están ocupados; el resto son personas que han abandonado el mercado de trabajo o que nunca han participado en él. Pero algo más de tres cuartas partes de ellas han estado en algún momento trabajando, para luego dejarlo ya sea por jubilación, desempleo, atención a la familia u otros motivos. La tasa de ocupación supera el 50% entre la población comprendida entre los 50 y los 59 para reducirse de manera abrupta a partir de los 60 años en que solo

está ocupado el 34% de los entrevistados del tramo de edad de 60-64 años y un pequeño porcentaje (5,4%) en el tramo de 65-69 años. Las personas prejubiladas, una proporción también pequeña de la muestra (6%), se concentran sobre todo, como cabría esperar, en el tramo de 60-64 años de edad (12%), aunque los menores de esa edad son el 7,8%.

Especial relieve adquiere en nuestro estudio el dato del segmento de esta población que se encuentra en situación de desempleo, que alcanza alrededor de un 10 por ciento de la población o, lo que es lo mismo, a un millón de personas. Son conocidas las dificultades –mucho más agudizadas en la coyuntura económica actual- que tienen las personas que pierden su empleo después de los 50 años ya que buena parte de ellas se convierten en parados, no ya de larga duración, sino que esa situación se cronifica en muchos casos hasta llegar a la edad de jubilación. Las condiciones de precariedad con respecto a los ingresos económicos de estas personas, más o menos graves según si existe o no cobertura de prestación o subsidio de desempleo, unido a la incertidumbre con respecto al futuro y el resto de efectos psicológicos adversos que provoca este tipo de desempleo, como la pérdida progresiva de autoestima, marcan la vida y las expectativas de este subgrupo de población. Y también matizan las tendencias de futuro que para el conjunto de las personas de 50-69 años, por otros indicadores como el más alto nivel de estudios y mejores condiciones de salud, podría ser más positivas.

Por otra parte en el perfil de los entrevistados destacan datos como los siguientes: en su inmensa mayoría se trata de personas que están casadas o que viven en pareja (79%); los separados o divorciados son casi el 7% y el estado de viudez llega escasamente al 8% (13% en las mujeres); la mayoría vive en hogares de tres o más personas (57%) y solos únicamente el 9%. El resto habitan en hogares de dos personas; el



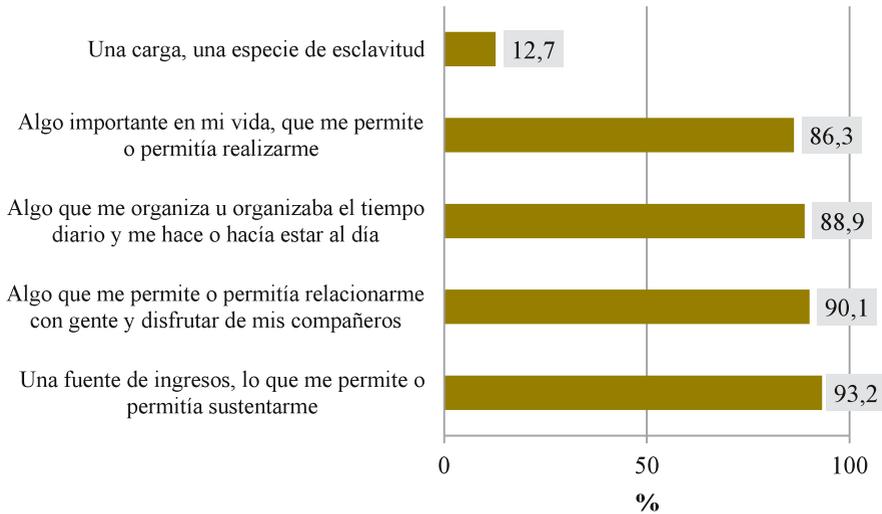
Fuente: INE: INEBase: Encuesta de Población Activa y elaboración propia.

Gráfico 2.1. Nivel de instrucción alcanzado en personas de 55 a 69 años, 2001-2011

porcentaje de los que tienen estudios medios y superiores alcanza al 24% del total, con un peso superior en los tramos de edad de 50 a 59 años (28%). Es precisamente el indicador relativo al nivel de estudios uno de los más reveladores del cambio que se está experimentando en cuanto al perfil de las cohortes de edad que van llegando a la jubilación pues, tal como se refleja en el gráfico 2.1, que muestra la evolución del mismo en el segmento de la población de 55 a 69 años a lo largo del periodo 2001-2011, las personas con educación secundaria o superior han pasado de significar un 25% hasta alcanzar más del 50%.

La actividad laboral

Ciertamente, la inmensa mayoría de las personas entrevistadas considera que su ocupación laboral era o es, antes que nada, una fuente de ingresos, el origen del sustento, tal como se recoge en el gráfico 2.2 donde



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.2. Significado de la ocupación laboral, 2012. Porcentaje de personas que se declaran muy o bastante de acuerdo con las siguientes afirmaciones: Su ocupación anterior/actual significa sobre todo para Ud...

(porcentajes sobre el total de personas ocupadas, paradas y prejubiladas
N= 766)

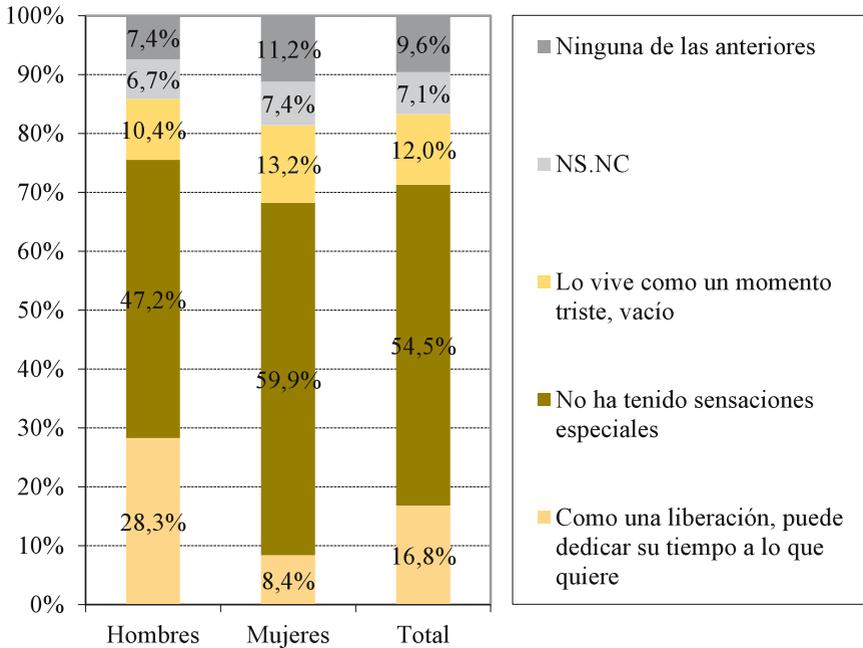
se presentan las respuestas obtenidas sobre lo que significa ahora o significaba antes (cuando todavía trabajaba) la ocupación laboral para las personas encuestadas. Pero a muy poca distancia, con porcentajes próximos al 90% y en congruencia con investigaciones anteriores sobre dichos significados y el papel que cumple el empleo (Jahoda, 1987, Martínez et al, 2006), figuran tres respuestas que nos hablan de la ocupación como vía de relación con otras personas, como instrumento para la estructuración cotidiana del tiempo y como algo a lo que se concede importancia porque conduce o favorece la realización personal. En cambio, poco más del 10% de los encuestados viven o han vivido su

ocupación profesional como una obligación, una carga impuesta que se han visto o se ven en la necesidad de sobrellevar.

El trabajo es considerado como una de las dimensiones definitorias de la identidad de las personas en las sociedades desarrolladas y por ello su importancia se pone de manifiesto especialmente durante la fase en la que permanecen activas. En nuestra encuesta son sobre todo las personas comprendidas entre los 50 y 60 años y es con la llegada de la jubilación cuando la valoración del trabajo empieza a pasar a un segundo plano relativo por detrás, por ejemplo, de los hijos.

Si tomamos como referencia el aspecto de relación y disfrute con los compañeros, no se observan diferencias significativas entre los distintos subgrupos que hemos analizado, pero sí destacamos que las opiniones más favorables a esta opción son las de los hombres, las personas de 65-69 años, las paradas y jubiladas y las asalariadas del sector público, mientras que las mujeres, las personas de 50-54 años, las ocupadas y, en particular, las autónomas y las empresarias presentan porcentajes más bajos. Quizás, el hecho de tener una ocupación más solitaria explique por qué son las personas que trabajan por cuenta propia quienes tienen la proporción positiva más baja sobre esta cuestión, que aun así alcanza el 83%

¿Quiénes viven o han vivido el trabajo como una pesada carga? Las personas que trabajan o han trabajado por su cuenta (21%), las de 65-69 años (18%), las jubiladas y las ocupadas (14%) y, en general, los hombres (13%), son los colectivos que se sitúan por encima de la media en las respuestas de este tenor, indudablemente negativo. En el lado opuesto figuran las personas asalariadas del sector público y las paradas (8%), alejados de la visión de la ocupación como una forma de esclavitud.

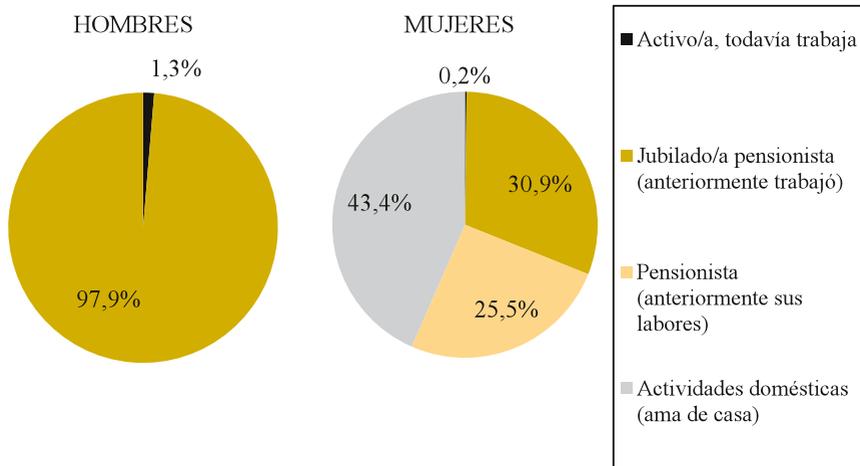


Nota: Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$)
 Fuentes: IMSERSO, Encuesta Mayores 2010 y elaboración propia.

Gráfico 2.3. Percepciones ante la jubilación 2009. ¿Cómo vive su jubilación o disminución de las obligaciones familiares?. Porcentajes verticales

La jubilación

Cuando en 2009 se aplicó la última encuesta entre la población española de 65 y más años (IMSERSO, 2010), ya se buscó obtener información acerca de su opinión valorativa sobre la etapa de la jubilación según su experiencia vital (ver gráfico 2.3). Las respuestas obtenidas mostraron diferencias significativas según sexo. Solo el 8,4% de las mujeres informaron vivir esta fase de su vida como una liberación para poder dedicar su tiempo a lo que quieren frente a un 28,3% de los hombres. Un



Fuente: Fuente: IMSERSO, Encuesta Mayores 2010 y elaboración propia.

Gráfico 2.4. Relación con la actividad en personas de 65 y más años por sexo, 2009. Porcentajes sobre el total de cada sexo

60% de las mujeres respondieron no haber tenido sensaciones especiales, mientras que ese porcentaje baja hasta el 47,2% entre los varones.

Estos resultados pueden ser interpretados como congruentes con los obtenidos en otros estudios que se han acercado a analizar desde la perspectiva de género al grupo de personas mayores de 65 años (Rodríguez Rodríguez, 2002) y que podrían condensarse en la imagen de que la mayor parte de las mujeres mayores no se jubilan nunca, al continuar realizando las funciones y tareas reproductivas asignadas a su rol, aún muy presente entre este segmento de población, y que tiene por otra parte una escasa presencia en la actividad laboral formal, tal como puede apreciarse en el gráfico 2.4. Así, gran parte de ellas parecen sugerir que su vida no ha cambiado y muy pocas informan haber experimentado una ganancia de tiempo para dedicarlo según su libre albedrío. En cuanto

a la percepción de este período de la vida como un momento triste y vacío existe un diferencial de tres puntos entre mujeres y hombres. En definitiva, se registran unos indicadores que se suman a los que de manera recurrente reflejan la peor percepción subjetiva que expresan las mujeres en aspectos que afectan a su calidad de vida.

Pero esa escasa presencia femenina en el mundo laboral (al menos de modo formal) ha cambiado de manera ostensible según se viene registrando en las tasas de población activa del INE, y según hemos podido comprobar al comparar los resultados de la encuesta del IMSERSO con la nuestra con grupos de población diferentes. Los datos de nuestra investigación muestran que el porcentaje de mujeres entre 50 y 69 años que no tuvieron o no tienen relación con la actividad laboral es del 26 %, cuando entre el total de las mayores de 65 llegan al 69% quienes se habían dedicado en exclusiva al trabajo doméstico. Se trata de otro indicador que sin duda repercutirá en las tendencias de futuro en cuanto a la implicación femenina en actividades de participación social.

En nuestro estudio, las opiniones relativas a la jubilación, contempladas desde la perspectiva de edad y sexo y complementándolas en relación con la actividad y la situación profesional, resultan de interés primordial.

Desde la primera perspectiva (Tabla 2.2) las diferencias no son tan notables entre hombres y mujeres como hemos visto ocurre con los grupos de más edad, si bien continúa registrándose que para los hombres la jubilación es una oportunidad de tiempo libre en mayor medida que para las mujeres. Asimismo, vuelve a observarse que éstas son algo más pesimistas que los hombres y un 22% de ellas afirman que la jubilación la perciben como una etapa difícil. En general, la oportunidad o visión positiva aumenta con la edad (68% en el tramo de edad de 65-69 años) y, en sentido contrario, se ve como una etapa difícil en el tramo más bajo de

	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
(N)	766	469	297	228	221	157	160
dedicar su tiempo a lo que quiere	58,7	60,1	56,6	52,2	57,9	59,9	68,1
No cree que sea/vaya a ser un momento especialmente importante	12,1	12,8	11,1	12,3	14,9	9,6	10,6
Una etapa difícil	20,1	19,0	21,9	23,7	18,6	21,0	16,3
Ninguna de las anteriores	6,5	5,8	7,7	8,8	5,9	5,7	5,0
Ns/Nc	2,5	2,3	2,7	3,1	2,7	3,8	-

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 2.2 Opinión sobre la jubilación por sexo y edad, 2012. Porcentajes verticales, sobre el total de personas ocupadas, paradas, jubiladas y prejubiladas.

edad. En esta última opinión puede estar influyendo el pesimismo económico y la incertidumbre sobre el futuro de la protección social que existe en el imaginario colectivo, fruto en gran medida de la construcción mediática de las dos últimas décadas sobre el incierto devenir del sistema público de pensiones.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la consideración de la jubilación como una etapa difícil suele estar relacionada con la salud, con las retiradas abruptas del mercado de trabajo y la persistencia de responsabilidades familiares. En todo caso la opinión de que la quinta parte de las personas del colectivo objeto de estudio consideren la jubilación como una etapa difícil es corroborada por estudios previos (Pérez Díaz, y Rodríguez, 2007).

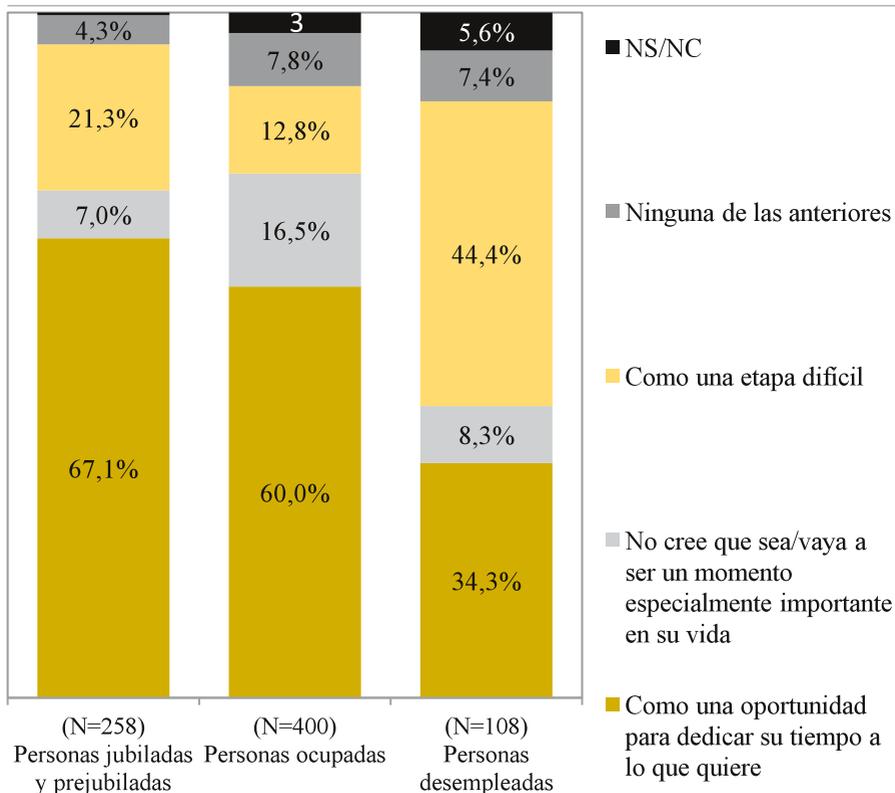
Con estas matizaciones hay que destacar que la mayoría de la población de 50-69 años considera la jubilación como una oportunidad de tiempo libre y de desarrollo personal y familiar cuyo contenido luego analizamos.

Las opiniones sobre la jubilación varían según la situación frente a la actividad que ostentan quienes las emiten (Gráfico 2.5). Dos de cada tres personas ya jubiladas (o prejubiladas) declaran vivir esta etapa como una oportunidad para dedicar el tiempo a lo que se quiere (67,1%). Para éstas, los imperativos propios del periodo laboral han dejado paso a una fase en la que el tiempo se auto-gestiona en función de los intereses personales. También así prevén la jubilación un 60% de las personas ocupadas; pero esta visión positiva es mucho menos frecuente entre aquellas personas que han de hacer el esfuerzo imaginativo desde una situación de desempleo: en este grupo, sólo un 34,3% vaticina la jubilación como ocasión para invertir el tiempo según se prefiera. La precariedad de la situación en la que se encuentran, a sabiendas de que afectará en mayor o menor medida a las condiciones de su jubilación, pueden motivar ese 44,4% que piensa que será difícil.

La prolongación de la actividad después de los 65 años

La opinión sobre la jubilación es coherente con los deseos expresados en relación con la prolongación de la actividad después de los 65 años (gráfico 2.6) ya que casi dos tercios de las personas entrevistadas expresan una opinión contraria a seguir trabajando más allá de esa edad, en tanto que el resto informa que seguirá o hubiera seguido trabajando en todo caso (23%) o al menos siempre que pudiera acumular salario y pensión (11%).

En el Eurobarómetro 378 (2012) se destacan las barreras existentes en el mercado de trabajo para las personas de 55 y más años que en parte subyacen detrás de la respuesta negativa a seguir trabajando después de los 65 años. Entre tales barreras están las dificultades para un retiro gradual (72% en la UE y 66% en el caso español), la exclusión de la formación para los trabajadores mayores (71% en el conjunto de la UE y



Nota: Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$)

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.5. Opiniones sobre la jubilación según relación con la actividad, 2012. Porcentajes verticales

75% en España) y el no ser bien vistos por los empresarios (70% en UE y 71% en España).

La edad de retiro depende tanto de factores institucionales como profesionales y personales. En general, los europeos defienden el retiro a



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.6. Prolongación de la actividad después de los 65 años, 2012.

¿Seguirá/habría seguido trabajando después de los 65 años?. Porcentaje sobre el total de personas ocupadas, paradas, jubiladas y prejubiladas. N=766.

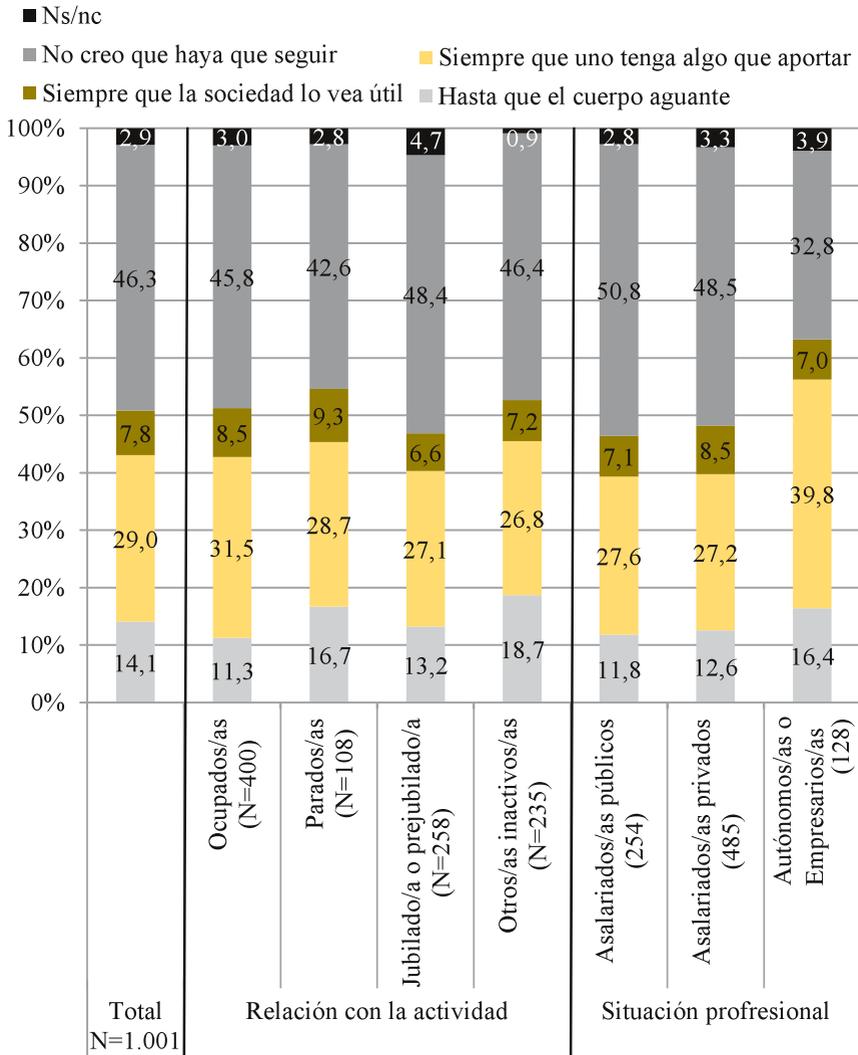
la edad oficial de los 65 años (54% en UE y el 65% en el caso español) frente a los partidarios de continuar trabajando (33% en UE y 22% en el caso español). Los que no quieren continuar trabajando son los parados, las personas sin estudios, los trabajadores manuales, los que tienen ingresos bajos. En el caso español, además de por las razones señaladas, podría explicarse la baja predisposición media a continuar trabajando después de la edad reglamentaria de jubilación por la excesiva segmentación de nuestro mercado de trabajo.

Existe entre la ciudadanía europea mayor de 15 años una opinión mayoritariamente favorable a que se pudiera hacer compatible el trabajo a tiempo parcial y una pensión también parcial en vez de jubilarse totalmente (65% de los europeos mayores de 15 años 62% en España) (Tabla 2.3). Se decantan, en síntesis, por fórmulas de retiro flexible en la

	Muy + bastante interés	poco o ningún interés
EU 27	65	28
Bélgica	78	21
Bulgaria	52	33
Republica Checa	49	45
Dinamarca	87	10
Alemania	72	22
Estonia	52	39
Irlanda	78	11
Grecia	28	69
España	62	29
Francia	64	32
Italia	55	39
Chipre	44	50
Letonia	65	30
Lituania	55	36
Luxemburgo	59	37
Hungría	60	33
Malta	47	30
Países Bajos	84	12
Austria	69	23
Polonia	60	26
Portugal	56	35
Rumania	29	49
Eslovenia	46	49
Eslovaquia	67	27
Finlandia	80	17
Suecia	90	8
Reino Unido	82	13

Fuente: Eurobarómetro Especial 378, Envejecimiento Activo, Informe Enero 2012.

Tabla 2.3. Grado de interés en combinar un trabajo a tiempo parcial y una pensión parcial en vez de jubilarse completamente, 2011. Porcentajes horizontales



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.7. Opinión sobre el límite de la actividad, 2012. ¿Hasta cuándo cree que debe trabajar una persona después de los 65 años?. Porcentajes verticales

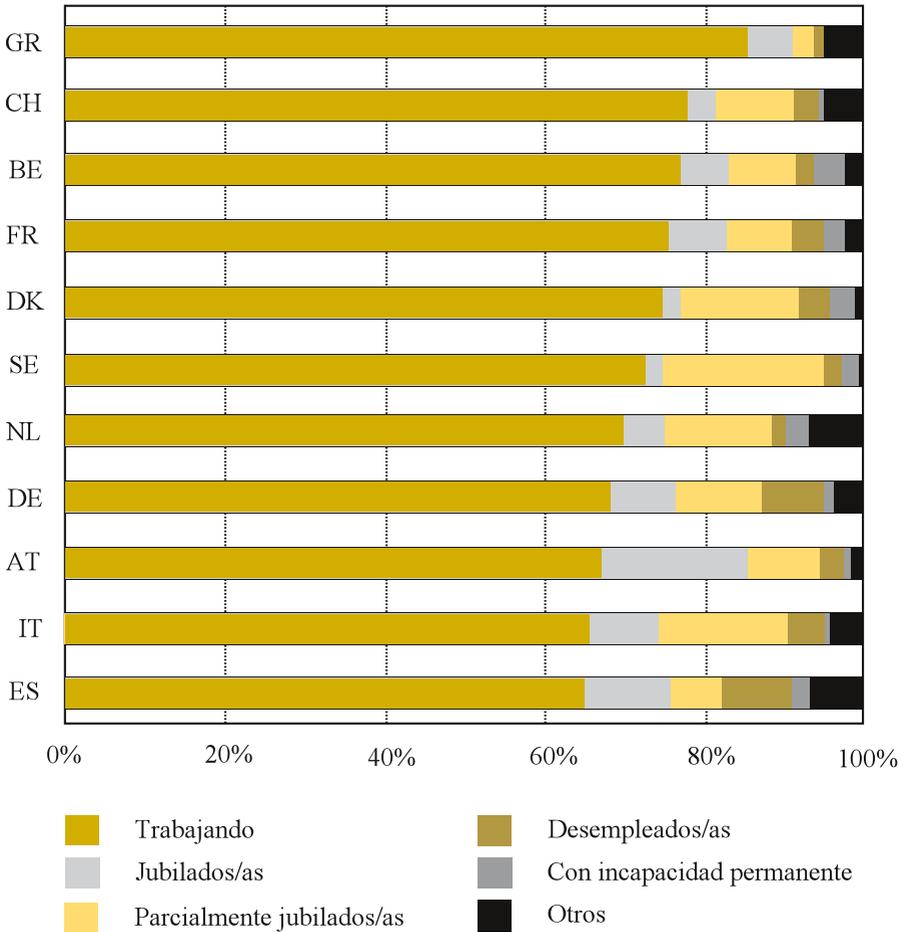
medida en que se considera que seguir trabajando aumenta en escasa medida la cuantía de la pensión (casi el 60% de los europeos consultados).

Si la tasa de empleo en los tramos de edad de 55-59 y 60-64 ha aumentado en el conjunto de la UE entre 2000 y 2010 (diez puntos en el primer tramo y casi siete en el segundo, en el caso de España un incremento de 8 y 5 puntos porcentuales respectivamente), no ha sucedido lo mismo con la tasa de empleo después de los 65 años que se encuentra estancada en torno al 5% (en España dicha tasa apenas ha variado tampoco: 1,6% en 2000 y 2% en 2010) (Eurostat, c, 2012).

Cuando se pregunta al total de la población de nuestra encuesta su opinión acerca de los límites de la vida activa, entendida como hasta cuándo debe trabajarse más allá de los 65 años (ver Gráfico 2.7), a casi la mitad le parece que los 65 años son un límite adecuado y que no se debe continuar trabajando después, pero el resto está de acuerdo en seguir «mientras se tenga algo que aportar» (29%), o «hasta que el cuerpo aguante» (14%), o si «la sociedad lo ve útil» (8%).

Empresarios y trabajadores autónomos parecen estar dispuestos a seguir trabajando después de los 65 años siempre que se tenga algo que aportar, en mucha mayor medida (39,8%) que otros grupos de ocupación como son las personas asalariadas del sector público y privado (27%), lo que resulta comprensible en la medida en que compensan el riesgo de su actividad con una mayor autonomía en su trabajo y seguramente con mayores ingresos.

En términos generales, los grupos menos dispuestos a prolongar su actividad son: personas jubiladas, varones, personas de 50 a 55 años y asalariadas del sector público.



Fuente: Börsch-Supan, A., et al. (2008). Health, ageing and retirement in Europe (2004-2007). Starting the longitudinal dimension. Mannheim: Mannheim Research Institute for the Economics of Aging (MEA).

Gráfico 2.8. Situación en relación con el empleo de las personas de 50 y más años en algunos países europeos, 2007

Si realizamos un análisis comparativo sobre la relación con la actividad en algunos países europeos de las personas mayores de 50 años podemos observar las diferencias existentes entre los mismos, como se muestra en el gráfico 2.8. Se destaca de estos datos los relacionados con la jubilación parcial, situación en la que se encuentran el 20% de los suecos mientras que en España apenas llega al 5%. Este fenómeno podría explicarse, según se recoge en el informe de resultados de las dos primeras oleadas del estudio longitudinal SHARE (Börsch-Supan et al, 2008) por las diferencias en los sistemas de pensiones y normativas, en especial respecto a la compatibilidad del trabajo y de la pensión, algo sobre lo que se viene debatiendo en nuestro país desde hace algún tiempo.

En relación con la predisposición de las personas a proseguir vinculadas a su empleo o profesión, también entre las conclusiones del informe mencionado del estudio longitudinal SHARE se ha encontrado que la mayor calidad del empleo, la satisfacción subjetiva de los trabajadores y tener la formación adecuada para el puesto, son los predictores que resultan más significativos entre los europeos a la hora de tomar la decisión de no jubilarse y proseguir trabajando a jornada total o parcial aún después de cumplir la edad reglamentaria de jubilación.

2.2. Aspectos importantes hoy y percepciones de cambio respecto al pasado

Como antes dijimos, la población encuestada estaba mayoritariamente casada (80%) y convivía con una o más personas, presumiblemente el cónyuge y/o los hijos. En torno al 9% vivía solo, aunque esta situación se ampliaba hasta el 15% entre los que habían cumplido los 65 años, cuando la viudez adquiere una mayor importancia. Con el fin de destacar la evolución de las percepciones subjetivas acerca de los aspectos más importantes de la vida a medida que transcurre el tiempo, hemos querido

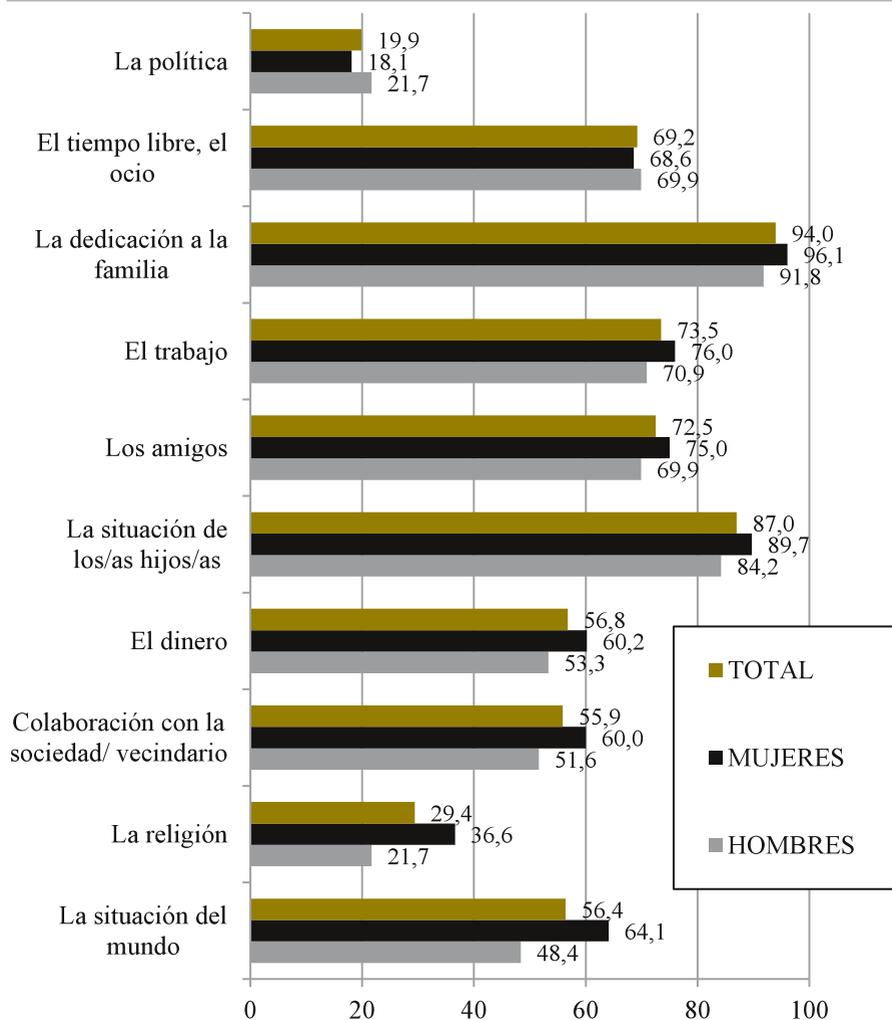
recoger las opiniones que tienen sobre ámbitos esenciales de su vida actual y compararlos con la percepción que de los mismos tenían en el pasado, veinte años atrás.

Los aspectos de mayor importancia de la vida actual

Preguntados sobre esos aspectos en el momento actual, en nuestra muestra se destaca (Gráfico 2.9) en primer lugar la familia y los hijos, ya que, en ambos casos, el 94% de las personas encuestadas los califica de muy importantes. Algo menos del 75% coloca en los siguientes lugares al trabajo, a las amistades y, con menos puntos, al tiempo libre y el ocio.

En torno al 55% de la población de estas edades califica como muy importante el dinero, la situación del mundo y la sociedad o vecindario. Quedan más descolgados en esta relación tanto la religión, que no alcanza al 30%, como la política, que se sitúa en el 20%. Nada nuevo descubrimos al destacar que familia, hijos y trabajo son los aspectos más importantes de la existencia para el grupo de población que analizamos, mientras que son los menos relevantes la política, la religión y la colaboración con la sociedad/ vecindario. Los tres primeros valores forman parte del núcleo básico de intereses predominantes en la sociedad española, los tres últimos reflejan el alejamiento de la política de los ciudadanos, la secularización de la sociedad y, en menor medida, la relativa debilidad de la sociedad civil.

Las características sociodemográficas influyen en las opiniones, aunque de forma poco determinante, indicando que hay un consenso bastante general en relación con estas cuestiones. Aun así, tanto el estado civil como el tamaño familiar tienen una mayor influencia en la valoración de la familia: sólo el 81% de los separados y divorciados la consideran muy importante, al igual que el 86% de los que viven solos, frente al 95% de los



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.9. Porcentaje de personas que consideran los siguientes aspectos muy importantes en su vida, según sexo, 2012. Porcentajes sobre el total de cada grupo

casados, el 96% de los que conviven con otras 2 personas al menos y, sobre todo, al 99% de los viudos.

En este consenso las diferencias de opinión entre hombres y mujeres no son especialmente relevantes aunque existen matices (gráfico 2.9). Así, la dedicación a la familia, la situación de los hijos y el trabajo es algo más importante para las mujeres que para los hombres, al igual que las amistades, el dinero, la colaboración con la sociedad y la religión. Los hombres, a su vez, dan más importancia que las mujeres al ocio y a la política. Destaca en esta autovaloración de la muestra el diferencial de quince puntos entre ambos sexos que se registra en cuanto a la importancia que se concede a la situación del mundo, que bien pudiera ser un indicio de preocupación ante el futuro y que parecen experimentar en mayor medida las mujeres.

Con respecto al dinero, considerado muy importante por algo más de la mitad de la población encuestada, las diferencias mayores se dan entre los hombres y las mujeres (7 puntos a favor de las últimas), entre las personas ocupadas y paradas, y las que ganan más o las que ganan menos (9 puntos para las últimas) y, sobre todo, entre las de estudios primarios incompletos o menos y las universitarias (18 puntos para las primeras).

En el caso de la religión las diferencias son mayores. Las valoraciones más bajas las encontramos entre las personas que se autoubican por ideología política como de izquierdas (6% la consideran muy importante), las de 50-54 años (18%), las que poseen estudios universitarios y las de ingresos de más de 1.500€ mensuales (21%), las paradas (22%) y las que viven solas (27%). En cambio, en el lado opuesto encontramos a las personas que se declaran de derechas (51% la consideran muy importante), las que se agrupan en la categoría de «otros inactivos»

	SALDO	MAYOR QUE AHORA	MENOR QUE AHORA
El trabajo	19,1	27,7	8,6
Los amigos	9,6	16,6	7,0
El tiempo libre, el ocio	6,3	23,3	17,0
El dinero	6,2	21,3	15,1
La religión	4,0	11,3	7,3
La sociedad/vecindario	3,0	13,3	10,3
La familia	2,4	12,0	9,6
Los hijos	-1,9	11,8	13,8
La política	-6,6	21,7	28,3
La situación del mundo	-23,4	10,6	34,0

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 2.4. Importancia en la vida pasada, a los 30-40 años, de diferentes experiencias y realidades sociales, 2012. Porcentajes sobre el total N=1.001

(43%), las de estudios primarios (42%), las de ingresos inferiores a 900€ (39%) o las que trabajan por cuenta propia (31%). Parece claro entonces que el mayor contraste de opiniones se da entre la izquierda y la derecha, con 45 puntos en el último grupo.

¿Cuáles eran las prioridades cuando los entrevistados tenían 30 o 40 años? Percepciones retrospectivas

Las opiniones recogidas sobre los aspectos importantes de la vida en el momento actual han ido evolucionando a lo largo del tiempo o, más precisamente, a lo largo del ciclo vital de las personas. Al menos, tal parece ser la forma como ellas lo perciben al considerarlas retrospectivamente.

Con el paso del tiempo, la población entrevistada ha ido perdiendo su valoración por el trabajo, ya que más de una cuarta parte considera que

cuando contaban con entre 30 y 40 años era más importante que ahora y menos del 10% opina en sentido inverso. También han ido perdiendo importancia las amistades (10 puntos), el tiempo libre y el dinero (6 puntos) e, incluso, la religión y la solidaridad (Tabla 2.4).

La familia y los hijos han mantenido su valoración, si bien estos últimos han ganado peso con la edad, seguramente debido a las incertidumbres que hoy acechan a la juventud; y la familia, en sentido amplio, a perderlo. En cambio, la política gana en importancia (casi 7 puntos) y, sobre todo, se acentúa la preocupación por la situación del mundo (23 puntos más).

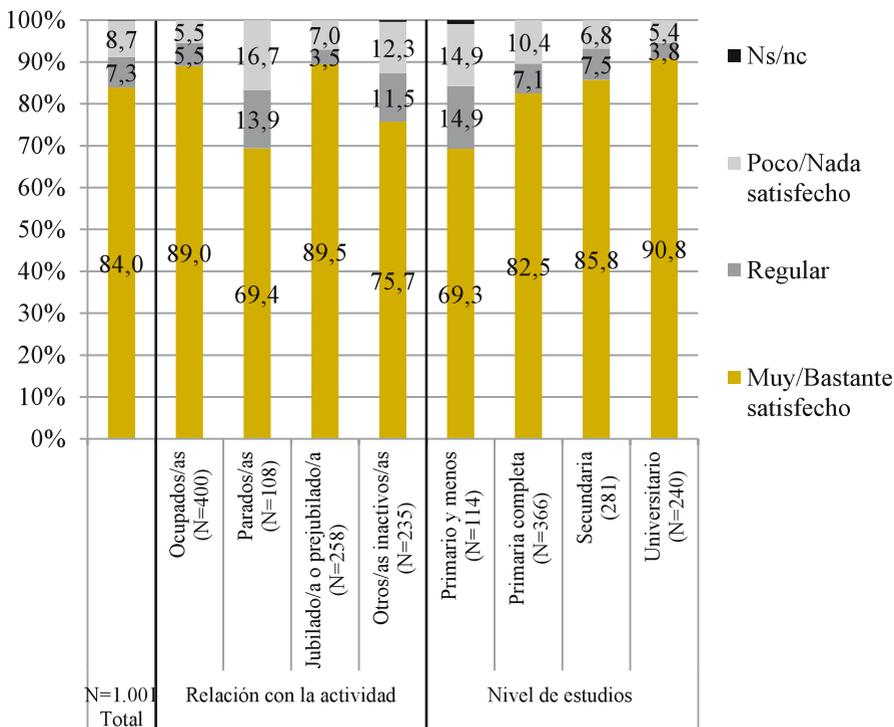
2.3. La satisfacción con la vida

La satisfacción con la vida y la salud son condiciones necesarias, aunque no suficientes, para el logro de una participación efectiva y satisfactoria.

Como puede observarse en el Gráfico 2.10, casi el 85% de los entrevistados se declara muy o bastante satisfecho con su vida, y de nuevo la situación laboral nos permite observar una relación significativa. La ocupación y la jubilación son situaciones desde donde un mayor porcentaje de personas manifiestan elevada satisfacción con su vida. Como contrapartida, las personas en situación de desempleo o pertenecientes a la categoría de “otros/as inactivos/as” (constituida por amas de casa y otros tipos de inactividad no especificada) muestran los mayores porcentajes de insatisfacción.

La relación entre nivel de estudios y satisfacción con la vida es positiva y su representación gráfica permite observar de un solo vistazo que a mayor nivel de instrucción mayor es la satisfacción con la vida en general.

En consonancia con lo anterior aparece otra de las importantes diferencias encontradas, esta vez entre los sexos, que colocan a los hombres 7

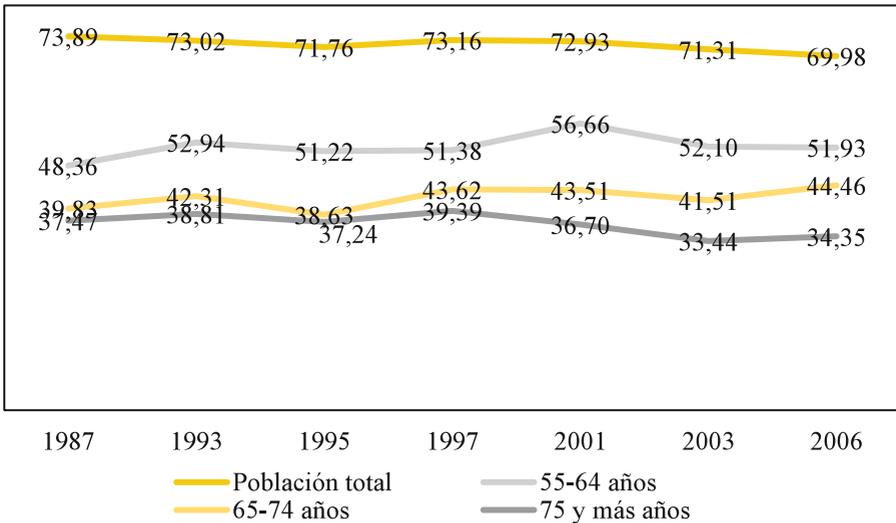


Nota: Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$) para ambos cruces.

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.10. Grado de satisfacción con la vida en población de 50 a 69 años, según relación con la actividad y nivel de estudios. Porcentajes verticales

puntos porcentuales por encima de las mujeres cuando se trata de estar muy o bastante satisfechos con la vida. Para analizar este dato no hay que olvidar que las tasas de ocupación y jubilación son menores entre las mujeres, así como que ellas cuentan con unos niveles de educación menor.

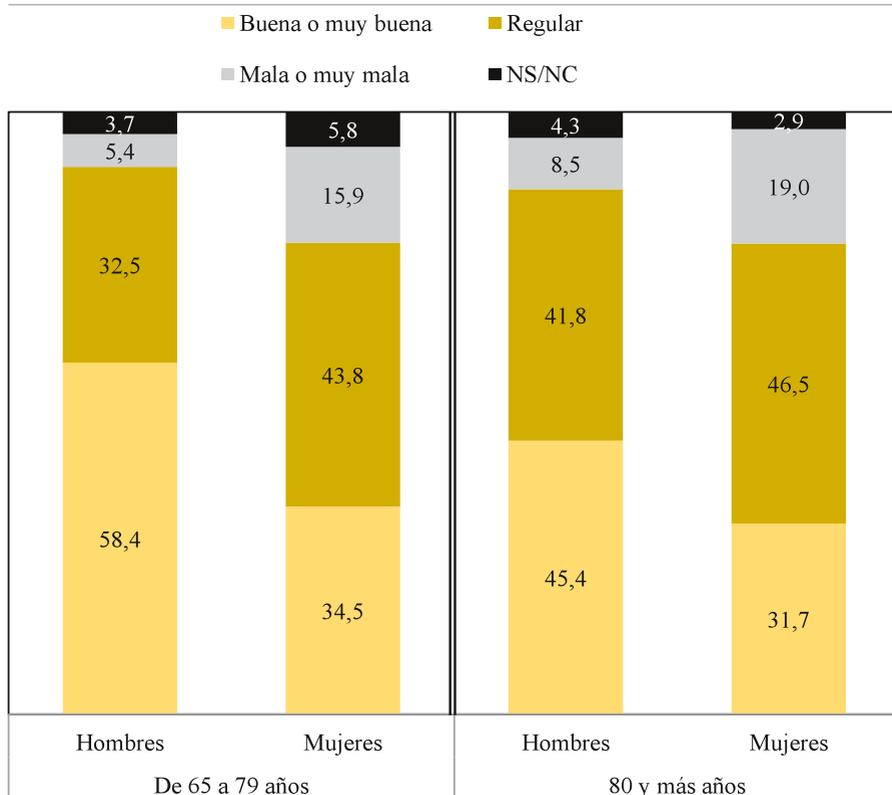


Fuente: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad; Portal Estadístico del SNS; Encuesta Nacional de Salud, Serie Histórica y elaboración propia.

Gráfico 2.11. Porcentaje de personas que valoran su salud como buena o muy buena por tramos de edad, 1987-2006

Otros factores que juegan a favor de una alta satisfacción vital son el trabajo en el sector público (90%), el matrimonio o la vida en pareja (86%), y, por supuesto, los ingresos superiores a 1.500€ mensuales (92%).

El estado de salud es una de las más grandes preocupaciones de las personas de 65 y más años. Los resultados de las diferentes encuestas realizadas por el Ministerio de Sanidad y las aplicadas a personas mayores del IMSERSO, todas ellas, concluyen con resultados parecidos: la salud subjetiva es en conjunto buena o muy buena para el tramo de edad de 55-64 años (por encima del 50%), para el tramo de edad de 65-74 el porcentaje de los que afirman tener buena o muy buena salud se sitúa entre el 41 y el 45% en distintos años y, finalmente, para el tramo de edad



Fuente: IMSERSO. Encuesta Mayores 2010 y elaboración propia.

Gráfico 2.12. Estado de salud subjetivo por sexo y edad, 2009. Porcentajes verticales

de 75 y más el porcentaje se sitúa en poco más de un tercio (Gráfico 2.11). Por otra parte, la percepción de la misma por parte de las mujeres siempre es peor que la de los hombres. Al comparar estos resultados con los generales del conjunto de la población española se observa cómo las percepciones sobre la buena salud fluctúan de manera importante según

	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Bueno/Muy bueno	66,2	71,5	61,2	69,3	70,7	67,3	55,7
Regular	27,4	23,2	31,4	25,0	25,4	25,5	34,8
Malo/Muy malo	6,4	5,3	7,4	5,7	3,9	7,3	9,5

Nota: Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$) para ambos cruces.

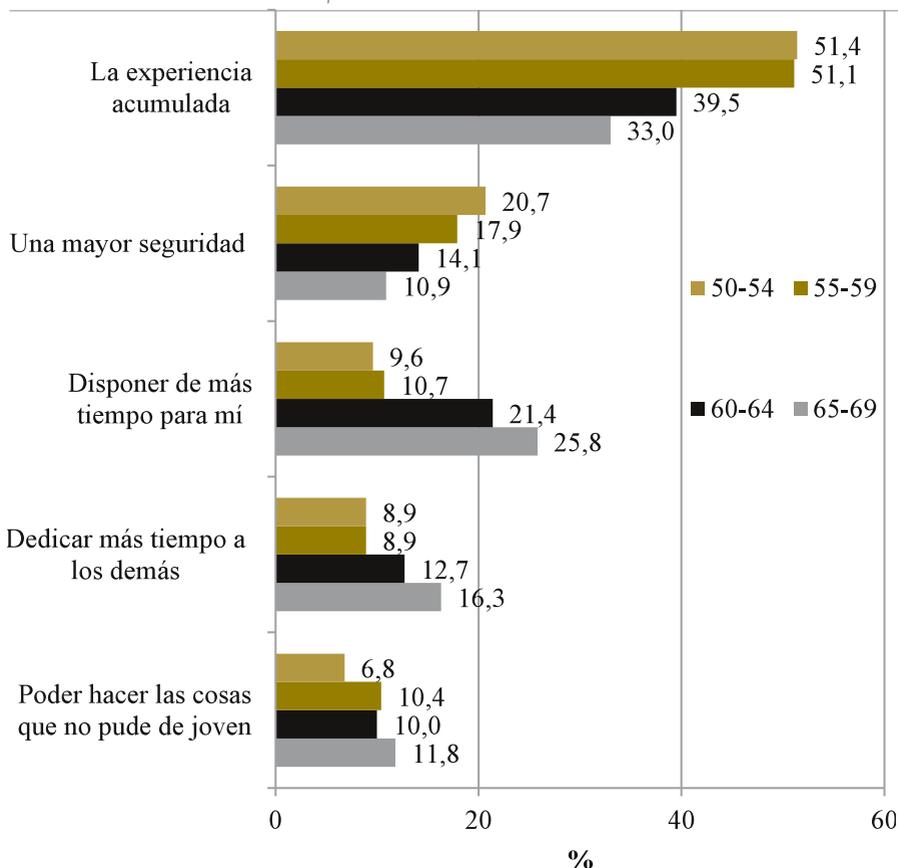
Fuente: Encuesta Fundación Pilaes para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 2.5. Estado de salud subjetivo según sexo y grupos de edad, 2012.
Porcentajes verticales

los grupos de edad que se analicen pero, dentro de éstos, se mantiene estable en su análisis histórico.

Analizando ahora la salud subjetiva que manifestaban las personas de 65 y más años en la última encuesta del IMSERSO, constatamos (gráfico 2.12), cómo la valoración negativa de la salud, mala o muy mala, es casi residual en los hombres y algo más elevada en las mujeres; la mayoría de los hombres entre 65 y 79 años, por ejemplo, perciben su salud como buena o muy buena (58%) frente a escasamente un tercio de las mujeres (34,5%) donde predomina una percepción regular (44%). Si se analizan y comparan estos resultados con datos e indicadores de morbilidad, por ejemplo, el número de enfermedades diagnosticadas, se observa que las mujeres tienen a lo largo de su vida más afecciones que los hombres. Se añaden, además, otros factores socioculturales que pueden acabar de explicar las diferencias en esta peor percepción subjetiva de las mujeres en cuyo análisis no entramos aquí y que han sido analizadas en otros lugares (Arber y Ginn, 1996; Rodríguez Rodríguez, 2002; Freixas, 2008).

Los datos de nuestra encuesta no hacen sino corroborar la relación que el sexo y la edad tienen con la percepción la salud (Tabla 2.5), pudiéndose observar una vez más cómo ésta empeora a medida que avanza la edad y es mejor entre los hombres.



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.13. Opiniones sobre la edad por tramos de edad, 2012. ¿Qué es lo mejor de tener su edad?. Porcentaje sobre el total de cada tramo

Es importante destacar que, en términos generales y tal como se obtiene de manera recurrente en otros estudios -por ejemplo, en los resultados de las primeras oleadas del SHARE (Börsch-Supan et al, 2008)- también en los de nuestra encuesta se obtiene que la buena salud guarda una

estrecha relación con la satisfacción vital. El grado de satisfacción con la vida bordea el 90% entre los que tienen buena o muy buena salud, mientras que desciende hasta el 75% entre los que la tienen mala, un 20% de los cuales se considera poco o nada satisfecho con su vida.

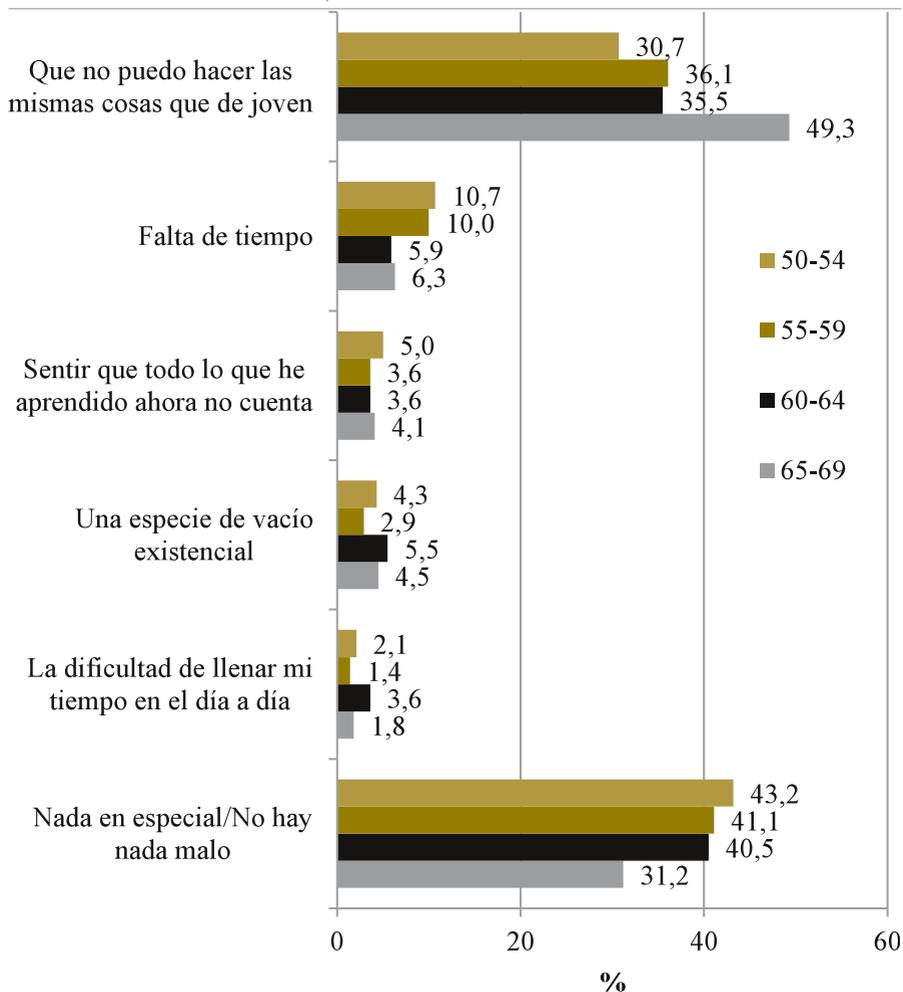
2.4. Significado de la edad y expectativas personales

En el cuestionario de la encuesta de la Fundación Pilares 2012 se inquiriere sobre la valoración de la población encuestada respecto del significado de su edad, las ventajas e inconvenientes que procura, el papel del grupo etario y las expectativas que se plantean sobre el futuro inmediato (durante los próximos 5 años).

Opiniones sobre la edad

Como es lógico, se manifiestan opiniones divergentes sobre qué es lo mejor y lo peor de tener la edad que se tiene, como se muestra en los gráficos 2.13 y 2.14. Así, vemos que la opinión positiva más frecuente –que la edad proporciona experiencia (45% de los casos)– se ve contrarrestada parcialmente por los pocos que piensan que «todo lo aprendido no cuenta» (4%). En sentido inverso, una de las opiniones negativas más generalizadas –que no se pueden hacer las cosas que se hacían de joven (37%)– se ve matizada por la idea de que «se pueden hacer cosas que no se pudieron de joven» (10%).

Por otro lado, la opinión positiva de disponer de más tiempo personal (16%) se contrapone a las negativas de la falta de tiempo (9%), la dificultad de llenarlo cotidianamente (2%) e incluso la sensación de vacío existencial (4%). Otra opinión positiva, que refleja la percepción del 16% de los encuestados, es que la edad proporciona mayor seguridad, aunque esta percepción es el doble en el segmento de edad comprendida entre los 50-54 años (21%) que la expresada por quienes se encuentran en los



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.14. Opiniones sobre la edad por tramos de edad, 2012. ¿Qué es lo peor de tener su edad?. Porcentaje sobre el total de cada tramo

primeros años de entrada en el grupo de personas mayores (11% a 65-69 años).

Aparecen diferencias destacables entre los distintos grupos sociodemográficos con respecto a lo favorable o desfavorable de tener la edad que se tiene. Centrándonos en lo primero y considerando la experiencia acumulada como elemento positivo, se ve que ésta pierde valor al pasar de las personas de 50-54 años (51%) a las de 65-69 (33%), de las ocupadas (56%) a las jubiladas (31%), de las personas con estudios universitarios (54%) a las de estudios primarios o menores (27%) y de las que tienen ingresos de 1.500€ o más (51%) a las que no alcanzan los 900€ (38%). Se trata de una desvalorización que parece relacionarse con el distanciamiento progresivo de la actividad laboral, el no pertenecer a la población activa u ocupada, pero también con el tipo de ocupación, formación e ingresos.

En paralelo, refiriéndonos a quienes consideran un factor negativo de la edad el no poder hacer las mismas cosas que de joven, vemos que esta opinión aumenta con la edad (pasa del 31% entre los más jóvenes hasta el 49% entre los de 65-69 años), la jubilación (43%) y la actividad por cuenta propia (41%), entre otras variaciones que pueden resultar menos comprensibles como el nivel de estudios, los ingresos, el estado civil y el tamaño familiar.

Hay que resaltar que la opinión más frecuente es que no hay «nada especial», «nada malo» en tener estas edades –cerca del 40% lo señala así, sobre todo en los grupos etarios más jóvenes (43% a 50-54 años), para decaer en las edades más elevadas (sólo 31% a 65-69 años)–.

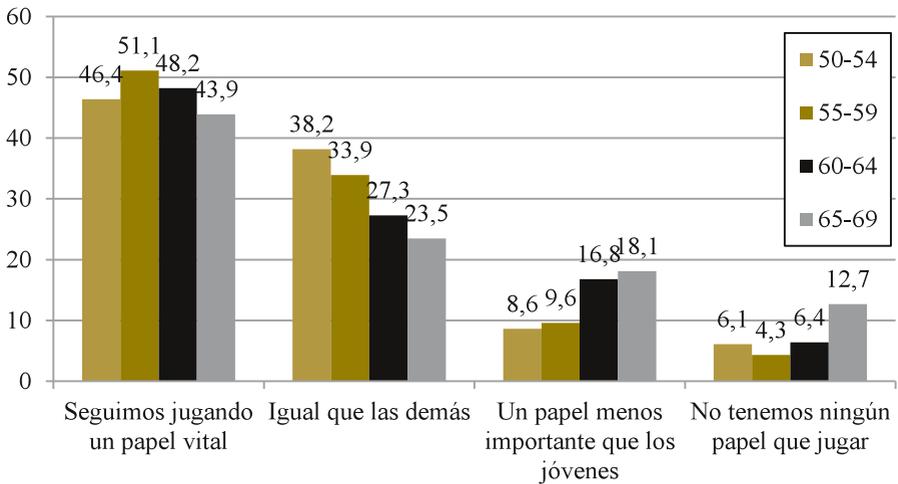
Al acercarnos al conocimiento de las percepciones que el grupo de población que analizamos refiere acerca de la cara y la cruz de las edades

que tienen en la actualidad (gráfico 2.13), se juzgan como relevantes los aspectos que se relacionan con sus condiciones de vida, pero, de manera especial, en relación con su potencial participativo. Así, la experiencia acumulada es el principal activo seguido del tiempo disponible que genera la jubilación y una mayor seguridad y, no muy lejos, el poder dedicar tiempo a los demás. Todos ellos son factores que subyacen al potencial participativo que requiere, efectivamente, tiempo, experiencia y dedicación, apoyados en la seguridad relativa que supone la garantía de ingresos a través del sistema de pensiones y los servicios y prestaciones del Estado de Bienestar. Dicho potencial se ve frenado o contrarrestado por los aspectos que se consideran como lo peor de haber alcanzado su edad: la pérdida de fuerzas (no poder hacer lo que se hacía de joven) y, a gran distancia, la falta de tiempo, cierto vacío existencial y sentimientos de pérdida de valor de lo que se ha aprendido (gráfico 2.14).

Pero es relevante que para casi el 40% de los entrevistados no haya que destacar nada negativo en cuanto a la experiencia de su percepción sobre la edad que tienen, considerándola un simple hecho social y biológico.

El papel que las personas de edad juegan en la sociedad

Quizás relacionada con la opinión de que no hay nada especial en estas edades (que como veíamos, registró altos porcentajes en todas las cohortes, si bien es cierto que menores en el tramos de 65 a 69 años) está la idea general de que estos grupos poblacionales consideran, como aparece en el gráfico 2.15, que siguen jugando un papel vital (48%) o simplemente igual que los demás (31%), frente a los más pesimistas que piensan que su papel es menos importante que el de los jóvenes (13%) e, incluso, que ya no tienen un papel que jugar (7%). Las visiones positivas tienen mayor alcance en las cohortes más jóvenes y descienden según aumenta la edad. Aun así, más de dos tercios (67,4%) de las personas



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 2.15. Papel que juegan las personas de su edad en la sociedad, por tramos de edad, 2012. Porcentaje sobre el total de cada tramo

entre 65 y 69 años de edad afirman que su papel es vital o, al menos, igual que las demás. Estas opiniones nos muestran una clara superación de visiones de acabamiento o pérdida de importancia social de las personas a medida que envejecen.

Centrándonos en el sentimiento de las personas que afirman que no tienen papel alguno que jugar (7%), es decir, el sentimiento de fracaso y acabamiento, se observa que crece entre las personas de más edad (13% en el tramo de 65-69 años), las jubiladas (9%), las separadas o divorciadas (12%), los que viven solas (11%) y las que tienen estudios primarios o inferiores o no alcanzan los 900€ de ingresos mensuales (10%), perfiles todos ellos que nos indican experiencias cercanas a la exclusión social. Aun siendo minoritarias en todos los casos, estas opiniones negativas coinciden con las valoraciones pesimistas de la edad,

	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Dedicar mas tiempo a mi familia	26,1	22,5	29,4	20,4	23,9	28,6	33,5
Cultivar mis intereses y aficiones	17,1	17,2	17,0	12,9	22,1	16,4	16,7
Continuar vinculado a mi profesión (sin remuneración)	2,9	3,7	2,1	2,1	2,9	1,8	5,0
Involucrarme en actividades que beneficien a la sociedad	12,4	9,6	15,0	10,7	11,1	16,8	11,8
Descansar y llevar una vida tranquila	20,9	21,1	20,7	12,9	21,4	22,7	28,5
Seguir trabajando	19,1	24,2	14,2	39,3	17,1	11,8	3,2
Ns/hc	1,6	1,6	1,6	1,8	1,4	1,8	1,4

	TOTAL	SITUACIÓN RESPECTO A LA ACTIVIDAD			
		Ocupados	Parados	Jubilado/ pensionista	Otros inactivos
(N)	1.001	400	108	258	235
Dedicar mas tiempo a mi familia	26,1	20,5	11,1	30,6	37,4
Cultivar mis intereses y aficiones	17,1	18,8	11,1	19,0	14,9
Continuar vinculado a mi profesión (sin remuneración)	2,9	2,0	6,5	4,3	1,3
Involucrarme en actividades que beneficien a la sociedad	12,4	10,3	14,8	16,3	10,6
Descansar y llevar una vida tranquila	20,9	13,5	13,9	26,4	30,6
Seguir trabajando	19,1	33,5	40,7	2,3	3,0
Ns/hc	1,6	1,5	1,9	1,2	2,1

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 2.6. Expectativas de futuro de la población de 50 a 69 años por sexo, edad y situación respecto a la actividad, 2012. En los próximos 5 años Ud. tiene planeado o le gustaría dedicar su tiempo libre a ... Porcentajes verticales

en particular con la valoración de que ya no se pueden hacer las cosas que se hacían de jóvenes y, claro está, que no poder hacerlas es negativo.

En resumen, constatamos la existencia de una opinión general positiva sobre el papel de las personas mayores en la sociedad que, considerando la opinión de los que afirman que tienen un papel similar al resto de los ciudadanos, resulta en una opinión mayoritaria en favor de un rol positivo en la sociedad que es la base para el desarrollo de comportamientos y prácticas sociales proactivos.

Expectativas para el futuro inmediato

A la vista de los resultados de la encuesta, nos encontramos frente a un grupo relativamente homogéneo de cara al futuro. En particular, su composición por edad traza una demarcación nítida entre los que van a permanecer en el mercado de trabajo y los que van a salir o ya han salido en este momento en relación a actividades como son el tiempo a dedicar a la familia y el descanso, con diferencias entre hombres y mujeres respecto a la dedicación a la familia y a la realización de actividades que puedan beneficiar a la sociedad.

Como mostramos en la tabla 2.6, los planes de futuro de la población estudiada se centran principalmente en la dedicación a la familia (26%), el descanso (20%) y el cultivo de las propias aficiones (17%). Ahora bien, como hemos dicho, en este grupo demográfico todavía hay muchas personas con una perspectiva de vida activa muy importante, de forma que un 19% prevé seguir trabajando en los 5 años venideros. Por último, el 15% piensa involucrarse en actividades que beneficien a la sociedad o continuar vinculado a su profesión sin remuneración.

Este último grupo, que podemos considerar inclinado a la realización de actividades de implicación social y voluntariado, se caracteriza por ser más femenino (17%), de 60-64 años de edad (19%), jubilado o pensionista (21%), con estudios universitarios (19%) y con ingresos inferiores a los 900€ mensuales (18%). Es un grupo, pues, heterogéneo, donde el interés se tiene que confrontar con la disponibilidad de tiempo, ya que la perspectiva de seguir trabajando juega en su contra.

Como podía suponerse, la variable estudios es un factor discriminante de la disponibilidad para realizar actividades que beneficien a la sociedad y al cultivo de intereses y aficiones. Así, el 7% de las personas con estudios

primarios piensa dedicarse al cultivo de sus aficiones frente al 26,7% de los que tienen estudios universitarios; igualmente, de las personas con estudios primarios sólo el 8% piensa dedicarse a actividades socialmente útiles frente al 16% de los que tienen estudios superiores. A menos estudios mayor disponibilidad para dedicarse a la familia (44% frente al 15% de los que tienen estudios universitarios) y a llevar una vida de descanso (25% frente al 15% en el caso de los que tienen estudios universitarios).

Los datos de encuesta nos proporcionan pistas para el análisis del proceso social del envejecimiento y de la jubilación pero no elementos de comprensión profunda del fenómeno en su complejidad, ya que éstos no son lo propio de diseños cuantitativos. Por eso, de manera complementaria a la encuesta, se está desarrollado un estudio cualitativo encargado por la Fundación Pilares para la Autonomía Personal, cuyo avance de resultados sugiere que el proceso de jubilación implica ir reordenando algunos factores, como el ritmo del tiempo personal, familiar y social, en el que las personas pasan de una vida cotidiana perfectamente organizada según horarios pautados a una percepción de tiempo amorfo, que en algunos casos genera ansiedad y produce, contradictoriamente, sensación de falta de tiempo para desarrollar actividades en el tiempo nuevo que se gana con la jubilación.

Resulta obligado recordar a este respecto el modelo de proceso adaptativo y dinámico que propuso Robert Atchley (1975; 1982) caracterizado, como es bien conocido en gerontología, por la superación de diversas fases que son las que permiten elaborar de manera progresiva la desvinculación laboral hasta alcanzar la acomodación al rol de jubilado. Esta propuesta ha servido de base a otros muchos estudios en los que se ha constatado que las fases descritas por este autor (prejubilación, jubilación, desencanto,

reorientación y estabilidad) suelen estar presentes en la mayor parte de los casos aunque no todos los jubilados las experimenten en su totalidad. También se ha mostrado que durante el proceso adaptativo en la transición a la jubilación los niveles de satisfacción vital de las personas se ven claramente alterados para restablecerse, en la mayoría de los casos, una vez finalizado el proceso. Y aunque éste es de duración heterogénea, suele lograrse durante los primeros seis meses a partir de la jubilación, si bien existen personas en las que se prolonga más allá de un año (Aymerich et al, 2010).

Otros estudios también confirman que dicho proceso de adaptación se acompaña, en efecto, de una paulatina reordenación o reconstrucción de los ritmos del tiempo y de la selección de actividades cotidianas en cuya concreción median factores como el sexo, la profesión, la edad, los ingresos y los estudios y que acaba cristalizando en una diversidad de itinerarios (Martínez et al, 2006; Criteria Research, 2009): vivir la jubilación como una fase de continuidad relativa de la trayectoria vital pasada dedicando más tiempo a las rutinas habituales (tareas domésticas y de mantenimiento del hogar, cuidado de la familia, quedar con los amigos, ir al bar, ver TV...); experimentarla como una oportunidad para llevar a cabo nuevas actividades de desarrollo personal (practicar hobbies, viajar, hacer deporte, aprender cosas nuevas...); vivirla como una fase de descubrimiento de nuevas posibilidades que suelen incorporar un valor añadido de utilidad social (apuntarse a una asociación, a un centro social, participar en la vida comunitaria del barrio, en la parroquia, hacer voluntariado....); o sentir que la jubilación es una etapa de acabamiento y desvalorización personal y social.

No cabe duda que la segunda trayectoria, aunque pueda estar más inclinada a la maximización de la utilidad personal, podría orientarse hacia

formas de vida de mayor participación social; pero es la tercera la que más claramente puede desembocar en formas más comprometidas de participación cívica y compromiso social. La primera parece difícil de reorientar porque el contexto vital de ésta suele ser el privado de la persona mientras que la cuarta trayectoria presenta un bajo o nulo potencial para la participación.

No obstante, la participación social, y nos adelantamos al análisis de los próximos capítulos, no puede reducirse al altruismo social ya que en tal visión no deja de subyacer una perspectiva instrumental de la misma: aprovechar la energía colectiva para canalizarla al servicio de la contención de costes del Estado de Bienestar. La participación social debe ser contemplada en su complejidad, es decir, tanto en el plano de la autorrealización personal (pues supone una mejora del bienestar individual y colectivo), como en el familiar (contribución al desarrollo de la función de reproducción social que suponen los cuidados), en el altruista (voluntariado social) y en el cívico (voluntariado cultural y movilización asociativa democrática).

En resumen, en este capítulo hemos analizado con el apoyo de la encuesta algunos de los factores que caracterizan el tránsito hacia la jubilación como es la valoración del trabajo, cuya importancia está en función de la posición en el mercado de trabajo (de ahí que para una parte de las personas la jubilación sea percibida como una liberación y para la mayoría la alternativa de prolongar la vida laboral no sea atractiva); también se ha destacado el cambio de percepciones que se produce a lo largo de la vida en la jerarquía de valor que se concede a diferentes aspectos de la existencia (familia, hijos, trabajo, amigos, entre otros), destacando la centralidad de hijos y familia, que se mantiene en los primeros puestos con el paso de los años, mientras pierde peso el valor

del trabajo; ha sido asimismo objeto de análisis la satisfacción con la vida (elevada) y la salud subjetiva (relativamente buena, aunque desigual entre hombres y mujeres) destacando que son dimensiones relevantes que condicionan la participación; se ha analizado lo que supone la edad que se tiene, que mayoritariamente se percibe en términos positivos de experiencia acumulada, seguridad, disposición del tiempo propio y para los demás así como la percepción positiva del papel que tienen las personas mayores en la sociedad; por último, se han descrito las expectativas de futuro con respecto al uso del tiempo de las personas a partir de los de 55 años, ocupando un lugar preferente la familia (cuya importancia crece con la edad), el cultivo de aficiones e intereses y una vida de descanso, seguidos de la expectativa de dedicar tiempo a actividades que beneficien a la sociedad.

Señalar las diferencias encontradas en nuestros resultados entre las diferentes generaciones que forman parte del grupo de población estudiado, agrupadas por cohortes de edad, ha sido uno de los objetivos centrales de nuestra investigación, relacionándolos también con la posición en relación con la actividad laboral y el sexo. Asimismo hemos querido verificar si la propensión participativa depende de las hipótesis que hemos considerado.

En relación con lo anterior, resumimos los datos más relevantes que hemos podido constatar a lo largo del capítulo.

- La situación frente a la actividad laboral tiene una estrecha relación con las opiniones vertidas sobre lo que supone o supondrá la jubilación. La experiencia de las personas que ostentan ya el estatus de jubiladas (o prejubiladas) es en general positiva: una gran mayoría la califica de oportunidad para dedicar el tiempo a lo que se prefiera. Algo diferente lo ven quienes aún

se encuentran trabajando aunque siguen predominando las connotaciones positivas asociadas al retiro laboral. Pero sin duda la diferencia fundamental reside en quienes tienen que pensar en la jubilación desde una situación de desempleo: un 44,4% la califican como “etapa difícil”.

- Cuando se pregunta al total de la población de nuestra encuesta hasta cuándo debe trabajarse más allá de los 65 años, casi la mitad considera que los 65 años son un límite adecuado más allá del cual no se ha de seguir trabajando. Las personas jubiladas, las de 50 a 55 años y los varones aparecen como los grupos menos dispuestos a prolongar su actividad
- Familia e hijos son los aspectos más importantes de la vida actual para la mayoría de la población encuestada, seguidos del trabajo y amistades. El orden en la clasificación de los aspectos mencionados es muy similar para hombres y mujeres, sin embargo un porcentaje mayor de mujeres considera muy importantes la situación del mundo, la religión y la colaboración con la sociedad o vecindario.
- La ocupación y la jubilación son situaciones desde donde un mayor porcentaje de personas manifiestan una elevada satisfacción con su vida. Como contrapartida, las personas en situación de desempleo o pertenecientes a la categoría de “otros/as inactivos/as” (nutrida fundamentalmente por mujeres) muestran los mayores porcentajes de insatisfacción. Además la comparación por sexos coloca a los hombres 7 puntos porcentuales por encima de las mujeres cuando se trata de estar muy o bastante satisfechos con la vida.

- La salud subjetiva para este grupo de población es en general buena o muy buena; aunque, como es sabido, esta percepción empeora con la edad y también es peor entre las mujeres.
- Lo mejor de tener la edad que se tiene en todos los tramos analizados es “la experiencia acumulada”, si bien es cierto que a mayor edad, menor es la proporción de personas que eligen esta respuesta. También hay unanimidad en señalar que “no se pueden hacer las mismas cosas que de joven”, y cuanto mayores son los entrevistados más común es esta percepción.
- La percepción general de este grupo es que “sigue jugando un papel vital en la sociedad”, pero se observa que visiones menos optimistas, como las que colocan a los jóvenes por encima en importancia o incluso consideran que no hay un papel que jugar, aumentan entre las cohortes de más edad aunque siguen siendo minoritarias.
- Los planes que esta población tiene para la inversión de su tiempo libre en los próximos años se centran en la dedicación a la familia, el descanso y el cultivo de las propias aficiones. Pero alrededor de un 15% piensa involucrarse en actividades que beneficien a la sociedad o continuar vinculado a su profesión sin remuneración. Este último grupo más inclinado a la realización de actividades de implicación social y voluntariado, se caracteriza por ser más femenino (17%), de 60-64 años de edad (19%), jubilado o pensionista (21%).

En la segunda de las hipótesis que formulábamos para nuestra investigación planteábamos que en la mayor propensión participativa influyen las expectativas de las personas sobre determinados aspectos y

valores de la vida, combinadas con algunas otras variables como el género y la edad. En relación con lo anterior hemos podido ver en este capítulo que la mayoría de la población encuestada tiene una positiva valoración acerca del papel que juegan en la sociedad, sin diferencias por sexo pero sí en función de los subgrupos de edad (mientras el 85% de las personas del subgrupo de edad más joven consideran que juegan un papel importante o igual que los demás, ese porcentaje baja más de 17 puntos entre las personas mayores de 65 años). Y en cuanto se refiere al aspecto que las personas encuestadas consideran más valioso de tener la edad que tienen en este momento, se cita la experiencia acumulada, sin que tampoco se registren diferencias en cuanto al sexo en esta respuesta. Pero sí se producen de nuevo en función de los grupos de edad: si esta opinión es compartida por el 69% de las personas del primer quinquenio (la generación que hemos denominado como hijos de la sociedad de consumo), ésta va disminuyendo en función de la edad hasta llegar al 52% entre el segmento de los que tienen entre 65 y 69 años (generación del desarrollismo franquista). De todo ello, podemos concluir que parece oportuno apoyarse en las positivas percepciones de las cohortes más jóvenes, en especial el valor de la experiencia, para fomentar su aprovechamiento y evitar así que la constatación de su falta de reconocimiento social origine la devaluación de la misma con el paso del tiempo.



Colección
Estudios de la Fundación

En este capítulo analizamos la primera dimensión del envejecimiento activo que nos hemos propuesto según nuestra conceptualización: los cuidados y apoyos informales. Empezar por este análisis no es una decisión arbitraria sino que se justifica porque es el que consume más tiempo en su desarrollo, junto al ocio, y porque acontece en el ámbito familiar, que es el calificado como de más importancia en la vida actual y futura del grueso de la población encuestada.

En lo que sigue, por tanto, se analiza la participación de las personas de entre 50 y 69 años en el desarrollo de la función de reproducción social cuya importancia ha sido destacada en los últimos veinte años por intereses diversos. Entre ellos la reducción de costes del Estado de Bienestar (reconociendo, estimulando y apoyando los cuidados familiares, sobre todo de personas en situación de dependencia); la toma de conciencia de las mujeres sobre el trabajo no remunerado de los cuidados que se realizan en la inmensa mayoría de los hogares; y, finalmente, la necesidad de comprender los cambios en la estructura de los cuidados en el seno de los hogares y las nuevas formas de división del trabajo que están teniendo lugar.

De entre las diferentes dimensiones de los cuidados y ayudas en el seno de los hogares analizamos tres de ellas que, desde el propio diseño de la encuesta, fueron seleccionadas por su importancia social: los cuidados de personas enfermas y en situación de dependencia; las ayudas a los miembros del hogar, especialmente a los hijos mayores de 25 años; y, por último, el cuidado de los nietos y nietas mientras sus padres trabajan, estudiando también la carga que significa la asunción de estos cuidados y su impacto en las personas que los realizan.

M^a Ángeles Durán comienza su último libro (2012) con una afirmación rotunda: trabajo no es sinónimo de empleo. Con datos y resultados de

años de investigación, esta autora muestra que la mayor parte del trabajo que producimos no es trabajo formal regido y amparado por normas laborales, sino informal o trabajo no remunerado producido y consumido en los hogares. Este inmenso caudal de trabajo, que se traduce en producción de bienestar para las personas, no se tiene en cuenta en las contabilidades nacionales y otros indicadores macroeconómicos. Sin duda, dentro de este trabajo informal ocupa un capítulo destacado el ámbito de los cuidados que se precisan durante la infancia, en procesos de enfermedad, discapacidad o en situaciones de dependencia, principalmente en la vejez. Pero, como constata Durán, quienes precisan disponer de gran cantidad de tiempo de cuidados son, paradójicamente, los sectores de la población que carecen en mayor medida de capacidad económica para adquirirlo en el mercado. Y hoy por hoy, el reparto de los cuidados sigue desarrollándose con enorme desequilibrio entre el Estado y las familias. Son éstas, y en especial las mujeres, quienes asumen un peso desproporcionado de la carga global de cuidados. Pero también los hombres y mujeres, a medida que envejecen, se van encontrando con la necesidad de asumir a su costa un caudal creciente de cuidados y apoyos dirigidos a sus hijos, nietos, pareja, padres y madres.

Por su parte, los resultados de las primeras oleadas del estudio longitudinal SHARE (Börsch-Supan, 2008) sugieren que «la transición a la jubilación parece tener un impacto en la cantidad de apoyo social que se da a los miembros de la familia, como padres y madres ancianos o nietos [...] Los europeos mayores responden así tanto a las crisis dentro de la familia como a los acontecimientos felices, como la llegada de un nieto». Sin embargo, el informe también señala que estas transferencias en forma de cuidados informales se producen con grandes diferencias en su intensidad entre los países del Norte de Europa y los del Sur, singularmente España, donde el tiempo de dedicación tiene un alcance

mucho mayor que en países como los Escandinavos, Holanda o Francia. Estas diferencias de grado en la dedicación a la función cuidadora de la familia se observa que se producen en relación inversa a los servicios formales de cuidados existentes en cada país. Con respecto a lo anterior, la concentración de tiempo y energía que las personas mayores de 50 años ofrecen a los miembros de su familia, plantea a los investigadores citados del SHARE algunas preguntas de interés para ser mejor analizadas en oleadas futuras. En especial, conocer si esta implicación de apoyo a la familia, y especialmente a los nietos, repercute de manera positiva en la salud y el bienestar de las personas actuando, incluso, como amortiguador contra un envejecimiento prematuro, o bien se salda con indicadores de peor calidad de vida. Obviamente este tipo de análisis requieren de estudios longitudinales con el fin de constatar los cambios que se pueden producir y el porqué de los mismos.

Según los resultados de nuestra investigación, las personas de 50 a 69 años participan de manera activa en los cuidados familiares, sobre todo de madres en situación de dependencia, y en el apoyo a los miembros de la familia con necesidades económicas, en especial, a los hijos que han sobrepasado la edad de 25 años. Asimismo, colaboran muy activamente en el cuidado y la atención a los nietos, aspecto que en nuestra encuesta se ha tratado como un caso especial centrándonos en la intensidad de estos apoyos durante la jornada laboral de los padres.

Esta sección demuestra cómo el modelo tradicional de cuidados y apoyo informal de la familia en el régimen español de bienestar sigue teniendo una permanencia sólida y continuidad en el tiempo, adaptándose a los cambios de la estructura social y laboral y a las pautas culturales de una sociedad envejecida. Esta realidad es crucial para comprender el modelo de reproducción social de España que, en el actual contexto de crisis

económica y financiera, cumple funciones de estabilidad y cohesión social determinantes. Pero al mismo tiempo es preciso recordar, a la luz de la información ya conocida y que este estudio constata, que esta función de apoyo recae de manera especial sobre las mujeres.

La persistencia de la feminización de los cuidados no parece ni viable ni, sobre todo, deseable a largo plazo a no ser que el sector público frene, y la sociedad asuma, el modesto proceso de socialización de cuidados que se ha producido en el Estado de Bienestar en España en las últimas décadas. De ahí que, junto a la constatación del valor de cambio social de la solidaridad familiar en cuidados y ayudas financieras, sea necesario alertar sobre el coste de los mismos en términos de avances en igualdad en cuanto a reparto de la carga de los cuidados sin olvidar otros costes en las diferentes dimensiones de la calidad de vida de las personas cuidadoras y los denominados de oportunidad.

Teniendo en cuenta que, como muestran diferentes estudios que han analizado el perfil de las personas cuidadoras de mayores en situación de dependencia (IMSERSO, 2005; INE, 2008), la edad de las mismas se concentra mayoritariamente en el tramo de edad entre 50 y 64 años (casi coincidente con la población que analizamos en nuestra encuesta), con los resultados de ésta contribuimos a actualizar alguna información en los aspectos que aquí hemos recogido. Por otra parte, consideramos relevante también contar con datos representativos de ámbito nacional relativos a los cuidados que prestan a sus nietos y nietas las personas menores de 65 años, ya que casi toda la información disponible en nuestro país se refiere a los abuelos y abuelas mayores de esa edad.

3.1. Cuidados a personas en situación de dependencia

Como mostramos en la tabla 3.1, cerca de una cuarta parte de las personas que hemos entrevistado colaboran en el cuidado de familiares enfermos, con discapacidad o en situación de dependencia. Esta tarea concierne en mayor medida a las mujeres (27% frente al 19%), a personas de edades inferiores a 60 años (26%), a aquéllas que se encuentran paradas (34%), a las que pertenecen a la categoría de «otros inactivos» (29%), a las separadas y divorciadas y a las de ingresos inferiores a los 900€ mensuales (30%). Vemos que entre las razones que sugieren estos resultados para ocuparse de estos cuidados están no sólo la necesidad sino también la oportunidad y la disponibilidad de tiempo, ya sea voluntaria o involuntaria.

La relación entre empleo y cuidados informales de las hijas cuidadoras ha sido analizada con detenimiento en el estudio longitudinal SHARE, como muestra el informe ya referido correspondiente a los resultados de sus dos primeras oleadas (Börsch-Supan, 2008), con el fin de estimar el efecto causal que origina en el empleo la dedicación intensiva de las mujeres al cuidado de sus padres ancianos. Se ha podido estimar así que las mujeres que informaron ser cuidadoras de alguno de sus progenitores (especialmente, madres) en 2004, tenían menos probabilidades de estar trabajando en el mercado laboral y más de ser cuidadoras intensivas en 2006. Estas correlaciones crecen en tamaño e importancia de Norte a Sur de Europa, pues son las mujeres que viven en los países mediterráneos quienes se ven afectadas en mayor medida por la repercusión negativa sobre sus posibilidades de empleo, debido a las diferencias Norte-Sur en el desarrollo de sistemas de atención formales.

Entre las personas objeto de cuidados en nuestra investigación destaca, como en el resto de Europa, la figura de la madre/suegra (51,1%) debido,

TOTAL	SEXO		EDAD				
	Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69	
¿Colabora en el cuidado de algún familiar enfermo, con discapacidad o dependiente? (% sobre total de la muestra)							
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Sí	23,3	19,1	27,3	26,4	27,1	23,2	14,5
No	76,7	80,9	72,7	73,6	72,9	76,8	85,5
Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$) para ambos cruces.							
¿De quién se trata? (% sobre total de personas que cuidan de algún familiar enfermo, con discapacidad o dependiente)							
(N)	233	93	140	74	76	51	32
Pareja	12,9	9,7	15,0	6,8	5,3	9,8	50,0
Padre/suegro	15,9	15,1	16,4	17,6	18,4	15,7	6,3
Madre/suegra	51,1	55,9	47,9	54,1	63,2	49,0	18,8
Hijo	9,0	7,5	10,0	6,8	5,3	15,7	12,5
Nieto/otros	11,2	11,8	10,7	14,9	7,9	9,8	12,5

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.1. Población de 50 a 69 años según si cuida o no de familiares en situación de dependencia y parentesco con el familiar cuidado, por sexo y edad. Porcentajes verticales

como ya hemos señalado, a la mayor prevalencia del sexo femenino entre quienes se encuentran en situación de dependencia. Le siguen el padre/suegro (16%), la pareja (13%), nietos/otros (11,2%) e hijos (9%). Se trata así de una estructura de cuidados de soporte femenino con un peso creciente de los varones. Es interesante destacar también la importancia de la pareja en los cuidados en el tramo de edad de 65-69 años (50%) en el que mujeres, también hombres, asumen el cuidado de la pareja (ver Tabla 3.1).

La relación con la actividad condiciona, como es natural, la función informal de los cuidados. Así, personas paradas (34%) e inactivas (29%) colaboran en mayor medida que las ocupadas (20,5%) no existiendo especiales diferencias por razón de la situación profesional. Igualmente el nivel de ingresos, como no podía ser menos, condiciona la participación en los cuidados informales. El grupo que tiene ingresos de más de 1.500 euros al mes participa en los cuidados en un 18% frente al que tiene

ingresos de menos de 900 euros mensuales (30,3%). Como también se muestra en estudios anteriores sobre el apoyo informal (IMSERSO, 2005), las personas de mayor estatus económico y más alto nivel de ingresos son las que pueden y suelen delegar los cuidados en trabajadoras/es (muchas veces inmigrantes) que son contratados por la familia, y también las que en mayor medida desarrollan estrategias para conseguir un reparto de las tareas de cuidados, tanto entre otros miembros de la familia como con servicios profesionales. Compartir esta labor cuidadora se ha identificado como clave para evitar muchas de las consecuencias negativas que se han descrito sobre los cuidados a personas en situación de dependencia (Rodríguez Rodríguez, 2005; 2006). En este sentido, la aplicación de la Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia (LAPAD) significó el inicio del despliegue de una serie de prestaciones y recursos formales que estaban llamados a proveer a las familias de servicios profesionales que, de manera complementaria al apoyo familiar, vendría a suponer un mayor reparto de los cuidados entre familia y Estado. El tiempo dirá si los recortes impuestos en el período de crisis económica que atravesamos malogrará o no este objetivo a medio plazo.

En relación con la frecuencia de la colaboración, ésta es muy intensa, mayoritariamente diaria (17%) o semanal (4%), con menos de un 2% de casos en donde es anecdótica. Esta frecuencia se observa mucho mejor cuando analizamos únicamente la submuestra de las personas que han informado ejercer de cuidadoras. Así, como puede verse en la Tabla 3.2, un 74% de ellas informan que cuidan diariamente y que a esta labor dedican una media de 12 horas al día -una intensidad muy parecida a la informada en la encuesta sobre el apoyo informal ya referida (IMSERSO, 2005), que era de 11 horas-. En el caso de la población femenina, los cuidados cotidianos alcanzan el 80% con una media de dedicación de 13

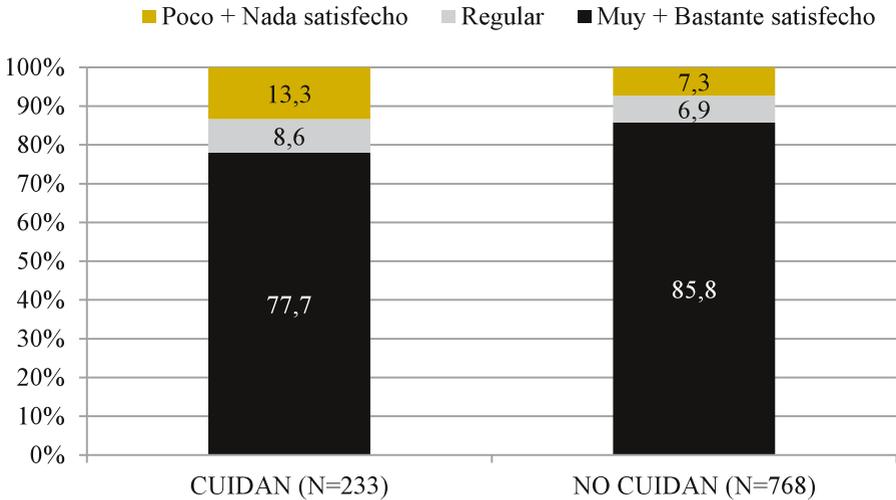
	TOTAL (N=233)		SEXO			
			Hombres (N=93)		Mujeres (N=140)	
	%	Media de horas	%	Media de horas	%	Media de horas
Todos o casi todos los días	74,2	12,1	66,7	10,1	79,3	13,1
Alguna vez a la semana	18,0	13,3	23,7	11,6	14,3	15,3
Alguna vez al mes	4,3	24,9	3,2	32,0	5,0	21,9
Con menor frecuencia	3,4	-	6,5	-	1,4	-

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.2. Intensidad de cuidado por sexo. Porcentajes verticales sobre el total de las personas que cuidan

horas diarias. La intensidad de cuidados, en el caso de los hombres que prestan cuidados diarios, alcanza las 10 horas. No cabe duda de que estamos ante un sistema informal de cuidados muy elevado en cuanto a frecuencia y muy intensivo en número de horas. De hecho las personas que cuidan diariamente tienen jornadas de trabajo no retribuido que superan las 10 horas e incluso las 13 en el caso de las mujeres. Es justamente la intensidad en el cuidado lo que marca la diferencia esencial que se produce entre los cuidados informales que prestan las familias del Norte de Europa comparados con España donde junto a nuestra tradicional cultura de cuidados se suma una histórica escasez de servicios profesionales comunitarios.

En España, a tenor de los resultados de nuestro estudio unido a los que ya se han referido y a otros, como el elaborado por Jesús Rogero (2010), que analiza el impacto del trabajo de cuidados a través de cinco encuestas, el peso de los cuidados llega a ser verdaderamente agotador para una parte de las personas cuidadoras, saldado en bastantes ocasiones con efectos negativos sobre su propia salud. En este sentido, contamos con investigación suficiente que muestra los negativos efectos que provoca el cuidado a personas mayores en situación de dependencia en la salud de las personas cuidadoras; repercusiones que son



Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$)

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.1. Grado de satisfacción con la vida en general en población de 50 a 69 años según si cuidan o no a familiares en situación de dependencia.
Porcentajes verticales

especialmente perniciosas sobre todo entre quienes cuidan en solitario, extienden la labor de cuidados durante períodos largos de tiempo y la realizan con una intensidad de horas al día elevada (Rodríguez Rodríguez, 2005; Pinguart y Sorensen, 2007; García- Calvente et al, 2011). La sobrecarga física y psicológica que sufren estas personas cuidadoras (sobre todo, mujeres) se traduce en un estrés crónico que acaba deteriorando la salud y produciendo enfermedades, como la depresión o ansiedad.

En esta línea de asociar salud y bienestar de las personas según sean o no cuidadoras de otras en situación de dependencia hemos puesto en relación la percepción de nuestra muestra sobre su estado de salud y

también sobre su grado de satisfacción general con la vida, según si cuidan o no a familiares que requieren cuidados de larga duración (Gráfico 3.1). Entre quienes informan ser cuidadoras, un 39% sienten que su salud es regular o mala, frente a un 32% de quienes no cuidan. Por otra parte, existen 8 puntos de diferencia entre personas cuidadoras y no cuidadoras, en beneficio de éstas últimas, en cuanto afecta a la percepción de sentirse muy o bastante satisfechas con su vida.

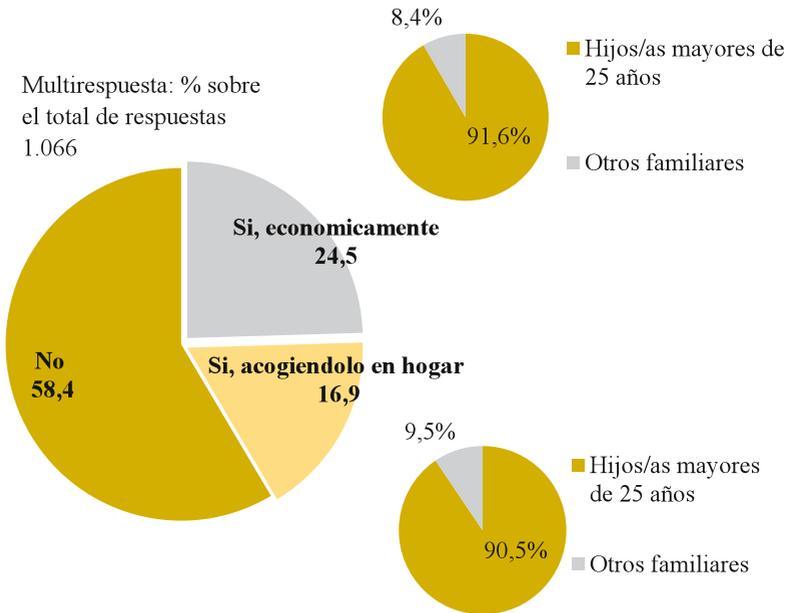
3.2. Ayudas familiares económicas y de acogimiento

Junto al cuidado de personas en situación de dependencia, la población entrevistada declara ayudar también a familiares que lo precisan por razones principalmente económicas, ya sea prestando una cantidad de dinero (26%) ya sea acogiéndolos temporalmente en su domicilio (21%). En ambos casos, esta ayuda está destinada principalmente a hijos e hijas mayores de 25 años, muy por delante de otros familiares como hermanos/as, padres o nietos/as, que no llegan a suponer el 1% de los casos. En nuestro cuestionario no se han tenido en cuenta para analizar este tipo de apoyos los prestados a hijos menores de esa edad con el fin de diferenciar la atención obligatoria de mantenimiento de éstos hasta su independencia, de las ayudas que prestan a los ya adultos. Pues bien, según nuestros resultados, los apoyos económicos están dirigidos en un 96% a sus descendientes y el resto a otros familiares (ver Gráfico 3.2). La magnitud de esta ayuda en números absolutos significa que hay en España más de cuatro millones de personas de entre 50 y 69 años que están ayudando económicamente a su prole, contando ésta con una edad más propia de la independencia económica.

Aunque la solidaridad económica de la familia hacia los descendientes es una práctica social habitual en España, no cabe duda de que debajo de estos datos late el impacto de la crisis económica y financiera, que se

¿A quién ayuda económicamente?

(% sobre el total de personas que ayudan económicamente N=261)



¿A quién acoge en su hogar?

(% sobre el total de personas que ayudan acogiendo en su hogar N=180)

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.2. Ayudas económicas y de acogimiento a familiares: En este momento, ¿ayuda vd. a algún miembro de su familia?

inicia en 2008 y llega hasta la actualidad, ante la cual la familia responde extendiendo e intensificando su apoyo. El enorme índice de desempleo que se registra en nuestro país a finales de 2012 tiene su más dramático indicador en el 53% de paro juvenil. Esto origina que podamos estar, como ha subrayado el Director de Empleo de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), José Salazar Xirinachs, «ante una crisis que puede llevar a una generación perdida o muy seriamente marcada. Se sabe que si no se comienza bien en el mercado laboral, si transcurre mucho tiempo antes de conseguir el primer empleo, esto influirá en el tipo de trabajo y en los ingresos por el resto de la vida».

En concreto, las ayudas económicas que se prestan a hijos e hijas por parte del grupo de población que hemos estudiado toman la forma, a partes iguales, de aportaciones periódicas, ayudas para comprar una casa o para los gastos de la misma u otro tipo de ayudas (en torno al 9% cada uno). Y, en contra de lo que podría esperarse, no son las personas de mayores ingresos quienes más ayuda económica prestan a sus hijos, sino justamente los que no alcanzan los 900€ mensuales, probablemente por la existencia de una mayor necesidad.

Más del 40% de las ayudas económicas que se destinan a hijos o hijas son de tipo periódico, un 27% consiste en ayudas para la compra o gastos de la casa y el 30% restante en ayudas de otro tipo. Es de importancia resaltar que el perfil que más ayuda presta a sus descendientes corresponde a personas jubiladas y pensionistas: un 29,5% de éstas dice ayudar a hijos e hijas mayores de 25 años, seguidas de las inactivas (25,5%) y de las personas ocupadas (22,3%). Los profesionales autónomos o con su propio negocio ayudan económicamente a hijos e hijas mayores de 25 años en mayor medida que los asalariados. Por su parte, las personas separadas y divorciadas prestan esta ayuda en mayor

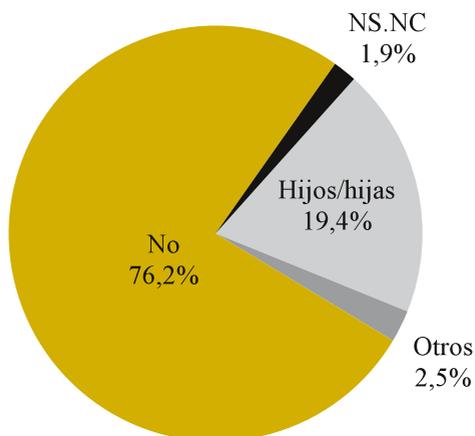
medida que solteras y casadas. Se trata de diferencias relativas dentro de un comportamiento generalizado de solidaridad financiera intrafamiliar.

Como se comentaba anteriormente, además de las ayudas económicas, la población estudiada acoge en su hogar a familiares que lo precisan. Cuando sucede esto, en un 90,5% de los casos se trata de sus hijos o hijas, frente a un 9,5% de otros familiares. Son los hogares de personas entre 60 y 64 años los que en mayor medida acogen a familiares; en el mismo sentido las personas pensionistas y jubiladas, y autónomas y empresarias tienen una mayor implicación, así como las que están casadas y tienen menos ingresos.

Para tener una referencia comparativa, pese a no tratarse de muestras homogéneas, se ofrece a observación el Gráfico 3.3 que contiene los resultados obtenidos en la encuesta aplicada por el IMSERSO en 2009 (todavía en el período de los primeros años de la crisis) a la población mayor de 65 años, en el que puede observarse las diferencias en intensidad de la ayuda con los datos recogidos en nuestro estudio y que se han presentado en el gráfico 3.2.

3.3. El cuidado de los nietos: beneficios, coste y ambivalencia

El incremento en la esperanza de vida ha contribuido a que la experiencia de ser abuelo/a se haya generalizado y que abarque un periodo más largo en la vida de las personas. Sin embargo, factores como el descenso de la fecundidad y el retraso de la edad para la maternidad pueden contrarrestar de manera importante los efectos que una mayor longevidad venía produciendo (Pérez Ortiz, 2007). En este sentido, en poco menos de cuatro décadas el aumento de la edad de las mujeres que tienen descendencia ha sido muy marcado: si en 1975 tan solo un 35% de los



Fuente: IMSERSO, Encuesta Mayores 2010 y elaboración propia.

Gráfico 3.3. Personas de 65 y más años que ayudan económicamente a algún familiar, 2010. Porcentajes sobre el total

nacimientos que acontecían venían de madres con 30 o más años, en 2011, 7 de cada 10 mujeres (70%) habían superado esa edad al dar a luz (INE, 2012f). Concebir a edades más avanzadas conduce, lógicamente, a que la ocasión de ser abuelo/a se presente más tarde.

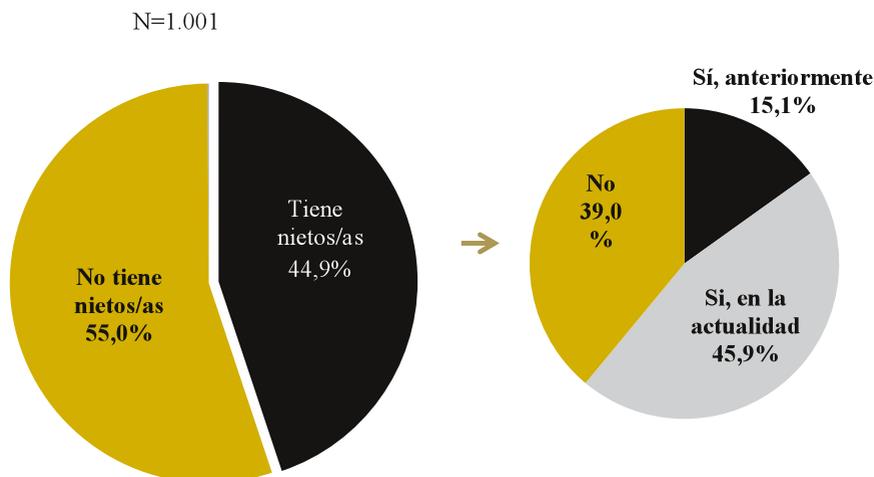
En nuestro país contamos con estudios que han analizado con detenimiento el rol social de los abuelos y abuelas y los beneficios mutuos que produce la interacción con sus nietos (Triadó et al, 2000; Pinazo et al, 2005). Según estas aportaciones, el rol que cumplen los abuelos está basado en el afecto, la complicidad, el apoyo y el intercambio, e influye de manera muy beneficiosa en el desarrollo social y personal de los nietos. Entre los factores que se citan destacan: a) un caudal considerable de riqueza en forma de cuidados y apoyo; b) una participación relevante en el proceso de socialización de los niños/as; c) una aportación al aprendizaje,

sobre todo según los modelos de personalidad (aprendizaje por observación); d) una transmisión de saberes del curso de la vida y la muerte como fuente de ideas. Un conjunto de aportaciones, en suma, muy enriquecedor del que gozan, por la situación demográfica que disfrutamos, la mayor parte de los niños y niñas de hoy. Aparte de los beneficios emocionales que reciben recíprocamente abuelos y nietos por el intercambio de confianzas, amor y cuidados, tiene también enorme valor la aportación que realizan aquéllos a sus nietos en lo que atañe al suministro de cuidados y a la organización de la diversión y el tiempo libre. Y también en esta relación intergeneracional afloran otros aspectos positivos asociados a la transmisión de experiencias y de valores y al mantenimiento de los lazos y la identidad familiar, todo ello muy relacionado con formas de expresión del concepto de generatividad al que ya hemos hecho mención.

Pasamos ahora a analizar con datos de nuestra encuesta el ámbito de los cuidados que se prestan a los nietos y nietas por parte de las personas de 50-69 años. Como cuestión previa, es oportuno señalar, en relación con lo manifestado antes, que más de la mitad de la muestra no son abuelos/as. El 80% de las personas de 50-54 años no tiene nietos, ni el 74% de las ocupadas laboralmente. Por otra parte, aclaramos que la indagación que hemos realizado en la encuesta no se refiere al cuidado episódico de los nietos por parte de sus abuelos por entender que éstos son normales en este tipo de relación; lo que hemos buscado conocer es la dedicación intensa y extraordinaria consistente en asumir el cuidado diariamente, mientras los padres trabajan.

Dentro del segmento de quienes tienen nietos (el 45% del total de nuestro grupo demográfico) se reparten entre quienes los cuidan mientras sus padres trabajan (46%) o los han cuidado anteriormente (15%), en tanto

¿En alguna ocasión ha ayudado a alguno de sus hijos/hijas en el cuidado cotidiano de sus nietos/as pequeños, mientras sus padres trabajaban? (% sobre el total de personas que tiene nietos/as) N=449



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.4. Tenencia y cuidado de nietos y nietas

que el restante 39% no se ocupa de esta tarea (Gráfico 3.4 y Tabla 3.3). Es decir, casi la mitad de las personas que tienen nietos son cuidadoras de mucha intensidad en la actualidad. Esto nos da una idea de la importancia que tienen las personas de 50 y más años en el cuidado cotidiano de los nietos, pues, si sumamos los que cuidaron ayer a los que cuidan hoy, concluimos que se ocupan o se han ocupado de esta intensa labor el 61% de los abuelos y abuelas.

No se observan diferencias estadísticamente significativas en el cuidado de nietos atendiendo al sexo o a la edad. Aun así, una mayor proporción

TOTAL	SEXO		EDAD				
	Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69	
¿Ha cuidado de sus nietos mientras sus padres trabajaban? (Porcentajes sobre el total de personas que tiene nietos)							
(N)	450	202	248	56	103	124	167
Sí, anteriormente	15,1	11,4	18,1	8,9	14,6	10,5	21,0
Sí, en la actualidad	45,8	49,5	42,7	53,6	37,9	50,0	44,9
No	38,9	38,6	39,1	37,5	46,6	39,5	34,1
Ne	0,2	0,5	0,0	0,0	1,0	0,0	0,0
¿Con qué frecuencia? (Porcentajes sobre el total de los que cuidan en la actualidad)							
(N)	206	100	106	30	39	62	75
Todos o casi todos los días	54,8	51,5	57,9	60,0	48,8	56,5	54,5
Alguna vez a la semana	33,3	35,0	31,8	30,0	39,0	30,6	33,8
Alguna vez al mes	6,2	7,8	4,7	3,3	4,9	3,2	10,4
Con menor frecuencia	5,7	5,8	5,6	6,7	7,3	9,7	1,3

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.3. El cuidado de los nietos según sexo y grupos de edad. Porcentajes verticales

de hombres declaran estar ejerciendo esta labor en la actualidad, así como de personas pertenecientes a la cohorte de menor edad analizada.

Obviamente, la cercanía domiciliaria entre nietos y abuelos es un factor a tener en cuenta en el análisis ya que facilita los cuidados. Y puede que sea la distancia a la que viven unos de los otros, incluso en otra ciudad, la razón fundamental aunque no exclusiva, por la que dos quintos de las personas que tienen nietos no se ocupen de su cuidado diario, tal como se sugiere en el análisis de las primeras oleadas del estudio longitudinal SHARE (Borsch-Supan 2009).

Más allá del cuidado real de sus propios nietos en sus aspectos cuantitativos está la visión del conjunto de la población estudiada sobre lo que la dedicación a esta tarea significa. Y de forma mayoritaria la opinión se divide entre quienes creen que a veces se abusa al cargar a los abuelos con el cuidado diario de sus nietos (45%), y entre quienes

TOTAL	ESTADO CIVIL				INGRESOS DEL HOGAR			
	Soltero	Casado	Separado Divorciado	Viudo	<900€	901- 1.500€	>1.500€	
(N)	1.001	61	794	69	77	218	276	283
A veces se abusa al cargar a los abuelos con su cuidado diario	45,5	45,9	44,5	49,3	51,9	44,5	47,8	49,8
Considero lógico que los abuelos cuiden de sus nietos ahora	34,8	26,2	35,0	33,3	40,3	36,7	35,1	34,3
Ninguna de las anteriores	16,7	23,0	17,4	15,9	5,2	15,1	12,0	14,1
Ns/nc	3,1	4,9	3,1	1,4	2,6	3,7	5,1	1,8

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.4. Opinión sobre el cuidado de los nietos. Porcentajes verticales

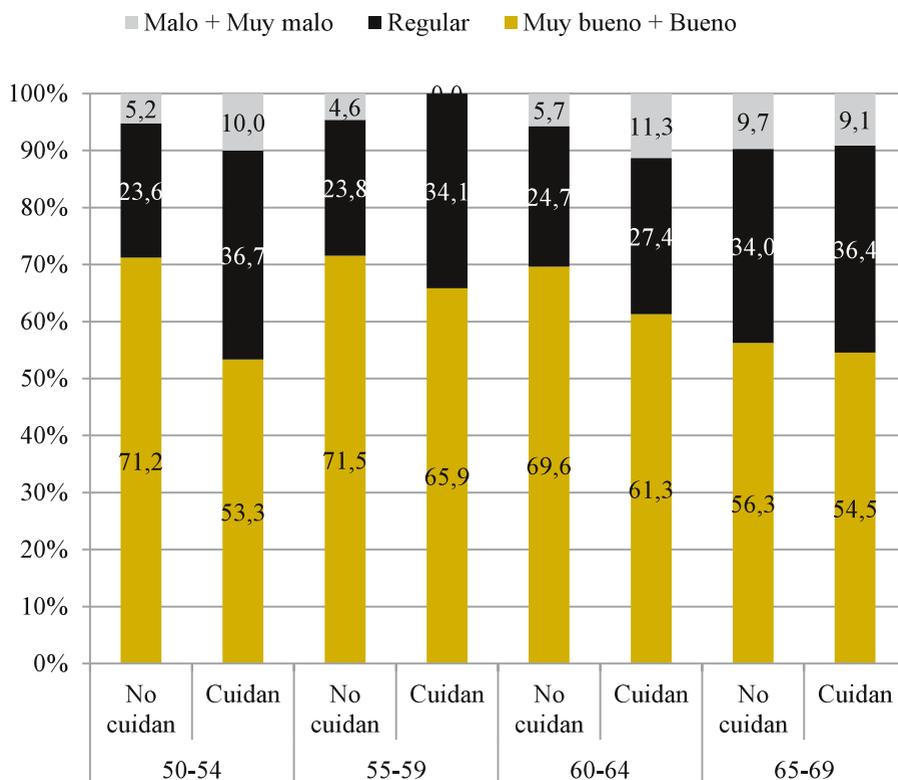
consideran lógico que los abuelos cuiden de sus nietos en un momento en que ellos tienen menos ocupaciones (35%). Y aunque es cierto que no son afirmaciones contradictorias, en nuestro cuestionario las ofrecíamos como excluyentes para forzar el posicionamiento de la población estudiada. Los resultados obtenidos sugieren una clara ambivalencia en la percepción de los cuidados, si bien predomina (más de 10 puntos de diferencia) la idea de abuso frente a los que ven lógico el cuidado de los nietos por parte de los abuelos. Esta opinión mayoritaria sobre el abuso que hemos detectado es un claro indicador de que la carga del cuidado de los nietos se considera en buena medida excesiva, lo que, por otra parte, se corresponde con otros estudios que han analizado con anterioridad este asunto (Rodríguez Rodríguez, 2005; Tobío et al. 2010).

Los que más de acuerdo se muestran con la opinión de que es lógico ocuparse de los nietos son precisamente aquellos que más lo hacen realmente: los de 65-69 años, pero también es en este segmento de edad donde opiniones positivas a la opción de cuidar (43%) y negativas (45%) están más próximas y, en menor medida, así lo declaran los viudos (40% a favor pero 52% en contra) y los que tienen ingresos inferiores a 900€ (37%

a favor y 45% en contra).

Es decir, parece que las personas mayores de 50 años se han adaptado a su condición de cuidadores cotidianos de sus nietos cuando los tienen. Entre los que cuidan de ellos en el momento de la aplicación de la encuesta, un 57% lo considera lógico en tanto que el 34% piensa que se trata de un abuso. Los que han cuidado en el pasado de sus nietos pero ya no lo hacen piensan que era lógico en un 47% de los casos, pero llegan al 49% los que lo ven como un abuso. Los que teniendo nietos no los han cuidado nunca piensan, pese a todo, que es natural ocuparse de ellos (42%) aunque en menor proporción que los que lo califican como un abuso (47%). Finalmente, son los que no tienen nietos los que tienen una opinión más negativa respecto a que los abuelos se ocupen de su cuidado: el 49% lo ve como un abuso, por sólo el 23% que lo considera razonable, aunque otro 23% no tiene una opinión clara al respecto. De lo anterior, pueden extraerse dos conclusiones: por una parte, que el cuidado cotidiano de los nietos se percibe con ambivalencia entre nuestros encuestados, sea como experiencia sea como posibilidad de la misma, pues las respuestas favorables a esta dedicación de los abuelos se contrarrestan con las que lo consideran un abuso. Pero, por otra parte, las opiniones mejoran precisamente cuando más próxima está la experiencia del cuidado de los nietos, es decir, a más proximidad más opiniones de que es lógico hacerlo, mientras que a más lejanía (por ejemplo, los que no tienen nietos) más crece el número de quienes lo consideran un abuso.

Si relacionamos ahora las diferencias que se producen entre quienes cuidan y no cuidan a sus nietos con respecto a su percepción subjetiva de salud para cada tramo de edad (Gráfico 3.5), nuestros datos sugieren que la salud percibida es mejor entre las personas que no se encargan de esta labor. No obstante, hay que tomar esto con precaución, dado que la muestra cuenta con un escaso número de personas que cuidan de sus



Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.5. Estado de salud subjetivo según si cuidan o no a sus nietos mientras sus padres trabajan y edad. Porcentajes verticales

nietos (210). El hecho de que la proporción de personas que consideran que su salud es buena o muy buena sea mayor entre las personas que no cuidan diariamente de sus nietos, y que esto suceda en todos los tramos de edad, puede estar indicando que el peso de este trabajo en tiempo e intensidad está repercutiendo de manera negativa sobre la salud de los

	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Las personas que cuidan de sus nietos pierden oportunidades	27,2	25,0	29,2	28,2	27,5	25,5	27,1
Las personas que cuidan de sus nietos están más activas y saludables	47,1	47,5	46,6	42,5	43,2	50,9	53,8
Ninguna de las anteriores	20,0	20,7	19,3	22,1	22,5	18,2	15,8
Ns/nc	5,8	6,8	4,9	7,1	6,8	5,5	3,2

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.5. Opinión acerca de los efectos de cuidar a los nietos por sexo y edad. ¿Con cuál de estas dos afirmaciones está más de acuerdo?. Porcentajes verticales

que cuidan. Pero esto es algo que no podemos afirmar con rotundidad y que precisaría de un análisis en profundidad y de resultados de estudios longitudinales a más largo plazo, como los que se están realizando con las evidencias que va aportando el SHARE. Como se ha mencionado antes, la relación entre percepciones de salud y cuidado de los nietos es uno de los aspectos que se ha identificado como de interés en ese estudio para continuar investigando con resultados de las próximas oleadas y aportar así mayores certezas de las que hasta ahora han podido hallarse.

La ambivalencia que en nuestro análisis hemos encontrado también se remarca cuando se contrastan las opiniones del total de la muestra sobre los costes de oportunidad que puede generar el tiempo de cuidados con los posibles beneficios. La mayoría se inclina por el beneficio –los que cuidan nietos están más activos–, frente al coste de los cuidados –pérdida de oportunidades de hacer otras actividades–, mucho más cuando estas opiniones no tienen por qué ser contradictorias. Tal como se puede ver en la Tabla 3.5 a mayor edad más importante se considera el beneficio de los cuidados (estar más activos) y, en sentido contrario, las mujeres y el grupo de edad de 50-54 ve en el cuidado de los nietos una mayor pérdida de oportunidades.

	TOTAL	TENENCIA DE NIETOS/AS		CUIDADO DE NIETOS	
		Sí	No	No cuidan	Cuidan
(N)	1.001	449	551	239	210
Las personas que cuidan de sus nietos pierden oportunidades	45,5	24,1	29,8	28,0	19,5
Las personas que cuidan de sus nietos están más activas y saludables	34,8	61,0	35,8	52,7	70,5
Ninguna de las anteriores	16,7	12,5	26,0	15,9	8,6
Ns/nr	3,1	2,4	8,5	3,3	1,4

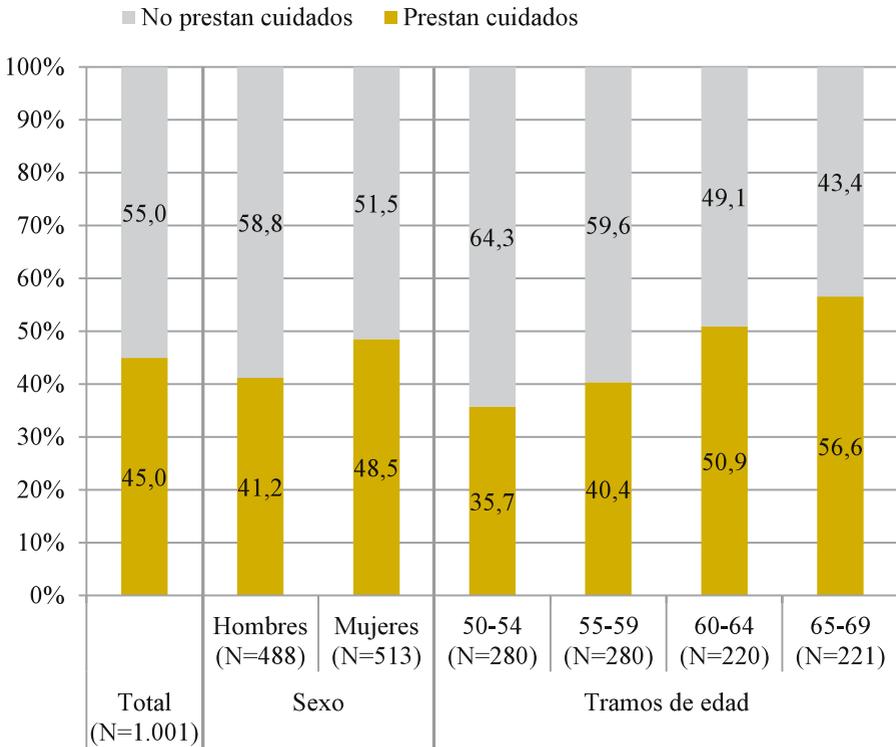
Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 3.6. Opinión acerca de los efectos de cuidar a los nietos según si se tienen o no y si se cuida de ellos. ¿Con cuál de estas dos afirmaciones está más de acuerdo?. Porcentajes verticales

La visión acerca de los efectos de este tipo de cuidado se ve influida por el hecho ser abuelo/a y cuidar de los nietos. El porcentaje de personas que consideran este tipo de labor como una oportunidad para estar más activas y saludables es muy superior entre las personas que tienen nietos (61% frente al 36% obtenido entre los que no), pero es incluso mayor si además cuidan de ellos (71% frente al 53% resultante entre los que no cuidan).

Si realizamos el sumatorio de este trabajo altruista de cuidar que realizan las personas entre 50 y 69 años en España, obtenemos que el 45% de ellas prestan algún tipo de cuidado bien sea a familiares enfermos o en situación de dependencia o a sus nietos/as durante la jornada laboral de los padres (gráfico 3.6). Esta proporción es mayor en el caso de las mujeres, y además aumenta a medida que avanza la edad.

La doble ambivalencia expresada por el colectivo objeto de estudio –sobreesfuerzo de la carga del cuidado pero también de la lógica o naturalidad de los cuidados, pérdida de oportunidades pero superiores beneficios–, nos expresa la tensión entre la necesidad de contribuir a los cuidados del núcleo de familiares cuando los precisan (sean adultos en

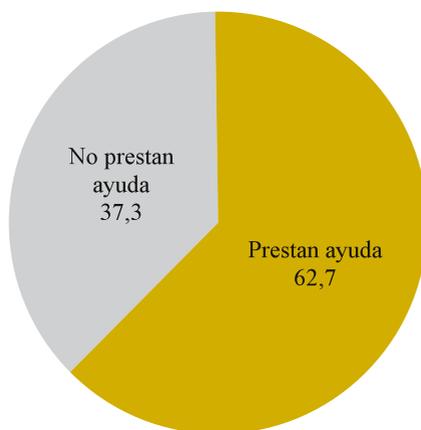


* Prestar cuidados incluye: cuidados a familiares enfermos o en situación de dependencia, cuidado de nietos/as mientras los padres trabajan.

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.6. Porcentajes de personas de 50 a 69 años según si prestan o no cuidados a familiares por sexo y tramos de edad.

situación de dependencia, sean niños) y, al mismo tiempo, las necesidades de tiempo para el desarrollo personal. Tensión que no se superará mientras no se avance al mismo tiempo en la igualdad en el reparto de la carga de cuidados entre hombres y mujeres, el desarrollo de



* Ayuda incluye: ayuda económica, acogimiento en el hogar, cuidados a familiares enfermos o en situación de dependencia, cuidado de nietos/as mientras los padres trabajan.

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 3.7. Personas de 50 a 69 años según si prestan o no algún tipo de ayuda* a sus familiares. Porcentajes sobre el total N=1.001

políticas de conciliación de la vida personal, familiar y laboral (entre ellas, flexibilidad de horarios) y una mayor socialización de la carga de cuidados a través de políticas públicas que aporten medios y equipamientos –como es el caso de las escuelas infantiles para 0-3 años o de los servicios y prestaciones del Sistema de Autonomía y Atención a la Dependencia (SAAD)-. Las políticas de recorte en el gasto público en materia de autonomía y dependencia así como en equipamientos educativos en 2012, que ya fue iniciada con la contención del gasto en 2011, seguramente volverán a desplazar hacia el ámbito familiar la parte de la carga de trabajo de cuidados que previamente había sido socializada.

Finalmente, si en este cómputo de apoyos familiares se tienen también en cuenta las personas que asisten de manera fundamentalmente económica

(monetaria o acogiendo en sus hogares) a familiares que lo precisan, se puede obtener la proporción de personas de 50 a 69 años que les prestan ayuda, entendida ésta de manera general. Llegamos así a concluir que el 62,7% de la población estudiada, es decir, más de seis millones y medio de personas (Gráfico 3.7) están siendo el sostén o constituyen un apoyo importante para algún pariente (sin considerar entre ellos la atención obligada a los hijos menores de 25 años). Los beneficiarios de estas transferencias de ayudas son fundamentalmente hijos/as mayores de esa edad, madres, padres y nietos.

Concluimos este apartado volviendo a enfatizar la enorme solidaridad que están desplegando en España las generaciones de quienes se encuentran en tránsito hacia la vejez en favor de sus familiares necesitados de apoyo, expresado éste tanto en cuidados y atención por razones de enfermedad, dependencia o cuidados diario de niños, así como en ayuda financiera. La mayoría de estas personas, con costes a veces perjudiciales para ellos, están poniendo en juego un caudal altruista e ingente de tiempo, trabajo, dinero, esfuerzos y renunciaciones, para minimizar los daños que la crisis y las medidas que se toman para atajarla están produciendo en la sociedad española en general, y en las familias en particular.

Si bien esta realidad no es ajena a la cultura tradicional de cuidados y solidaridad intrafamiliar el interrogante que plantea la crisis actual es si ésta bloqueará o frenará el proceso de avance en el reparto de la carga de cuidados en el seno de las familias en función del género y si la crisis puede desbordar la capacidad de solidaridad económica y de ayuda de las personas mayores. La respuesta al primer interrogante es que los cambios que han tenido lugar en las redes de apoyo familiar seguramente no se verán alterados por la crisis sino reforzados, si bien es una afirmación que no surge de los resultados de la encuesta sino como reflexión tentativa a

partir de la misma, algo por demostrar. En cuanto al segundo interrogante nuestra hipótesis es que dicha solidaridad, de cuidados y financiera, no es fácil que se vea alterada por la crisis actual si bien obliga a la aplicación de políticas de internalización de la austeridad y da lugar a no escasos conflictos en el seno de los hogares lo que, como en el caso anterior, planteamos como fruto del análisis sociológico de la realidad que estamos investigando.

El resumen de los datos más relevantes que hemos podido ver a lo largo del capítulo es el siguiente:

- Aproximadamente una cuarta parte de las personas entre 50 y 69 años colaboran en el cuidado de familiares enfermos, con discapacidad o en situación de dependencia. Esta tarea concierne en mayor medida a las mujeres (27%) y a personas de edades inferiores a 60 años (26%). La relación con la actividad también condiciona la participación en los cuidados informales, Así, personas paradas (34%) e inactivas (29%) colaboran en mayor medida que las ocupadas (20,5%).
- La alta intensidad de este tipo de cuidados es característica de los países del Sur de Europa; concretamente nuestro estudio muestra que el 74% de las personas que cuidan lo hacen diariamente en jornadas que superan las diez horas diarias, llegando a alcanzarse las 13 horas si quien procura este cuidado es una mujer.
- Cuidar de familiares enfermos, con discapacidad o en situación de dependencia puede estar afectando al grado de satisfacción vital: la proporción de personas muy o bastante satisfechas con su vida es 8 puntos porcentuales más alto para quienes están libres de

esta tarea.

- Los apoyos que el grupo de 50 a 69 años presta a su entorno familiar no sólo se presentan en forma de cuidados; la ayuda puede ser de tipo económico o incluso de acogida en el hogar; y en estos casos va dirigida casi siempre a los hijos e hijas que han superado la edad de 25 años (90%). Atendiendo a la relación con la actividad, las personas que en mayor proporción declaran prestar esta modalidad de ayuda son en primer lugar jubiladas (29,5%), seguidas de las inactivas (25,5%) y de las personas ocupadas (22,3%). Son los hogares de personas entre 60 y 64 años los que en mayor medida acogen a familiares.
- Por último se ha tratado el cuidado de nietos/as. De entre el 45% que los tiene, la mayoría los cuidan en la actualidad de manera cotidiana mientras sus padres trabajan (46%) o bien los han cuidado anteriormente (15%). Y quienes ejercen esta tarea tienen visiones más positivas en cuanto a lo que supone desempeñarlas.
- Si realizamos el sumatorio de este trabajo altruista de cuidar que realizan las personas entre 50 y 69 años en España, obtenemos que el 45% de ellas prestan algún tipo de cuidado bien sea a familiares enfermos o en situación de dependencia o a sus nietos/as durante la jornada laboral de los padres. Esta proporción es mayor en el caso de las mujeres, y además aumenta a medida que avanza la edad.



Colección
Estudios de la Fundación

El tiempo social de las personas mayores

La ocupación del tiempo, sobre todo después de la jubilación, es una de las vertientes de la investigación social relacionada con el envejecimiento más analizadas (Ramos, 1995; Barrio Truchado, 2007; Durán Heras, 2007; Bueno y Buz Delgado, 2006; entre otros). Ello es así tanto por su impacto en el bienestar de las personas jubiladas como por la posible utilidad familiar y social del tiempo excedente que se adquiere una vez abandonado el trabajo y reducidas las demandas de tareas domésticas y de cuidado. Al analizarlo de manera retrospectiva, podemos observar que se ha producido un cambio notable en la ocupación del tiempo de las personas mayores en las dos últimas décadas, como señalan los autores que acabamos de mencionar. Entre las notas características de dicho cambio podemos destacar las siguientes:

a) En primer lugar, las actividades de ocio han adquirido gran importancia entre las personas mayores y ocupan un lugar central junto al tiempo dedicado a la familia, habiendo ganado interés creciente las actividades de formación y, en menor medida, las de voluntariado, que analizamos en el siguiente capítulo. Es cierto que es difícil diferenciar de manera tajante entre ocio y cultura pues ambos tipos de actividades están muy interrelacionadas. Pero con esta salvedad, todo indica que el interés por la formación general y la cultura tiene un peso creciente en las motivaciones de nuestro colectivo junto al interés por formarse en las variadas fórmulas que se ofrecen actualmente bajo el epígrafe “envejecimiento activo”, entendido como hábitos y estilos de vida sana y, en general, como precipitado de una vida personal y social saludable, útil y participativa. Este cambio parece estar movido por un fin de autorrealización mediante el aprovechamiento de la etapa vital que se abre tras la jubilación para realizar aprendizajes que contribuyan al desarrollo personal más que a un ocio puramente consuntivo y recreativo.

b) *En segundo lugar, el grupalismo de las personas mayores en sus actividades de ocio está dando paso o se combina con una mayor autonomía en la elección de los intereses individuales tal como se corresponde con una sociedad de consumo en la que la satisfacción individual tiene un peso relevante. No es que las personas que se acercan al momento o acaban de llegar a la jubilación estén abandonando las actividades en grupo sino que las opiniones y opciones de nuestro colectivo tienen cada más en cuenta la dimensión del valor añadido personal de las actividades, que avanza y se consolida a medida que entran en la experiencia de la jubilación generaciones con un mayor nivel de formación e ingresos. Lo cual no puede sorprender si tenemos en cuenta que, por ejemplo, las personas que forman parte del grupo de 50 a 54 años son los llamados hijos de la sociedad de consumo, cuyas pautas culturales se orientan a una mayor satisfacción personal frente a intereses colectivos o, al menos, parecen pretender hacerlos compatibles. Si el orden de intereses en los grupos de mayor edad de la población que estudiamos podría decirse que es tendencialmente: familia, individuo y sociedad, en los grupos más jóvenes, entre 50 y 55 años, tiende a ser: individuo, familia, sociedad.*

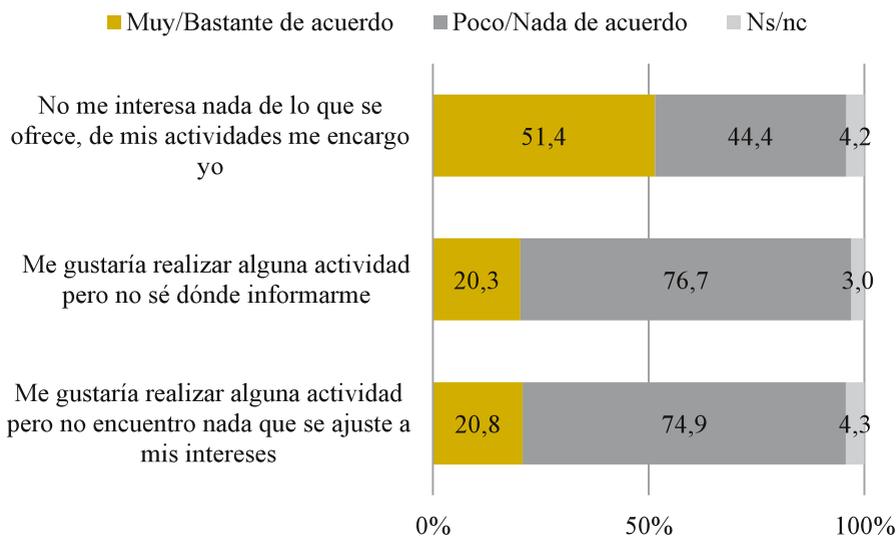
Desde esta perspectiva en este capítulo analizamos los resultados de la encuesta Fundación Pilares 2012, junto a otras fuentes de información, en relación con cuatro objetivos:

1º) *Cómo valoran las personas entrevistadas la oferta existente en el ámbito del desarrollo personal o de participación, así como cuál es el interés que les genera la participación en las diferentes actividades formativas, de ocio, cultura, voluntariado, etcétera; también qué fines son los que buscan al realizar las diferentes actividades y cómo valoran la preparación para la jubilación.*

- 2º) *Cómo se valoran los Centros Sociales (también denominados en algunos lugares Hogares de personas mayores, clubs de tercera edad) para personas de 60 y más años en cuanto espacios de encuentro, ocio y formación, ampliamente conocidos y utilizados en las últimas décadas.*
- 3º) *Cómo acceden al uso de las nuevas tecnologías de la sociedad de la información (internet, ordenadores y móviles) y cómo se valora la utilidad y acceso a las redes sociales.*
- 4º) *Finalmente analizamos el uso y valoración del tiempo en la vida diaria, es decir, cómo llena cotidianamente su tiempo y cómo lo percibe el grupo de personas con edades entre 50 y 69 años de edad.*

4.1. La preparación a la jubilación y las actividades de ocio, formación y tiempo libre

En términos generales, la población estudiada muestra una relativa preferencia por encargarse de manera autónoma de sus actividades de ocio o formación, si bien en torno a una quinta parte estaría interesada en actividades organizadas si se ajustaran a sus intereses o supiera dónde informarse sobre ellas. En efecto, tal como puede verse en el Gráfico 4.1, más de la mitad de nuestros encuestados prefiere organizar sus actividades a nivel individual sin ningún tipo de mediación institucional y, por tanto, parecen no tener interés en la oferta existente. Ésta no parece estar mal valorada, pero una quinta parte afirma que no se ajusta a sus intereses o que no sabe dónde informarse. Dentro de esta opinión general, gran parte de la población que analizamos se manifiesta aún más proclive a encargarse de sus actividades de manera personal: los varones (59%), los separados y divorciados (57%) y, los de ingresos mensuales superiores a 1.500€ (64%). Por tanto, la autonomía personal es el criterio que rige mayoritariamente las decisiones del colectivo a la hora de



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.1. Grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones (% sobre el total N=1.001)

organizar actividades, si bien no se trata de una mayoría abrumadora.

En este sentido las diferencias por tramos de edad apenas son destacadas, como puede verse en la Tabla 4.1. Tampoco lo son por razón de la relación con la actividad, la situación profesional ni por el nivel de estudios. Parece existir, pues, un amplio acuerdo sobre la importancia de la autonomía a la hora de decidir qué hacer con el tiempo en el colectivo de personas entre 50 y 69 años independientemente de sus características socio-demográficas y laborales.

(N)	EDAD			
	50-54	55-59	60-64	65-69
Me gustaría realizar alguna actividad pero no se ajustan a mis intereses	21,1	20,4	23,2	18,6
Me gustaría realizar alguna actividad pero no sé dónde informarme	20,0	19,3	23,2	19,0
No me interesa lo que se ofrece, de mis actividades me encargo yo	53,6	49,6	52,7	49,8

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.1. Porcentaje de personas de 50 a 69 años que están muy o bastante de acuerdo con las siguientes afirmaciones, según edad

De estas respuestas puede extraerse, como se ha dicho, que una parte del colectivo no está satisfecho o no valora positivamente la oferta existente, pero esto no supone que no tengan interés en la realización de actividades. En efecto, resulta curioso constatar que, pese a las opiniones mencionadas, cuando la pregunta se concreta más y se enumeran una serie de actividades de formación y de tiempo libre, se muestran mucho más receptivos e interesados. Un interés amplio en cuanto a actividades y en cuanto a la importancia de algunas de ellas relacionadas con el envejecimiento activo.

Así el 60% muestra interés en participar en programas de ocio o cultura con personas que compartan sus inquietudes, en tanto que casi la mitad se interesaría por recibir algún tipo de formación que les permita organizar su actividad y su tiempo durante la etapa de la jubilación e, incluso, para iniciarse en tareas de voluntariado y participación social (Tabla 4.2). Desde luego también otro tipo de actividades formativas merecen el interés de la población de 50-69 años, como los talleres sobre temas de actualidad o los cursos relacionados con las nuevas tecnologías, sobre los que se volverá más adelante.

	Mucho + bastante interés	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Programas de ocio o cultura con personas de mis mismas inquietudes	59,6	57,0	62,2	60,4	62,1	60,0	55,2
Formación sobre envejecimiento activo	48,6	46,5	50,5	44,6	47,9	48,6	54,3
Talleres que me ayuden a reorientar mi tiempo y mis actividades	48,0	44,5	51,3	48,2	48,9	47,3	47,1
Tertulias sobre temas de actualidad	47,4	47,5	47,2	48,6	47,5	49,1	43,9
Cursos de uso de Internet y redes sociales	42,7	40,4	44,8	42,5	45,4	42,3	39,8
Talleres para iniciarme en el voluntariado y la participación social	42,5	36,5	48,1	42,9	46,1	44,5	35,3

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.2. Porcentaje de personas que declaran mucho o bastante interés en las siguientes actividades de formación y tiempo libre (% sobre el total de cada grupo)

Dentro de esta jerarquía de intereses, las variables socio-demográficas modulan los resultados. Resulta de especial relevancia el diferencial entre hombres y mujeres, pues éstas expresan tener un mayor interés en los programas de ocio y cultura (en realidad en todas las actividades mencionadas en la encuesta), que los hombres, pero apenas si existen diferencias entre los distintos grupos de edad, salvo en los talleres de iniciación al voluntariado y la participación social, en los que están más interesados los grupos de edad centrales (55-64), que constituyen la que hemos denominado generación triunfante. Por otra parte, también las mujeres se interesan en mayor medida que los hombres en las actividades de formación sobre el envejecimiento activo, pero se interesan más las

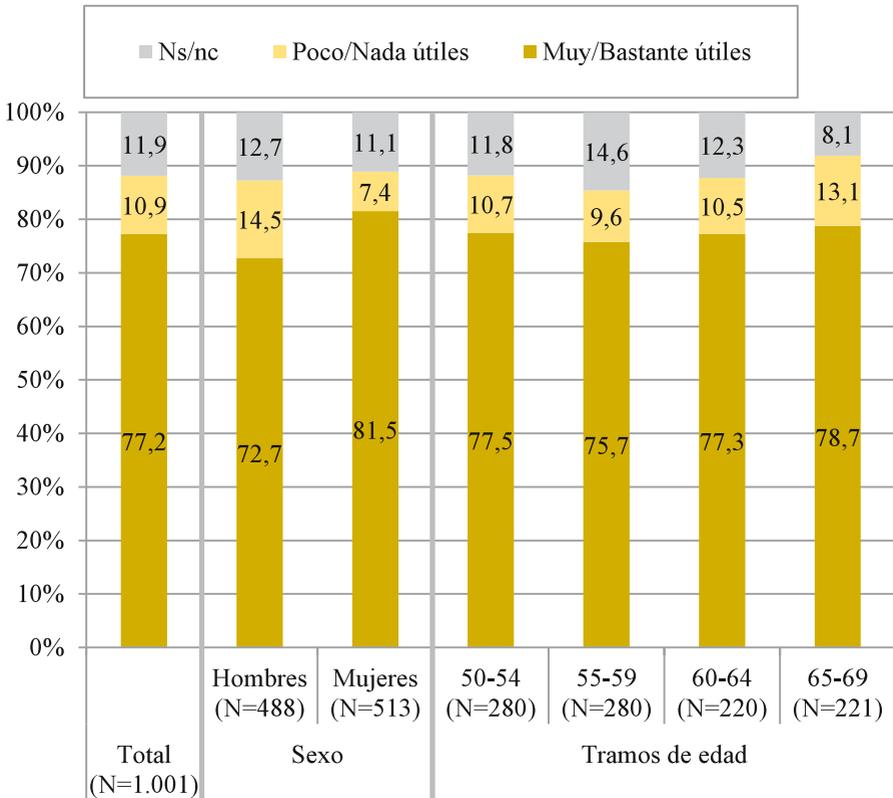
personas del tramo de edad de 65-69 (54,3%) que las que se encuentran en la cohorte de 50-54 años (44,6%), seguramente porque son las de mayor edad las que comienzan a experimentar los efectos negativos del paso del tiempo en aspectos que tienen un mayor impacto femenino, como el deterioro de la salud o la soledad. Es precisamente en el campo de la formación para iniciar actividades de voluntariado y de participación social donde la diferencia entre los sexos se hace mayor, registrándose 12 puntos a favor del interés de las mujeres. Estos resultados guardan relevancia, como veremos más adelante, con la mayor participación real de éstas en las actividades que se vienen ofreciendo en estas áreas por asociaciones e instituciones públicas y privadas. Esta mayor predisposición de las mujeres en el campo de la formación, lo mismo que en el de la participación en actividades, modula y se contrapone con los resultados que sistemáticamente se recogen sobre la peor percepción sobre su salud y calidad de vida, tal como hemos puesto de relieve en otros lugares (Rodríguez Rodríguez, 1993; 2006).

Los talleres para ayudar a organizar el tiempo futuro cuentan también con mayor apoyo por parte de las mujeres que de los hombres pero apenas existe diferencia entre los grupos de edad en que hemos dividido el conjunto de la muestra, es decir, en torno al 47-48% de todo el colectivo manifiesta el apoyo a los talleres. Es en el nivel de educación secundaria donde existe un relativo mayor interés por las actividades de ocio y cultura, talleres para reorientación del tiempo, formación sobre el envejecimiento, talleres de iniciación al voluntariado y la participación social y cursos de internet y redes sociales.

Además de estas propuestas concretas, podría existir para este grupo de población interés en otras formas participativas o de aprendizaje no mencionados en el cuestionario ya que más de tres cuartas partes de ellos

valoran positivamente la utilidad de que hubiera alguna formación específica para preparar la etapa vital que se abre a partir de la jubilación (Gráfico 4.2), con una diferencia de nueve entre hombres y mujeres de casi nueve puntos, mientras que las diferencias por grupos de edad no son destacables ni tampoco según relación con la actividad, pues tanto entre las personas que aún forman parte de la población activa como entre las que están jubiladas se supera el 75% de respuestas que los consideran muy o bastante útiles. Esta opinión tan favorable hacia este tipo de cursos o talleres contrasta con la realidad de la oferta ya que son excepcionales en España, pues ni las empresas ni las Administraciones Públicas los ofrecen a sus trabajadores cuando se acercan a la jubilación, siendo ésta una laguna señalada desde hace mucho tiempo en España (Rodríguez Rodríguez, 1992). Puede interpretarse también esta discordancia entre la oferta y la demanda de este tipo de cursos como una especie de cuestionamiento de los contenidos y metodologías que habitualmente forman parte de estas acciones formativas, quedando por precisar qué otros temas habría que añadir a los apuntados en la encuesta.

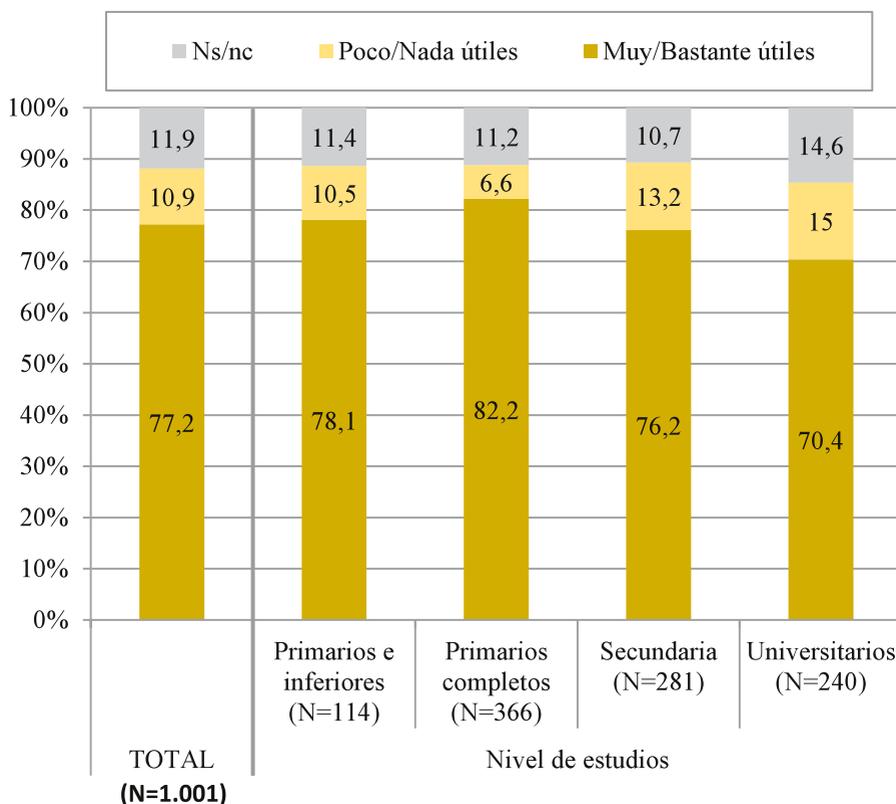
Analizando con más detalle las opiniones de la muestra sobre los cursos de preparación para la jubilación, puede observarse también, tal como se muestra en el Gráfico 4.3, que la opinión general mayoritaria de la muestra de considerarlos de utilidad registra algunas diferencias por nivel de estudios, siendo los que expresan mayor interés quienes tienen estudios primarios (82,2%) y los que menos los valoran quienes cuentan con estudios universitarios (aun así, al 70,4% de ellos les parecen de utilidad) . El hecho de que un grupo de población que podemos considerar diana para este tipo de oferta considere mayoritariamente la utilidad de esta modalidad de acción formativa parece avalar la importancia creciente de desarrollarla con formatos y modelos pedagógicos adecuados para ayudar a planificar u orientar la vida en la etapa que sigue a la jubilación.



Fuente: Encuesta Fundación Pilaes para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.2. Opinión sobre la utilidad de los cursos o actividades formativas que ayudan a planificar y orientar la vida a partir de la jubilación por sexo y edad

A dichos efectos, baste considerar que, con la esperanza de vida en los niveles actuales según datos del INE, las personas que cumplieron en 2011 los 60 años de edad tienen ante sí, como media, 27 años más de vida si son mujeres o 22 si son varones, lapso muy considerable de tiempo



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

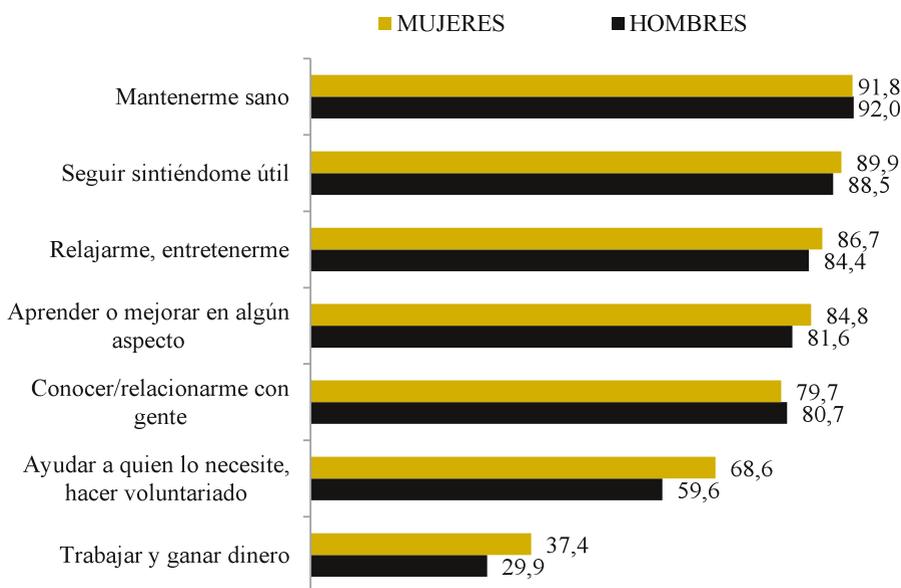
Gráfico 4.3. Opinión sobre la utilidad de los cursos o actividades formativas que ayudan a planificar y orientar la vida a partir de la jubilación por sexo y nivel de estudios

que, en general, puede ser vivido con buen estado de salud. Se trata, además, de un período que se caracteriza y está regido por la falta de obligaciones y la libertad para organizarlo de manera personalizada lo que para la inmensa mayoría de la gente ocurre por primera vez en la vida. Y

así como para otras épocas del ciclo vital, especialmente para ejercer el rol de trabajador, la sociedad provee a los individuos cada vez de más años de preparación, curiosamente apenas existen pautas ni orientación que ayude a definir y construir el rol de la madurez subsiguiente al cese de la actividad laboral. Esta cada vez más dilatada etapa, que desde luego no es todavía la de la vejez ni la de la desvinculación, requeriría de una adecuada planificación según los propios intereses y deseos, poniendo en juego toda la experiencia y aprendizajes acumulados anteriormente. Pero hacerlo sin hoja de ruta ni apoyos que la guíen puede no ser fácil para muchas personas y, por eso, parece lógico que en las respuestas de nuestra encuesta las personas que hemos estudiado se hayan posicionado tan claramente a favor de la utilidad de estas acciones de formación.

¿Cuál es el objetivo que se busca al participar en las distintas actividades? La respuesta es clara y contundente al respecto: estar sano, ser útil, entretenerse y aprender o mejorar personalmente, por este orden de importancia. Tales serían las principales razones que justifican su participación en las mismas, tal como puede verse en el Gráfico 4.4, seguidas de otras finalidades como conocer gente, hacer voluntariado o ayudar a gente que lo necesite y, a gran distancia, ganar dinero. Aunque hombres y mujeres coinciden en la jerarquía de tales objetivos e incluso son porcentajes muy parecidos, las mujeres, como ya hemos comenzado a ver, tienen un mayor interés en el desarrollo de actividades sociales, como es el caso del voluntariado.

De la encuesta se deduce que la finalidad de todas estas actividades es mayoritariamente personal y subjetiva y, secundariamente aunque no menos importante, su objetivo es la ayuda social: cerca de dos tercios se inclinan por ayudar a quien lo necesite o realizar actividades de



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.4. Objetivos buscados al participar en distintas actividades, por sexo: Me gustaría que las actividades que hago o voy a hacer en el futuro me permitan... Porcentajes de muy más bastante de acuerdo sobre el total (N=1.001)

voluntariado. Los que desean seguir trabajando y ganando dinero son sobre todo personas todavía relativamente jóvenes, de edad inferior a los 55 años (54%), así como las que tienen ingresos bajos (42%), los ocupados (37%) y, en especial, los parados (65%).

El análisis por grupos de edad nos revela que son los más jóvenes quienes en mayor medida buscan con las actividades que realizan ahora o que podrían hacer en el futuro sentirse útiles (el 91,4% del grupo de 50-54 años, frente al 85% de los de 65-69 años), aprender o mejorar en algún aspecto (lo que pretenden el 87,5% de los más jóvenes y el 77,8% de los mayores de 65) o hacer voluntariado y ayudar a quien lo necesite.

	TOTAL	NIVEL DE ESTUDIOS		
		Ocupados/as	Parados/as	Jubilados/as o prejubilados/as
(N)	1001	400	108	258
Mantenerme sano	91,9	95,0	89,8	90,3
Seguir sintiéndome útil	89,2	92,0	88,9	85,7
Relajarme, entretenerme	85,6	87,3	83,3	83,3
Aprender o mejorar en algún aspecto	83,2	86,0	88,0	81,0
Conocer/relacionarme con gente	80,2	82,3	86,1	79,8
Ayudar a quien lo necesite, hacer voluntariado	64,2	69,0	73,1	59,3
Trabajar y ganar dinero	33,8	37,3	64,8	16,7

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.3. Objetivos buscados al participar en distintas actividades, según relación con la actividad. Porcentaje de muy o bastante de acuerdo

No sorprende que los parados sean los que en mayor medida quieren relacionarse (86%), aprender o mejorar en algún aspecto (88%) y ayudar y hacer voluntariado (73%) por encima de ocupados, jubilados y otros inactivos (tabla 4.3.). Se trata sobre todo de personas paradas entre 50 y 60 años. Por el contrario, y a pesar de que las diferencias por el nivel de estudios no son importantes, los que tienen estudios primarios o de inferior nivel tienen mayor interés que otros colectivos en relacionarse, sentirse útiles, estar sanos y ayudar a los demás en mayor medida que los que tienen estudios secundarios y superiores. Solamente en el interés por aprender se sitúan a la cabeza los que tienen estudios secundarios y superiores.

En resumen, casi la mitad las personas entre 50 y 69 años opta por elegir y organizar sus propias actividades lo que pudiera interpretarse como que

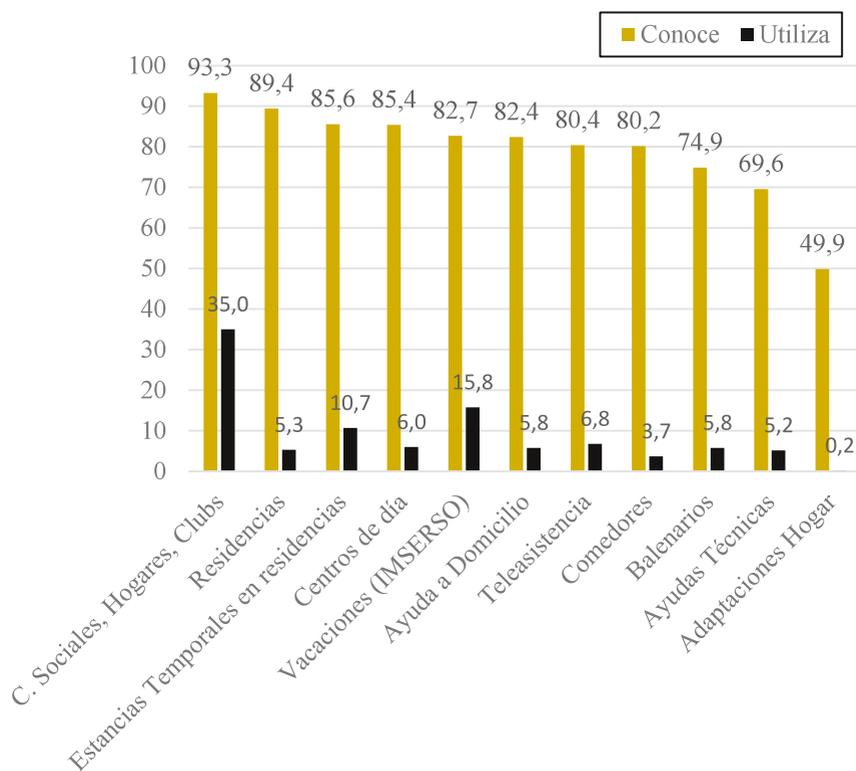
estos resultados, en alguna medida, revelan reticencias o rechazos con la oferta existente. Sin embargo, el interés por las distintas actividades cuando éstas se concretan es elevado, sobre todo las relacionadas con el ocio y la cultura, la preparación para la jubilación, el aprendizaje de nuevas tecnologías y también, aunque en menor medida, las actividades de voluntariado. Estamos ante un modelo de actividades en las que se busca la mejora de la salud, el sentirse útil, estar entretenido y aprender. En suma, el colectivo de personas situadas en el tiempo previo a la jubilación o en situación de jubilación reciente manifiesta un elevado grado de interés en participar en actividades destacando que el valor añadido de gratificación individual es el que marca la elección mayoritaria y a cierta distancia el valor añadido social de actividades de altruismo.

En relación con los cursos que se organizan habitualmente y que en la oferta actual cubre una gran variedad de vertientes (culturales, artesanales, recreativas), un resultado que se considera de gran interés para el futuro es que la inmensa mayoría de nuestros entrevistados está a favor de que la realización de estas actividades formativas no se ofrezca en exclusiva para la gente de la misma edad (lo que sólo apoya el 18%), sino que haya personas de todas las edades (77%). En esto existe una coincidencia plena independientemente de las características sociodemográficas.

4.2. Los Centros sociales para mayores: uso y utilidad social

Desde hace más de treinta años los centros sociales de personas mayores, casales, hogares y clubs de jubilados o de la tercera edad (denominaciones todas ellas aceptadas y utilizadas según la tradición en los diversos territorios de España) han sido un espacio diferenciado para el encuentro y el ocio de las personas jubiladas y, posteriormente, para las personas mayores de 60 años. La oferta de este tipo de centros tuvo en su momento un doble estímulo de inversión y mantenimiento vía Obra Social de las Cajas de Ahorro y, a partir de 1979, con el concurso de los entonces llamados Ayuntamientos democráticos, el IMSERSO y las Comunidades Autónomas, aunque la mayor parte de estos centros son gestionados por las numerosas Asociaciones de personas mayores que se extienden por toda la geografía española. La importancia de éstas en la gestión de hogares y centros se explicaba hace años (Rodríguez Rodríguez y Valbuena, 1996) porque la densidad asociativa en este grupo de población era ya muy fuerte en los años noventa del pasado siglo, cuantificándose por entonces en 6.438 entidades según el registro de asociaciones inscritas, cuya distribución y extensión entre los territorios de las CC.AA. oscilaba entre el 15% de Castilla y León o el 12% en Cataluña o Castilla La Mancha y porcentajes que no llegaban al 2% que se registraban en Asturias, Cantabria o Ceuta y Melilla. Esta distribución parece congruente con la distribución por número de personas mayores en las respectivas regiones pero no resultaba, sin embargo, exactamente proporcional al tamaño de la población pues, por ejemplo, la Comunidad Autónoma con más habitantes –Andalucía- registraba solo un porcentaje del 11,5% de las Asociaciones existentes en aquellas fechas en España.

Tal como se refleja en el Libro Blanco del Envejecimiento Activo



Fuente: IMSERSO Encuesta Mayores 2010

Gráfico 4.5. Grado de conocimiento y uso de determinados servicios entre la población mayor de 65 años, 2009

(IMSERO, 2011), si comparamos la asistencia a hogares y clubs de personas mayores entre 1990 y 2010 debemos concluir que la pervivencia y popularidad de estos centros es elevada, pues si en 1990 el 25% de las personas mayores asistían a dichos centros, la situación más de veinte años después, según los resultados de la encuesta del IMSERSO (2010), y tal como se muestra en el gráfico 4.5, indica que estos centros siguen

constituyendo el recurso social más conocido (más del 93% así lo afirman) siendo también el más utilizado, ya que el 35% de la población mayor de 65 años informa que así lo hacen.

No cabe duda, pues, que durante mucho tiempo y aún en la actualidad, estos centros han sido un equipamiento social que permite a un colectivo importante de personas reunirse, pasar el tiempo, realizar actividades de ocio, aprender, hacer turismo y, en general, disfrutar o recrear los vínculos grupales y, en el caso de muchas mujeres especialmente del ámbito rural, les ha permitido salir de su domicilio y disponer de oportunidades de entretenimiento, mantenimiento de relaciones sociales y aprendizaje.

Sin perjuicio de lo anterior, y aunque para muchas personas mayores los centros y hogares siguen siendo un lugar referencial de gran importancia, al mismo tiempo pueden estar comenzando a verse desbordados por la realidad de nuevas demandas ante las cuales, según nuestra investigación, o se adaptan a las nuevas expectativas de las personas que van llegando a la jubilación o pueden ir quedando reducidos a un espacio para un cierto tipo de personas mayores en las que el entretenimiento sea su principal motivación.

Según los resultados de nuestra encuesta, entre las personas que están en la franja de 60 a 69 años -que son las que cumplen con el requisito de edad mínima que suele exigirse para participar en los centros de mayores apenas un 16% informa acudir a ellos; existe otro segmento de la muestra (34,7%) que afirma que no asiste pero quizás lo haga más adelante y, finalmente, un amplio grupo (45%) que afirma que ni asiste ahora ni lo hará en el futuro (ver Tabla 4.4). Ahora bien, la asistencia crece fuertemente con la edad, llegando al 25% entre los de 65-69 años, lo que coincide con los resultados de las encuestas del IMSERSO, tanto la de 1990 como la de 2010. Donde sí se ha producido un cambio es en el

	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
Asistencia a centros de mayores o interés en asistir							
(N)	441	212	229	-	-	220	221
Asiste	16,3	14,6	17,9	-	-	7,7	24,9
No asiste, quizás más adelante	34,7	30,2	38,9	-	-	41,8	27,6
Ni asiste ni asistirá	44,9	51,9	38,4	-	-	45,0	44,8
Ns/Nc	4,0	3,3	4,8	-	-	5,5	2,7
¿Por qué no asiste? (% sobre el total de personas de 60 y más años que "ni asiste ni asistirá")							
(N)							
No me interesa	38,4	38,2	38,6	-	-	44,4	32,3
No encajo en el tipo de gente que asiste	18,1	18,2	18,2	-	-	21,1	15,2
No necesito lo que se me ofrece	15,1	28,2	26,1	-	-	11,1	19,2
Otras razones	27,3	14,5	15,9	-	-	22,2	32,3
Ns/Nc	1,1	0,9	1,1	-	-	1,2	1,0
Interés en asistir a este tipo de centros cuando cumpla la edad de acceso							
(N)	560	276	284	280	280	-	-
Sí	48,9	45,3	52,5	53,2	44,6	-	-
No	38,9	41,7	36,3	35,0	42,9	-	-
Ns/Nc	12,1	13,0	11,3	11,8	12,5	-	-
¿Por qué no asiste? (% sobre el total de personas de 50 a 59 años que no asistirá)							
(N)	218	115	103	98	120		
No creo que llegue a interesarme	30,3	27,8	33,0	26,5	33,3	-	-
No creo que vaya a encajar con el tipo de gente que asiste	15,6	18,3	12,6	21,4	10,8	-	-
No creo que llegue a necesitar lo que ofrecen	17,9	19,1	16,5	17,3	18,3	-	-
Otras razones	30,7	29,6	32,0	29,6	31,7	-	-
NS/NC	5,5	5,2	5,8	5,1	5,8		

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.4. Asistencia o interés en asistir a centros de mayores en personas de 60 y más años e interés en asistir en un futuro en personas de 50 a 59

segmento de personas entre 60 y 64 años, pues si en 1990 utilizaban los centros un 12% de ellas, en 2012 se ha reducido al 7,7%. En ese sentido los datos acerca de su utilización no han cambiado de manera ostensible pero sí parecen apuntar una tendencia en la línea que ha sido comentada. Ésta parece corroborarse en los discursos prevalentes de este grupo de población que se van obteniendo en los resultados preliminares de la investigación cualitativa de la Fundación Pilares para la Autonomía Personal que está en fase de desarrollo, que sugieren su declinante

importancia o incluso el rechazo a estos centros en su concepción tradicional por considerarlos una especie de guetos que segregan a las personas por su edad.

Cuando se pregunta a la parte de la muestra que aún no tiene 60 años si tendrían interés, llegado el momento, en asistir a centros de este tipo, casi la mitad contesta de manera favorable (49%), y de nuevo hay una mayor proporción de personas interesadas entre las mujeres. Si se atiende a los diferentes grupos de edad, son los de 50 a 55 años los que en mayor porcentaje manifestaron interés (53%), pero son también los de este segmento de edad quienes arguyen como razón para no asistir que no encajarían con el tipo de gente que acude estos centros (el 21,4% frente al 10,8% de los mayores de 55 años).

La población de 60 a 69 años se divide en dos mitades en cuanto a su opinión y utilización de los centros de mayores:

- a) Por un lado, los que no tienen intención alguna de acudir a estos centros, por falta de interés o por considerar que no encajan con los demás asistentes (45%);
- b) Por otro, los que acuden ahora o se plantean que acaso lo hagan más adelante, dependiendo del tiempo disponible y del atractivo de las actividades que ofrezcan (51%).

Cuando indagamos en las razones de por qué no se asiste a los centros de mayores entre las personas de 60 a 69 años la respuesta de más de la mitad de ellas (53,5%) es que o no les interesa o no necesitan lo que allí se ofrece; otra parte afirma no encajar con las personas que normalmente acuden a ellos (18%) y el resto (27,3) aduce otras razones. Entre los que informan que no piensan acudir aun cuando cumplan los 60 años, la respuesta más mentada fue, al igual que entre los que ya cumplieron la

edad de acceso, la falta de interés en lo que allí se ofrece (30,5%). Por tanto, de estos resultados sí parece desprenderse que pueda existir un problema de oferta en los actuales centros de mayores que no satisface las expectativas de una parte de las personas a las que va o irá dirigida en el futuro.

Pero, según nuestro análisis, es posible que las reticencias o dudas que en un segmento de la población estudiada se registra sean debidas a una imagen social no ajustada a lo que verdaderamente se ofrece en los centros sociales, pues lo cierto es que, al lado de las actividades recreativas y de ocio más tradicionales, también son espacios de formación y desarrollo de actividades ligadas a la participación, como las educativas y culturales, así como los proyectos intergeneracionales o de voluntariado que existen en algunos lugares y que son promovidos precisamente desde los mismos.

Una de las propuestas que la población estudiada manifiesta para que puedan ser más atractivos los centros a sus potenciales usuarios sería ampliar su apertura a quienes han cumplido los 50 años (21%) e incluso que se conviertan en espacios abiertos a todas las edades (37%). Hay, sin embargo, un 35% que se inclina por mantener el actual *status quo* de los 60 años como edad a partir de la cual se permite asistir (Tabla 4.5).

Explorar los beneficios potenciales de extender la edad de entrada a los centros parece una conclusión razonable a la luz de las opiniones, lo mismo que abordar formas de mejorar su imagen social. No es baladí que más de un tercio de la muestra se incline por extender la edad a todas las edades, opinión que, curiosamente, tiene su máxima expresión en las edades más elevadas. Así, el 41,2% de las personas del grupo de 65 a 69 años son partidarias de la apertura de los centros a todas las edades con el objetivo, seguramente, de dar más vida a los centros y potenciar

TOTAL	SEXO		EDAD				
	Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69	
Límite para entrar en un centro de mayores, ¿60 años?							
(N)	1.001	488	513	280	280	220	221
Me parece bien a los 60	34,6	37,5	31,8	33,9	34,6	37,7	32,1
Ampliarse a los 50	20,7	18,0	23,2	22,5	24,6	16,4	17,6
Ampliar a toda las edades	37,3	35,2	39,2	37,1	33,6	38,2	41,2
Ns/Nc	7,5	9,2	5,8	6,5	7,2	7,7	9,1

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.5. Opinión acerca de la edad de acceso a los centros de mayores por sexo y edad. Porcentajes verticales

actividades intergeneracionales lo que, sin duda, permitiría profundizar en la lógica del envejecimiento activo como experiencia que alcanza a todas las edades.

Por otra parte, cabe preguntarse si la crisis actual no revalorizará un equipamiento exitoso que está sufriendo el retroceso que supone la reducción del gasto público social y la crisis de las Obras Sociales de las Cajas de Ahorro. La generosa extensión que existe por toda la geografía española de esta modalidad de centros, lo mismo que el número considerable de asociaciones de mayores que suelen estar a cargo de ellos, los convierte en un recurso comunitario con una enorme potencialidad para el desarrollo de iniciativas innovadoras de participación social.

4.3. Las TIC y las redes sociales

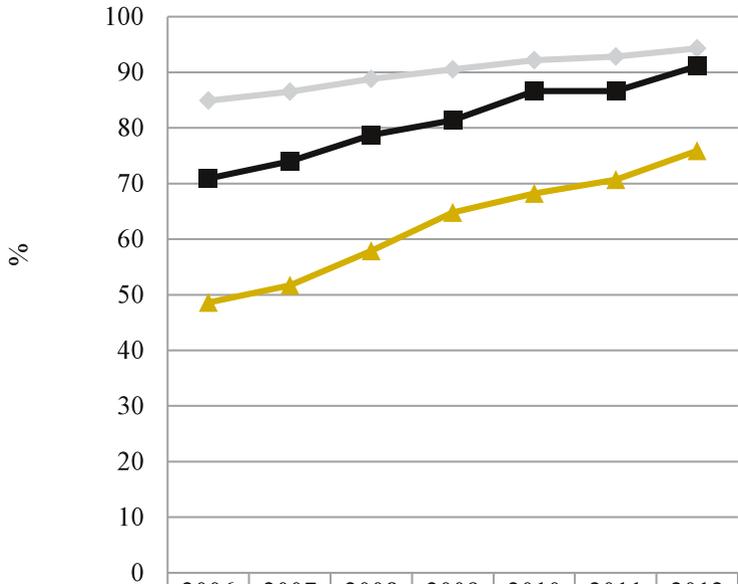
Una de las aportaciones destacadas que se han realizado desde muchos de los centros sociales de personas mayores de nuestro país ha sido, precisamente, la progresiva introducción a las nuevas tecnologías de la sociedad de la información, lo que ha favorecido la alfabetización digital de una parte de ellas. En concreto, cabe destacar en este campo la labor

pionera desarrollada por la Obra Social de La Caixa que, en colaboración con las CC.AA., actúa de manera innovadora en este campo desde hace más de dos décadas.

La brecha digital en las personas mayores es una realidad y de ella da cuenta tanto la investigación social (Herrero et al, 2004; Gracia y Herrero, 2007) como diferentes observatorios del avance digital (Fundación Vodafone, 2012). Así, según este último estudio, el uso del internet es una experiencia compartida por casi el 51% de las personas comprendidas entre los 55 y 60 años pero no llega al 30% en el grupo de edad de 66 a 70 años. Lo mismo sucede con el uso del ordenador, que alcanza a casi el 54% del grupo de edad de 55 a 60 años y al 32% del grupo de 66 a 70.

Con datos del INE, si analizamos la evolución en la utilización de las TIC más conocidas por parte de los grupos de población española que tienen entre 55 a 64 años y los que se encuentran en el tramo de 65 a 74, comparándola con el uso de las tecnologías más comunes entre el conjunto de la población general (gráficos 4.6, 4.7 y 4.8), se aprecia un dinamismo considerable de este indicador en los últimos años. Asimismo, también se constata una gradación de mayor a menor en su utilización, destacando el teléfono móvil, que entre las cohortes de 55 a 64 años se utiliza por más del 90% con tendencia a equiparse con la población general. A mayor distancia le sigue el uso del ordenador que, sin embargo, apunta una tendencia claramente ascendente en todos los grupos analizados, así como la utilización de Internet, que con la misma tendencia creciente, todavía se encuentra a gran distancia de grado entre los mismos. Si entre el segmento de quienes tienen entre 55 y 64 años, un 46.8% ha utilizado alguna vez Internet, solo el 21,2% de los que se encuentran en el tramo de edad de 65 a 74 años lo hizo.

Según datos de Eurostat, en España la proporción de personas de 65 a 74



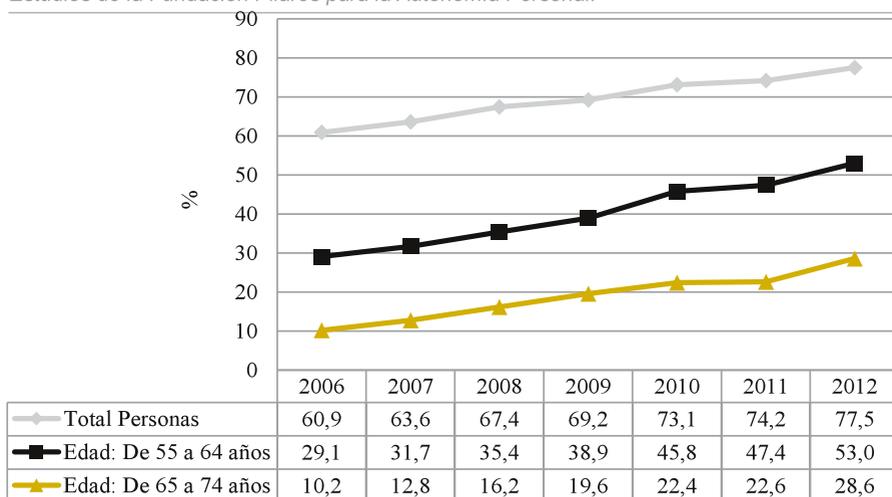
—◆— Total Personas	84,9	86,5	88,8	90,5	92,2	92,8	94,3
—■— Edad: De 55 a 64 años	70,9	74	78,7	81,4	86,6	86,6	91,1
—▲— Edad: De 65 a 74 años	48,6	51,7	57,9	64,8	68,2	70,7	75,9

Fuente: INE: IneBase: Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en los hogares . Elaboración propia.

Gráfico 4.6. Porcentaje de personas que usan teléfono móvil por tramos de edad, 2006-2012

años que usan diariamente Internet (10%) se sitúa a una considerable distancia de la media resultante para los países que integran la Europa de los 27 (20%); y queda muy lejos de países como Dinamarca, Luxemburgo o Suecia, donde más del 40% de personas de dicha edad navegan por Internet cada día (INE 2012e).

Regresando a los resultados de nuestra encuesta, en un apartado anterior



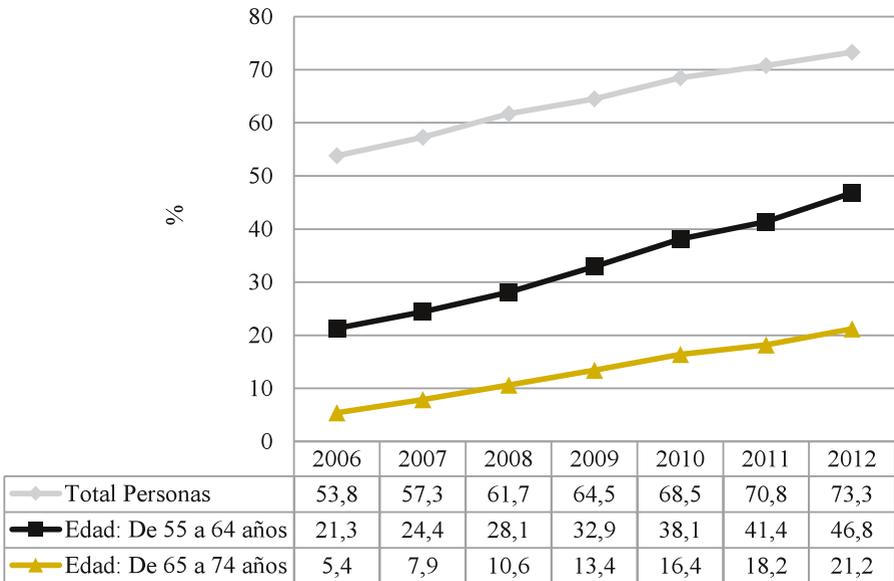
Fuente: INE: IneBase: Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en los hogares. Elaboración propia.

Gráfico 4.7. Porcentaje de personas que utilizan el ordenador por tramos de edad, 2006-2012

ya se indicó que casi la mitad de las personas estudiadas manifestaban un interés claro en participar en actividades formativas relativas al mejor conocimiento de las TIC, y, en especial, a la utilización de Internet y de las redes sociales. En los siguientes puntos tratamos de confirmar el valor de las nuevas tecnologías para esta población.

Las redes sociales

Con respecto a las redes sociales, entre las que se mencionan Facebook, Twitter y MySpace, las opiniones de la población se dividen en dos mitades exactas: los que se muestran interesados (27%) o «encantados» (22%) con ellas y los que no están interesados (40%) o ni tan siquiera las conocen (10%). Tal como puede verse en el Gráfico 4.9 existen diferencias

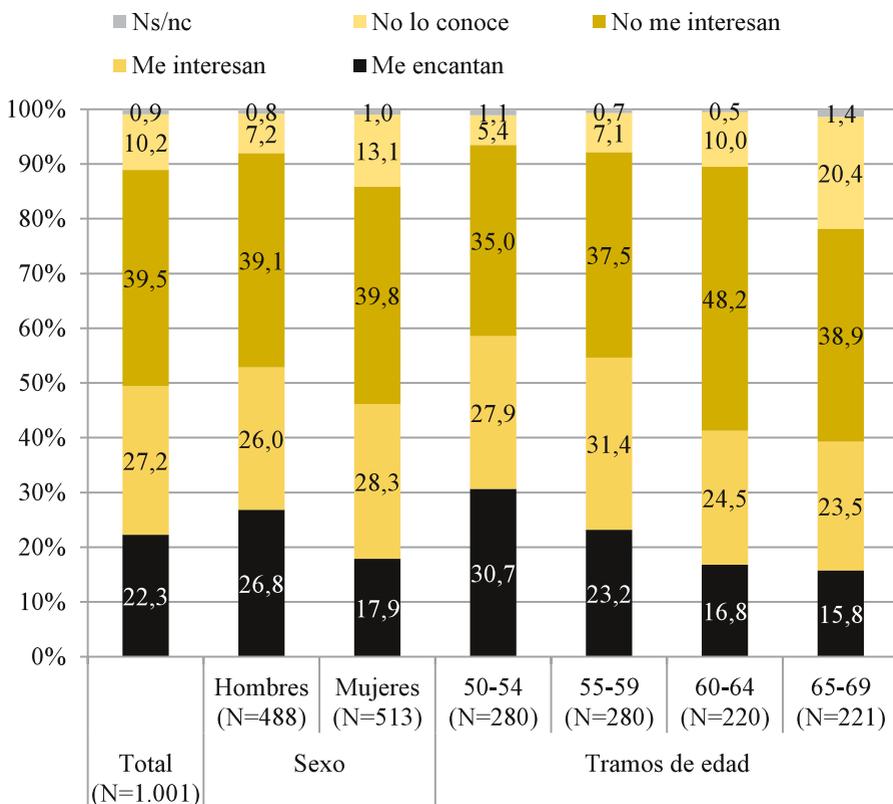


Fuente: INE: IneBase: Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en los hogares . Elaboración propia.

Gráfico 4.8. Porcentaje de personas que han utilizado alguna vez internet por tramos de edad, 2006-2012

tanto entre hombres y mujeres y, de manera más clara, por grupos de edad.

Si nos fijamos en el último grupo, aquéllos que no conocen las redes sociales que funcionan a través de Internet, podemos ver que varía considerablemente con el sexo (6 puntos porcentuales más en mujeres que en hombres), la edad (15 puntos más entre los de 65-69 años frente a los de 50-54 años), la relación con la actividad (13 puntos más entre los otros inactivos frente a los ocupados), el estado civil (16 puntos más de los viudos con respecto a los divorciados o separados), el nivel de estudios



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.9. Opinión sobre las redes sociales de la población de 50 a 69 años por sexo y tramos de edad. Porcentajes verticales

–que es el determinante más significativo– (19 puntos más entre los de estudios primarios y menos frente a los universitarios) y los ingresos mensuales (13 puntos más entre los de ingresos inferiores a 900€ frente a los que perciben más de 1.500€) (ver Tabla 4.6).

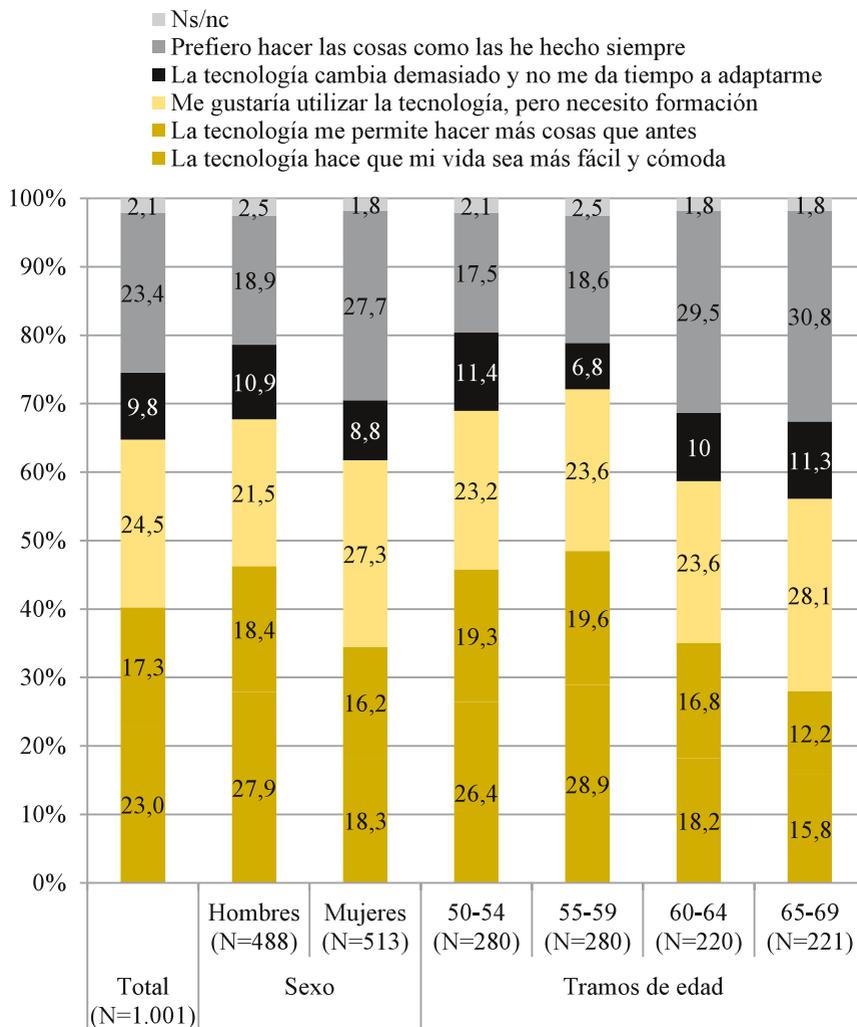
	Total	Nivel de estudios				Ingresos del hogar		
		Primario y menos	Primaria completa	Secundaria	Universitario	<900€	901-1.500€	>1.500€
(N)	1.001	114	366	281	240	218	276	283
Redes Sociales								
Me encantan	22,3	3,5	13,4	30,2	35,4	11,9	17,8	32,5
Me interesan	27,2	28,1	31,7	26,3	20,8	33,9	30,8	24
No me interesan	39,5	44,7	38,8	37,7	40	35,8	39,1	38,9
No las conoce	10,2	21,9	15	5	3,3	17,4	12	3,9
Ns/nc	0,9	1,8	1,1	0,7	0,4	0,9	0,4	0,7
Nuevas tecnologías								
La tecnología hace que mi vida sea más fácil y cómoda	23,0	10,5	13,9	27,4	37,5	16,1	18,5	33,2
La tecnología cambia demasiado y no me da tiempo a adaptarme	9,8	5,3	9,6	12,5	9,2	10,6	13,4	10,2
La tecnología me permite hacer más cosas que antes	17,3	5,3	10,9	21,0	28,3	11,5	13,4	24,7
Prefiero hacer las cosas como las he hecho siempre	23,4	47,4	32,0	14,6	9,2	30,3	23,2	12,7
Me gustaría utilizar la tecnología, pero necesito formación	24,5	28,1	30,9	23,1	14,6	28,9	30,4	18,0
Ns/nc	2,1	3,5	2,7	1,4	1,3	2,8	1,1	1,1

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 4.6. Opinión sobre las nuevas tecnologías. Porcentajes verticales

Por su parte, el INE señala que los usos más frecuentes entre los mayores que han utilizado Internet en los últimos tres meses son: recibir o enviar correo electrónico (84%), buscar información sobre bienes y servicios (75%) y leer o descargar noticias, periódicos o revistas de actualidad en línea (74%). Tan sólo un 29% participó en redes sociales, chats, blogs o foros (Ine, 2012 e)

Hablando de forma genérica sobre las tecnologías (Ver Gráfico 4.10), las opiniones se reparten entre quienes piensan que hace la vida más cómoda (23%) o que permite hacer más cosas que antes (17%) y los que prefieren hacer las cosas como siempre las han hecho (23%) o creen que los cambios tecnológicos son demasiado rápidos y no pueden adaptarse a



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.10. Opinión sobre nuevas tecnologías por sexo y edad: Elija la frase con la que más se identifique. Porcentajes verticales

ellos (10%), pasando por los que quisieran utilizar las nuevas tecnologías pero necesitan formación (25%) para ello.

La opinión más tradicional, la de quienes prefieren seguir haciendo las cosas como siempre, varía de una manera similar a la indicada para las redes sociales, pero con brechas aún más profundas: por el sexo (9 puntos más en las mujeres frente a los hombres), la edad –único caso en que la diferencia es inferior a la mencionada para las redes sociales- (13 puntos más en el tramo 65-69 años frente a 50-54 años), la relación con la actividad (19 puntos más en los otros inactivos frente a los ocupados), el estado civil (25 puntos más entre los viudos con respecto a los divorciados o separados), el nivel de estudios (38 puntos más de los de estudios primarios y menos con los universitarios) y los ingresos mensuales (17 puntos más entre los de ingresos inferiores a 900€ frente a los que perciben más de 1.500€).

Estas diferencias son poco sorprendentes, ya que la brecha digital es una realidad reconocida, tal como hemos indicado en base a los estudios antes mencionados. El factor generacional, como se ha podido ver, marca de lleno el grado de participación de la población que estudiamos en el mundo de las TIC, algo que resulta clave en la sociedad contemporánea y que está provocando quizá la mayor de las transformaciones sociales de los últimos tiempos por lo que participar o no en la sociedad de la información resulta clave desde muchos puntos de vista y también en términos de inclusión social. No está claro si una mayor oferta de formación de los mayores en el uso de Internet y las redes sociales será suficiente para revertir esta situación desfavorable llevando a los grupos sociales más alejados al nivel de los mejores o habrá que esperar años para que alcancen estas edades aquellos grupos que han convivido de forma continua con las tecnologías de la información y la comunicación: los nativos digitales. Las dimensiones generacionales, educativas y

culturales condicionan el ritmo de acceso al uso de las TIC.

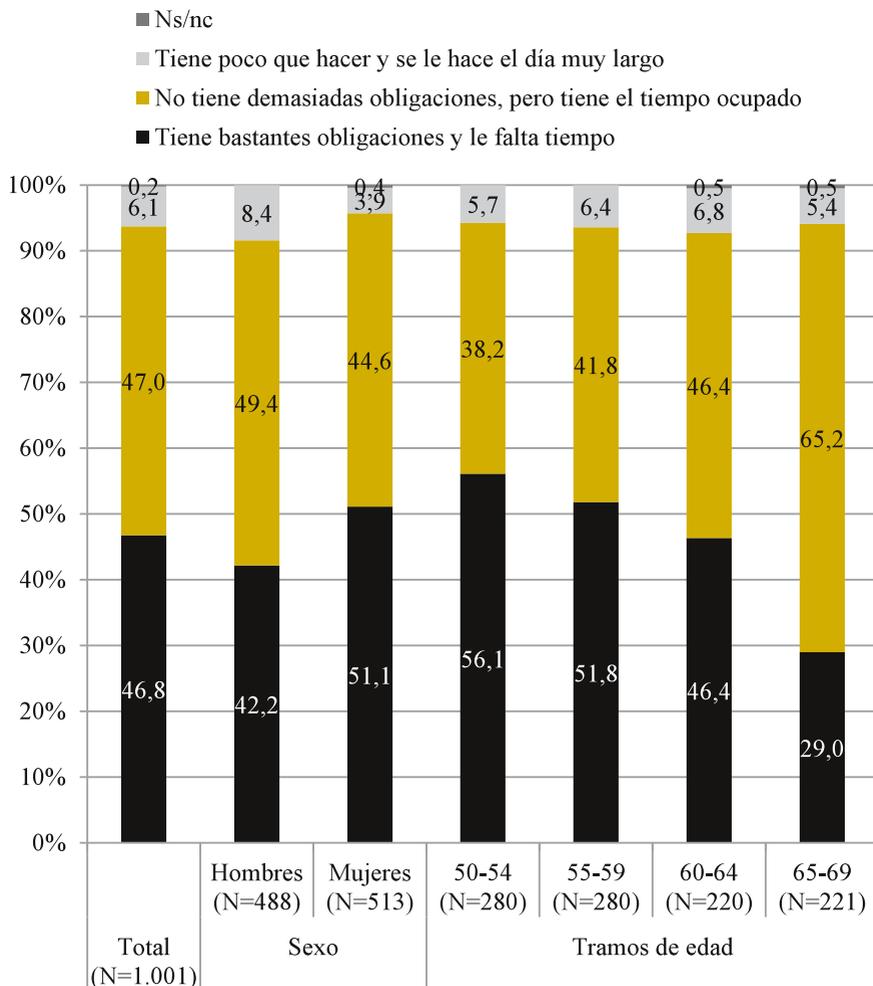
4.4. La ocupación y uso del tiempo

Intereses, expectativas, preferencias, deben ponerse en relación con la experiencia concreta de cómo se llena el tiempo diario. En este sentido nuestra encuesta ha indagado en cómo valoran los entrevistados su ocupación del tiempo en un día normal, sus obligaciones y ocupaciones cotidianas.

El análisis del empleo del tiempo de la vida diaria de la población española, y dentro de ésta de la población mayor de 65 años, se ha facilitado a través de las encuestas monográficas que ha venido realizando el INE (2002-2003 y 2009-2010) (ver Barrio, 2007, en lo referente a personas mayores), así como mediante encuestas sobre condiciones de vida de la personas mayores (encuestas IMSERSO 2004, 2006, 2010). Estas encuestas proporcionan información sobre la participación en diferentes actividades de la vida diaria y el tiempo que se dedica a cada una de ellas. Del análisis de las mismas se deducen dos conclusiones: en general, las personas mayores tienen obligaciones cotidianas que les ocupan gran parte del día, siendo una minoría las que dicen no tener obligaciones (por ejemplo, sólo el 15% de las personas mayores de 65 años afirman no tener obligaciones en la Encuesta IMSERSO 2010); por otra parte, el tiempo de las personas mayores de 65 años es, sobre todo, un tiempo personal, familiar y de cuidados, después un tiempo relacional y de ocio y, finalmente, un tiempo cívico y solidario. Aunque con muestras distintas la distribución del uso del tiempo es relativamente parecida a la que resulta de la encuesta Fundación Pilares 2012, si bien en nuestros resultados se aprecian cambios que se juzgan de interés en relación a una mayor propensión participativa, como veremos en el capítulo siguiente.

Al preguntar en nuestra encuesta sobre la percepción subjetiva de la ocupación del tiempo cotidiano que tienen las personas de 50 a 69 años esta población se divide en dos grandes grupos: para el 46,8% de ellas un día normal está pleno de obligaciones hasta el punto de que sienten que les falta tiempo; el resto no tiene demasiadas obligaciones pero tiene el tiempo ocupado (47%). Son muy pocos los que informan que apenas tienen nada que hacer y el día se les hace muy largo (6%), pero aquí encontramos grandes y lógicas diferencias en la relación con la actividad laboral pues mientras entre las personas desempleadas llega hasta un 16%, ese porcentaje baja al 8,5% de las jubiladas y hasta el 3% de las ocupadas. Las mujeres informan que tienen más obligaciones que los hombres, con una diferencia de diez puntos, explicable en la carga muy superior que asumen de las tareas domésticas y de la intensidad de los cuidados. Igualmente, los que tienen estudios superiores manifiestan tener más obligaciones que las personas con menos estudios. Y obviamente los que están en edad activa declaran tener más obligaciones que los que tienen más de 65 años. Las obligaciones se reducen progresivamente con la edad, prácticamente a la mitad, si comparamos el grupo de edad más joven de 50 a 54 años (56% tiene bastantes obligaciones) con el de mayor edad (sólo el 29% tiene bastantes obligaciones), sin que existan apenas diferencias por edad en cuanto a la respuesta de que tienen poco que hacer y el día se les hace muy largo (entre el 5 y el 7 por cien).

Por tanto, los resultados reflejan que, con las salvedades referidas de las personas en situación de desempleo, nuestra muestra percibe que su tiempo está lleno de actividades. Es un tiempo que se experimenta como completo, sin apenas espacio para el aburrimiento; de lo que se trata, pensando en políticas públicas y privadas, es de destacar los cambios que se denotan en relación con las expectativas de las personas de cara a satisfacer sus objetivos según expresan los propios entrevistados: tener



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 4.11. Percepciones respecto a la gestión del tiempo diario por sexo y edad: Cuando piensa en un día normal, siente que... Porcentajes verticales

buena salud, lograr bienestar físico y mental, ser de utilidad, entretenerse, aprender, tejer relaciones y desarrollar actividades de participación social y de voluntariado. Todo ello, muy marcado por el principio de autonomía de los sujetos.

En resumen, en este capítulo hemos analizado el uso del tiempo del colectivo de personas de 50 a 69 años en relación con algunas de las dimensiones que se relacionan con el envejecimiento activo. Así, hemos destacado la importancia de la autonomía de las personas a la hora de decidir qué hacer en su tiempo libre; la relevancia que se da a la realización de actividades de ocio y cultura (59,6%), formación sobre el envejecimiento activo (48,6%) o realización de talleres para reorientar el tiempo y las nuevas actividades en la época de la jubilación (48%), entre otras, cuyo objetivo es tener una vida saludable (92%), ser útil (89%), estar entretenido (85,6%), aprender (83,2), conocer gente (80,2%) o hacer voluntariado (64,2%), con apenas diferencias; igualmente hemos destacado el valor que aún tienen los centros u hogares de personas mayores si bien una parte de este grupo de población demanda su apertura a todas las edades y, en general, parece deducirse la conveniencia de que se realicen otro tipo de ofertas para hacerlos más atractivos; el acceso y uso de las nuevas tecnologías va tomando cuerpo en las personas de nuestra encuesta aunque de manera diferenciada según subgrupos de edad y tipo de tecnología de modo que la actual brecha digital seguramente se irá reduciendo a tenor del uso de las TIC por el tramo de edad más bajo; finalmente, nuestra encuesta pone de manifiesto que el uso del tiempo está lleno de obligaciones y ocupaciones para la inmensa mayoría de las personas entrevistadas, un tiempo en el que no parece haber espacio para el aburrimiento y sí para la realización de variadas actividades.

Entre las hipótesis de nuestra investigación formulábamos como la primera

de ellas que para poder involucrarse en actividades de participación social hay que tener disponibilidad de tiempo y, evidentemente, el estar o no participando en el mercado de trabajo influye sobremanera en la misma. Hemos visto que solo el 40 % del total de nuestros encuestados es laboralmente activo y tiene un empleo (la mayoría concentrados como es lógico en las edades más jóvenes), con lo que podría concluirse que el 60% de esta población tiene disponibilidad de tiempo. Pero también hay que tener en cuenta, como lo hacíamos en nuestra hipótesis, la dedicación a actividades cotidianas, como son las tareas domésticas y sobre todo las reproductivas de cuidados que, aunque no se contabilizan como trabajo, ocupan muchas horas al día de buena parte de nuestra población, fundamentalmente de las personas catalogadas en la EPA y también en nuestra encuesta como “otros inactivos” (mujeres, sobre todo). Pero además de estos datos objetivos, importa considerar la percepción subjetiva de tener o no tiempo disponible pues el ritmo empleado en la realización de las actividades cotidianas, por ejemplo, también influye en el saldo finalmente disponible y hemos podido observar que la percepción mayoritaria de nuestros encuestados es que se tiene el tiempo ocupado. Por consiguiente, podemos concluir de los resultados presentados hasta ahora que la primera de las hipótesis que planteábamos hay que considerarla de una manera amplia, mucho más que su mera relación con la jornada laboral.

En cuanto a la tercera de nuestras hipótesis (la adecuación entre la oferta y la demanda) puede deducirse de los resultados que hemos presentado en este capítulo que no existe la debida concordancia entre los intereses de las personas para participar en actividades formativas, culturales o de ocio y la oferta real existente, en la que, por ejemplo, no es común encontrar que en la actividad se propicie que se organicen los grupos buscando la afinidad entre sus miembros y la intergeneracionalidad, ni

tampoco se incluye entre la oferta habitual los talleres para ayudar a reorientar el tiempo y la actividad durante la jubilación o de iniciación a la participación social y el voluntariado. Asimismo parecen existir disonancias entre oferta y demanda en lo que atañe a la conceptualización de los centros sociales de personas mayores y también en la necesidad sentida de participar en actividades formativas para iniciarse en el uso de internet y redes sociales.



Colección
Estudios de la Fundación

La participación social, de la que forma parte el voluntariado, es el tercero de los ejes que forman parte de nuestra investigación en torno al envejecimiento activo y lo consideramos como su máxima expresión de desarrollo, ya que supone un uso del tiempo en el que, además de generarse importantes beneficios individuales en salud e integración social, se crea un caudal voluntario de actividad y solidaridad que contribuye a la cohesión social en su sentido más amplio. Si bien la participación social suele considerarse en general como aquella que es canalizada a través de organizaciones formales en nuestra investigación también se tiene en cuenta la informal o no canalizada ya que sus efectos, aunque menos conocidos, tienen también un impacto en la sociedad.

En este capítulo destacamos, primero, la importancia de la participación social con el apoyo de la investigación social y trabajos desarrollados por la UE con ocasión del año del envejecimiento activo. Después, analizamos los resultados de la encuesta que la Fundación Pílares ha realizado en 2012 entre personas entre los 50 y 69 años edad. Finalmente enfatizamos aquellos aspectos de la investigación que por su importancia deben ser objeto de análisis posteriores.

5.1. La participación social de las personas mayores en la investigación social y en las políticas públicas

La participación de las personas mayores en la sociedad al igual que el desarrollo del voluntariado entre las mismas ha sido objeto de la investigación científica desde hace varias décadas. Si bien aquí no podemos dar cuenta con detalle de la misma es preciso señalar que ésta se ha centrado de manera particular en ámbitos como el voluntariado social, en relación, por ejemplo, con la atención o cuidados comunitarios (Knapp et al, 1996) o su impacto en la salud de las personas voluntarias (Young y Glasgow, 1998).

Seguramente es la aceleración del proceso de envejecimiento de la población en las últimas dos décadas lo que ha motivado que se esté produciendo una eclosión de investigaciones sobre este fenómeno entre las que ocupa un lugar específico el análisis de la participación social y el voluntariado, bien centrada en sus efectos en las personas (Celdrán y Villar, 2007), en su dimensión productiva (tiempo social voluntario, Bass y Caro , 2001; Burr et al, 2002), en los factores que explican el desarrollo del voluntariado en la población mayor y su relación con la satisfacción vital (Dávila y Díaz-Morales, 2005), o bien en una visión omnicompreensiva de todos ellos (Dávila y Díaz-Morales, 2009, a).

En el caso de España se puede considerar que el Plan Gerontológico de 1992, al tener como uno de sus objetivos emblemáticos la promoción de la participación social de las personas mayores, supone el punto de arranque de la aparición de distintas investigaciones sobre el potencial participativo de este grupo de población que contribuyeron a dotar de conocimiento para orientar las políticas y programas de las Administraciones Públicas dirigidos a la promoción de la participación social de las personas mayores.

La pregunta fundamental que se plantean algunos de los estudios, que luego mencionamos, es cómo promover una participación activa de las personas después de la jubilación una vez que las condiciones básicas de su existencia se están satisfaciendo relativamente en cuanto a ingresos, atención sanitaria, promoción del ocio y, en menor medida, servicios sociales. Aunque persisten problemas de pobreza, formas de aislamiento social y geográfico y una división social en la que la mujer mayor y de mediana edad es el agente por antonomasia de los cuidados personales, se puede afirmar que el Estado de Bienestar ha permitido una mejora de las condiciones de vida de la población de personas mayores que facilita

un avance en la satisfacción de nuevas necesidades sociales y expectativas personales. El tipo de régimen de bienestar diferencia la forma concreta en que intervienen Estado, familia y sociedad civil en la satisfacción de esas necesidades. De ahí que sólo puede hablarse con propiedad de participación social teniendo en cuenta cómo se articulan estos tres ejes de producción de bienestar, ocupando el mercado hasta recientemente una posición subordinada.

Desde hace veinte años la investigación social y las políticas de tercera edad han tratado de superar una visión pasiva de las personas mayores en favor de un enfoque activo, destacándose su aportación pasada a la sociedad mediante el trabajo remunerado (contribución al desarrollo social y financiación del Estado de Bienestar) y, sobre todo, la aportación presente mediante la ayuda de cuidados a familiares (como hemos destacado en el capítulo tercero) o mediante actividades voluntarias sin compensación económica (Dávila y Díaz-Morales, 2009): actividades de transmisión intergeneracional de cultura y valores, voluntariado cultural y social y asociacionismo cívico o actividad en favor de la democracia participativa.

Bien es cierto que en el caso español y visto dos décadas después de la puesta en marcha del Plan Gerontológico, la participación social de las personas mayores se ha concebido en parte de forma reduccionista ya que se consideraba que debía ser asociativa, organizada, privilegiaba el asociacionismo orientado al desarrollo del voluntariado social y no tenía en cuenta adecuadamente la diversidad generacional y de clase de las personas mayores, lo que obligaba a un análisis más realista y abierto de la participación. Veinte años después, los análisis sociales se han hecho más finos y las políticas públicas más realistas trazando objetivos de participación a largo plazo que tienen más en cuenta los cambios

generacionales que acompañan al proceso de envejecimiento.

El análisis de la participación social que aquí realizamos en la población de personas comprendidas entre los 50 y los 69 años tiene como objetivo destacar fundamentalmente tres aspectos de la misma con el concurso de los resultados de la encuesta:

- a) La necesidad de considerar la participación en un sentido amplio valorando todas las actividades que desarrollan las personas de los grupos de edad estudiados (entre ellas las actividades de tipo reproductivo: cuidados informales, cuidado de nietos, entre otras), pues todas son componentes del envejecimiento activo;
- b) Sugerir vías para su promoción partiendo de que la jubilación supone un tiempo clave que se utiliza, sobre todo, para el autocuidado y el desarrollo personal, mediante actividades de ocio y nuevos aprendizajes. Ello ha sido reforzado por la propia naturaleza de la sociedad de consumo a la que se han incorporado las personas que se acercan o acaban de entrar en el colectivo de mayores a partir de sus valores de contención de necesidades e importancia del ahorro. Pero también comienza a tener relevancia su participación en actividades que revierten en beneficio de la sociedad. En este sentido las motivaciones personales para participar son importantes y deben tenerse en cuenta en todos los ámbitos del envejecimiento activo.
- c) Finalmente, la consideración de la participación del grupo de edad estudiado, el cual dentro de 15 años constituirá el núcleo básico del colectivo de mayores (tendrán entre 65 y 84 años), analizándose la misma como parte de la participación social general, en clave intergeneracional, tal como apuntan las propias

personas que hoy tienen de 50 a 69 años. Es decir, como una vía de fortalecer el reconocimiento, aprendizaje y dependencia mutua entre las distintas generaciones.

Entre las encuestas realizadas por el IMSERSO, la realizada en 1993 (Estudio 2072 del CIS) ya formulaba una pregunta sobre participación de las personas mayores en actividades organizadas por diferentes entidades (asociaciones de vecinos, entidades recreativas y culturales, sindicatos, organizaciones de voluntariado, entre otras). Solo algo más de un 1% respondieron en aquella encuesta que participaban en actividades de voluntariado, mientras que acudir al hogar o club de jubilados lo afirmaban el 30%, con un diferencial de 20 puntos entre hombres (42%) y mujeres (22,5%). Por el contrario el estudio 2279 de 1998 sobre problemas de las personas mayores no formuló ninguna pregunta al respecto. Los aspectos de cuidados, salud, soledad y conocimiento y uso de los servicios sociales centraban este estudio, así como el anterior y el posterior de 2004 sobre condiciones de vida.

La consolidación del voluntariado como práctica social, reforzada con la Ley 6/1996 de Voluntariado, si bien dotaba de un marco normativo al desarrollo del mismo y de las organizaciones voluntarias, inclinó las políticas públicas hacia formas de diseño en las que el voluntariado tendía a concebirse más como un recurso de la acción pública que como un desarrollo de la sociedad civil. Existía, visto desde hoy, una excesiva preocupación por demostrar la dimensión de la acción voluntaria de las personas mayores a la sociedad y lo que efectivamente podían hacer a través de la participación organizada, tal como señala Pérez Salanova (1993) en un pionero trabajo de posterior continuación. Una cierta visión instrumental de la participación social, sobre todo la actividad de voluntariado social, predominaba en muchos sentidos en los gestores

públicos de los programas de personas mayores en detrimento de los de tipo expresivo cuyo valor añadido no contaba con tanto apoyo.

Para aclarar la afirmación anterior es preciso diferenciar entre, al menos, tres tipos de voluntariado desde la perspectiva de su funcionalidad: a) El llamado voluntariado instrumental que es aquel que se concibe como un recurso del Estado de Bienestar, como una vía de abaratamiento de las políticas sociales; b) el voluntariado expresivo que es aquel que canaliza las energías y el tiempo excedente en favor del interés propio de las personas que participan en organizaciones formales y no formales (tiene un carácter sobre todo mutualista); c) finalmente, el voluntariado altruista que dona tiempo a actividades de tipo social (solidaridad altruista) y cívico (desarrollo de la democracia participativa). Se trata de una tipología ideal con respecto a las diferentes maneras de entenderlo que en la práctica suele resultar en diferentes combinaciones o modos concretos de la acción voluntaria.

A finales de la década de los 90 del pasado siglo se realizaron algunas investigaciones de tipo cualitativo (Rodríguez Cabrero, 1997) y mixtas (encuesta y análisis cualitativo) (Rodríguez Rodríguez y Colectivo IOE, 1995) mediante las que se pretendió comprender la trama motivacional plural que subyacía a la participación social de las personas mayores. En la primera de ellas se destacaba el hecho de que estábamos asistiendo a una transición socio-cultural entre las personas mayores en España hacia modos de presencia y participación social mucho más complejos cuya comprensión exigiría tener en cuenta la historia social de los mayores (su diferente dinámica generacional), la variable género como eje de comprensión de la movilización social y la importancia del Estado de Bienestar como base material que hace posible la liberación de tiempo personal y social, además del tiempo ganado en esperanza de vida libre

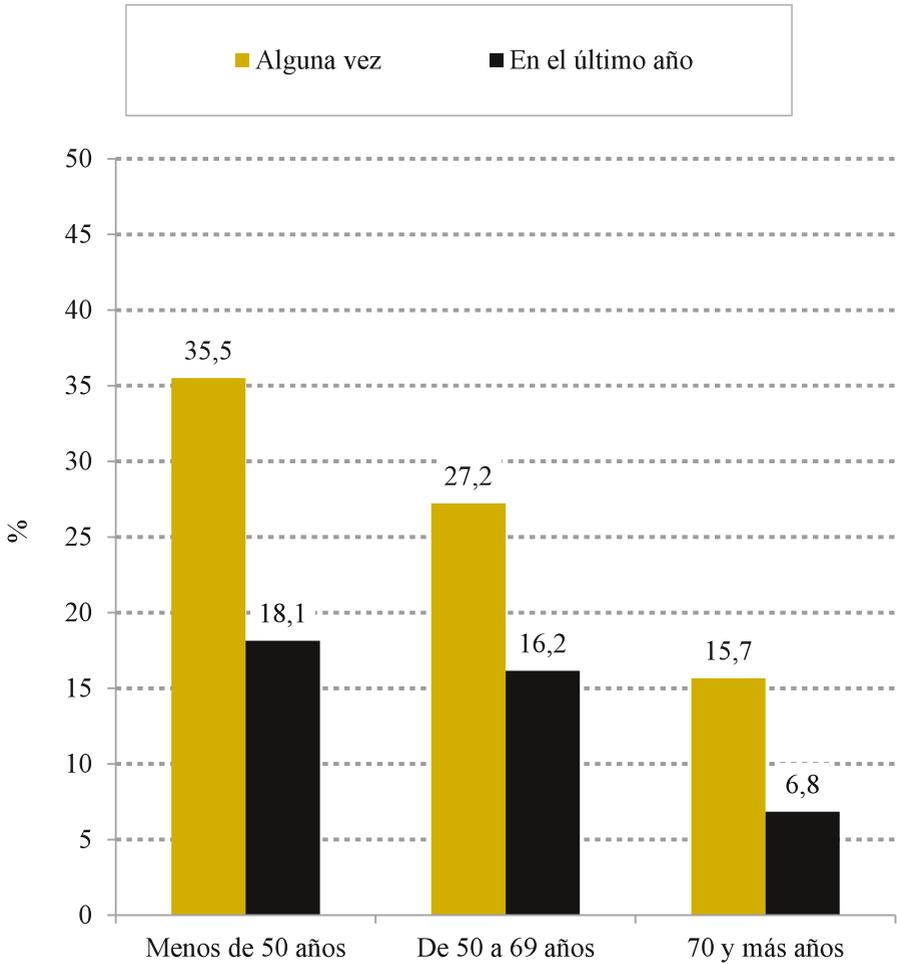
de discapacidad. Se destacaba entonces, finales del siglo pasado, un hecho relevante: la existencia de un bloque central mayoritario de personas mayores cuya participación tenía lugar en buena medida en los centros sociales, hogares o clubs en los que las mujeres tendían a ocupar un papel central en cuanto a actividades de ocio y formación. Asimismo, se apuntaba un espacio proto-asociativo que hoy se ha ampliado, se ha hecho más complejo y ha desbordado el espacio de los hogares para concluir en nuevos desarrollos asociativos. Se destacaba, finalmente, que existía una fracción asociativa orientada tanto al ámbito de la promoción cultural y educativa como a la personalización mutualista, altruista y cívica o socio-política, esta última en germen pero con un potencial aparentemente importante, lo que a la luz de la situación de crisis global actual adquiere su importancia.

El trabajo del Colectivo IOE y Pilar Rodríguez de 1995 es una experiencia de investigación-acción-participación (IAP) en la que, combinando la encuesta con la práctica cualitativa, destaca el potencial del voluntariado de las personas mayores. Partía del bajo porcentaje de afiliación de personas mayores a organizaciones de voluntariado (1,1%), corroborado por estudios previos en el contexto de una baja afiliación a asociaciones de personas de tercera edad (12,4% en 1993). El análisis de los perfiles y motivaciones en el voluntariado y sus implicaciones prácticas se ensayó con el apoyo de la Asociación de Vecinos Valle Inclán en el Barrio de Prosperidad de Madrid, uno de cuyos resultados más relevantes es la construcción de una tipología de voluntarios que trata de captar la variedad de intereses en torno a la acción voluntaria. Pero, además, el trabajo se sitúa en una visión del fenómeno no instrumental (voluntariado como recurso del Estado de Bienestar) sino relacional y cívica, como un modo de participación abierto a la diversidad social.

El análisis de la participación social de las personas mayores, con un enfoque en parte instrumental y en parte relacional y cívico, ha sido objeto de desarrollo durante la pasada década por parte del IMSERSO (2008 y 2010). También destacan otros estudios como los de Barrio (2007), Abays (2008) y Subirats y Pérez Salanova (2011), éste último contenido en el Libro Blanco del Envejecimiento Activo, todos los cuales nos ponen de manifiesto la diversidad participativa y la combinación de intereses variados motivacionales hacia la participación en los que lo expresivo, formativo, recreativo y cívico no forman compartimentos estancos, del que son ejemplo una parte importante de las organizaciones que forman parte del Consejo Estatal de Personas Mayores.

En el barómetro del CIS de marzo de 2011 se contemplaban algunas preguntas dirigidas a la población general sobre voluntariado cuyos resultados (ver Gráfico 5.1) ponen de manifiesto el nivel de participación de los españoles en acciones voluntarias. Así, en el año citado participaron en actividades de voluntariado el 16,2% del grupo de edad de 50 a 69 que es el tramo que aquí estudiamos, solo dos puntos menos que las personas más jóvenes de esa edad.

Sin duda, el hecho de que durante 2011 se haya celebrado el Año Europeo del Voluntariado ha propiciado que se incremente el conocimiento sobre este fenómeno, tanto en Europa como en España. Según el Eurobarómetro 378, sobre Envejecimiento Activo (2011), los europeos mayores de 55 años tienen una dedicación similar (27%) al conjunto de la población mayor de 15 años (26%) en cuanto a la participación en actividades de voluntariado o pertenencia a las mismas, variando sin embargo la tipología de las mismas: mientras que las personas más jóvenes prefieren actividades altruistas de tipo deportivo o cultural, las mayores destacan en actividades religiosas, de acción social o de apoyo a



Fuente: CIS . Estudio 2.864 Barómetro Marzo 2011.

Gráfico 5.1. Porcentaje de personas que han realizado actividades de voluntariado alguna vez, y en el último año por tramos de edad, 2011.
Porcentajes sobre el total de cada tramo

organizaciones de mayores.

Como es sabido, España y otros países mediterráneos, que destacan por su enorme solidaridad familiar, tienen menos tradición que otros en participar en acciones de voluntariado. Según el Eurobarómetro 378 citado, mientras en Holanda el 57% del total de su población mayor de 15 años participa en actividades voluntarias, en España lo hace solo alrededor del 15%, por tanto a gran distancia de la media de la UE-27; dicho porcentaje se reduce en el caso español y para las personas mayores de 65 años al 7%, donde se incluye todo tipo de organizaciones.

Una de las razones que invocan los españoles de 65 y más años para no realizar este tipo de actividades es porque «no se sienten capacitadas para ello» o «porque no se lo han planteado». Sin embargo, entre quienes sí realizan labores de voluntariado, son las personas mayores las que dedican más tiempo a esta actividad (más del 55% una vez a la semana), percibiéndose por casi la mitad de ellas que su motivación fundamental es ayudar a los demás y, en segundo lugar, sentirse útiles. En cuanto al grado de satisfacción percibido por la realización de este tipo de actividad, son las personas mayores de 65 años las que puntúan más alto en este indicador (el 58% se muestran muy satisfechas)².

Según el estudio elaborado por la Plataforma de Voluntariado en España (2011) por encargo del entonces Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad en el que se ofrecen datos de la encuesta sobre la participación de la población adulta en las actividades de aprendizaje (EADA), se estima que en 2007 el 12,75% de las personas entre 25 y 75 años participaron en actividades de voluntariado de acción social, lo que se

² Todos los datos mencionados para España proceden del CIS (2011): Estudio nº 2864, Barómetro de Marzo, en el que se abordan diferentes aspectos del voluntariado en España.

considera por sus autores coherente con los datos para España que aparecen en los estudios sobre voluntariado de la Unión Europea. Se destaca también en este estudio que en todas las edades las mujeres participan más de las actividades benéficas que los hombres. En el caso de los varones, ellos lo hacen en mayor medida en actividades recreativas, lo que se ha denominado como «potencial de voluntariado cultural», que en este caso incluye el ámbito deportivo.

Y pese a la todavía escasa presencia de personas mayores en este ámbito, en el informe de la mencionada Plataforma se señala que las entidades de voluntariado aspiran a que el crecimiento progresivo de personas mayores de 60 años en la sociedad favorezca el mayor desarrollo de un voluntariado sénior más consolidado y con una mayor dedicación. De hecho, en dicho estudio se recoge que en Cataluña la presencia de personas voluntarias de más de 50 años en las entidades sociales ha aumentado del 35% del 2003 al 41% en 2009, así como que en algunas entidades, como las culturales y las de carácter confesional, la presencia de personas por encima de los 60 años es la base principal de su voluntariado. Sin embargo, uno de los obstáculos que se señalan en el informe para que se produzca el aumento de los voluntariados sénior es que existe un déficit de información dirigida hacia las personas mayores.

Forzoso es reconocer en este punto el importante papel que juega en el ámbito de la participación social el movimiento asociativo de personas mayores existente en España que es en sí mismo un ejemplo, en primer lugar porque las asociaciones se autogestionan por sus propios socios de manera altruista. Pero también porque desde muchas de ellas se fomentan y practican actividades de voluntariado en sentido estricto si bien su acción suele quedar restringida al voluntariado social y, dentro de éste, al apoyo al propio colectivo de mayores. Las grandes organizaciones,

como la Unión Democrática de Pensionistas (UDP) o CEOMA, o las Federaciones que aglutinan las Asociaciones de las CC.AA promueven este tipo de voluntariado social aprovechando la cercanía generacional mediante una relación afectiva de acompañamiento; a ellas se une la dedicación monográfica a este tipo de acción voluntaria de algunas otras asociaciones (Nagusilan, por ejemplo). El perfil de estos voluntarios, según recoge también el estudio de la Plataforma de Voluntariado, está altamente feminizado pese a que muchas de las mujeres que lo practican tienen que afrontar unas barreras de género del que carecen otras generaciones, como “que se les reproche dedicar tiempo a otras personas que no sean de la familia (...) o que el cuidado de nietas y nietos frene su propensión hacia el voluntariado”. Dentro de esta modalidad de acción social, también algunas organizaciones de personas mayores promueven iniciativas intergeneracionales como la que se realiza, por ejemplo, desde la Federación de Asociaciones de Personas Mayores del Principado de Asturias (FAMPA) con el programa “Vamos al parque”, mediante el que las personas mayores colaboran con los centros de infancia públicos acogiendo en su casa a los niños durante los fines de semana o sacándolos del centro para hacer gestiones, acudir a consultas médicas o para actividades puramente recreativas. Esta actividad reporta un alto grado de satisfacción a las personas mayores que la realizan y produce un claro beneficio a los niños que disfrutan de esta relación por lo que puede constituir un buen ejemplo de generatividad.

Otro tipo de voluntariado de personas mayores no restringido a la acción social y que suele comportar gran atractivo entre una parte de ellas es el de tipo cultural, del que contamos en España con varios ejemplos; entre ellos, uno de larga tradición y ya muy consolidado como es el de guías voluntarios en museos que promueve la Confederación Española de Aulas de la Tercera Edad. Y en el ámbito relacionado con la de transmisión de

experiencias a las nuevas generaciones destacamos otro ejemplo señero y también marcado por su pionerismo, como es el promovido por la organización Sénior para la Cooperación Técnica (SECOT), cuya actividad consiste básicamente en apoyar el emprendimiento de los jóvenes mediante el asesoramiento de profesionales y empresarios jubilados.

Participar en actividades de voluntariado, como se afirma en el Informe de la UE sobre envejecimiento activo de 2012 mencionado anteriormente, constituye una «importante contribución a la participación ciudadana, como forma de promoción de cohesión e inclusión social [...], existiendo también evidencia científica acerca de los beneficios que produce en las personas mayores que lo practican ya que aumenta su bienestar psicológico, y, por otra parte, tiene el potencial de incrementar las relaciones intergeneracionales».

En relación con los procesos adaptativos de acomodación durante el envejecimiento y la jubilación, ya se han mencionado algunas de las investigaciones que los describen, como también las aportaciones que se están realizando en torno al concepto de generatividad. En cierto modo esta idea estaría próxima o, al menos, se complementa con la teoría de la continuidad (Dávila y Díaz-Morales, 2009 a) que enfatiza en la idea de que haber sido voluntario a lo largo de la vida es un buen predictor para continuar después de la jubilación desarrollando acción voluntaria

Por tanto, el análisis de la participación social, en especial desde la perspectiva del voluntariado, ha sido objeto central de la investigación social sobre envejecimiento a la vez que objetivo de las políticas públicas de promoción y control al mismo tiempo de la energía participativa, casi siempre orientado a la acción organizada. El Libro Blanco del Envejecimiento Activo destaca la importancia del voluntariado a varios niveles: enfoque intergeneracional, diversidad de voluntariados –social,

ambiental y cultural— y, finalmente, la participación como factor de cohesión social. Como se ha puesto de relieve por Erlinghagen y Hank (2006) al analizar los primeros resultados del estudio longitudinal SHARE, la edad, la educación, la salud y haber participado antes de la jubilación en actividades sociales influyen fuertemente en la propensión de un individuo a participar en el trabajo voluntario.

Son muy relevantes también los beneficios que se producen para las propias personas que participan en términos de salud y relaciones sociales. En relación con lo primero, contamos con investigación (Lee et al, 2007) que sugiere no solo que la autopercepción de buena salud está fuertemente asociada con los niveles de participación social en todos los grupos de edad, sino que estas relaciones se incrementan cuando se trata de personas mayores. Según los hallazgos de estos autores entre las mujeres de edad avanzada, las que habían participado en más de dos actividades voluntarias tenían más del doble de probabilidades de que su percepción de salud fuera mejor que la de quienes no participaron en ninguna actividad. Por su parte, y también analizando datos procedentes del SHARE, Sirven y Debrand (2008) mostraron que la participación social contribuye en tres puntos porcentuales al aumento de la proporción de personas que reportan una salud buena o muy buena.

Por nuestra parte, uno de los objetivos que nos planteamos en el diseño de esta investigación se centra precisamente en incrementar el conocimiento sobre esta forma de participación social intentando identificar los obstáculos percibidos y las formas de promoción de la aún escasa práctica de la actividad voluntaria de las personas que se encuentran en proceso de envejecimiento, en especial, de las que más tiempo disponible poseen y que de alguna manera están prefigurando el escenario en que se desarrollará en unos años la participación de las personas mayores de

65 años. Este objetivo lo enmarcamos, por otra parte, en el propio fin que la Unión Europea enunció al decidir declarar 2012 como Año europeo del envejecimiento activo y la solidaridad entre las generaciones: «permitir a las personas permanecer activas a medida que van envejeciendo y seguir contribuyendo a la sociedad, porque esa es la clave para abordar el reto del envejecimiento demográfico».

Con estos antecedentes pasamos a analizar primero el binomio participación social y capital social, para pasar seguidamente a ofrecer los resultados de nuestra encuesta.

5.2. Participación social y capital social

Inevitablemente el análisis de la participación social nos remite al desarrollo de la sociedad civil como parte del sistema de bienestar. Uno de los enfoques para el análisis de la sociedad civil es el del capital social, expresión ambivalente en la medida en que se hace referencia tanto a su dimensión mecánica (capital) como orgánica (social), dicho en términos de Durkheim, al acervo como al desarrollo, a la creación de capital humano instrumental para el sistema social como a su expresión de desarrollo social.

En la introducción de esta obra ya definimos el capital social, siguiendo la doctrina de la Comisión Europea, como la resultante de aquellas actuaciones colectivas de carácter cooperativo que remarcan no solo la riqueza de las relaciones dentro de la sociedad, sino que también se perciben como un bien social generado gracias a las actividades de las propias comunidades y redes sociales.

No podemos dar cuenta aquí de la riqueza de este enfoque, que desborda el objetivo más modesto de este trabajo, pero sí señalar algunas de sus

posibilidades y límites partiendo de la idea fuerte de que la participación social y el voluntariado, como forma concreta de la misma, constituyen un capital que se reproduce y amplía en las sociedades desarrolladas contribuyendo tanto a su reproducción social como a dotar de cohesión social y legitimación al orden existente. De hecho, la propia idea de capital social apela a esa doble dimensión: instrumental por una parte, en la medida en que contribuye a la reproducción cultural y física de la sociedad (ocio, cuidados, apoyos, etc.), pero también a la reproducción expresiva y legitimadora de la misma (integración, creación de confianza, canalización de demandas). Y es desde esta perspectiva dual, a veces en inevitable conflicto interno, como cabe contemplar la participación y el voluntariado como forma de capital social.

En las definiciones al uso (Herrerros, 2000 y 2004; Putnam, 1993; Levi, 1997) el capital social se define como una vía para el desarrollo de la democracia política mediante la participación en asociaciones que crean densidad o confianza social, es decir, como medio de expresión y canalización de demandas sociales y una forma desarrollada para hacer posible la transparencia de la acción política. Capital social sería, por tanto, el desarrollo asociativo y la confianza interpersonal que contribuyen a una sociedad más cohesiva y a una acción política más transparente. El trabajo seminal de Putnam (1993) sostiene la idea de que la cristalización de la confianza interpersonal o particular, vía desarrollo asociativo, contribuye a la confianza colectiva o general. Si bien las relaciones directas entre participación asociativa y confianza política son discutibles, no cabe duda de que entre ambas existe una fuerte interrelación cuyos efectos tienen lugar tanto en el plano de la democracia representativa (confianza en los representantes y transparencia) como en el de la democracia participativa (confianza social y acción cívica).

En ese sentido la participación social es una forma de capital social. Dicha participación se expresa tanto en el plano público y privado, como en contenidos sociales amplios que van desde la contribución a la formación de personas (cuidado de nietos), desarrollo de una vida saludable (cuidado de personas enfermas o en situación de dependencia), autorreproducción (formación, ocio) y creación de cohesión social (asociacionismo cívico). Las personas que tienen entre 50 y 69 años son contribuyentes netos a la creación de capital social si consideramos todas las actividades antes mencionadas y las que a continuación analizamos.

Pero no podemos olvidar que la contribución al capital social no está exenta de costes ni conflictos: el coste del tiempo de cuidados, el coste del tiempo voluntario y los conflictos que genera el tener que hacer frente por parte de las personas a las que nos hemos acercado en nuestra investigación a muy diferentes demandas familiares, también sociales, que tienen que conciliar con las personales. Pero, además, la formación de capital social en este grupo de población tiene una doble presión latente, cuando no explícita, por parte de la sociedad y del Estado. Por parte de la sociedad en la medida en que pareciera que las personas mayores tienen que demostrar que no son una carga sino un haber, que no son un coste sino un beneficio. Y son ciertamente un beneficio pero la idea de coste del envejecimiento está latente en la opinión pública cuando no en las políticas públicas. Por parte del Estado existe una presión latente que es tanto económica (el voluntariado como recurso colectivo, los cuidados informales como input), como social (la participación como factor de bienestar y cohesión intergeneracional), y política (la necesidad de canalizar y controlar la energía cívica).

La ambivalencia del concepto de capital social se refleja de manera particular en la participación social y el voluntariado en la medida en que,

como hemos dicho, son al mismo tiempo una forma de organización y control social (capital) y una expresión dinámica del desarrollo personal y del desarrollo social (social), o si se prefiere, un modo de reproducción y un modo de expresión social. Esta ambivalencia no merma el valor de la acción participativa, simplemente señala que, como casi todos los fenómenos sociales, lleva en su seno energías no siempre coincidentes y a veces contradictorias.

En este sentido, el uso del concepto de capital social debe ser crítico ya que si, por una parte, la participación y el voluntariado son un activo social y una vía de realización personal, no por ello están al margen de los conflictos e intereses de la sociedad. No siempre el voluntariado es asociacionismo cívico, no siempre el voluntariado es desarrollo social, también puede ser un freno al asociacionismo y un simple recurso al servicio de las políticas públicas. Al afirmar estas ambivalencias tratamos de poner de manifiesto las limitaciones del concepto de capital social para la comprensión de la realidad social, sin menoscabo de su utilidad analítica. Pues efectivamente la participación de las personas mayores en el sentido más amplio que aquí hemos utilizado es una forma de capital social que contribuye tanto a la reproducción social como al desarrollo de la democracia participativa pero que, al mismo tiempo, tiene no escasos costes para las personas de estos grupos de edad, sobre todo para las mujeres. Esta dualidad conlleva que en la práctica la participación social dé respuesta primero a las necesidades individuales y a las demandas familiares y, “sin atarse”, a otras modalidades de participación que requieren un cierto compromiso y continuidad como es la acción voluntaria.

5.3. El desarrollo de la participación social

Una primera aproximación a la participación social organizada, según los resultados de nuestra encuesta, nos ofrece un notable nivel de pertenencia y/o colaboración, tal como se puede ver en el Tabla 5.1 con las ONG a la cabeza y en la cola los partidos políticos. No cabe duda de que existe una cierta reticencia a la participación en actividades canalizadas por estos últimos en favor de las ONG u asociaciones de tipo cultural, religioso o deportivo. Aunque no son comparables ya que en nuestro caso analizamos la población española de 50 a 69 años, dichas tasas están bastante alejadas de las medias de participación europea (Eurobarómetro 247).

De los resultados presentados resulta que la proporción de personas de 50 a 69 años que pertenece o colabora con una ONG o fundación alcanza el 22%, pero sólo el 4% colabora con un partido político y el 10% lo hace con un sindicato. Tampoco parecen tener mucho atractivo las asociaciones de mayores (7%) aunque hay que tener en cuenta que a éstas se suele ingresar a mayor edad de la que aquí estamos estudiando, ni las asociaciones de mujeres. En cuanto a las asociaciones culturales, de vecinos y religiosas ocupan una posición intermedia, con porcentajes en torno al 15%.

La variable género nos proporciona una información adicional de interés, tal como puede verse en la Tabla 5.1. Así, las mujeres tienen una mayor presencia en las ONG, organizaciones religiosas y asociaciones de personas mayores, además de su lógica presencia en las asociaciones de mujeres. Por el contrario, los hombres tienen un mayor peso en partidos, sindicatos, organizaciones deportivas, asociaciones de tipo cultural y de vecinos.

(N)	TOTAL	SEXO		EDAD			
		Hombres	Mujeres	50-54	55-59	60-64	65-69
	1.001	488	513	280	280	220	221
ONG o fundación	21,9	19,3	24,4	23,2	19,6	23,6	21,3
Asociación cultural o de ocio	17,5	20,1	15,0	16,1	17,1	19,5	17,6
Asociación de vecinos	14,0	17,2	10,9	14,3	13,2	17,3	11,3
Iglesia u organización religiosa	11,7	9,6	13,6	9,3	12,1	14,1	11,8
Grupo o asociación deportiva	10,3	13,9	6,8	12,5	10,0	9,1	9,0
Sindicato	9,8	14,1	5,7	12,9	11,8	9,1	4,1
Asociación de personas mayores	7,1	6,8	7,4	2,9	4,3	7,7	15,4
Asociación de mujeres	6,5	1,0	11,7	6,4	5,0	9,5	5,4
Partido político	4,2	5,9	2,5	5,4	3,9	4,1	3,2
TOTAL pertenece a alguna (o varias) de estas organizaciones	52,3	54,1	50,7	53,2	50,0	53,2	53,4

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 5.1. Población de 50 a 69 años que colabora o pertenece a organizaciones que trabajan para la comunidad, según sexo y edad.
 Porcentajes horizontales sobre el total de cada grupo

La edad y la relación con la actividad laboral es otro factor de diferenciación que explica en buena medida la dinámica de la participación. En general, los grupos de edad de 50-54 (generación compuesta por los que hemos denominado hijos de la sociedad de consumo), que en su mayoría todavía son población activa, tienen una mayor presencia en partidos, sindicatos, asociaciones de vecinos y entidades deportivas; por el contrario el grupo de 65-69 (generación del desarrollismo franquista) tiene un mayor peso en las asociaciones de personas mayores y organizaciones religiosas. Presencia en ambos casos explicable en buena medida por el efecto generacional mencionado, pero sobre todo por el diferente ciclo vital de las personas y, en concreto, por su vinculación o ausencia del mercado de trabajo. Todos los grupos de edad tienen, por el contrario, una participación similar en cuanto a asociaciones culturales y de ocio, y en ONG y fundaciones.

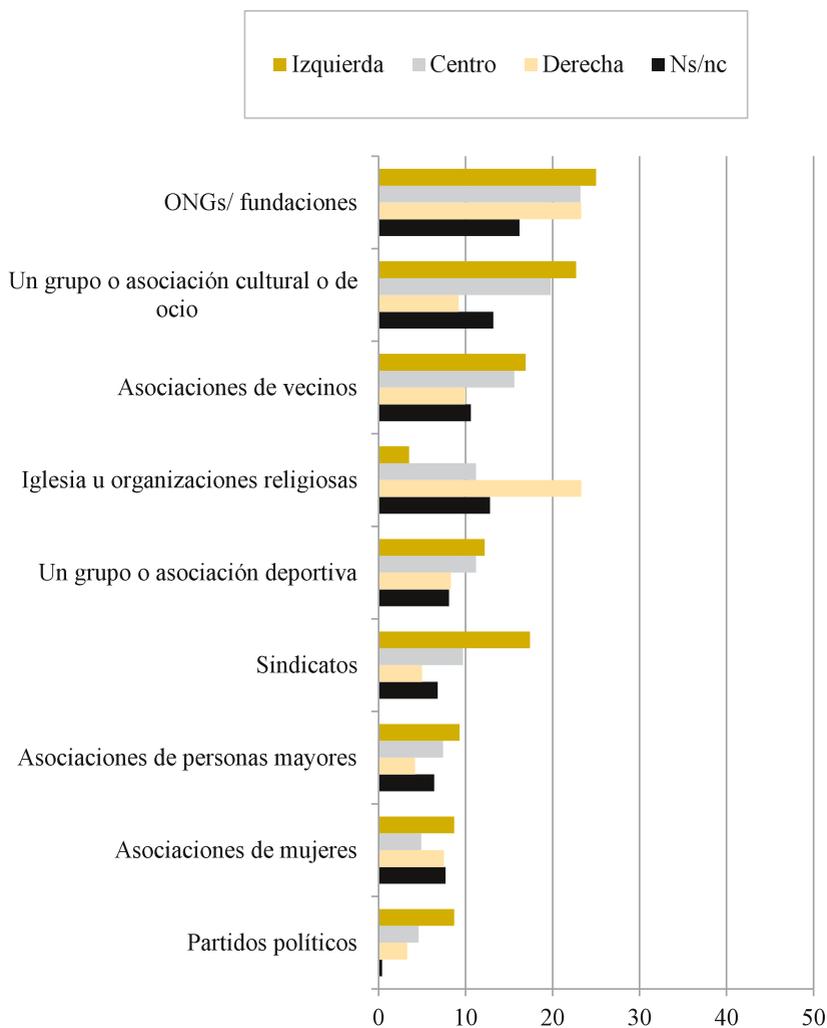
Si tomamos como referencia las asociaciones de personas mayores, se puede ver que, obviamente, es la edad el factor decisivo de participación: las personas de 65-69 años colaboran con ellas en un 15% de los casos frente al 3% de los que tienen 50-54 años. También por razones de edad, y sin duda también por motivos de soledad, las personas viudas (10%) se muestran más participativas que las solteras (5%), mientras que han de ser otras razones las que expliquen la mayor implicación de las personas de izquierdas (9%) frente a las de derechas (4%).

En relación a las ONG, es el nivel de estudios la variable que más diferencias provoca ya que las personas con estudios primarios apenas colaboran en un 9% frente al 27% de los que tienen estudios secundarios y al 31% de los universitarios. Muy lejos de estos porcentajes se encuentra la colaboración con los partidos políticos, que alcanza sus mayores cotas entre los parados y los separados o divorciados (7%), los de izquierda (9%) y la población que ha realizado estudios universitarios (10%).

La ideología política marca también diferencias de comportamiento participativo (Gráfico 5.2). Así, las personas de ideología de izquierda están más presentes que las de otras orientaciones (centro y derecha) en ONG, asociaciones de cultura y ocio, deporte, sindicatos, asociaciones de personas mayores, asociaciones de mujeres y partidos políticos.

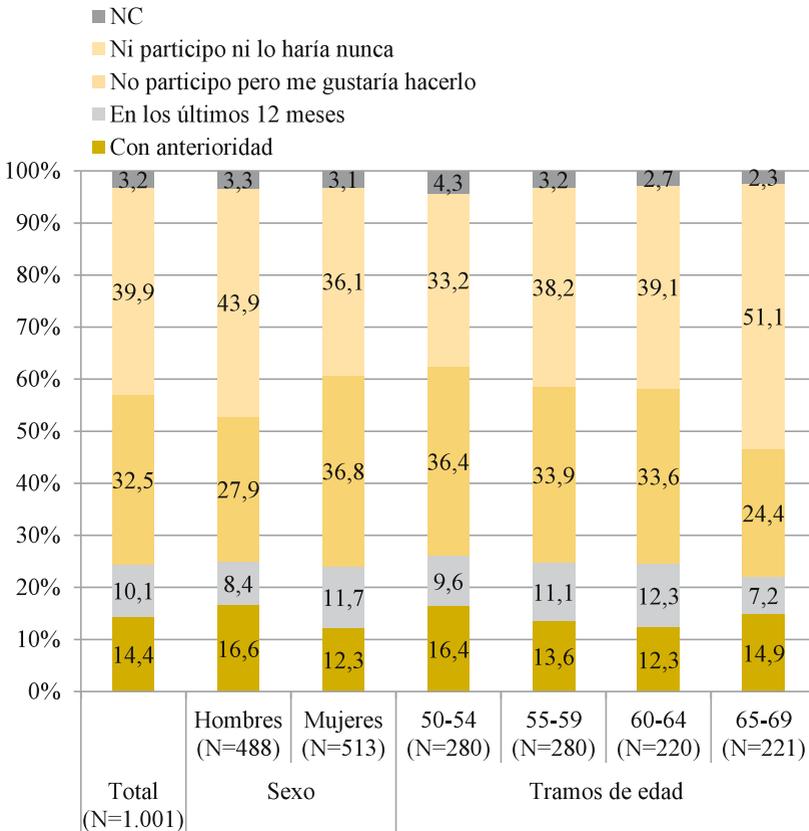
La participación en actividades de voluntariado

Focalizando con más atención ahora la acción de voluntariado (ver Gráfico 5.3), existe una positiva disposición por parte de la población estudiada de cara a participar en actividades solidarias, como lo demuestra el hecho de que una cuarta parte ya lo haya hecho, bien en los últimos 12 meses (10%) o con anterioridad (14,4%), y cerca de un tercio adicional manifieste su voluntad de hacerlo en el futuro (32,5%). Aun así, queda casi un 40%



Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 5.2. Porcentaje de personas que colaboran con organizaciones que trabajan para la comunidad según ideología política. Porcentajes sobre el total de cada grupo



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 5.3. Participación en actividades de voluntariado por sexo y edad.

¿Alguna vez ha realizado Ud. actividades de voluntariado? Porcentajes verticales

de personas que no han participado ni desean participar en este tipo de actividades.

Analizando el porcentaje de personas a las que les gustaría realizar voluntariado, obtenemos un potencial latente de más de 3 de cada 10

	Total	NIVEL DE ESTUDIOS				IDEOLOGÍA POLÍTICA*		
		Primarios y menos	Primarios completos	Secundarios	Superiores	Izquierda	Centro	Derecha
(N)	1.001	114	366	281	240	172	474	120
Con anterioridad	14,4	3,5	10,9	14,2	25,0	16,9	17,1	10,0
Últimos 12 meses	10,1	4,4	7,1	13,2	13,8	12,2	9,9	13,3
No participa pero le gustaría hacerlo	32,5	28,1	38,0	33,8	24,6	33,1	34,4	33,3
Ni participa ni lo haría nunca	39,9	61,4	40,7	35,6	33,3	34,3	35,0	42,5
NS/NC	3,2	2,6	3,3	3,2	3,3	3,5	3,6	0,8

* No se incluye el NS/NC

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 5.2. Realización de actividades de voluntariado según nivel de estudios e ideología política. Porcentajes verticales

personas que tienen entre 50 y 69 años, lo que significa, en términos absolutos, que hay más de tres millones de personas interesadas en participar en actividades de voluntariado. Y en cuanto al porcentaje de personas poco inclinadas al voluntariado resulta ser mayor entre los varones (44%), entre los de 65-69 años (51%), los jubilados y pensionistas (48%), los casados (41%), los que se definen como de derechas (43%) y, sobre todo, los que tienen estudios primarios incompletos o inferiores (61%) (ver Tabla 5.2).

Se ha mencionado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, la evidencia existente sobre los efectos positivos que la participación en actividades de voluntariado tiene en el bienestar de los que las practican (Lum y Lightfoot, 2005; Dávila y Díaz-Morales, 2009). La posibilidad que esta encuesta ofrece para la observación de este fenómeno se presenta al comparar el grado de satisfacción vital según si se participa o no en actividades de voluntariado. El 90,2% de las personas que participan o participaron en actividades de voluntariado se siente muy o bastante satisfecha con su vida en general, descendiendo esta proporción al 82%

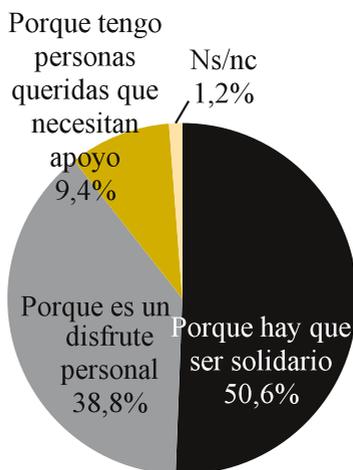
	Total	Realización actividades de voluntariado		
		Participa o ha participado	No participa ni ha participado	NSNC
(N)	1.001	245	724	32
Satisfacción con la vida				
Muy + Bastante satisfecho	83,9	90,2	81,8	84,4
Regular	7,3	4,1	8,1	12,5
Poco + Nada satisfecho	8,7	5,3	10,1	3,1
Salud percibida				
Muy bueno + Bueno	66,2	72,2	63,5	81,3
Regular	27,4	21,2	29,8	18,8
Malo + Muy malo	6,4	6,5	6,6	0,0

Nota: Chi-Cuadrado de Pearson significativa ($p < 0,05$) para ambos cruces.

Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 5.3. Satisfacción con la vida y salud percibida según realización de actividades de voluntariado. Porcentajes verticales

en el caso de las que no. De la misma manera, sólo un 5,3% de las que son o han sido voluntarias declaran estar poco o nada satisfechas con su vida; porcentaje que se duplica (10%) entre las que no lo hicieron. Así mismo, la salud percibida también ofrece mejores resultados entre los que tomaron parte en este tipo de actividades: 72,2% de las personas entre 50 y 69 años que participan o participaron en actividades de voluntariado declaran tener una salud buena o muy buena, frente al 63,5% en el caso de los que no. Obviamente no se trata de una relación causa efecto sino de una asociación patente entre la práctica del voluntariado y el bienestar individual de quienes lo practican. En realidad la relación es más compleja ya que en sentido inverso el voluntariado es una práctica que tienden a ejercerla en mayor medida las personas con estudios e ingresos



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 5.4. Principal razón que le mueve/movió a hacer trabajo voluntario.
Porcentajes sobre el total de personas que realizan o han realizado actividades de voluntariado N=245

superiores y, sobre todo, con un aceptable nivel de salud y tiempo disponible.

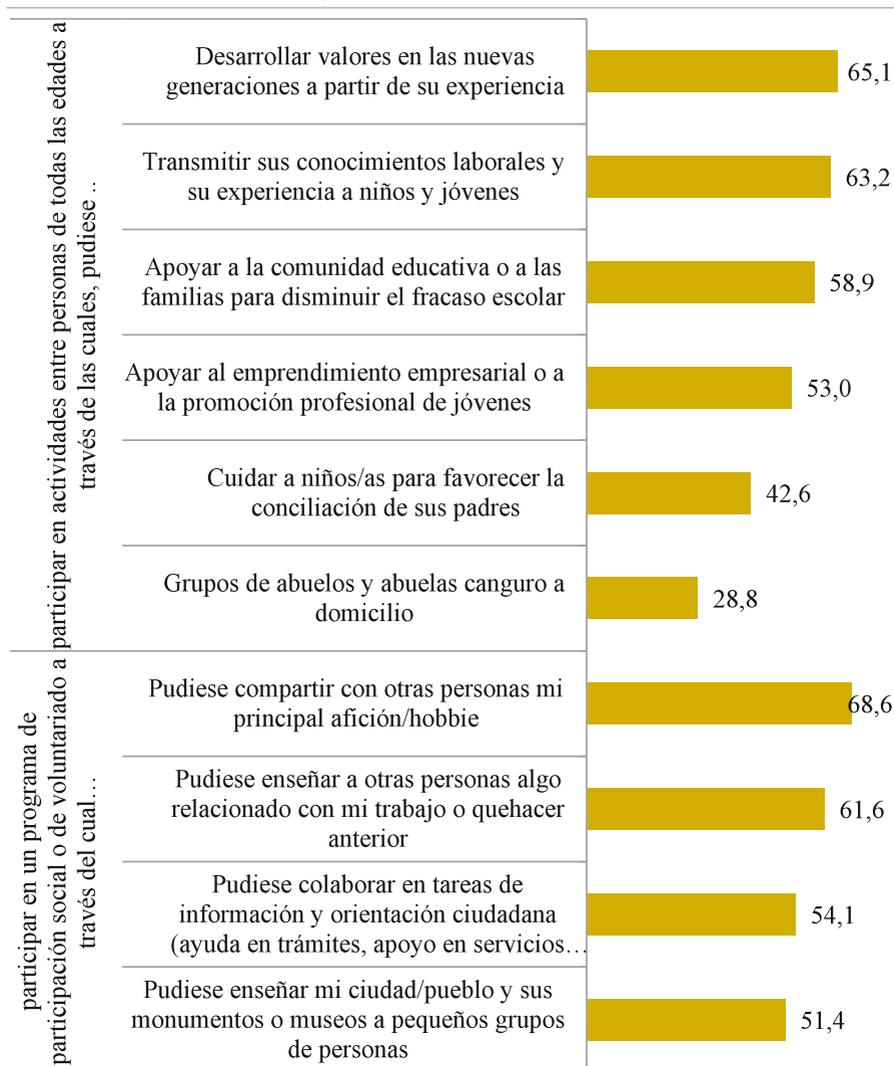
Esta relación positiva entre participación y satisfacción con la vida también se observa al comparar las personas que pertenecen y/o colaboran con alguna organización y las que no lo hacen. Un 87,4% de las primeras están muy o bastante satisfechas con su vida en general, frente al 80,1% de las segundas; por consiguiente, hay un mayor proporción de personas insatisfechas con su vida entre las que no se adscriben a ninguna organización (11,1% frente al 6,5% de las que sí pertenecen).

La razón principal de la participación es la voluntad misma de ser solidario (51%), pero también se considera una forma de disfrute personal (39%) y de responder a requerimientos de ayuda de otros familiares o personas

queridas que, a su vez, necesitan apoyo de terceros (9%). No existen diferencias en estas razones entre hombres y mujeres ni, en general, entre los grupos de edad (ver Gráfico 5.4). Tampoco existen diferencias importantes por razón de estudios e ideología ya que en conjunto lo que pesa es la acción solidaria, seguida del disfrute o realización personal y razones instrumentales de apoyo a personas cercanas que necesitan ayuda. Seguramente la solidaridad tiene más peso en los que participan en organizaciones de voluntariado social y el disfrute personal en los que participan en organizaciones de voluntariado cultural, si bien se trata de matices en la medida en que ambas formas de participación supone para los que lo hacen gratificación y disfrute.

La finalidad del voluntariado

Como Celeste Dávila y Juan F. Díaz-Morales han mostrado con una amplia revisión de la investigación disponible (2009, a y b), una de las dimensiones que permite explicar mejor la participación en actividades de voluntariado es la motivación para ello, la finalidad que se persigue. Y aunque no es abundante la investigación que ha analizado las diferencias que se producen entre las motivaciones en función de la edad, sí contamos con algunas de las que se desprende que, a diferencia de los jóvenes, que dan importancia a aspectos como la mejora del curriculum o de la propia autoestima, entre los voluntarios sénior las motivaciones se mueven más en el campo de los valores (mejorar la sociedad, ayudar a los necesitados) o en la búsqueda de relaciones sociales (Chacón y Vecina, 1999; Greenslade y White, 2005). Por nuestra parte, hemos tratado de acercarnos al campo motivacional de nuestros encuestados, averiguar el porqué de la acción solidaria, obteniendo como resultados los que pueden observarse en el Gráfico 5.5, en los que aparece un amplio campo de intereses y motivaciones que reflejan intenciones, anhelos, deseos de



Fuente: Encuesta Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2012

Gráfico 5.5. Porcentaje de personas que declaran mucho o bastante interés en participar en actividades intergeneracionales o programas de voluntariado a través de los cuales: Porcentajes sobre el total

realización personal e incluso de pervivir, de dejar un rastro en la existencia de otras personas o de ofrecerles, a modo de legado, sus conocimientos y experiencia (generatividad).

Vemos así que lo que la población objeto de estudio pretende con el voluntariado es, sobre todo, compartir las aficiones, algo que no suele tenerse en cuenta a la hora de diseñar las actuaciones y, por tanto, normalmente está ausente de la oferta. No hay prácticamente diferencias en esta respuesta mayoritaria ni entre los sexos (solo 5 puntos a favor de las mujeres, entre las que el 70% consideran muy o bastante interesante esta opción) ni entre los diferentes grupos de edad, pues el 69% de las personas que tienen entre 50 y 64 años coinciden en su valoración positiva, bajando apenas 4 puntos entre los de 65 a 69.

Es, precisamente en el ámbito más relacionado con el concepto de generatividad, modelo teórico que más encaja en nuestra investigación, en el que se concentra el interés motivacional de una parte destacada de nuestros encuestados y que se expresa en actuaciones que contienen claramente la idea de legado: transmitir la propia experiencia laboral o de otros quehaceres y conocimientos en particular a los jóvenes, comprometerse en el desarrollo de valores a las nuevas generaciones y apoyar su promoción profesional o emprendimiento empresarial. Aparecen aquí algunas diferencias entre hombres y mujeres, como en el caso del emprendimiento empresarial (58% de ellos a favor frente al 48% de ellas), y también se produce un declinar del apoyo a estas opciones en razón de la edad (mientras el 66% del grupo de menor edad muestra su interés por transmitir a niños y jóvenes sus conocimientos y experiencias, en el grupo de mayor edad, ese apoyo, que continúa siendo mayoritario, baja al 59%).

Del resto del espectro de objetivos buscados cuando se realizan actuaciones voluntarias, también obtienen una alta valoración, sobre todo

entre las mujeres, utilizar su conocimiento del entorno inmediato para promocionar el pueblo o la ciudad donde se reside o colaborar en tareas de información ciudadana en su comunidad. A continuación figuran los objetivos más directamente solidarios y prototípicos del voluntariado social como la lucha contra el fracaso escolar y el cuidado de niños.

Es destacable cómo las personas desempleadas son las que más puntúan a la hora de mostrar interés por estas acciones de transmisión intergeneracional. Así, son el 74% de ellas, frente al 58,5% de las jubiladas quienes responden estar interesadas en enseñar a otros algo relacionado con su trabajo anterior o apoyar el emprendimiento o la promoción profesional (64% de quienes están en paro, frente al 51% de las personas jubiladas). Del mismo modo, también aquéllas superan el interés de éstas en labores de voluntariado más relacionadas con la participación comunitaria: llega al 67% de las personas desempleadas, frente al 50% de las jubiladas en la respuesta relacionada con la participación en labores de información y orientación ciudadana; y al 59% de las que están en paro frente al 53% de las personas ocupadas o el 47% de las jubiladas ante la posibilidad de hacer de guías voluntarios para enseñar su ciudad o los monumentos de su pueblo o barrio. Todo ello parece apuntar al deseo de sentirse útiles aportando algo a la sociedad de estas personas involuntariamente apartadas del mundo del trabajo a una edad en la que pueden percibirse como desaprovechadas y con pocas posibilidades de salir de su situación de desempleo (constituyen el “grupo social olvidado”, como lo ha denominado un dirigente sindical).

En cuanto se refiere al incremento de las relaciones intergeneracionales, que destaca entre los intereses sentidos por nuestros encuestados y es clave en el desarrollo del concepto de generatividad, también se considera tanto por la UE como por las Naciones Unidas como una condición

necesaria para avanzar en la consecución de una sociedad para todas las edades. En este sentido son concebidas por Mariano Sánchez (2007), que no solo las estima totalmente precisas, sino que «resultan imprescindibles para promover y aumentar la solidaridad». Hemos visto en el capítulo 3 el sobresaliente grado de apoyo que las personas de nuestro grupo de edad realizan a sus familias y, de manera especial, a sus hijos y nietos, pero también es cierto que la investigación arroja que este grupo de población desea tener más contacto con las jóvenes generaciones fuera de su red social de proximidad (Eurostat, 2012b). Como se recoge en este Informe de la UE con motivo del Año Europeo 2012, «las personas mayores y los jóvenes no gozan de suficientes oportunidades para reunirse, realizar intercambios y trabajar juntos en iniciativas locales, según opinan dos tercios de los europeos», situación que, alerta la Comisión Europea, «puede aumentar el riesgo de conflicto entre las generaciones». En ese mismo documento se ofrecen datos del Eurobarómetro 247 de 2009, según los cuales más de 9 de cada 10 europeos se mostraron a favor de que se apoyaran iniciativas para incrementar las oportunidades de interacción entre las personas más jóvenes y las más mayores.

De todos los fines del voluntariado destacados en nuestra encuesta, el que presenta mayores diferencias entre los distintos grupos es el referido al cuidado de niños con el fin de favorecer la conciliación de la vida laboral y personal de sus padres. Las brechas más grandes se dan entre hombres y mujeres (18 puntos a favor de las últimas), entre jubilados y pensionistas y otros inactivos (13 puntos para éstos), entre solteros y casados (12 puntos para los segundos) y entre personas con estudios primarios y menos y universitarios (18 puntos a favor de los primeros).

Del conjunto de datos que hemos recogido se deduce la idea fuerte del interés de la población encuestada a favor de la transmisión

intergeneracional de conocimientos y valores, de transmitir experiencias y saberes que de manera latente los entrevistados consideran no valorados suficientemente. De este modo se refuerza la doble idea que, en nuestra interpretación, emerge de este estudio: la participación social es plural, pública y privada, organizada e informal, es tanto productiva, como reproductiva y cohesiva socialmente y, al mismo tiempo, tiende claramente hacia prácticas intergeneracionales de intercambio, a la ruptura de las barreras administrativas y biológicas de las edades, lo que es visible no solo en los resultados de la tabla y gráfico anteriores sino en otros indicadores ya señalados a lo largo del estudio como son: el interés por la formación para preparar y planificar el tiempo de la jubilación o la dirigida a introducirse en actividades de voluntariado y participación, las actividades o proyectos formativos que los entrevistados demandan se abran a los diferentes grupos de edad o el apoyo en favor de que los hogares y centros de mayores estén abiertos sin límites de edad a la sociedad o, al menos, hacia las personas a partir de los 50 años.

La solución de los problemas colectivos y medidas a favor del voluntariado

La visión amplia de las edades y la transversalidad de las acciones de bienestar se corrobora cuando se pregunta por quiénes deben implicarse en mayor medida en la solución de los problemas colectivos. La respuesta es mayoritariamente que «entre todos» (79%); no se apela a la experiencia de los jubilados que es marginal (1%), ni a la energía de los jóvenes (4,8%). Existe un pequeño grupo que piensa que son los políticos los responsables de solucionar los problemas colectivos (14,5%) y un marginal 7,6% que apela a la responsabilidad individual (ver Tabla 5.4).

En esta apelación a la responsabilidad colectiva que es mayor a menor edad (75,0% en el grupo de edad de 50 a 54 frente al 61% en el tramo de

	(N)	Entre todos	Los jubilados por su experiencia	Los jóvenes por su energía y futuro	Es asunto de los políticos	Cada cual es responsable de sus problemas	Ns/n c
Total	1001	69,8	1,0	4,8	14,5	2,2	7,7
Sexo							
Hombres	488	69,7	0,6	4,1	15,8	7,8	2,0
Mujeres	513	70,0	1,6	5,5	13,3	7,4	2,3
Edad							
50-54	280	75,0	0,7	5,7	13,6	3,6	1,4
55-59	280	73,2	0,7	2,1	13,2	7,5	3,2
60-64	220	67,7	1,4	5,9	12,7	9,5	2,7
65-69	221	61,1	1,8	5,9	19,0	10,9	1,4
Relación con la actividad							
Ocupados	400	75,3	0,8	4,8	11,8	6,0	1,5
Parados	108	75,0	0,9	2,8	12,0	7,4	1,9
Jubilados	258	64,7	1,2	5,8	17,4	8,1	2,7
Inactivos	235	63,8	1,7	4,7	17,0	9,8	3,0
Nivel de formación							
Estudios primarios incompletos	114	58,8	0,9	5,3	19,3	10,5	5,3
Estudios primarios completos	366	69,4	1,4	5,5	13,7	8,2	1,9
Estudios secundarios	281	69,4	1,1	5,0	16,4	6,8	1,4
Universitarios	240	76,3	0,8	3,3	11,3	6,3	2,1
Ideología política*							
Izquierda	172	73,8	0,6	4,1	16,3	4,1	1,2
Centro	474	71,5	1,1	4,4	13,7	7,6	1,7
Derecha	120	69,2	0,8	5,0	13,3	9,2	2,5

*No se incluye el NS/NC

Fuente: IMSEERSO, Encuesta Mayores 2010 y elaboración propia.

Tabla 5.4. Responsabilidad en la solución de los problemas colectivos.
Porcentajes horizontales

edad de 65-69), cabe deducir la influencia del factor generacional, por el peso que todavía puede tener en las personas que componen la que hemos denominado del desarrollismo franquista su etapa de socialización y la fase experiencial de su juventud, alejadas ambas de la experiencia democrática y de valores de compromiso cívico y colectivo. Relacionado con la edad está la relación con la actividad, y así, ocupados y parados sostienen en mayor medida la idea de responsabilidad colectiva frente a pensionistas, jubilados y otras personas inactivas. Por otra parte, también apelan mayoritariamente a resolver los problemas entre todos los que

tienen estudios superiores en comparación con los que tienen estudios primarios y con mayor énfasis los de izquierda frente a los de derecha y centro.

Nuestros entrevistados consideran que hay que favorecer la participación de las personas en actividades de voluntariado con medidas de apoyo y fomento como, por ejemplo, descuentos en los transportes públicos (19%), compensaciones económicas 12%, beneficios fiscales (12%), descuentos en espectáculos (12%) y entradas gratuitas a museos (11%). Frente a ellos, un 30% se muestra contrario a cualquier tipo de incentivo. Los más contrarios a los incentivos son los solteros y los que viven solos (33%) y los universitarios y de izquierdas (34%), todo ello dentro de un panorama de escasas diferencias intergrupales. Sí resulta llamativo que el grupo de edad de 50 a 54 años es más partidario que todos los demás de los beneficios fiscales (16%) e, incluso, de compensaciones económicas al igual que el grupo de 55-59 años (14%). Pero en este ámbito son las personas que se encuentran en situación de desempleo quienes más a favor se muestran que existan compensaciones económicas en función del número de horas de prestación voluntaria (18%), lo que puede ser comprensible por las enormes dificultades que atraviesan muchas de ellas.

Los resultados obtenidos a esta cuestión nos llevan a diferenciar tentativamente tres tipos de voluntariado que, en la práctica, se corresponden con otras tipologías ya desarrolladas para la población general (ver A. Zurdo, 2006; 2011).

- a) Uno directamente «adquisitivo», o remunerativo, que consideramos residual, y que se traduce en una demanda de compensación por el trabajo voluntario directamente y/o por vía de beneficio fiscal (24%). Esta propuesta supondría que el trabajo voluntario debe ser objeto de remuneración, lo que va en contra

de lo que es la esencia del voluntariado.

- b) Un segundo tipo de voluntariado, el mayoritario (42%), es un voluntariado «instrumental» cuya acción se compensa mediante descuentos en museos, transporte y en espectáculos, es decir, pequeñas compensaciones o incentivos a la actividad voluntaria. Se trata de que el tiempo donado no genere otros costes que no sean los del uso del tiempo. Los otros tipos de descuentos han sido una realidad hasta ahora si bien no por el hecho de ser voluntarios, sino por pertenecer al grupo de personas mayores.
- c) Finalmente, destaca un voluntariado estrictamente «altruista», casi un tercio, que entiende que el voluntario no debe recibir ningún tipo de remuneración ni incentivo alguno.

Los dos últimos tipos de voluntariado son los que existen en la práctica y con creciente peso. La existencia del voluntariado adquisitivo, el primer tipo señalado, supone alterar la naturaleza del trabajo voluntario tal como hasta hoy se ha concebido: donación gratuita de tiempo a la sociedad. En el fondo el primer tipo de voluntariado podría interpretarse que justifica su opción en el hecho de que si el trabajo voluntario es una sustitución en parte del Estado de Bienestar a bajo o nulo coste, debe ser compensado casi como si fuera trabajo remunerado, bien directa (en dinero) bien indirectamente (en especie). No cabe duda que la primera opción abre un debate en profundidad sobre la naturaleza y fines del voluntariado, sobre todo en la actualidad en que existe una cierta tendencia a que el trabajo profesional de diferentes actividades del Estado de Bienestar tienda a ser sustituido por trabajo no remunerado (sobre todo el que se refiere a la acción social dirigida a colectivos en situación de riesgo, así como actividades culturales en general).

Ciertamente el voluntariado adquisitivo es residual en cuanto a concepción y casi inexistente en la práctica. El voluntariado mayoritario, siendo una donación altruista, puede ser, y en parte lo es al mismo tiempo, una vía mediante la que se da respuesta a necesidades que el sector público no puede resolver por su incapacidad institucional para hacerlo, por su elevado coste o por la especificidad del colectivo, o todas ellas juntas. Pero al mismo tiempo el voluntariado canaliza energías reivindicativas de la sociedad civil que, al pasar por canales institucionales, tienden a despolitizarse e instrumentalizarse.

No se trata, insistimos, de un designio consciente sino de una tendencia observable en el desarrollo de la actividad voluntaria. De hecho, el desarrollo del voluntariado no ha significado en modo alguno un mayor desarrollo asociativo, todo lo contrario. En muchos sentidos el voluntariado corre paralelamente al retroceso de la movilización asociativa que, ahora, con la crisis actual, parece estar adoptando nuevas formas de expresión y organización (movimientos sociales frente a la crisis en los que se integran personas de edad (yayo-flautas, mayores 15-M) como respuesta al retroceso del Estado de Bienestar y a la corrupción. Además, el voluntariado forma parte tanto de un movimiento de la sociedad civil como del desarrollo de un Estado de Bienestar mixto que precisa de un trabajo voluntario integrado en las políticas públicas, lo cual deriva en ocasiones en prácticas de tipo instrumental y formas de control institucional de la energía voluntaria.

El análisis de las motivaciones del voluntariado cuenta, además de con las que antes hemos considerado, con algunas otras aportaciones. Así, en el estudio que acompañó la acción del voluntariado en la experiencia de IAP en un barrio de Madrid (Colectivo IOE, 1995) se desarrolló una interesante tipología que queda determinada según el campo motivacional y los fines

que buscan las personas al participar en la acción voluntaria y que se concreta en seis arquetipos, según una escala progresiva de valor. En los dos primeros grados de la escala se sitúan quienes representan una forma de implicación interesada (orientación instrumental); llegan al voluntariado por un interés particular, como relacionarse, ganar prestigio, alcanzar experiencia o aprendizajes nuevos, etc. En el medio de la escala, se situarían quienes participan en proyectos de voluntariado movidos, no ya por un interés individualista e instrumental, sino buscando sobre todo el propio desarrollo personal y su autorrealización. Finalmente, llegarían a la cúspide de la escala quienes realizan la acción voluntaria por adscripción comunitaria, es decir movidos por la interiorización y asunción de los fines que, colectivamente, se persiguen y que se condensan en ideas de participación en acciones emancipadoras de la comunidad. Es éste último el polo superior que otorga y da sentido máximo a la participación voluntaria en proyectos colectivos.

Ni que decir tiene que toda tipología es un marco ideal de representación de la realidad que cuando se contrasta con la realidad se concreta en tipos o prácticas mixtas en las que se entrecruzan y entrecruzan diferentes motivaciones hacia el voluntariado que las personas que lo practican hacen compatibles entre sí. Así puede observarse en las respuestas que en nuestro estudio hemos registrado con respecto a la finalidad que buscan nuestros encuestados cuando participan en actividades voluntarias, según se ha mostrado en el gráfico 5.5, en las que se mezclan los fines de desarrollo personal y disfrute (compartir con otros las propias aficiones), con los de colaboración en proyectos colectivos de mejora de los problemas sociales, pasando por el campo de las relaciones intergeneracionales. Si a ello le unimos el hecho de que la gran mayoría de nuestra muestra haya respondido que la solución de los problemas de la sociedad debe encontrarse con la participación de todos, no parece

arriesgado concluir que existe en este grupo de población un potencial latente de voluntariado pendiente de ser canalizado.

Con independencia de que en la sociedad española se valore si son o no necesarios incentivos como los formulados por las personas que han participado en nuestro estudio para estimular una mayor participación y compromiso social de los ciudadanos a medida que se produce su desvinculación laboral y/o la disminución de cargas familiares, ¿existen otras vías para favorecerlo? Así puede deducirse también de nuestros resultados porque, como hemos reflejado en el capítulo 4, un 42% del grupo de población analizada, manifiesta sentirse interesada en participar en cursos o talleres para iniciarse en actividades de voluntariado y de participación social y, por otra parte, más de un tercio de la muestra declaran estar interesados en participar en actividades de voluntariado, aunque todavía no lo hagan.

5.4. La participación política

En el informe de 2012 sobre envejecimiento activo de la UE se considera el papel de la participación política entre las personas mayores desde tres ángulos muy concretos:

- a) la tasa de participación en elecciones y el porcentaje de personas de 55 y más años que han sido elegidos como representantes de los ciudadanos en municipios, regiones, parlamentos nacionales y en el parlamento europeo. Casi la mitad de estos representantes (49,6%) tienen 55 y más años, porcentaje que cae al 13,6% a partir de los 65 años de edad;
- b) el grado de participación en elecciones que, en el caso de la elección del parlamento europeo en 2009, supuso que la mitad de

las personas mayores de 55 años participaran en dichas elecciones frente al 29% de los votantes con edades entre 18 y 24 años;

- c) el último indicador de participación al que se refiere dicho informe es el de la frecuencia con que las personas mayores de 55 años debaten asuntos políticos locales, nacionales y europeos con familiares y amigos y cuyo resultado es que dicha frecuencia es superior a la del conjunto de la población mayor de 15 años (p.e. el 23% de las personas mayores de 55 años debate con frecuencia sobre temas políticos nacionales frente al 19% de la población mayor de 15 años).

La importancia política de las personas mayores

En las últimas elecciones generales en España (noviembre 2011) votó un 88% de las personas mayores de 55 años, frente a un 76% de las menores de 34 según datos del CIS (2011), lo que refrenda una vez más la mayor participación en comicios electorales que las personas de más edad tienen con respecto a las más jóvenes.

Otros indicadores relacionados con la participación política de las personas mayores de 55 años que se han registrado (Abay Analistas SL, 2008) son los siguientes:

- Mientras que las personas de 55 a 64 años de edad están sobrerrepresentadas en la mayoría de los indicadores referidos a los poderes políticos (legislativo, ejecutivo y judicial), las de más de 65 años están claramente infrarrepresentadas en todos ellos.
- El grupo de población de más de 65 años representa el 18,5% del total de la población mayor de edad, pero su presencia en el

Gobierno Nacional sólo alcanza un 6,3% y es nula en las Presidencia de los Gobiernos regionales. En los gobiernos locales, la información disponible apunta a que la infrarrepresentación afecta incluso al tramo de edad de 55 a 64 años, cuya participación en las alcaldías es claramente inferior a su peso en la población mayor de 18 años (13,4%), con la excepción de las alcaldías del Principado de Asturias.

- En el Poder Legislativo las personas mayores están también claramente infrarrepresentadas: su mayor presencia se observa en el Senado, donde alcanza un 8,9%, lejos aún de su peso en la población mayor de edad (18,5%); en el Congreso de los Diputados, sólo el 4,6% de sus miembros tiene más de 65 años y su presencia es aún más reducida o nula en la mayoría de los Parlamentos regionales.
- Asimismo, su representación en los puestos de presidencia, coordinador general, o máximo nivel de dirección, de los principales partidos políticos es también nula.
- La participación de las personas mayores de 65 años en el Poder Judicial es más equilibrada: asciende al 17,9% en el Tribunal Supremo. No obstante, su representación entre el conjunto de la judicatura es sólo del 2,2%.
- Las personas mayores realizan un seguimiento de la información política a través de los medios de comunicación muy similar a la de la población en general. La única diferencia destacable es el menor uso que hacen de internet para esta finalidad.
- La frecuencia de las conversaciones sobre política en el grupo de

personas mayores de 65 años es muy inferior a la frecuencia media de la población en general. Además, este grupo de población mantiene estas conversaciones en mayor medida con familiares y en menor medida con amistades o en el ámbito formativo-laboral.

- La participación de las personas mayores en acciones políticas (manifestaciones, huelgas, etc.) es más reducida que la de la población en general y, además, muestran una mayor reticencia a participar en las mismas.
- La participación política de las mujeres mayores de 65 años es aún menor que la de los hombres de su grupo de edad. De hecho es nula en la mayoría de los indicadores referidos al poder ejecutivo, legislativo y judicial para los que se dispone de información detallada por sexo.

En la encuesta de la Fundación Pilares no se han abordado preguntas similares a las descritas sino otras que se refieren a la conciencia que tienen las personas entre 50 y 69 años de su importancia política y a su opinión sobre si el sistema político recoge adecuadamente las demandas de las personas mayores.

Por un lado, las personas entrevistadas dudan de su propia relevancia política: proporciones equivalentes, cercanas al 44%, indican tanto que los mayores de 50 años son conscientes de su importancia política como lo contrario, junto a un 12% que no se define al respecto.

Esta proporción se desequilibra a favor de los que piensan que las personas de este grupo de población no son conscientes de su peso político, según las respuestas que ofrecen las personas de 65-69 años (+6

Total	EDAD				Autoubicación política*			
	50-54	55-59	60-64	65-69	Izquierda	Centro	Derecha	
1.001	280	280	220	221	172	474	120	
¿Cree que las personas de 50 y más años son conscientes de su importancia política?								
Sí	43,6	45,7	45,7	43,2	38,5	44,2	44,9	50,8
No	44,9	46,1	44,3	44,1	44,8	50,6	46,4	40
Ns/hc	11,6	8,2	10	12,7	16,7	5,2	8,6	9,2
¿Cree que los partidos políticos recogen adecuadamente las demandas de las personas mayores?								
Sí, totalmente	3,0	2,5	4,6	2,7	1,8	1,2	3,6	0,8
En parte	20,9	21,1	19,6	21,4	21,7	20,9	20,9	30,8
No las recogen	71,7	71,1	72,9	69,5	72,9	75,6	72,2	68,3
Ns/hc	4,5	5,4	2,9	6,4	3,6	2,3	3,4	0,1

*No se incluye el NS/NC

Fuente: Encuesta Fundación Pílares para la Autonomía Personal, 2012

Tabla 5.5. Importancia de la política y de los partidos políticos. Porcentajes verticales

puntos), los jubilados y pensionistas (+13 puntos), los que poseen estudios universitarios y los de ingresos medios (+9 puntos) y los que posicionan políticamente en la izquierda (+7 puntos). En sentido inverso, destacan los parados (+11 puntos a favor de los que creen que son conscientes de su peso), los de derechas (+11 puntos) y, sobre todo, los que tienen ingresos inferiores a 900€ mensuales (+18 puntos) (Tabla 5.5).

La representación política y las demandas de las personas mayores

Por otro lado, la población estudiada informa que no ve reflejada las demandas de las personas mayores en los programas de los partidos políticos: un 72% lo percibe así, frente al 3% que considera que las recogen totalmente y al 21% que piensa que se recogen de manera parcial.

Ello supone una importante desconfianza de la clase política sobre su capacidad de respuesta ante los problemas y demandas sociales. Pero no podemos olvidar que esta valoración negativa puede estar

sobredimensionada por el efecto de la crisis económica y financiera actual y sus efectos en la gestión política de la misma.

En resumen, en este capítulo se ha realizado un repaso sucinto de la investigación social sobre participación de las personas mayores en la sociedad, sobre todo en lo referente al asociacionismo y el voluntariado destacando la importancia de conocer los perfiles sociales y motivaciones hacia la participación y sus efectos positivos en el bienestar, del mismo modo que también el bienestar social e individual crea las condiciones favorables a la participación. Y cómo la participación asociativa forma parte del desarrollo del capital social.

Hemos destacado, con el apoyo de documentos de la UE, la gran distancia que aún tiene España en participación social y pertenencia asociativa respecto de la media de la UE-27, sobre todo respecto de países con sólidas sociedades civiles (por ejemplo, Países Bajos), diferencias que tienen lugar en todos los grupos de edad.

Con el apoyo de la encuesta Fundación Pilares 2012 hemos analizado la pertenencia y/ o participación en organizaciones sociales de las personas mayores de 50 años, participación que privilegia sobre todo el asociacionismo de ocio y cultura frente, por ejemplo, a los de asociacionismo cívico o participación en partidos políticos. Cuando consideramos solamente la pertenencia asociativa el grado de participación del colectivo de 50 y más años tiene su máximo porcentaje en la pertenencia a asociaciones de personas mayores (5,1%), seguido de las de ocio y cultura (4,5%) y organizaciones de voluntariado (4.5%). Si consideramos la participación o colaboración (sin analizar si es puntual o permanente) el porcentaje se eleva al 22% en el caso de ONG y fundaciones, seguido de asociaciones culturales (17,5%) y asociaciones de vecinos (14%); en los tres casos la participación de las mujeres es

superior a la de los hombres, entre tres y cinco puntos porcentuales.

Dentro de la participación social el voluntariado es una práctica individual y social a la que hemos prestado especial atención. Dentro del grupo de personas de 50 y más años existe una experiencia nada desdeñable en cuanto a participación en actividades solidarias: en los últimos 12 meses el 10% del colectivo ha desarrollado algún tipo de actividad solidaria o voluntaria, en algún momento lo han hecho casi el 15% y, sobre todo, tienen voluntad de participar casi un tercio de las personas entrevistadas. Estos indicadores de participación son inferiores a la media de los países de la UE-27. Sin embargo, el potencial participativo medido por el porcentaje de personas que manifiestan que les gustaría realizar voluntariado resulta considerable: casi tres millones de personas están interesadas y dos millones y medio tienen o han tenido experiencia en participación de acciones voluntarias.

Finalmente, en este capítulo hemos abordado parcialmente la participación política a través de la percepción de la importancia política de las personas encuestadas y su percepción sobre el interés de los partidos por demandas del conjunto de personas mayores. Una respuesta muy dividida en el primer caso y muy negativa en el segundo. Dicho de otra manera, ni las personas de 50-69 años creen mayoritariamente que son importantes en política (lo cree el 43,6%) ni piensan que los partidos reflejen las demandas de los mayores en sus programas electorales (así lo percibe el 73%). No son ciertamente indicadores suficientes para dar cuenta exhaustiva de las opiniones y actitudes del colectivo sobre la política pero sí nos indican un cierto distanciamiento de ella y una desconfianza hacia los partidos políticos que, por otra parte, no puede analizarse sin remitirnos a la población general. Con todo, este escepticismo con respecto a los partidos y a la política no se refleja en el momento de su

participación en el voto como se extrae de los resultados de participación en las elecciones generales de 2011, en las que votó el 88% de las personas mayores de 55 años, 12 puntos por encima de lo menores de 34.



Colección
Estudios de la Fundación

La investigación cuyos resultados se contienen en esta obra se ha elaborado y se enmarca en el año europeo del envejecimiento activo celebrado en 2012. El objetivo fundamental de la misma ha consistido en explorar el potencial de participación social del grupo de personas con edades entre los 50 y 69 en España, es decir, de un amplio grupo de población formado por más de diez millones de personas situadas en la franja de edad que comprende los últimos años de vida laboral activa y los primeros después de la jubilación.

Coincidimos, así, con algunos estudios que analizan el fenómeno del envejecimiento según el modelo de ciclo vital, como el longitudinal SHARE, y también los que se realizan por la Comisión Europea, si bien éstos últimos suelen arrancar de la edad de 55 años. Para los objetivos de nuestro estudio hemos considerado clave conocer y analizar mejor el grupo de población desde los años previos a la edad de jubilación y detectar así pautas actuales y potenciales de participación social que puedan ser indicativas de comportamientos participativos futuros cuando todo el grupo analizado forme parte del grupo “oficial” de personas mayores por haber superado ya todos sus integrantes los 65 años de edad.

Una característica que afecta de manera singular a la población estudiada es la derivada de los procesos de desregularización que vienen operando en el mercado laboral en las últimas décadas, y comienzan a dejar su huella en sus trayectorias laborales; bien sea bajo fórmulas que gozan de cierto grado de aceptación social, como son la prejubilaciones, o en forma de acuciante problema social como es el desempleo, que en la población estudiada por nosotros afecta a un 10%. Nos encontramos, por tanto, ante un panorama en el que las situaciones en relación con la actividad se

complejizan y diversifican, reforzando así la idea de que el análisis habitual que se realiza solo entre quienes han superado la edad de 65 años resulta insuficiente para conocer cómo se experimenta el proceso de envejecimiento individual, el tránsito a la jubilación y la implicación en actividades de participación social.

Aquí se concibe la participación en un sentido amplio, de acuerdo con la propia filosofía de la OMS y de Unión Europea sobre el envejecimiento activo, es decir, como participación de las personas en los cuidados familiares, en actividades relacionadas con el desarrollo personal (nuevos aprendizajes y actividades de ocio y cultura) y en la participación económica y acción solidaria y cívica, si bien hemos intentado dar prioridad a este último ámbito por su importancia en el fortalecimiento de la sociedad civil y su relevancia en el diseño de las políticas públicas de participación y voluntariado. Entendemos, en la senda de la Unión Europea, que el envejecimiento activo, es decir, el restringido al desarrollo de los tres ámbitos de la participación mencionados, es un factor estructural en el mantenimiento y desarrollo de la solidaridad intergeneracional. En este sentido, si el tiempo de cuidados contribuye a la función de reproducción de la sociedad y el tiempo de ocio y cultura a la función de consumo y de mantenimiento del capital humano, el tiempo de participación en acciones de voluntariado y de desarrollo cívico contribuye al fortalecimiento de la sociedad civil y de nuestro capital social, la cohesión social y la legitimación política.

Como primera aproximación, sabemos que las actividades de ocio, consumo y cultura representan el tiempo por excelencia de las personas jubiladas mientras que el tiempo de cuidados está en función de distintas circunstancias familiares y, por su parte, el tiempo de participación cívica suele depender de la combinación de la trayectoria vital, del tiempo

disponible, del nivel de estudios y del estado de salud.

Este enfoque amplio de participación social es recogido en la investigación que hemos desarrollado mediante un análisis de las opiniones y actitudes tanto de las personas mayores de 65 años y hasta los 69, como de aquéllas entre 50 y 64 años que se jubilarán entre hoy y el año 2027 (o que en ese mismo período irán llegando a la edad de ser incluidos en el grupo oficial de mayores), con el objetivo de captar tendencias en los tres ámbitos de participación que aquí exploramos. Es decir, consideramos la experiencia, percepciones, y expectativas de tres segmentos de población que vinieron al mundo durante el pasado siglo en momentos sociohistóricos bien diferentes: los nacidos en la década de los años sesenta (hoy están en torno a los 50 años), los que lo hicieron a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta (su edad actual está alrededor de los 60 años) y, finalmente, los nacidos en los primeros años cuarenta (que ya han superado los 65 años de edad).

Para explorar y analizar la participación social tal como la hemos definido, nos hemos basado en una encuesta que hemos aplicado a una muestra aleatoria estratificada a nivel de Estado de 1.001 personas comprendidas entre los 50 y 69 años de edad. El trabajo de campo se realizó en junio de 2012. Los resultados de esta investigación cuantitativa han sido complementados con una amplia revisión bibliográfica y con el estudio y análisis de fuentes secundarias.

Hemos enmarcado los resultados de la investigación en la evolución reciente del envejecimiento poblacional en España en su doble dimensión sociodemográfica (estructura y dinámica del envejecimiento) e institucional (el desarrollo de las políticas europeas y españolas de apoyo al envejecimiento activo), y bajo este doble contexto hemos desarrollado nuestro estudio sobre las personas entre 50 y 69 años mediante la

descripción y el análisis de diferentes dimensiones, que se detallan a continuación:

- a) Su relación con la actividad laboral así como sus opiniones, expectativas e itinerarios que siguen en el proceso de adaptación a la jubilación, así como los significados que otorgan a la edad en la que se encuentran;
- b) Su aportación en diferentes tipos de apoyo a la familia tanto los de índole económica como los cuidados que prestan a personas en situación de dependencia y a los nietos;
- c) Cómo organizan y utilizan su tiempo libre y qué percepciones tienen sobre las diferentes actividades que realizan o podrían desarrollar: la preparación para la jubilación, el ocio, la formación, la asistencia y valoración de los centros sociales y su incorporación al mundo de las TIC;
- d) Su grado de participación social organizada a través de asociaciones o actividades de altruismo cultural, social o cívico, así como sus opiniones ante la política y la responsabilidad que supone la gestión de intereses colectivos.

Partiendo de esta estructura, resumimos a continuación los principales resultados obtenidos, a la vez que señalamos algunas de las limitaciones en el conocimiento que se plantean en un estudio exploratorio como el que hemos desarrollado. Y al hilo de esta descripción sumaria vamos sugiriendo tentativamente una serie de recomendaciones que se pueden deducir de esos resultados y de nuestro análisis de los mismos en la confianza de que puedan servir de orientación para el diseño de políticas públicas y de líneas de actuación en el trabajo profesional o asociativo

dirigidas a promover un mejor conocimiento de las claves que conviene tener en cuenta a la hora de planificar acciones dirigidas a alcanzar el mayor desarrollo personal y, al tiempo, cotas más altas de participación cívica y solidaria.

A) Trabajo y jubilación. Percepciones sobre la nueva etapa vital

La edad y el sexo aparecen como dos variables clave a la hora de dibujar el mapa de percepciones sobre el trabajo y la jubilación. Los 65 años delimitan una frontera tras la cual la situación de los varones se torna casi homogénea (93% se concentran en la categoría de jubilados) mientras que la de las mujeres se dirime entre jubilación (38,3%) y otros tipos de actividad (54,2%) fruto este último indicador de una dedicación exclusiva a las tareas reproductivas o de la participación informal en el mercado. A este respecto, cabe señalar que si bien las mujeres continúan registrando tasas de actividad inferiores a las de los hombres, la diferencia es mucho menor que apenas 10 años atrás. Pero entre la población de 50 a 64 años la ocupación no tiene el protagonismo que cabría esperar, y encontramos así un 28% de personas apartadas del mercado laboral de manera prematura (14,2% prejubiladas, y 13,7% desempleadas).

Consideramos que el cambio producido en la participación en el empleo de las mujeres de estos grupos de edad resulta esencial a la hora de dibujar tendencias de futuro de la población mayor, especialmente en cuanto a la implicación femenina en actividades de participación social.

Otro de los indicadores que consideramos señala tendencias de cambio clave en la caracterización futura de la población mayor y que está modificando el perfil de las cohortes de edad que van llegando a la jubilación es el relativo al nivel de estudios: si el porcentaje de la población

de 55 a 69 años que tenía estudios secundarios y superiores en 2001 era del 25%, ese porcentaje se ha más que duplicado en 2011 (58%). Y con una extensión y mejora de la formación tan llamativa, las expectativas y exigencias de autonomía, calidad de vida y participación aumentan potencialmente, aunque su desarrollo dependerá de la movilización de la sociedad, de la adecuación de la oferta que se genere en ámbitos participativos y del papel de las políticas públicas.

Desde esta diversidad de situaciones, resulta obvio que la jubilación cobra significados también distintos. Para quienes la jubilación es un hecho, suele significar una oportunidad de “dedicar el tiempo a lo que se quiere” (o por lo menos así lo manifiesta un 67% de las personas jubiladas y prejubiladas). También la imaginan así buena parte de quienes tienen un trabajo (60% de las personas ocupadas). Pero esta visión positiva es mucho menos frecuente entre quienes se encuentran en situación de desempleo (34%); la precariedad de su situación y cómo ésta pueda afectar a su jubilación seguramente motiva que el 44% piense que será una etapa difícil.

No obstante, son mayoría las personas que consideran que la jubilación es una liberación de la disciplina laboral y, al mismo tiempo, una oportunidad para organizar libremente el tiempo. De hecho, gran parte de las personas que están en activo que hemos encuestado (62%) no quiere extender la vida laboral y afronta la jubilación (bien como futurible, bien como realidad) como un tiempo de mayor libertad para invertirlo en función de los intereses personales. Sin embargo, seguir trabajando después de los 65 años es atractivo para una minoría (no pequeña ya que es casi la quinta parte), sobre todo si se pudiera compatibilizar la percepción de un salario con una pensión de jubilación.

¿ Hasta cuándo debe trabajarse más allá de los 65 años?. Constatamos

que un 51% está de acuerdo en que hay que seguir haciéndolo, desagregándose ese porcentaje en opiniones como «mientras se tenga algo que aportar» (29%), o «hasta que el cuerpo aguante» (14%), o si «la sociedad lo ve útil» (8%).

Pero es un dato revelador de la precaria situación del empleo en España el hecho de que solo un 40% de la población que tiene entre 50 y 69 años esté ocupada laboralmente, lo que sin duda plantea la necesidad de implantar medidas a favor de una más amplia participación laboral en estas cohortes de edad. En este sentido, estudios de la Unión Europea muestran la existencia de barreras que la población percibe están dificultando la permanencia y el retiro gradual del trabajo, como es la exclusión de la formación que se practica entre los trabajadores mayores (71% en el conjunto de la UE y 75% en España) y la mala imagen de éstos que tienen los empresarios (70% en UE y 71% en España). Asimismo, algunos otros resultados de la investigación social que hemos presentado se relacionan con los aspectos que conviene tener en cuenta en las políticas de apoyo a la permanencia en el empleo por haberse revelado predictores de la decisión de continuar trabajando: la calidad del empleo, la satisfacción subjetiva de los trabajadores y mantener la formación adecuada para el puesto.

Una de las modalidades de participación en el mercado laboral después de haberse producido la jubilación (ampliada en España hasta los 67 años) es poder hacerlo en jornada reducida compatibilizando pensión y salario, como ocurre en otros países de Europa.

En este sentido, cabe recomendar que en las políticas de empleo-jubilación se establezca la posibilidad de que pueda compatibilizarse pensión y salario con el fin de estimular la continuidad en el empleo de las personas que lo deseen más allá de la edad reglamentaria de jubilación. Y

paralelamente, que se avance en la incorporación de criterios de flexibilidad que permitan a las personas complementar el trabajo con períodos de retiro voluntario para la crianza, los cuidados familiares o los estudios, con lo que se mitigarían los efectos negativos que, en especial a las mujeres, reporta la dedicación a los cuidados.

Entre la población estudiada en la encuesta de la Fundación Pilares 2012, el paso a la jubilación no se experimenta en general como un corte radical con la vida pasada sino como un proceso de adaptación progresivo que se contempla como una oportunidad vital de desarrollo personal y dedicación a la familia y a actividades sociales de diferente tenor. Una amplia satisfacción con la vida y una salud subjetiva elevada refuerzan la idea de la jubilación como oportunidad de desarrollo de comportamientos y actividades típicas del envejecimiento activo.

En cuanto a sus expectativas respecto a la dedicación del tiempo libre en el futuro inmediato, afirman querer dedicarlo sobre todo a su familia, a llevar una vida tranquila y a cultivar sus intereses y aficiones. Pero hay alrededor de un 15% que piensa involucrarse en actividades que beneficien a la sociedad o continuar vinculado a su profesión sin remuneración.

Otro factor clave incluido en una de nuestras hipótesis como determinante de la propensión participativa, que es la base para el desarrollo de comportamientos y prácticas sociales proactivos, es que la mayoría de la población encuestada en todos los tramos analizados tiene una positiva valoración acerca del papel que juegan en la sociedad, que consideran “vital” (48%) o igual a la del resto de los ciudadanos (31%), si bien se registran también visiones más pesimistas, incluido el pequeño porcentaje de quienes consideran que no tienen papel ninguno que jugar (7%), que cobra más importancia a medida que avanza la edad. Y en cuanto se

refiere al aspecto que las personas encuestadas consideran más valioso de tener la edad que tienen en este momento, se cita mayoritariamente la experiencia acumulada (64%), cuestión que habíamos hipotetizado también como elemento que puede predecir una mayor propensión participativa.

La ganancia de esperanza de vida entre los grupos de edad que hemos estudiado repercute, naturalmente, en las condiciones de salud y capacidad de las personas a medida que envejecen, lo que significa que alcanzar la edad de 60 o 70 años hoy nada tiene que ver con quienes lo hacían cincuenta años antes. Afortunadamente, jubilación y vejez se han ido distanciando progresivamente lo que ha favorecido la aparición en el ciclo vital de una nueva etapa que se encuentra aún en proceso de construcción tanto a nivel individual como social, y acerca de la cual contamos con poco conocimiento. Por ello, y ésta es otra de las recomendaciones que realizamos, resulta muy recomendable investigar más para que dicho proceso sea mejor conocido, comprendido y apoyado.

Hacer posible que las personas que envejecen desarrollen su potencial de bienestar físico, social y mental y participen en la sociedad de acuerdo con sus necesidades, deseos y capacidades, tal como se propone por la OMS y la UE, no resulta un objetivo fácil de cumplir. Hemos visto en los resultados de nuestra investigación que aunque la mayoría de las personas consideran muy valiosa la experiencia que han acumulado, esa buena valoración va descendiendo con la edad lo que parece sugerir que tal desvalorización se produce a medida que se comprueba que esa experiencia no se utiliza suficientemente. Y teniendo en cuenta también que un 20% de los encuestados considera que la jubilación es una etapa difícil, se precisaría que las instituciones públicas y privadas y los agentes que trabajan en el sector del envejecimiento orienten sus políticas y

actuaciones para apoyar más el envejecimiento activo de las personas desde la perspectiva de ciclo vital, especialmente a partir de la cincuentena.

Por otra parte, en las acciones de impulso del envejecimiento activo que se desarrollen no debe olvidarse incluir líneas políticas y programas dirigidos a reducir las desigualdades existentes en las diferentes dimensiones que afectan a la salud y calidad de vida de las mujeres.

B) Cuidados y otros apoyos informales

Si bien con la jubilación, o expectativa de la misma, o de la liberación de cargas familiares el tiempo ideal está pensado para el disfrute personal, en la práctica esta planificación difusa depende de las condiciones de vida y de la situación familiar. En un régimen de bienestar como el de España en el que los cuidados familiares a enfermos y personas en situación de dependencia, los apoyos a miembros de la familia con dificultades económicas y la atención a los nietos tienen una relevancia extraordinaria, el tiempo de cuidados es uno de los tiempos sociales por excelencia, y éstos afectan sobremanera a la población que hemos analizado.

Los resultados de las primeras oleadas del estudio longitudinal SHARE sugieren que «la transición a la jubilación parece tener un claro impacto en la cantidad de apoyo social que prestan los europeos a los miembros de la familia, como padres y madres ancianos o nietos» (Börsch-Supan et al., 2008). Pero estas transferencias en forma de cuidados informales se producen con grandes diferencias en cuanto a su intensidad entre los países del Norte de Europa y los del Sur, singularmente España, donde el tiempo de dedicación tiene un alcance mucho mayor que en países como los Escandinavos, Holanda o Francia, que pueden explicarse, además de por nuestra tradicional cultura de apoyo familiar a sus miembros, por una

histórica escasez de servicios profesionales de cuidados comunitarios.

De entre las diferentes dimensiones de los cuidados y ayudas que se producen en el seno de los hogares hemos analizado tres de ellas: los cuidados de personas enfermas y en situación de dependencia; las ayudas económicas y de acogimiento a los miembros del hogar, especialmente a los hijos mayores de 25 años; y, por último, el cuidado de los nietos y nietas mientras sus padres trabajan. Pues bien, el 23% de las personas que hemos entrevistado cuidan a una persona de su familia que requiere cuidados de larga duración, el 44% está dando apoyo a familiares con necesidades económicas (el 26% prestándoles ayuda monetaria, y un 18% les acoge en sus hogares), en especial, los hijos mayores de 25 años, mientras que los que tienen nietos colaboran activamente en su cuidado mientras sus padres trabajan, el 46% los cuida en la actualidad y un 15% los han cuidado anteriormente

En diferentes estudios que han analizado el perfil de los cuidadores y cuidadoras de personas en situación de dependencia se ha mostrado que su edad se concentra mayoritariamente en el tramo de entre 50 y 64 años, que es casi coincidente con la población que analizamos en nuestra encuesta; por ello, con los resultados de ésta contribuimos a actualizar el conocimiento que existía en los aspectos que aquí hemos recogido. Por otra parte, aportamos también nueva información relativa a los cuidados que prestan a sus nietos y nietas las personas menores de 65 años, ya que casi toda la información disponible en nuestro país se refiere a los abuelos y abuelas mayores de esa edad.

Hemos visto que cerca de una cuarta parte de las personas que hemos entrevistado colaboran en el cuidado de familiares enfermos, con discapacidad o en situación de dependencia. Esta tarea, aunque registra

un peso creciente de los varones, continúa concerniendo en mayor medida a las mujeres (27% frente al 19%) y a personas de edades inferiores a 60 años (26%). La relación con la actividad y el nivel de ingresos condicionan, como es natural, la función informal de los cuidados. Así, las personas paradas (34%) e inactivas (29%) colaboran en mayor medida que las ocupadas (20%), mientras que el 30% del segmento poblacional que tiene ingresos inferiores a 900 euros al mes participa en este tipo de cuidados bajando este indicador al 18% entre quienes ingresan más de 1.500 euros mensuales.

Los cuidados a personas en situación de dependencia son una actividad informal de elevada frecuencia e intensidad que es característica de los países del Sur de Europa; concretamente, un 74% de las personas cuidadoras que han respondido en nuestra encuesta informan que hacen esta labor diariamente en jornadas que superan las diez horas diarias, llegando a alcanzarse las 13 horas si quien procura este cuidado es una mujer. La “carga” excesiva de los cuidadores/as tiene repercusiones negativas sobre su salud. En todo caso es preciso señalar que la dedicación de tiempo a los cuidados constituye una importante parte del envejecimiento activo tanto en sentido positivo (ayuda prestada y satisfacción por la misma) como negativo (deterioro de la salud y pérdida de oportunidades para realizar actividades alternativas de tipo personal y social).

Pero los apoyos a familiares no se restringen a tareas de cuidado; también se prestan otras ayudas de índole económica que se concretan unas veces mediante préstamos de dinero (26%) y otras veces acogiéndolos temporalmente en el domicilio (21%). En ambos casos, esta ayuda está destinada en más del 90% de las ocasiones a hijos e hijas mayores de 25 años. Haciendo una estimación de lo que esta ayuda significa, podríamos

decir que en España más de cuatro millones de personas de entre 50 y 69 años apoyan económicamente a su hijos, aun cuando éstos cuentan con una edad más propia de la independencia económica. Y aunque la solidaridad económica de la familia hacia los descendientes es una práctica social habitual en España, no cabe duda de que debajo de estos datos late el impacto de la crisis económica y financiera que se ceba de manera llamativa y dramática entre los jóvenes con unos altísimos niveles de desempleo. Para paliar las consecuencias de esta situación la familia responde extendiendo e intensificando su apoyo.

Las abuelas y abuelos constituyen hoy día el recurso fundamental de quienes han de compaginar su posición en el mercado de trabajo con las labores de la crianza. Vienen jugando un papel clave en el proceso de incorporación y permanencia de las mujeres al mercado laboral, permitiéndoles sustraerse en buena medida al problema del reparto de tareas entre hombres y mujeres. El cuidado de los nietos es por todo ello uno de los pilares, no siempre reconocido, para el sostenimiento del sistema tal y como aún hoy está planteado. Así se refleja en los resultados de la encuesta que hemos aplicado y que hemos enfocado al cuidado que los abuelos y las abuelas realizan a sus nietos durante la jornada laboral de sus padres y no en la dedicación episódica o de poca intensidad a la atención de los niños. Dentro del segmento de quienes tienen nietos (el 45% del total de nuestro grupo sociodemográfico), observamos que un 46% les cuida en la actualidad y otro 15% afirma haberlos cuidado en el pasado.

El cuidado de los nietos es visto por las personas de nuestra encuesta tanto como una carga excesiva como una actividad agradable. Se opina por la mayoría que a veces se abusa al cargar a los abuelos con el cuidado diario de sus nietos (45%) aunque también son muchos los que

consideran lógico que los abuelos cuiden de sus nietos en un momento en que ellos tienen menos ocupaciones (35%). La ambivalencia del cuidado de los nietos se pone de manifiesto cuando se contrastan los costes de oportunidad que puede generar el tiempo de cuidados con los posibles beneficios. La mayoría de nuestros encuestados (47%) se inclina al emitir su opinión por el beneficio –los que cuidan de sus nietos están más activos y satisfechos– frente a quienes contraponen el coste de los cuidados (27%) –pérdida de oportunidades para hacer lo que realmente quisieran–.

Si consideramos conjuntamente el cuidado a personas en situación de dependencia, el cuidado de nietos y las ayudas monetarias o en especie prestadas a familiares (fundamentalmente hijos mayores de 25 años), el resultado que obtenemos es que casi el 63% de la población estudiada (que estimado en cifras absolutas estaría en torno a 6,5 millones de personas) han contribuido o contribuyen de manera muy relevante a la función de reproducción y apoyo familiar.

El modelo tradicional de cuidados y apoyo informal de la familia del régimen español de bienestar, que se confirma en nuestros resultados, sigue teniendo una permanencia sólida y continuidad en el tiempo, adaptándose a los cambios de la estructura social y laboral y a las pautas culturales de una sociedad envejecida. De este modo, el sistema de apoyos mediante el concurso de la familia extensa tradicional ha sido sustituido de manera progresiva por un sistema “verticalizado”, más intenso, en el que intervienen varias generaciones en los cuidados. Esta realidad es crucial para comprender el modelo de reproducción social de España que, en el actual contexto de crisis económica y financiera, cumple funciones de estabilidad y cohesión social determinantes.

Pero es preciso recordar, a la luz de la información ya conocida y que este

estudio constata, que esta función de apoyo sigue recayendo de manera especial sobre las mujeres y, en concreto, sobre las que se encuentran entre los 50 y los 64 años, la denominada “generación sándwich”, atrapada en ocasiones por la demanda simultánea de atención que reciben de su padre o de su madre, de su pareja, de sus hijos y de sus nietos. La persistencia de la feminización de los cuidados no parece ni viable ni, sobre todo, deseable a largo plazo a no ser que el sector público frene, y la sociedad asuma, el modesto proceso de socialización de cuidados que se estaba produciendo bajo el Estado de Bienestar en España en los últimos diez años. De ahí que, junto a la constatación del valor de cambio social de la solidaridad familiar en cuidados y ayudas financieras, sea necesario alertar sobre el coste de los mismos en términos de freno a los avances en igualdad en el reparto de la carga de los cuidados, sin olvidar otros costes en las diferentes dimensiones de la calidad de vida de las personas cuidadoras y los denominados costes de oportunidad.

A tenor de nuestros resultados, estimamos altamente recomendable que se lleve a cabo el obligado reconocimiento de las contribuciones al bienestar social que realizan las personas de 50-69 años en relación a su rol como cuidadoras y prestadoras de ayudas económicas a sus familias, enfatizándose también que la intensidad (excesiva) de estas aportaciones, además de traducirse en calidad de vida para padres, madres, hijos y nietos, tiene también un peso considerable en trabajo no retribuido dentro de la economía del sector informal.

Considerando, a este respecto, que el caudal de apoyo informal que se produce en España tiene un alcance desproporcionado en cuanto a su complementariedad con los servicios formales de cuidados, y teniendo en cuenta también que añadir atención profesional a la familiar ha mostrado

tener efectos muy beneficiosos tanto en el bienestar de quienes precisan cuidados como en el de las personas cuidadoras, es muy recomendable que entre las prioridades de las instituciones públicas se retorne hacia una mayor inversión en la generación de medidas y recursos de apoyo a las familias: flexibilización de horarios, escuelas infantiles de 0-3 años y servicios profesionales de atención a las personas en situación de dependencia. Porque el freno a iniciativas como el programa Educa3 o los recortes de las prestaciones de la Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia (LAPAD) han paralizado el incipiente desarrollo de una serie de prestaciones y recursos formales llamados a proveer a las familias de servicios profesionales que, de manera complementaria al apoyo familiar, estaban comenzando a suponer un mayor reparto de los cuidados entre familia y Estado y también entre mujeres y hombres, facilitando así la deseable conciliación entre vida personal y profesional.

Finalmente, y por lo que atañe al importante apoyo económico que nuestros encuestados prestan a sus hijos mayores de 25 años, a una edad en la que deberían estar ya emancipados, se considera necesario desarrollar las medidas precisas para estimular el empleo juvenil.

C) El tiempo social de las personas mayores

La ocupación del tiempo, sobre todo después de la jubilación, es una de las vertientes de la investigación social del envejecimiento más analizadas. Dentro del uso del mismo las actividades de ocio siguen siendo importantes para las personas en proceso de envejecimiento y son centrales, junto al tiempo dedicado a la familia, en las personas ya jubiladas si bien parecen haber ganado interés creciente las actividades de formación y, en menor medida, las relacionadas con la participación cívica y el voluntariado. En concreto, el interés por la formación y la cultura

relacionado con el desarrollo personal tiene un peso creciente en las motivaciones de las personas entrevistadas en nuestra encuesta junto al interés por formarse en materias que favorezcan estilos de vida relacionados con el envejecimiento activo. Estas preferencias parecen estar motivadas por un fin de autorrealización mediante el aprovechamiento de la nueva etapa vital para realizar aprendizajes que contribuyan al desarrollo personal más que a un ocio puramente consuntivo y recreativo, que es el predominante en la actual generación de mayores de 65 años.

Hay que destacar que el grupalismo, que ha sido tradicional en las actividades de ocio de las personas mayores, está dando paso poco a poco a una mayor autonomía en la elección de los intereses individuales, tal como se corresponde con una sociedad de consumo en la que la satisfacción individual tiene un peso relevante. No es que las personas que se acercan o acaban de llegar a la jubilación estén abandonando las actividades en grupo sino que las opiniones y opciones de nuestro colectivo tienen cada vez más en cuenta la dimensión del valor añadido personal de las actividades, que avanza y se consolida a medida que entran en la experiencia de la jubilación generaciones con un mayor nivel de formación e ingresos. Lo cual no puede sorprender si tenemos en cuenta que, por ejemplo, las personas que forman parte del grupo de 50 a 54 años son los llamados hijos de la sociedad de consumo, cuyas pautas culturales se orientan a una mayor satisfacción personal frente a intereses colectivos o, al menos, parecen pretender hacerlos compatibles.

Así, más de la mitad de la muestra (54%), aunque en mayor proporción los hombres, dice que no le interesa nada de lo que se ofrece a las personas de su edad y que de la organización de sus actividades se encargan personalmente. Sin embargo, cuando la pregunta se concreta más y se

enumeran una serie de actividades de formación y de tiempo libre, se muestran mucho más receptivos e interesados. Así el 60% muestra interés en participar en programas de ocio o cultura junto a personas que compartan sus mismas inquietudes, en tanto que casi la mitad se interesaría por recibir algún tipo de formación que les permita organizar su actividad y su tiempo durante la etapa de la jubilación o para iniciarse en tareas de voluntariado y participación social.

En general, las mujeres manifiestan un mayor interés de cara a la participación en todas las actividades propuestas, pero muy especialmente cuando se trata de adentrarse en el mundo del voluntariado. Esta mayor predisposición de las mujeres en el campo de la formación, lo mismo que en el de la participación en actividades, modula y se contrapone a los resultados que sistemáticamente se recogen (y también en nuestra encuesta) sobre la peor percepción que muestran ellas acerca de su situación de salud y satisfacción con la vida.

Más de tres cuartas partes de la población encuestada valoran positivamente que hubiera alguna formación específica para preparar la etapa vital que se abre a partir de la jubilación, con una diferencia de nuevo entre hombres y mujeres de casi nueve puntos a favor de las mujeres, mientras que las diferencias por grupos de edad no son destacables ni tampoco según relación con la actividad, pues tanto entre las personas que aún forman parte de la población activa como entre las que están jubiladas se supera el 75% de respuestas que consideran muy o bastante útiles este tipo de cursos o talleres. Esta opinión tan favorable contrasta con la realidad de la oferta ya que este tipo de actividad formativa es muy poco frecuente en España: ni las empresas ni las Administraciones Públicas los ofrecen a sus trabajadores cuando se acercan a la jubilación.

El hecho de que un grupo de población que es diana para este tipo de oferta considere de utilidad esta modalidad de acción formativa parece avalar la importancia creciente de desarrollarla con formatos y modelos pedagógicos adecuados para ayudar a planificar u orientar la vida en la etapa que sigue a la jubilación, que es lo que recomendamos.

¿Qué objetivo buscan las personas al participar en las distintas actividades que realizan o que podrían desarrollar? La respuesta es clara al respecto: estar sanas, sentirse útiles y entretenerse, seguidas de otras finalidades como aprender, conocer gente, hacer voluntariado o ayudar a personas que lo necesiten y, a gran distancia, ganar dinero. De nuestra encuesta se deduce que la finalidad de todas estas actividades es mayoritariamente personal y subjetiva y, secundariamente aunque no menos importante, la finalidad es la ayuda social, al menos como *desideratum*: cerca de dos tercios se inclinan favorablemente por ayudar a quien lo necesite y realizar actividades de voluntariado (y de nuevo, en mayor medida las mujeres). El análisis por grupos de edad nos revela que son los más jóvenes quienes en mayor medida buscan con las actividades que realizan ahora o que podrían hacer en el futuro sentirse útiles (el 91,4% del grupo de 50-54 años, frente al 85% de los de 65-69 años), aprender o mejorar en algún aspecto (lo que pretenden el 87,5% de los más jóvenes y el 77,8% de los mayores de 65) o hacer voluntariado y ayudar a quien lo necesite (70% entre los más jóvenes frente al 56% de los mayores).

Pero lo cierto es que este deseo de participación que expresa la mayoría de nuestros encuestados no encuentra suficiente refrendo en la práctica real de actividades de la mayoría, lo que debe alertar sobre la búsqueda de fórmulas capaces de activar ese potencial.

.Los centros sociales, hogares, clubs, casals (entre otras denominaciones) para personas mayores han jugado y siguen jugando un rol central como

espacio de encuentro y organización de actividades para las personas mayores. Las Administraciones públicas, las Cajas de Ahorros y otras entidades sociales han contribuido históricamente a la extensión de este tipo de recurso bien conocido y muy valorado por las personas mayores y por la sociedad en general. Tal como se refleja en el Libro Blanco del Envejecimiento Activo de 2011, si comparamos la asistencia a hogares y clubs de personas mayores entre 1990 y 2010 debemos concluir la pervivencia de la actualidad y popularidad de los mismos, pues si en 1990 el 25% de ellas asistían a dichos centros, la situación más de 20 años después apenas se ha modificado.

Sin embargo, según los resultados de nuestra encuesta, entre las personas que están en la franja de 60 a 69 años - que son las que cumplen con el requisito de edad mínima que suele exigirse para participar en los centros de mayores - apenas un 16% informa acudir a ellos; existe otro segmento (34,7%) que afirma que no asiste pero quizás lo haga más adelante y, finalmente, un amplio grupo (45%) que afirma que ni asiste ahora ni lo hará en el futuro. La asistencia crece fuertemente con la edad, llegando al 25% entre los que tienen entre 65-69 años, pero se produce un descenso claro en el segmento de personas entre 60 y 64 años, entre las que solo asisten un 8% a diferencia de las personas de esa misma cohorte de edad en 1990, cuando asistían a estos centros un 12% de ellas.

En nuestro análisis interpretamos que, aparte de que en efecto pueda existir un problema de oferta en los actuales centros de mayores, que no satisface las expectativas de una parte de las personas a las que va o irá dirigida en el futuro, también es posible que las reticencias o dudas que buena parte de la población estudiada manifiesta sean debidas a una imagen social no ajustada a lo que verdaderamente se ofrece en los centros sociales, pues lo cierto es que, al lado de las actividades recreativas y de ocio más tradicionales, algunos también se han convertido

en espacios de formación y desarrollo de actividades ligadas a la participación, como las educativas y culturales, así como los proyectos intergeneracionales o de voluntariado que existen en algunos lugares y que son promovidos precisamente desde los mismos.

Algunas de las propuestas que la población estudiada por nosotros manifiesta para hacer que los centros sociales sean más atractivos a sus potenciales destinatarios, y que el equipo de esta investigación hace suyo, serían su apertura a quienes han cumplido los 50 años o que se abrieran incluso a todas las edades, haciendo de ellos centros comunitarios intergeneracionales.

Conocer el grado de incorporación de las personas adultas y mayores a las nuevas tecnologías ha formado parte también de los objetivos de nuestra investigación. En España la proporción de personas de 65 a 74 años que usan diariamente Internet (10%) se sitúa a distancia de la media resultante para los países que integran la Europa de los 27 (20%); y queda muy lejos de algunos de los del Norte como Dinamarca, Luxemburgo o Suecia, donde más del 40% de personas de dicha edad navegan por Internet cada día. Por tanto, es claro que la brecha digital relacionada con la edad (y también en función del sexo) continúa vigente, si bien las personas que tienen más de 50 años y menos de 70 han experimentado en los últimos años una evolución marcadamente ascendente en el uso de la tecnología. Por otra parte, casi la mitad de las personas entrevistadas por nosotros afirma tener interés en participar en actividades formativas relativas al mejor conocimiento de Internet y de las redes sociales.

Habida cuenta de que el factor generacional marca de lleno el grado de participación de la población que estudiamos en el mundo de las TIC, y que formar parte de la sociedad de la información resulta clave en la sociedad contemporánea desde muchos puntos de vista y también en

términos de inclusión social, resulta obligado recomendar el desarrollo de actuaciones que favorezcan un más fácil acceso de las personas mayores a la utilización de las TIC y, en especial, de Internet y las redes sociales.

Actividades, intereses, expectativas deben ponerse en relación con la experiencia concreta de cómo se llena el tiempo en la cotidianidad del día a día. Tiempo diario que se percibe como lleno de obligaciones para casi la mitad de la muestra (47%) y tiempo también completo pero sin demasiadas obligaciones para casi la otra mitad de las personas entrevistadas (también, el 47%). Son muy pocos los que informan que apenas tienen nada que hacer y el día se les hace muy largo (6%), pero aquí encontramos grandes y lógicas diferencias en la relación con la actividad laboral pues mientras entre las personas desempleadas llega hasta un 16%, ese porcentaje baja al 8,5% de las jubiladas y hasta el 3% de las ocupadas. Las mujeres manifiestan tener más obligaciones que los hombres (51% frente al 42%), explicable por la carga muy superior de tareas domésticas y de cuidado.

Entre las hipótesis de nuestra investigación formulábamos que para poder involucrarse en actividades de participación social hay que tener disponibilidad de tiempo. Pero, además, importa considerar la percepción subjetiva de tener o no tiempo disponible pues el ritmo empleado en la realización de las actividades cotidianas, por ejemplo, también influye en el saldo finalmente disponible y hemos podido observar que la percepción mayoritaria de nuestros encuestados es que se tiene el tiempo ocupado, lo que no supone afirmar que no exista tiempo excedente para actividades de participación social.

En cuanto a la tercera de nuestras hipótesis, esto es, que la participación depende de la adecuación entre la oferta y la demanda, puede deducirse de los resultados de este estudio que no existe la debida concordancia

entre los intereses de las personas para participar en actividades formativas, culturales o de ocio y la oferta real existente. Así, no es común encontrar que en la actividad se propicie que se organicen los grupos buscando la afinidad entre sus miembros y la intergeneracionalidad, ni se incluye entre la oferta habitual los talleres para ayudar a reorientar el tiempo y la actividad durante la jubilación o de iniciación a la participación social y el voluntariado.

Teniendo en cuenta que uno de los cambios más claros detectados en nuestra investigación es, como se ha dicho, la tendencia hacia el predominio de la autonomía del sujeto en la organización de su tiempo libre tras su jubilación dejando atrás el grupalismo tradicional, se considera preciso que en las iniciativas que se tomen por las organizaciones o las instituciones se tenga en cuenta que la personalización de la oferta aparezca como clave a la hora de apoyar o planificar iniciativas. Se trata de trabajar “con” y no “para” las personas sus propios planes de organización del tiempo y contenido de actividades.

Parte de las personas que hemos encuestado precisarían apoyo -aunque no lo demanden de manera explícita- para planificar la etapa vital tras la jubilación. En la planificación de actuaciones que puedan desarrollarse en esta línea, aspectos como el cuidado de su salud, la oportunidad de desarrollar y disfrutar de sus aficiones, la formación en materias que les resulten de interés y sus preferencias en iniciativas de participación social deberían ser tenidas en cuenta con carácter previo a elaborar la oferta de actividades.

La amplia extensión que existe por toda la geografía española de centros sociales, lo mismo que el número considerable de asociaciones de mayores que suelen estar a cargo de ellos, los convierte en un recurso comunitario con una enorme potencialidad para el desarrollo de iniciativas

innovadoras de participación social. Por ello, y partiendo de que la oferta que hoy se ofrece en los centros sociales de personas mayores no resulta atractiva para una parte de quienes llegan ahora a la jubilación, deberían ensayarse nuevas fórmulas que innoven y diversifiquen sus contenidos y, al mismo tiempo, admitir que puedan acceder a los centros y participar en sus actividades personas más jóvenes de los 60 años y, a la vez, aprovechar estas infraestructuras para promover desde ellas programas intergeneracionales y de participación comunitaria.

D) Participación social y voluntariado

El tercer pilar del envejecimiento activo, según la conceptualización de la OMS y de la propia U.E, es la participación social. El objetivo es lograr que las personas, a medida que envejecen, continúen haciendo contribuciones productivas (remuneradas o sin remunerar) a la sociedad, para lo que se requiere que las políticas fomenten su participación, de acuerdo con sus capacidades, necesidades y preferencias.

Entre las actividades de participación social, destacan las que se desarrollan por las personas mayores en organizaciones de voluntariado y de tipo cívico. Se trata de la máxima expresión del envejecimiento activo ya que supone importantes valores añadidos tanto para las personas (salud, bienestar, crecimiento personal) como para la sociedad (cohesión social, solidaridad, creación de redes sociales). Su importancia es tal que las políticas sociales han prestado creciente atención a esta dimensión mediante su reconocimiento, apoyo e integración en la acción política y, de manera particular, al desarrollo de las organizaciones voluntarias de todo tipo: solidarias, culturales y cívicas.

Las políticas sociales han hecho de la participación de las personas mayores en la sociedad un objetivo central desde el Plan Gerontológico

Nacional de 1992 hasta el año del envejecimiento activo (2012). La Ley de 6/1996, de Voluntariado, trazó el marco normativo para el desarrollo de las organizaciones voluntarias y su integración en las políticas públicas ya que el voluntariado no solo es desarrollo solidario sino también un recurso potencial de apoyo a las políticas de bienestar.

Los países del Sur de Europa, entre ellos España, tienen una menor tradición que otros países del Norte y Centro de Europa en participar en acciones de voluntariado, tal como se constata en los datos que hemos mencionado del Eurobarómetro nº 378, de 2012.

Según el barómetro del CIS de marzo de 2011, durante ese año participaron en actividades de voluntariado el 16% del grupo de edad de 50 a 69 frente al 7% de los mayores de 70. En esta misma encuesta se recogen como razones para no realizar este tipo de actividades que «no se sienten capacitadas para ello» o «que no se lo han planteado». Sin embargo, entre quienes sí realizan labores de voluntariado, son las personas mayores de 65 años las que dedican más tiempo a esta actividad (más del 55% una vez a la semana). La mitad de ellas opinan que su motivación fundamental es ayudar a los demás y, en segundo lugar, sentirse útiles. que puntúan más alto en este indicador (el 58% se muestran muy satisfechas).

Según demuestra esta investigación, los factores explicativos del voluntariado en las edades maduras no se dan por el simple hecho de que exista más tiempo libre o por disponer de niveles formativos elevados y unos ingresos garantizados. Estas son condiciones que lo hacen posible pero existen otros factores que hemos considerado en el estudio que resultan más explicativos como son: la trayectoria o experiencia previa en la acción voluntaria (teoría de la continuidad), el valor de su experiencia y del rol jugado en la sociedad, así como la adecuación entre la demanda y

la oferta de oportunidades de participación dentro de un contexto institucional que lo haga posible.

Según los resultados de nuestra encuesta la proporción de personas de 50 a 69 años que pertenece o colabora (se trata de una amplia mirada de la participación social) con una ONG o fundación alcanza el 22%, pero sólo el 4% colabora con un partido político y el 10% lo hace con un sindicato. Las asociaciones culturales, de vecinos y religiosas tienen un mayor atractivo con porcentajes que llegan al 15%. Obviamente la edad y la relación con la actividad laboral son factores de diferenciación que explican en buena medida la dinámica de la participación.

En general, los grupos de edad de 50-54 (generación compuesta por los que hemos denominado hijos de la sociedad de consumo), que en su mayoría todavía son población activa, tienen una mayor presencia en partidos, sindicatos, asociaciones de vecinos y entidades deportivas; por el contrario el grupo de 65-69 tiene un mayor peso en las asociaciones de personas mayores y organizaciones religiosas. Presencia en ambos casos explicable en buena medida por el efecto generacional mencionado, pero sobre todo por el diferente ciclo vital de las personas y, en concreto, por su vinculación o ausencia del mercado de trabajo. Todos los grupos de edad tienen, por el contrario, una participación similar en cuanto a asociaciones culturales y de ocio.

Es la variable estudios el factor diferenciador por excelencia en las tasas de este tipo de participación, de modo que varían entre el 9% (estudios primarios) y 31% (estudios superiores).

Si nos centramos en las actividades de voluntariado como dimensión específica de la participación social, los resultados de la encuesta nos ponen de manifiesto que, por ejemplo, el 12% de las mujeres y el 8% de

los hombres ha participado en acciones voluntarias en el último año y el 14% del conjunto de la muestra lo hizo con anterioridad; que existe un tercio de personas que les gustaría participar en acciones de voluntariado (también de mayor proporción entre las mujeres, 36%, que entre los hombres 28%); que el voluntariado puede ser fuente de bienestar: el 90% de las personas que participan o participaron en actividades de voluntariado manifiestan que se siente muy o bastante satisfecha con su vida en general. Las relaciones estadísticamente significativas causa-efecto entre voluntariado y buena salud y satisfacción con la vida se han mostrado también en la mayoría de las investigaciones que hemos consultado y citado en nuestro estudio. Aunque es de advertir que también puede ser cierta la asociación que podemos establecer a la inversa: buena salud, tiempo disponible y estudios superiores son factores favorables a la acción voluntaria.

Las motivaciones hacia el voluntariado son diversas, no suele haber una única causa. El fin que mueve a más de la mitad de quienes son voluntarios es el deseo de ser solidarios (ayudar a los demás, mejorar la sociedad, es decir, acción voluntaria según valores); pero también existen otras razones como son el disfrute personal o la demanda de ayuda por parte de familiares y amigos. La modalidad de la acción voluntaria realizada (solidaria, cultural, intergeneracional, ocio) puede ser indicativa del tipo de motivaciones que guían la propensión a participar en sus distintas formas si bien suele darse un conjunto entremezclado de ellas. En nuestro caso, es precisamente en el ámbito más relacionado con el concepto de generatividad en el que se concentra el interés motivacional de una parte destacada de nuestros encuestados y que se expresa en actuaciones que contienen claramente la idea de legado: transmitir la propia experiencia laboral o de otros quehaceres y conocimientos a los jóvenes, apoyar su promoción profesional o emprendimiento empresarial o

comprometerse en el desarrollo de valores a las nuevas generaciones.

En cualquier caso, el colectivo estudiado no se presenta como un grupo privilegiado o especial a la hora de participar en la sociedad. Por el contrario, considera de manera abrumadora que los problemas sociales nos afectan a todos y la respuesta debe darse, en consonancia, por el conjunto de la sociedad, de la que ellos son solo una parte. Son marginales los segmentos de esta población que apelan al individuo o a la clase política como única solución a los problemas de la sociedad. Pero sí se constatan algunas diferencias por grupos de edad en esta apelación a la responsabilidad colectiva, que es mayor a menor edad (75% en el grupo de 50 a 54 años frente al 61% en el tramo de edad de 65-69), de lo que cabría inferir la influencia del factor generacional.

Sin embargo, se ha registrado un acuerdo muy generalizado (79%) acerca del importante papel que tiene este grupo de población en la sociedad. En esta positiva valoración no se registran diferencias por sexo pero sí hay un gradiente de relieve en función de los subgrupos de edad (mientras el 85% de las personas del subgrupo de edad más joven consideran que juegan un papel importante o igual que los demás, ese porcentaje baja 18 puntos entre las personas mayores de 65 años). En el otro extremo, hay un 20% en el que se aglutinan las opiniones más negativas (no tener papel alguno que jugar o ser de importancia menor a los jóvenes) que está compuesto mayoritariamente por las personas mayores de 65 años y las que se han jubilado.

En suma, entre las razones por las que se participa en organizaciones o acciones voluntarias se entremezclan los fines de desarrollo personal y disfrute con los de colaboración en proyectos colectivos de mejora de los problemas sociales, destacándose el campo de la transmisión de conocimiento y las relaciones intergeneracionales. No parece ser una

moda pasajera cuando más de un tercio de la población estudiada, que no tiene experiencia en el voluntariado, está interesada en participar en actividades de este tipo, pero resulta pertinente cuestionarse por qué existen tantas personas que, manifestando interés por la acción voluntaria, sin embargo no llevan ese deseo a la práctica.

Precisamente por haberse detectado un considerable potencial latente de voluntariado y compromiso cívico que permanece sin desarrollar, parece recomendable que se lleven a cabo actuaciones en los diferentes campos de la participación social y de la acción voluntaria tendentes a su activación: campañas informativas sobre las distintas modalidades que se ofrecen (no solo las de tipo benéfico asistencial), entidades que las realizan y formas de acceder a las mismas; actividades de formación personalizada que se apoyen en los conocimientos y preferencias individuales para diseñar después los proyectos de participación social que se ajusten a los mismos; apoyo a entidades y asociaciones de la comunidad que promuevan el desarrollo de este potencial participativo; información y apoyo para que los programas y medidas que se emprendan estén dotados de la flexibilidad y amplitud necesarios para adaptarse a la pluralidad de fines que buscan las personas que son potenciales voluntarias; fomentar encuentros entre la comunidad educativa y organizaciones juveniles con asociaciones de mayores, de vecinos, de mujeres, etc. dirigidas a promover programas de intercambio generacional en los que se potencia el aprovechamiento de la experiencia de las personas mayores, etc.

E) Tendencias de cambio resultantes de la comparación entre los grupos de población comprendidos entre 50-64 años con el tramo de edad 65-69

De manera complementaria a lo que ya se ha indicado, desde nuestro análisis estimamos que puede deducirse de la investigación que hemos desarrollado la existencia de algunas tendencias de cambio respecto de los fines del envejecimiento activo entre los subgrupos estudiados.

Se constata, en primer lugar, una mejora notable en las cohortes más jóvenes tanto en el estatus económico e importe de las pensiones como en el nivel educativo, cuyo efecto potencial a largo plazo puede ser crucial en la acción voluntaria. En lo que atañe al nivel de estudios, si comparamos las diferencias entre el grupo de edad de 50 a 64 y el de 65 a 69 años, se refleja un importante peso en el primer grupo de las personas con estudios secundarios (en torno a un tercio, frente a un 15% en el último tramo) y estudios superiores (en torno al 28% en el primer segmento de edad, frente al 17% en el último). Y teniendo en cuenta que el nivel superior de estudios es una variable que está asociada positivamente a una mayor propensión a la participación de actividades sociales culturales y solidarias, la llegada a la jubilación del primer grupo de edad seguramente reforzará dicha propensión participativa, sin considerar otros factores que lo promueven de tipo personal e institucional.

Otra tendencia de cambio que se considera clave es la que afecta a las mujeres que están llegando a la jubilación, y ésta atañe no solo al creciente nivel de estudios que también se registra en nuestra investigación (el 21% de ellas tiene en nuestra muestra estudios universitarios) sino también a la relación con la actividad. Hemos visto entre nuestros resultados que el porcentaje de mujeres que no tuvieron o no tienen relación con la actividad laboral es del 26 %, cuando entre el

total de las mayores de 65 llegan al 69% quienes se habían dedicado en exclusiva al trabajo doméstico. Más alto nivel de estudios y mayor experiencia en la esfera laboral, unido a la mayor inclinación y presencia femenina en los ámbitos que hemos estudiado de la participación social, dibujan un escenario en el que el protagonismo futuro de las mujeres en los procesos participativos de diversa índole y, en especial, de voluntariado, puede resultar crucial.

Sin embargo, son las mujeres las que se ven más expuestas a las tensiones que se dirimen entre la necesidad de contribuir a los cuidados del núcleo familiar cuando los precisan (sean adultos en situación de dependencia, sean niños) y, al mismo tiempo, atender sus anhelos de disposición de tiempo para el desarrollo personal o participación cívica. Tensión que no se superará mientras no se avance en la igualdad en el reparto de la carga de cuidados entre hombres y mujeres, el desarrollo de políticas de conciliación de la vida personal, familiar y laboral (entre ellas, flexibilidad de horarios) y, sobre todo, una mayor socialización de la carga de cuidados a través de políticas públicas que aporten medios y equipamientos.

En general, se comparte una misma y mayoritaria opinión sobre el significado de la ocupación como vía de realización personal, un modo de establecer relaciones sociales y fuente de ingresos. Y sin embargo esta centralidad del trabajo en la vida de las personas parece que se acaba con la jubilación pues la mayoría no apuesta por la extensión de la vida laboral. Pero ante la consideración de la etapa vital tras la jubilación cambian las opiniones: a mayor edad más importancia se concede al tiempo disponible, lo que significa una oportunidad de realización personal, y a menor edad una visión más negativa de la misma, en la que parecen subyacer temores e incertidumbres. La liberación de obligaciones es la

opinión común más sólida que crece a medida que aumenta la edad, si bien subsiste una minoría (grupo de edad de 65-69) con una ética del trabajo a ultranza (hasta que el cuerpo aguante).

Se han encontrado diferencias en cuanto a las prioridades en la dedicación del tiempo libre. Así, a mayor edad más importancia se concede al tiempo dedicado a la familia, en lo que seguramente influyen las demandas de cuidados a personas en situación de dependencia y a los nietos, además de los apoyos a los hijos mayores de 25 años. Es el grupo de edad de 60-64 años el que da una mayor importancia al tiempo personal dedicado a actividades que beneficien a la sociedad, lo que parece razonable ya que vienen a coincidir factores como un volumen importante de personas prejubiladas, un relativo buen estado de salud, la necesidad de actividad y ocupar el tiempo después de la jubilación, entre otros.

Hemos visto también que las actividades de ocio y formación son muy relevantes para toda la población estudiada, con muy escasas diferencias entre sí, si bien parece que no siempre encuentran lo que necesitan. Pero donde sí existen diferencias de matiz es en la finalidad que se busca al realizarlas. Así, las relaciones sociales, el sentirse útil, el entretenimiento, el aprender cosas nuevas y hacer voluntariado tienen un mayor peso en el tramo de edad de 50-54 que en el resto, lo que indica una propensión positiva hacia una participación social más activa que, de cristalizar, podría redundar en una extensión de la participación social en el ámbito del voluntariado cultural, cívico y social. Es destacable que todos los grupos de edad comparten una muy amplia opinión de que en las actividades que realicen haya personas de todas las edades.

Muy relacionado con los intercambios intergeneracionales está el valor que se concede a la experiencia acumulada, que es muy alta en el

conjunto de la población estudiada, lo que es condición que favorece el desarrollo de iniciativas dirigidas a la transmisión de esa experiencia a las nuevas generaciones, bien sea la laboral o de otros conocimientos adquiridos a lo largo de la vida. Por ello, proponemos que en las iniciativas que se emprendan relacionadas con el fomento de este tipo de actuaciones se tengan en cuenta esas positivas percepciones sobre el valor de la experiencia para fomentar su aprovechamiento y evitar así que la constatación de su falta de reconocimiento origine la devaluación de la misma.

Finalmente, hemos podido constatar que aunque en el último año el grupo de edad de 50-54 años ha realizado en menor medida actividades de voluntariado, tienen sin embargo mayor experiencia que todos los demás al haberlas realizado en el pasado. Pero incluso los que no han participado nunca en este tipo de actividades expresan en mayor medida que el resto estar interesados en hacerlo más adelante. Por tanto, mayor experiencia en el voluntariado y mayor interés hacia el futuro en la acción voluntaria parecen indicar en las personas más jóvenes una propensión positiva que podría suponer un avance en el desarrollo del voluntariado en el futuro mediato.

Aunque, en general, se comparten los mismos fines, las diferencias de grado de apoyo a los mismos los encontramos en los que se relacionan con la información y orientación ciudadana, la transmisión de conocimientos en general o relacionados con la ocupación anterior o el apoyo a la comunidad educativa y a las familias para disminuir el fracaso escolar, que llegan a superar hasta en 15 puntos la valoración de las personas de 50-55 años con respecto a las de 65-69.

Entre los objetivos del Año europeo del envejecimiento activo y la solidaridad entre las generaciones celebrado en 2012 figuraban la

sensibilización de la sociedad para que se aprecien en mayor medida las importantes contribuciones que las personas mayores realizan a sus familias y a la sociedad, así como el desarrollo de mayores esfuerzos para movilizar el potencial de estas personas en las diferentes dimensiones del envejecimiento activo.

Desde la Fundación Pilares para la Autonomía Personal hemos querido aportar algo más de conocimiento al acervo común en la línea de ayudar a favorecer el cumplimiento de esos dos objetivos de la UE. Por una parte, esperamos que la difusión de los resultados que ofrecemos en esta obra sirvan para que sean mejor conocidas y valoradas las importantes aportaciones que realiza el grupo de población que hemos estudiado.

Por otra parte, confiamos que la información y recomendaciones que aquí se contienen ayuden a responder las preguntas fundamentales que están planteadas en muchos ámbitos: cómo promover una participación más activa de las personas después de la jubilación una vez que las condiciones básicas de su existencia se están satisfaciendo relativamente en cuanto a ingresos, atención sanitaria, promoción del ocio y, en menor medida, servicios sociales; cómo activar la propensión hacia una mayor participación cívica que late tras muchas de las opiniones recogidas en nuestra encuesta y que pueden estar prefigurando tendencialmente las demandas del grupo de las personas mayores de mañana; qué cambios habría que incorporar en la oferta para ajustarla a esas expectativas; qué políticas de apoyo a la movilización del potencial de participación detectado cabe desarrollar.



Colección
Estudios de la Fundación

Bibliografía

ABAYS ANALISTAS, S. L (2008): *La participación social de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO

ABELLÁN, A.; M. SANCHO, E. BARRIO, C. ESPARZA (2011): «Tendencias demográficas actuales» en VV.AA: *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.

ARBER, S. y J. GINN, (1996): *Género y envejecimiento*. Madrid: Narcea.

ATCHLEY, R. (1982): «Retirement as a social institution», *Annual Review of Sociology*, 8, 263-287.

— (1975): «Adjustment to loss of job at retirement», *International Journal of Aging & Human Development*, 6(1), 17-27.

AYMERICH M., M. PLANES y M.E. GRAS (2010): «La adaptación a la jubilación y sus fases: Afectación de los niveles de satisfacción y duración del proceso adaptativo», *Anales de Psicología*, vol. 26, nº 1, 80-88.

BARRIO TRUCHADO, E. (del) (2007): «Uso del tiempo entre las personas mayores» *Boletín Perfiles y tendencias* Nº 27. Madrid: IMSERSO.

BAZO M.T. (1990): *La sociedad anciana*. Madrid: CIS.

BALTES, P.B. y M.M BALTES, (1990): «Psychological perspectives on successful aging: The model of selective optimization with compensation». En P.B. Baltes y M.M. Baltes (Eds.) *Successful aging. Perspectives from the behavioral sciences* (pp. 1-34). Cambridge: Cambridge University Press.

BASS, S.A., F.G Caro. y Y.P. Chen (1993): *Achieving a productive aging*

society. Westport: Auburn House.

BUENO MARTÍNEZ, B., BUZ DELGADO, J., (2006): «Jubilación y tiempo libre en la vejez». *Informes Portal Mayores*, n.º 65. Madrid: Portal Mayores.

BÖRSCH-SUPAN, A., A. BRUGIAVINI, H. JÜRGES, A. KAPTEYN, J. MACKENBACH, J. SIEGRIST and G. WEBER. (2008): *Health, ageing and retirement in Europe (2004-2007). Starting the longitudinal dimension*, Mannheim: Mannheim Research Institute for the Economics of Aging (MEA).

BASS, S. Y F. CARO, (2001): «Productive aging: A conceptual Framework» en N. MORROW-HOWELL, J. HINTERLONG y M. SCHERRADEN (eds.): *Productive aging: perspective and research directions*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.

BURR, J. A., F.G CARO., y J. MOORHEAD (2002): «Productive aging and civic participation» *Journal of aging studies*, nº 16, 87-105.

CELDRÁN, M. y F. VILLAR, (2007): «Volunteering among older Spanish adults: Does the type of organization matter?» *Educational Gerontology*, 33, 237-251.

CHACÓN, F. y M.L. VECINA (1999b): «Motivaciones del voluntariado que trabaja con enfermos de SIDA o Cáncer» *Psykhé*, 8(1), 125-131.

CHENG, S.T. (2009): «Generativity in later life: perceived respect from younger generations as determinant of goal disengagement and psychological well-being» *Journals of Gerontology: Psychological and Social Sciences*, 64B,1, págs. 45-54.

CIS (2011): *Estudio 2929, Postelectoral Elecciones Generales 2011*. (http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=12604)

COLECTIVO IOÉ (1995): «El proyecto +60 de Prosperidad (Madrid): Una intervención de voluntarios basada en la IAP» en Rodríguez, P y Colectivo IOÉ: *Voluntariado y personas mayores*. Madrid: IMSERSO.

COMISIÓN EUROPEA (2011): *Decisión nº 940/2011/UE del Parlamento Europeo y del Consejo de 14 de septiembre de 2011 sobre el Año Europeo del Envejecimiento Activo y de la Solidaridad Intergeneracional (2012)* Bruselas: Diario Oficial de la Unión Europea.

— (2010) «Europa 2020: Una estrategia para un crecimiento inteligente, sostenible e integrador» COM(2010) 2020 final Bruselas: Comisión Europea.

— (2010) «Agenda de nuevas cualificaciones y empleos: una contribución europea hacia el pleno empleo» COM (2010) 682 final Bruselas: Comisión Europea.

— (2009): «Abordar los efectos del envejecimiento de la población de la UE (Informe de 2009 sobre el envejecimiento demográfico)». COM(2009) final Bruselas: Comisión Europea.

— (2007): «Promover la solidaridad entre generaciones». COM(2007) 244 final Bruselas: Comisión Europea.

— (2006): «The demographic future of Europe - from challenge to opportunity». COM(2006) 571 Bruselas: Comisión Europea.

— (1999): «Hacia una Europa para todas las edades. Fomentar la

prosperidad y la solidaridad entre las generaciones». COM(1999) 221 final Bruselas: Comisión Europea.

CONSEJO ESTATAL DE LAS PERSONAS MAYORES (2009): *Ponencia Envejecimiento y participación*. Madrid: IMSERSO.

CONSEJO EUROPEO DE LISBOA (2000): *Conclusiones del Consejo de Europa, sobre el encuentro celebrado en Lisboa, marzo 2000*. Lisboa: Lisbon European Council.

CRITERIA RESEARCH (2009): *Fuerza mayor. Una radiografía del adulto mayor en Chile*. Santiago de Chile: SENAMA.

DÁVILA, M.C. y J.F. DÍAZ-MORALES (2009, a): «Age and motives for volunteering: Further evidence» *Europe's Journal of Psychology*, 2, 82-95.

— (2009, b): «Voluntariado y tercera edad». *Anales de Psicología*, vol. 25, nº 2, 375-389.

— (2005): «Voluntariado y Satisfacción vital» *Revista de Intervención Psicosocial*, 14 (1), 81-94.

DURÁN, M^a.A. (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.

— (2007): *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*. Madrid: Espasa

ERIKSON, E. H. (1982): *The Life Cycle Completed*. New York: Norton.

EUROSTAT (2012, a): *Special Eurobarometer nº 378 Active Ageing*. Brussels: European Commission.

— (2012, b): *Active Ageing and Solidarity between generations*. Brussels: European Commission.

— (2012, c): *Eurostat New Release*, 8/2012. Brussels: European Commission.

— (2011): *Active ageing and solidarity between generations. A statistical portrait of the European Union 2012*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.

— (2008): *Flash Eurobarometer nº247. Family live and the needs of an ageing population*. Brussels: European Commission.

FERNÁNDEZ-BALLESTEROS, R. (2011): «Posibilidades y limitaciones de la edad» en VV.AA (2011): *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.

— (2009): *Envejecimiento activo. Contribuciones de la psicología*. Madrid: Ed. Pirámide.

FIERRO, A. (1994): *El Buen envejecer*. En J. Buendía (editor), *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.

FREIXAS, A. (2008): «La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista», *Anuario de Psicología*, 39, 1 (Abril): 41-57.

FREUND, A. M. (2008). «Successful aging as management of resources: The role of selection, optimization, and compensation». *Research in Human Development*, 5, 94-106.

FUNDACIÓN VODAFONE (2012): *Observatorio permanente de las TIC*. Madrid: Fundación Vodafone.

GRACIA, E. y J. HERRERO, (2007): *La participación en la sociedad de la información. Brecha digital y calidad de vida de las personas mayores.* Proyecto 127/IMSERSO. Madrid: IMSERSO.

GARCÍA CALVENTE M, M. DEL RÍO y J. MARCOS (2011): «Desigualdades de género en el deterioro de la salud como resultado del cuidado informal». *Gaceta Sanitaria*, 25(2), 100-107.

GREENSLADE, J.H. y K.M. WHITE, (2005): «The prediction of above-average participation in volunteerism: a test of the theory of planned behavior and the volunteers functions inventory in older Australian adults» *The Journal of Social Psychology*, 145(2), 155-172.

HERRERO, J., J. MENESES, L. VOLANTE, y F. RODRÍGUEZ, (2004): «Participación social en entornos virtuales» *Psicothema*, nº 16.

HERREROS, F. (2004): *The Problem of Forming Social Capital: Why Trust?* New York and Londres: Palgrave.

— (2000): «Social Capital, Associations and Civic Republicanism», en M. SAWARD, (ed.) *Democratic Innovation: Deliberation, Association and Representation*, Londres: Routledge.

IMSERSO (2011): *Envejecimiento Activo. Libro Blanco.* Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social, Secretaría General de Política Social y Consumo Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

— (2010): *Encuesta a la población mayor de 65 años, aplicada en 2009.* Madrid: IMSERSO.

— (2005) *Cuidados a las personas mayores en los hogares españoles.* Madrid: IMSERSO

- (2003): *Plan de acción para las personas mayores 2003-2007*, Madrid: IMSERSO.
- (1993): *Plan gerontológico*, Madrid: IMSERSO
- INE (2012, a): «Cifras INE 2012: Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad intergeneracional. Demografía» *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística* 1/5.
- (2012, b): «Cifras INE 2012: Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad intergeneracional. Mercado laboral y Retiro» *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística* 2/5.
- (2012, c): «Cifras INE 2012: Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad intergeneracional. Salud» *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística* 3/5.
- (2012, d): «Cifras INE 2012: Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad intergeneracional. Condiciones de Vida» *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística* 4/5.
- (2012, e): «Cifras INE 2012: Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad intergeneracional. Participación social» *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística* 5/5.
- (2012, f): *Fenómenos demográficos, Movimiento Natural de la Población Año 2011* (publicado en 19 diciembre 2012)
- (2011): *Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en los hogares*. Madrid: INE.
- (2008): *Encuesta sobre discapacidades, autonomía personal y situaciones de dependencia* (EDAD). Madrid. INE.

- JAHODA, M. (1987): *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*. Madrid: Morata.
- JUNG, Y, T.L. Gruenewald, T.E. Seeman, y C.A. Sarkisian (2010): «Productive activities and development of frailty in older adults» *Journal of Gerontology: Psychological and Social Sciences*, 65B, 256-261.
- KNAPP, M., V. KOUTSOGEORGOPOULOU, y D. J. SMITH, (1996): «Volunteer participation in community care» *Polity and Politics*, 24, 37-45.
- LEVI, M. (1997): *Consent, Dissent and Patriotism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LÓPEZ DOBLAS, J. (2005): *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*,. Madrid: IMSERSO.
- LUM, T.Y. y E. LIGHTFOOT, (2005): «The effects of volunteering on the physical and mental health of older people» *Research of Aging*, 27(1), 31-55.
- MARTÍNEZ T, P. RODRÍGUEZ, B . DÍAZ, C. TRIGO (2006): «Prejubilación Activa: demandas, necesidades e intereses de las personas prejubiladas de la minería asturiana», en *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 41:29-38
- MIGUEL POLO, J.A. (1998): *Informe de valoración del Plan Gerontológico estatal. 1992-1997*, Madrid: IMSERSO.
- MIDLARSKY, E. y E. KAHAA, (1994): *Altruism in later life*. London: Sage.
- MORENO, L. (ed.) (2009): *Reformas de las Políticas del Bienestar en España*. Madrid: Siglo XXI.

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (OMS) (2002): «Envejecimiento activo: un marco político» *Revista Española de Geriátrica y Gerontología* 2002;37(S2):74-105.

ORTEGA y GASSET, J. (1951): En torno a Galileo, Obras completas *Revista de Occidente*, Vol V. Madrid: Revista de Occidente.

PÉREZ DÍAZ, V. y J.C. RODRÍGUEZ (2007): *La generación de la transición: entre el trabajo y la jubilación*. Barcelona: Fundación la Caixa.

PÉREZ DÍAZ, J, A ABELLÁN Y D. RAMIRO (2012): “Contexto demográfico, socioeconómico y de salud”, en RAMIRO, D, coord.: *Una vejez activa en España. Informe del Grupo de Población del CSIC*, Madrid: EDIMSA, Editores Médicos, S.A.

PÉREZ ORTIZ, L. (2007): *Las abuelas como recurso de conciliación entre la vida familiar y laboral. Presente y futuro*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

— (2006): *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*, Madrid: IMSERSO.

PÉREZ SALANOVA, M. (1993): «En torno al envejecimiento y la dimensión intergeneracional» *Revista de Trabajo Social* 1993, 131: 28-31.

PINAZO, S., C. TRIADÓ, F. VILLAR, y C. SOLÉ, (2005): «El rol de abuelo/a: resultado de un estudio con parejas de abuelos y nietos» en J. ROMAY MARTÍNEZ y R. GARCÍA MIRA, (ed.lit.) J. REAL DEUS, (comp.): *Psicología social y problemas sociales, Psicología ambiental, comunitaria y de la educación*. Vol. 5, 533-540.

PINQUART M. y S. SORENHSEN (2007): «Correlates of psysical health of

informal caregivers: A meta-analysis». *Journals of Gerontology, Series B, Psychological Sciences and Social Sciences*, 62(2), 126-137.

PLATAFORMA DE VOLUNTARIADO DE ESPAÑA (2011): *Diagnóstico de la situación del voluntariado de Acción Social en España*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

PUTNAM, R. (1993): *Making Democracy Work. Civic traditions in Modern Italy*. Princeton, Princeton University Press, 1993.

RAMIRO, D, coord.. (2012): *Una vejez activa en España. Informe del Grupo de Población del CSIC*, Madrid: EDIMSA, Editores Médicos, S.A.

RAMOS TORRE, R. (1995): «Uso del tiempo y ocio de los mayores» en *Las actividades económicas de las personas mayores*, Madrid: SECOT.

ROGERO GARCÍA, J. (2010): *Los tiempos del cuidado. El impacto de la dependencia de los mayores en la vida cotidiana de sus cuidadores*. Madrid: IMSERSO.

RODRÍGUEZ CABRERO, G. (2011): «Economía del envejecimiento» en VV.AA (2011): *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.

— (1997): *Participación social de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, P. (2006): «Las mujeres mayores y las oportunidades de la edad», en A. CALVO, M. GARCÍA, T. SUSINOS: *Mujeres en la periferia. Debates sobre género y exclusión social*. Barcelona: Icaria.

— (2006): «El apoyo informal y su complementariedad con los recursos

formales» en ANTOLÍN, RP y GARCÍA, AA (eds.): *Envejecimiento y dependencia. Una mirada al panorama futuro de la población española*. Madrid: Mondial Assistance.

— (2005): «El apoyo informal en la provisión de cuidados familiares. Una visión desde el análisis de género», en *Ley de dependencia y educación infantil como medidas de conciliación de la vida laboral y familiar*. Madrid: Forum de Política Feminista.

— (2005): «El apoyo informal en España y la protección social a la dependencia. Del familismo a los derechos de ciudadanía» *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, 40 (supl.3): 5-15.

— (2002): «Mujeres mayores, género y protección social», cap. 2 de V. Maquieira (comp.): *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo*. Madrid: IMSERSO.

— (1993): «Mujeres mayores: nunca es tarde para participar» *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, 28, 1; 31-41.

— (1992): «La preparación a la jubilación, asignatura pendiente en España» en VV.AA., *Preparación a la jubilación*, Madrid: UDP.

RODRÍGUEZ, P. y COLECTIVO IOÉ (1995): *Voluntariado y personas mayores*. Madrid: INSERSO

RODRÍGUEZ, P y J. VALBUENA, (coord.) (1996): *Asociaciones de Personas mayores en España*. Madrid: IMSERSO.

ROWE, J. W. y R. L. Kahn (1998): *Successful aging*. NuevaYork: Pantheon.

SÁNCHEZ, M (2007): «Una sociedad para todas las edades», en Sánchez M (dir.), *Programas intergeneracionales. Hacia una sociedad para todas las edades*. Barcelona: Obra Social La Caixa, Colección Estudios Sociales, nº 23.

SCHOKLITSCH, A. y U. BAUMANN (2012): «Generativity and aging: A promising future research topic?» *Journal of Aging Studies*, 26, 3, 2012, pp. 262-272.

SUBIRATS HUMET, J.; y M. PÉREZ SALANOVA, (2011): «Diversidad y participación de las personas mayores» en VV.AA (2011): *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.

SUBIRATS, J. (2011): «El reto de la nueva ciudadanía. Nuevos relatos y nuevas políticas para distintas personas mayores» en VV.AA (2011): *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.

— (1992): *La vejez como oportunidad: un estudio sobre las políticas de tiempo libre dirigidas a la gente mayor*. Madrid: INSERSO.

TOBÍO, C., M.^a S. AGULLÓ TOMÁS, M.^a V. GÓMEZ, M.^a MARTÍN PALOMO (2010): *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*. Barcelona: La Caixa, Colección Estudios nº 28.

TRIADÓ, C., G. MARTÍNEZ, y F. VILLAR, (2000): «El rol y la importancia de los abuelos para sus nietos adolescentes» *Anuario de Psicología*, 81, 107-118.

VILLAR, F (2012): «Hacerse bien haciendo el bien: la contribución de la generatividad al estudio del buen envejecer», en *Rev. Información Psicológica*, 104 , 39-56.

— (2011): «Successful ageing and development: the contribution of generativity in older age», en *Ageing & Society*, 1-19 (<http://journals.cambridge.org>)

WAHRENDORF, M., O. VON DEM KNESEBECK, y J. SIEGRIST (2006): «Social productivity and well-being of older people: Baseline results from the SHARE study». *European Journal of Ageing*, 3, 67-73.

YOUNG, F. W. y N. GLASGOW (1998): «Voluntary social participation and health». *Research on Aging*, 20, 339-362.

ZAIDI, A. (2011): «Population aging and financial and social sustainability challenges of pension systems in Europe: A cross-national perspective» en L. BOVENBERG, C. EWIJK, E. WESTERHOUT (Coord.): *The Future of Multi-Pillar Pensions*. Cambridge: Cambridge University Press.

ZURDO, A (2011): «Voluntariado y procesos democráticos en la sociedad contemporánea» *Revista del Tercer Sector*, 18.

— (2006): «Voluntariado y Estado: las funciones ambivalentes del nuevo voluntariado» *Política y sociedad*, vol. 43,1 (169-188).



Colección
Estudios de la Fundación

Índice de tablas y gráficos

- Gráfico 1.1 Esperanza de vida al nacer por edad y sexo, 1900-2050.
- Gráfico 1.2 Evolución de la población mayor, 1900-2051. Miles de personas
- Tabla 1.1 Esperanza de vida a los 50, 60, 70 y 80 años por sexo. 2010
- Tabla 1.2 Esperanza de vida libre de discapacidad (EVLD)* al nacer y a los 65 años por sexo, 2010.
- Gráfico 1.3 Diferencia entre la población de hombres y mujeres por franja de edad, 2011.
- Gráfico 1.4 Peso de la población mayor sobre el total de la población a 1 de Enero, 1990, 2010. Porcentajes sobre el total de la población.
- Gráfico 1.5 Población de 65 y más años que vive sola por sexo, 2011
- Gráfico 1.6 Población de 65 y más años que vive sola por sexo, 2011. Porcentaje sobre el total de población de 65 y más años.
- Gráfico 1.7 Porcentaje de personas que viven solas por grupos de edad, 1991-2010. Porcentajes sobre el total de población de cada grupo de edad.
- Gráfico 1.8 Nivel de instrucción alcanzado por tramos de edad, 2001-2011. Porcentajes sobre el total de población de cada tramo.
- Tabla 1.3 Indicadores de solidaridad intergeneracional en la Unión Europea de los 27, 2009. Porcentajes sobre el total de

población de 15 y más años.

Tabla 2.1 Población de 50 a 69 años según su relación con la actividad económica, por sexo y edad 2012. Porcentajes sobre el total de cada tramo.

Grafico 2.1 Nivel de instrucción alcanzado en personas de 55 a 69 años, 2001-2011

Grafico 2.2 Significado de la ocupación laboral, 2012. Porcentaje de personas que se declaran muy o bastante de acuerdo con las siguientes afirmaciones: Su ocupación anterior/actual significa sobre todo para Ud... Porcentajes sobre el total de personas ocupadas, paradas y prejubiladas N= 766.

Gráfico 2.3 Percepciones ante la jubilación 2009 ¿Cómo vive su jubilación o disminución de las obligaciones familiares? Porcentajes verticales

Gráfico 2.4 Relación con la actividad en personas de 65 y más años por sexo, 2009. Porcentajes sobre el total de cada sexo.

Tabla 2.2 Opinión sobre la jubilación por sexo y edad, 2012. Porcentajes verticales, sobre el total de personas ocupadas, paradas, jubiladas y prejubiladas.

Gráfico2.5 Opiniones sobre la jubilación según relación con la actividad, 2012. Porcentajes verticales.

Tabla 2.3 Grado de interés en combinar un trabajo a tiempo parcial y una pensión parcial en vez de jubilarse completamente, 2011. Porcentajes horizontales.

Gráfico 2.6 Prolongación de la actividad después de los 65 años,

2012. ¿Seguirá/habría seguido trabajando después de los 65 años? Porcentaje sobre el total de personas ocupadas, paradas, jubiladas y prejubiladas. N=766.

Gráfico 2.7 Opinión sobre el límite de la actividad, 2012. ¿Hasta cuándo cree que debe trabajar una persona después de los 65 años? Porcentajes verticales.

Gráfico 2.8 Situación en relación con el empleo de las personas de 50 y más años en algunos países europeos, 2007.

Gráfico 2.9 Porcentaje de personas que consideran los siguientes aspectos muy importantes en su vida, según sexo, 2012. Porcentajes sobre el total de cada grupo.

Tabla 2.4 Importancia en la vida pasada, a los 30-40 años, de diferentes experiencias y realidades sociales, 2012. Porcentajes sobre el total N=1.001.

Gráfico 2.10 Grado de satisfacción con la vida en población de 50 a 69 años, según nivel de estudios e ingresos del hogar. Porcentajes verticales

Gráfico 2.11 Porcentaje de personas que valoran su salud como buena o muy buena por tramos de edad, 1987-2006.

Gráfico 2.12 Estado de salud subjetivo por sexo y edad , 2009. Porcentajes verticales.

Tabla 2.5 Estado de salud subjetivo en el grupo de 50 a 69 años según nivel de estudios e ingresos del hogar, 2012. Porcentajes verticales.

Gráfico 2.13 Opiniones sobre la edad por tramos de edad, 2012 ¿Qué

es lo mejor de tener su edad? Porcentaje sobre el total de cada tramo.

Gráfico 2.14 Opiniones sobre la edad por tramos de edad, 2012 ¿Qué es lo peor de tener su edad? Porcentaje sobre el total de cada tramo.

Gráfico 2.15 Papel que juegan las personas de su edad en la sociedad, por tramos de edad, 2012. Porcentaje sobre el total de cada tramo.

Tabla 2.6 Expectativas de futuro de la población de 50 a 69 años por sexo edad y situación respecto a la actividad, 2012. En los próximos 5 años Ud. tiene planeado o le gustaría dedicar su tiempo libre a... Porcentajes verticales.

Tabla 3.1 Población de 50 a 69 años según si cuida o no de familiares en situación de dependencia y parentesco con el familiar cuidado, por sexo y edad. Porcentajes verticales.

Tabla 3.2 Intensidad de cuidado por sexo. Porcentajes verticales sobre el total de las personas que cuidan.

Gráfico 3.1 Grado de satisfacción con la vida en general en población de 50 a 69 año según si cuidan o no a familiares en situación de dependencia. Porcentajes verticales.

Gráfico 3.2 Ayuda económica familiar: En este momento, ¿ayuda vd. a algún miembro de su familia?

Gráfico 3.3 Personas de 65 y más años que ayudan económicamente a algún familiar, 2010. Porcentajes sobre el total.

- Gráfico 3.4 Tenencia y cuidado de nietos y nietas.
- Tabla 3.3 El cuidado de los nietos según sexo y grupos de edad. Porcentajes verticales.
- Tabla 3.4 Opinión sobre el cuidado de los nietos según estado civil e ingresos del hogar. Porcentajes verticales.
- Gráfico 3.5 Estado de salud subjetivo según si cuidan o no a sus nietos mientras sus padres trabajan y edad. Porcentajes verticales.
- Tabla 3.5 Opinión acerca de los efectos de cuidar a los nietos por sexo y edad: ¿Con cuál de estas dos afirmaciones está más de acuerdo? Porcentajes verticales.
- Tabla 3.6 Opinión acerca de los efectos de cuidar a los nietos según si se tienen o no y si se cuida de ellos: ¿Con cuál de estas dos afirmaciones está más de acuerdo?
- Gráfico 3.6 Personas de 50 a 69 años según si prestan o no cuidados* a familiares por sexo y tramos de edad.
- Gráfico 3.7 Personas de 50 a 69 años según si prestan o no algún tipo de ayuda* a sus familiares. Porcentajes sobre el total N=1.001.
- Gráfico 4.1 Grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones. Porcentajes sobre el total N=1.001.
- Tabla 4.1 Porcentaje de personas de 50 a 69 años que están muy o bastante de acuerdo con las siguientes afirmaciones, según edad.

- Tabla 4.2 Porcentaje de personas que declaran mucho o bastante interés en las siguientes actividades de formación y tiempo libre. Porcentaje sobre el total de cada grupo.
- Gráfico 4.2 Opinión sobre la utilidad de los cursos o actividades formativas que ayudan a planificar u orientar la vida a partir de la jubilación por sexo y edad.
- Gráfico 4.3 Opinión sobre la utilidad de los cursos o actividades formativas que ayudan a planificar u orientar la vida a partir de la jubilación por sexo y nivel de estudios.
- Gráfico 4.4 Objetivos buscados al participar en distintas actividades, por sexo: Me gustaría que las actividades que hago o voy a hacer en el futuro me permitan... Porcentajes de muy más bastante de acuerdo sobre el total (N=1.001).
- Tabla 4.3 Objetivos buscados al participar en distintas actividades según relación con la actividad. Porcentaje de muy o bastante de acuerdo.
- Gráfico 4.5 Grado de conocimiento y uso de determinados servicios entre la población mayor de 65 años, 2009.
- Tabla 4.4 Asistencia o interés en asistir a centros de mayores en personas de 60 y más años e interés en asistir en un futuro en personas de 50 a 59. Porcentajes verticales.
- Tabla 4.5 Opinión acerca de la edad de acceso a los centros de mayores por sexo y edad. Porcentajes verticales.
- Gráfico 4.6 Porcentaje de personas que usan teléfono móvil por tramos de edad, 2006-2012.

- Gráfico 4.7 Porcentaje de personas que utilizan el ordenador por tramos de edad, 2006-2012.
- Gráfico 4.8 Porcentaje de personas que han utilizado alguna vez internet por tramos de edad, 2006-2012.
- Gráfico 4.9 Opinión sobre las redes sociales de la población de 50 a 69 años, por sexo y tramos de edad. Porcentajes verticales.
- Tabla 4.6 Opinión sobre nuevas tecnologías. Porcentajes verticales
- Gráfico 4.10 Opinión sobre nuevas tecnologías por sexo y edad: Elija la frase con la que más se identifique. Porcentajes verticales.
- Gráfico 4.11 Percepciones respecto a la gestión del tiempo diario por sexo y edad: Cuando piensa en un día normal, siente que... Porcentajes verticales.
- Gráfico 5.1 Porcentaje de personas que han realizado actividades de voluntariado alguna vez, y en el último año por tramos de edad, 2011. Porcentajes sobre el total de cada tramo.
- Tabla 5.1 Población de 50 a 69 años que colabora o pertenece a organizaciones que trabajan para la comunidad, según sexo y edad. Porcentajes horizontales sobre el total de cada grupo.
- Tabla 5.2 Satisfacción con la vida y salud percibida según realización de actividades de voluntariado
- Gráfico 5.2 Porcentaje de personas que colaboran con organizaciones que trabajan para la comunidad según ideología política.

Porcentajes sobre el total de cada grupo.

Gráfico 5.3 Participación en actividades de voluntariado por sexo y edad: ¿Alguna vez ha realizado Ud. actividades de voluntariado? Porcentajes verticales.

Gráfico 5.4 Principal razón que le mueve/movió a hacer trabajo voluntario. Porcentajes sobre el total de personas que realizan o han realizado actividades de voluntariado N=245.

Tabla 5.2 Realización actividades de voluntariado según nivel de estudios e ideología política. Porcentajes verticales.

Gráfico 5.5 Porcentaje de personas que declaran mucho o bastante interes en participar en actividades intergeneracionales o programas de voluntariado a través de los cuales: Porcentajes sobre el total...

Tabla 5.4 Responsabilidad en la solución de los problemas colectivos. Porcentajes horizontales.

Tabla 5.5 Importancia de la política y de los partidos políticos. Porcentajes verticales.



Colección
Estudios de la Fundación

Anexo: Apéndice metodológico

I. Diseño muestral

Marco geográfico y poblacional

Población de 50 a 69 años no institucionalizada residente en España, seleccionados según su relación con la actividad económica y el grupo de edad.

Tipo de muestreo

El tipo de muestreo realizado es el muestreo aleatorio estratificado. Los criterios de estratificación han sido dos: comunidad autónoma y hábitat.

Error muestral

El tamaño muestral final ha sido 1.001 entrevistas. Asumiendo un efecto del diseño igual a la unidad, el error de muestreo absoluto para las estimaciones de porcentajes referidas al total de la muestra se puede aproximar por $\pm 3.1\%$, a un nivel de confianza del 95% y en la hipótesis de variables con dos categorías igualmente distribuidas ($P=Q=50\%$).

Selección de los elementos muestrales

La elección del hogar mediante muestreo aleatorio simple en cada estrato de comunidad autónoma y hábitat. La persona a entrevistar ha sido mediante cuotas cruzadas de edad, sexo zona de residencia, y situación laboral.

La distribución de la muestra alcanzada se presenta a continuación (n=1.001)

	<i>Ocupados</i>	<i>Parados</i>	<i>Jubilados Prejubilados</i>	<i>Otros inactivos</i>	<i>Total</i>
<i>50-54</i>	162	54	12	52	280
<i>55-64</i>	226	53	99	122	500
<i>65-69</i>	12	1	147	61	221
<i>Total</i>	400	108	258	235	1001

Tabla 1. Distribución por edad y situación laboral

	Hombres	Mujeres
<i>50-54</i>	130	150
<i>55-64</i>	244	256
<i>65-69</i>	114	107
<i>Total</i>	488	513

Tabla 1. Distribución por edad y situación laboral

Las características de las personas de la muestra reflejan suficientemente al total poblacional, si nos atenemos a las variables sociodemográficas más relevantes: sexo, grupos de edad quinquenal, relación con la actividad, estado civil y nivel de estudios.

En efecto, comparando la muestra y la población, tal como es descrita por

la Encuesta de Población Activa (EPA) del Instituto Nacional de Estadística (INE) del 2º trimestre de 2012, los porcentajes de las principales categorías son similares, con diferencias inferiores a 0,5 puntos porcentuales en el sexo, entre 0,5 y 2 puntos en la relación con la actividad, entre 0,9 y 2,3 puntos en los grupos de edad y entre 1 y 2,7 puntos en el estado civil.

Población muestral y población española (%)			
	Muestra	Población	Diferencia
Sexo			
Hombres	48,8	48,4	0,4
Mujeres	51,1	51,6	-0,4
Edad quinquenal			
50-54	28,0	30,1	-2,1
55-59	28,0	25,7	2,3
60-64	22,0	23,1	-1,1
65-69	22,1	21,2	0,9
Relación con la actividad			
Ocupados	40,0	41,9	-1,9
Parados	10,8	9,3	1,5
Inactivos	49,3	48,8	0,5
Estado civil			
Solteros	6,1	8,7	-2,6
Casados	79,3	76,7	2,7
Viudos	7,7	6,7	1,0
Separados	6,9	8,0	-1,1
Nivel de estudios			
Primarios y menos	11,4	10,2	1,2
Primarios completos	36,6	28,5	8,1
Secundaria	28,1	41,5	-13,4
Universitarios	24,0	19,8	4,2

En el único aspecto en que las distancias son más relevantes es en relación con el nivel de instrucción, donde se aprecia un cierto trasvase entre las categorías de “primarios completos” (+8,1 puntos en la encuesta) y “secundarios” (+13,4 puntos en la población). Pero, ciertamente, la comparación del nivel educativo en dos fuentes es muy compleja y creemos que, más que a un problema de la muestra, las diferencias serían atribuibles a los conceptos manejados en cada caso y a la comprensión de la información por parte de los encuestados que, por su edad, hace tiempo que abandonaron el sistema educativo.

Por consiguiente, no se considera necesaria una corrección de las unidades muestrales, mediante la ponderación por algún factor de elevación, lo que permite mantener valores numéricos pequeños.

Questionario

El cuestionario consta de 48 preguntas y fue elaborado por el equipo de trabajo del presente estudio. Con una duración media de 25 minutos, realizado mediante entrevista telefónica asistida por ordenador (C.A.T.I.).

II. Recogida de Información

La recogida de información se llevó a cabo entre el día 5 al 28 de Junio de 2012, por la red de entrevistadores/as de la empresa de estudios de mercado Demométrica SL, con larga experiencia en este tipo de estudios.

El personal destinado al estudio (entrevistadores y supervisores) se formó previamente al estudio mediante un briefing para recibir las instrucciones necesarias sobre el contenido del cuestionario y el método de muestreo. Este briefing tuvo lugar el día 23 de Mayo de 2012.

El equipo de supervisión se encargó, como es habitual en cada

investigación mediante encuesta, de controlar el trabajo de los/as entre-vista-dores/as, con los criterios definidos previamente (con ayuda de la prueba piloto).

III. Tasa de respuesta

Como hemos indicado, en la selección de la unidad última se aplicaron cuotas de sexo, edad y situación laboral, lo que hizo que muchos de los teléfonos contactados no generaran entrevista por no existir en el hogar persona de una cuota válida. Esto podía producirse bien porque no existieran en el hogar personas de los grupos de edad que conformaban la población objeto de estudio ó bien porque el estrato correspondiente (categoría de sexo, edad y situación laboral) ya estuviera cerrado con la muestra asignada inicialmente.

Teniendo lo anterior presente, se usaron un total de 9.327 teléfonos, de los que podían haber dado lugar a una entrevista válida un total de 1.293.

	N	%
Realizadas	1.001	10,7
Negativas	292	3,1
Fuera de cuota	8.034	86,1
Hogares contactados	9.327	100,0

La tasa de respuesta calculada considerando las entrevistas realizadas (n=1.001) sobre muestra válida (n=1.293) ha sido del 77.4%.

Nota final

La realización de esta investigación ha contado con el apoyo financiero del Área de Becas y Estudios Sociales de la Obra Social “la Caixa”, con lo que se ha podido complementar el coste de la misma.

Los investigadores interesados en realizar explotaciones adicionales podrán encontrar los microdatos de la encuesta en la web de la Fundación Pilares para la Autonomía Personal, así como la documentación de la misma.



Estudios de la Fundación Pilares para la autonomía personal. Nº 1 (2013)
LAS PERSONAS MAYORES QUE VIENEN.
Autonomía, Solidaridad y Participación social

pilares@fundacionpilares.org | www.fundacionpilares.org
ISBN: 978-84-616-5512-0 | Depósito Legal: M-24011-2013